

# **ESTADO Y CONCIENCIA EN LA SOCIEDAD DE CLASES**

**(Un libro inédito de Eloy Terrón, de 2002)**

**Edición a cargo de  
Rafael Jerez Mir**

**MADRID, FEBRERO DE 2012**

# INDICE

PRÓLOGO.....	4
1. Palabras previas .....	16
2. Bases sociales y políticas del Barroco. Una introducción .....	19
3. El espíritu burgués .....	32
4. Formación, desarrollo y crisis del sistema terrateniente.....	39
4.1. Origen del sistema terrateniente.....	40
4.2. La desamortización y el cambio jurídico de la propiedad .....	49
4.3. La crisis del sistema terrateniente.....	61
5. Las reformas liberales y la vía al estancamiento Desarrollo histórico y conciencia social .....	70
6. La revolución liberal de 1820 .....	82
6.1. Conquista del poder y revolución .....	87
6.2. Contradicciones fundamentales del liberalismo de 1820.....	89
7. Textos escogidos de Sanz del Río. Estudio Preliminar.....	105
7.1. El entramado básico de la sociedad española y el proceso de su constitución .....	107
7.2. La Universidad en la segunda mitad del siglo XIX .....	121
7.3. Ideologías y problemas en la España de 1814 a 1840 .....	124
7.4. La personalidad de Julián Sanz del Río .....	132
7.5. Bosquejo de la filosofía de Sanz del Río .....	138
8. Carta a Carmen Busmayor sobre la guerra civil .....	145
9. Poesía y sociedad .....	159
9.1. Propósito y método de este trabajo .....	159
9.2. La sociedad española concretada en una ciudad.....	162
9.3. La ciudad provinciana. León después de la guerra civil.....	167
10. La ideología de la clase media y el régimen de Franco .....	176
11. El dominio ideológico capitalista sobre las masas y la crisis de la izquierda.....	190
11.1. El capitalismo avanzado como causa de la crisis.....	190
11.2. La condición de la clase obrera antes de 1936 y su movilización para la Guerra Civil ... ..	193
11.3. Configuración capitalista de los gustos, sentimientos y esperanzas de las masas trabajadoras .....	197
11.4. La educación capitalista y la formación de la conciencia por los medios de comunicación .....	200
11.5. La degradación intelectual y cultural de las masas bajo el capitalismo supermaduro.....	204
11.6. Algunas conclusiones.....	217

12.	Carta a Carmen Busmayor (Sobre el presente y futuro de Fabero del Bierzo).....	224
13.	Carta a cualquier militante de Izquierda Unida .....	231
14.	Bases teóricas para el programa de un partido de izquierdas .....	236
APÉNDICES.....		244
1.	El analfabetismo en España y sus condicionantes sociales y económicos .....	245
1.1.	Aclaración preliminar del tema.....	245
1.2.	Rasgos esenciales de la sociedad tradicional española .....	246
1.3.	El analfabetismo en la etapa de transición .....	250
1.4.	El problema del analfabeto en la sociedad actual .....	254
2.	Práctica de la democracia y desarrollo intelectual .....	255

# PRÓLOGO

*Estado y Conciencia en la Sociedad de Clases* es el título provisional<sup>1</sup> del último libro de Eloy Terrón. Inédito, al fallecer su autor cuando lo estaba preparando,<sup>2</sup> ve ahora la luz, casi diez años después, en esta Biblioteca Eloy Terrón.<sup>3</sup>

Aunque los textos reunidos por el autor datan de distintas fechas, casi todos se basan en el trabajo relacionado con la preparación de su tesis doctoral (información bibliográfica, lecturas, reflexión sistemática, conclusiones teóricas, etc.<sup>4</sup>) sobre la importación del krausismo a España (1958),<sup>5</sup> los artículos elaborados para la *Enciclopedia de la Cultura Española*,<sup>6</sup> sus ensayos sobre Universidad y Sociedad en España,<sup>7</sup> y la preparación de la antología *Textos Escogidos de Sanz del Río*,<sup>8</sup> todo ello en los años 50 y 60.

Por lo demás, con este prólogo se intenta resaltar de algún modo la unidad temática, la vertebración lógica y la coherencia teórica de sus diversos capítulos, apéndices incluidos, como estímulo para la lectura del libro y orientación para el lector.

---

<sup>1</sup> Hay otros dos, *Historia y Política*, e *Historia e Ideología Política*, que parecen previos.

<sup>2</sup> Sus colaboradoras Susana Martín y Pilar Díez, y su hijo Pablo, que le animaron a publicarlo, prepararon el primer mecanoscrito, y Rogelio Blanco hizo las primeras gestiones con la Editorial Homo Sapiens, de Astorga, y con el Ayuntamiento de Fabero del Bierzo (León).

<sup>3</sup> Aunque hay dos índices provisionales del libro, esta edición se atiene al que parece posterior y, por tanto, más maduro, que además es también el más completo. No obstante, también se incluyen otros dos textos, que no figuran en ninguno de esos dos índices, con el fin de cubrir un doble vacío: el del desarrollo capitalista de los años 50 a 70, con el artículo «La ideología de la “clase media” y el régimen de Franco»; y el de la integración de nuestro país en el capitalismo “avanzado” de nuestro tiempo, con el ensayo «El dominio ideológico capitalista sobre las masas y la crisis de la izquierda».

<sup>4</sup> El primer trabajo de Eloy Terrón fue la búsqueda y la sistematización de la información más significativa. De hecho, en su archivo personal, además de varios miles de fichas bibliográficas, obran tres cuadernos manuscritos, de 1953-55: uno, de formato grande, con un doble título {*Bibliografía para la tesis y para la Historia del desarrollo del PENSAMIENTO (sic) en España* (en la portada), y *Los krausistas. Historia del pensamiento español contemporáneo (sic)* (en la contraportada)}, con un total de 500 referencias aproximadamente, muchas de ellas con las claves de la biblioteca del Ateneo de Madrid y de la Biblioteca Nacional, donde debió consultarlas; y dos, pequeños, uno con la bibliografía general (unos 100 títulos), y otro con citas, notas y referencias bibliográficas.

<sup>5</sup> Se publicó en 1969 con el título *Sociedad e Ideología en la España Contemporánea*.

<sup>6</sup> Fue responsable de la sección de sociología de esa obra magna, en la que publicó un total de 44 artículos, aparte de dejar otros mecanoscritos, que quedaron inéditos por razones editoriales.

<sup>7</sup> Todos los textos impresos y los manuscritos localizados se incluyeron en el libro *Escritos de Sociología del Sistema Educativo Español, de Eloy Terrón*, publicado ya en esta Biblioteca Eloy Terrón (véanse su primera sección, «Sociología de la Universidad y de la Investigación Docente» y el primer apéndice, «Guiones de Cursos y Conferencias sobre “Universidad y Sociedad”»).

<sup>8</sup> Véase al respecto el libro *Escritos sobre Estructura Social y Conciencia Nacional (1957-1969)*, incluido también en esta misma Biblioteca Eloy Terrón.

El libro se abre con unas «Palabras Previas», a modo de hilo teórico conductor, con un mensaje central. A saber: la importancia de la historia genuina, entendida como ciencia de una sociedad, en tanto que introducción a la ciencia de la política y como guía teórica imprescindible para todo auténtico partido de izquierdas.

«La historia genuina como ciencia de una sociedad es a la vez la introducción a la ciencia política. Por eso ha sido siempre el conocimiento dominante de la clase dirigente de un país; y por esa misma razón debe constituir la base de un partido de izquierdas, porque todo ser humano que nace en una sociedad tiene derecho a que le sea facilitado un conocimiento objetivo de la realidad. (...). La política es, en primer lugar, ciencia, porque es el contenido del conocimiento más importante, más riguroso, del hombre y de la historia humana. Como decía Marx, “el estado es la forma de relación entre los hombres”. La política es, por tanto, la ciencia que nos permite esclarecer nuestras relaciones; por eso su conocimiento es fundamental. Y es en este contexto en el que se entiende que, actualmente, la historia sea la ciencia de la política, la ciencia básica de las sociedades avanzadas.»

Supuesto esto, el estudio del *Estado y Conciencia en la Sociedad de Clases* se inicia con la interpretación de las «Bases sociales y políticas del Barroco», mediante un apunte sugestivo del Estado y la conciencia colectiva en la España de los Austrias. Esto es: un Estado cortesano-absolutista, como fórmula política eficaz para la superación de la crisis del feudalismo clásico, al garantizar la reproducción de la nobleza feudal como clase dominante, en beneficio del conjunto de las clases privilegiadas (nobleza, alta burocracia civil y eclesiástica y oligarquía urbana); y la legitimación de ese mismo Estado mediante la exaltación del poder absoluto del Rey por los legistas, como nuevos expertos en la administración, el derecho, la ideología y la retórica, y echando mano de las artes y la literatura a una escala histórica sin precedentes, en tanto que recursos técnicos de la persuasión y la propaganda para crear determinados estados de conciencia.

«La exaltación, la glorificación, la apoteosis y la retórica ampulosa y llena de esplendor es la esencia del Barroco, y, a la vez, el recurso y el contenido del proyecto político antifeudal de los legistas. Éste tenía como finalidad la exaltación a lo absoluto del poder real: dotar al Rey de un poder irresistible e incluso extramundano, pues, cuanto mayor fuese el desequilibrio social, más necesario se haría un poder fuerte y eficaz para reprimir a los campesinos vasallos. Pero acabó por beneficiar a toda la clase dominante: la nobleza, los funcionarios y los corregidores impuestos a villas y ciudades.»

Ese tipo de conciencia social contrasta de modo bien claro con la continuidad y los nuevos desarrollos de «El espíritu burgués», de origen medieval, en los países de Europa occidental más avanzados de la época. Porque el espíritu burgués surgió, en efecto, en los campos y en las ciudades medievales más dinámicos del occidente de Europa, como producto de la mejora de la pasión por el trabajo,

característica del siervo,<sup>9</sup> por parte de los artesanos, y del impulso de la racionalidad, por parte de los comerciantes. Pero, tras eso, en la modernidad, no sólo estimuló el individualismo moderno, sino también la innovación técnica, la ciencia experimental y la especulación filosófica, la expansión comercial y exploradora, y la creación de riqueza, características de las revoluciones burguesas, hasta que se vio bloqueado al imponerse el capitalismo con el afán de lucro como único motor.

«Con todo, el papel histórico del espíritu burgués fue extraordinario. Dio origen al individualismo moderno, al primado del individuo en la búsqueda de su propia felicidad. Reconcilió al hombre con la naturaleza a través de la entrega al trabajo y el amor a las cosas bien hechas, impulsando así la innovación técnica y dando lugar a la ciencia experimental. Fomentó la expansión comercial y exploradora, como base, en parte, del conocimiento especulativo (*¡Sapere aude!*), manifiesto en los grandes sistemas del conocimiento humano, como la Teoría de la Evolución y la Teoría de la Relatividad. Y, sobre todo, constituyó la palanca más poderosa para la creación de riqueza.»

Ahora bien, mientras en los países occidentales más avanzados se afianzaban el Estado y la forma de conciencia capitalistas, en nuestro país las reformas liberales de los dos primeros tercios del siglo XIX llevaron a la «Formación, desarrollo y crisis del sistema terrateniente», bloqueando la hegemonía del capitalismo hasta los últimos años 60.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, el liberalismo refuerza el impulso desamortizador del reformismo ilustrado, y culmina en las Cortes de Cádiz con el proyecto de ley de reincorporación de los señoríos jurisdiccionales a la Corona, como clave principal del proyecto liberal de modernización de la sociedad española. Esto en teoría, porque en la práctica se impuso el cambio puramente jurídico de la propiedad amayorazgada y la reducción de las diversas fórmulas de la propiedad feudal en general a la propiedad burguesa, absoluta, en beneficio de la nobleza feudal y de los compradores de bienes desamortizados, y en perjuicio de la Iglesia y los campesinos pobres.

«Las reformas liberales se hicieron a costa de dos víctimas; la Iglesia, que perdió la mayor parte de sus propiedades, pero se hizo pagar muy caro tal despojo (aún está sin estudiar el daño que causaron a la sociedad española la serie de guerras civiles, en las que la Iglesia jugó un papel preminente, o casi dirigente); y los campesinos pobres, los eternos explotados. Primero, durante siglos, por los señores feudales (una parte de ellos era la Iglesia); y, luego, por los nuevos amos, que intensificaron su explotación en nombre de la libertad y de la racionalización de la renta liberal; y esto, sin contar con que fueron ellos también los que dieron sus vidas -su sangre- y quienes recibieron los palos en ambos bandos de las guerras civiles. Pero los campesinos del siglo pasado no escribían libros ni artículos en la prensa, ni peroraban en el Congreso; sufrían en silencio la nueva explotación y morían sin elevar la más firme protesta.»

---

<sup>9</sup> De hecho, Eloy Terrón basa su interpretación en su propia experiencia personal como campesino y vecino de una aldea agraria de subsistencia (Fabero del Bierzo), un tipo de medio humano que persistió en nuestro país hasta los últimos años 60.

La sustitución de los arrendamientos largos por los arrendamientos cortos y la reconversión forzosa de los campesinos colonos en arrendatarios y en jornaleros en paro estacional vinieron así a romper el equilibrio secular entre población y subsistencias. De modo que aquí no hubo “revolución burguesa” sino reformas liberales, con centro en la sustitución de la concepción medieval de la propiedad por la liberal o burguesa. De hecho, la mentalidad rentista persistió en las dos fracciones de la nueva clase dominante -la clase terrateniente-, la vieja nobleza feudal y los comerciantes, altos profesionales y demás compradores de tierras y bienes desamortizados; por lo que, tanto para la una como para los otros, la propiedad de la tierra continuó representando, ante todo, el derecho a una renta y el prestigio social.

El nuevo Estado terrateniente se desarrolló sobre esa base previa en las tres primeras décadas de la Restauración, con un claro contraste entre el carácter ambiguo y formal de la constitución y las libertades constitucionales, de un lado, y la dominación política de facto de los grandes de España, en razón de su gran riqueza territorial y de su monopolio del *entourage* de la Corona, del otro. Hubo, pues, desde un principio, una doble línea de poder, militar y política, que garantizó la hegemonía de la nueva clase dominante, por lo que ésta pudo obstaculizar sin mayores problemas el desarrollo del capitalismo mediante el control de la política arancelaria con el fin de mantener alto el precio del trigo, y, por tanto, también la renta de la tierra, a costa de la plusvalía del capital productivo industrial.

No obstante, el precio a pagar fue bien caro. A saber: la crisis del sistema terrateniente en su conjunto, desde los primeros años del nuevo siglo. El estancamiento social, la presión demográfica creciente y el desaliento creciente del campesinado encontraron de algún modo su expresión en la incertidumbre y el pesimismo de los intelectuales de la época; y la impotencia política creciente de la clase dominante impulsó la reorientación de su sector más reaccionario en busca de apoyos en la Corona, la Iglesia y el Ejército. Esto, en un primer momento. Porque, tras la extinción del pesimismo entre los jornaleros del campo a raíz del Octubre soviético y el ascenso de los proyectos de reforma agraria, fue la línea militarista del poder la que se impuso.

Por lo demás, el estudio de «Las reformas liberales y la vía al estancamiento» se completa con el del «Desarrollo histórico y la conciencia social», para

«demostrar hasta qué punto los hechos históricos, políticos y socioculturales, “interpretados” por los intelectuales de la clase dominante, determinan la conciencia social y, a través de ella, la actividad intelectual y el comportamiento de los individuos».

.....

«Una nación -o, como se dice ahora, un Estado, cuyos habitantes llevan a cabo una serie de actividades más o menos interrelacionadas- tiende a formarse una conciencia de sí misma, una conciencia colectiva. Dentro de una amplia gama de posibilidades, esa conciencia está formada por la acumulación de creencias que satisfacen el sentimiento de comunidad de los individuos, les enorgullecen o halagan su vanidad de pertenecer a un grupo o sociedad diferenciados, distinguidos, poderosos, etc.»

«Durante siglos esta conciencia colectiva fue privativa y exclusiva de la clase que detentaba el poder o de quienes estaban estrechamente ligados a ella, como el clero y la clase media, formada por altos funcionarios y profesionales. Durante largos períodos, clérigos y burócratas leguleyos fueron los creadores y los depositarios de la conciencia colectiva, si bien el conjunto de creencias de la clase dominante sólo llegaba a las masas campesinas -y artesanas- en la medida en que el clero hacía uso de ellas desde el púlpito para encandilarlas o aterrorizarlas.»

«Habitualmente, las masas campesinas vivían al margen de la conciencia colectiva de la clase dominante, abandonadas y entregadas a su concepción primaria del mundo -de su mundo-, generada por la actividad productiva, y que formaba parte de la milenaria tradición popular no escrita. Esa fue la situación característica y definidora de las masas campesinas que, entregadas a una economía de subsistencia, vivían sometidas pero no integradas en la sociedad española, porque ésta, salvo el púlpito, no tenía medios para obrar sobre ellas.»

El primer intento de creación de una conciencia nacional, frente a la hegemonía política e ideológica frailuna tradicional, fue el de la ilustración borbónica; y lo posibilitó la coincidencia entre los propósitos particulares de una parte de la nobleza y los intereses generales del país. Luego, la Revolución Francesa y la invasión napoleónica ensancharon de modo notorio el proceso de difusión de la conciencia social. Pero, al mismo tiempo, llevaron a la escisión de la conciencia colectiva en tres grandes corrientes de pensamiento. A saber: la ultramontana y frailuna, de los sectores más reaccionarios del clero regular y del secular; la antifeudal, de los reformistas moderados y antirrevolucionarios, como Jovellanos; y la democrático-radical, más genuinamente nacional y simpatizante con la revolución, representada por los primeros escritos de Alvaro Flórez Estrada.

Sobre esa base ideológica previa, las contradicciones políticas y económicas de 1814-1840 incidieron de modo dialéctico sobre las contradicciones de la conciencia colectiva, con centro en la modificación jurídica de la propiedad, como clave de las reformas liberales. El integrismo ultramontano, de base rural, se radicalizó de modo extremo, hasta desembocar en la guerra civil, con el carlismo. El reformismo liberal antifeudal, rentista y urbano, se impuso en la práctica, en beneficio de la vieja nobleza y de los compradores de tierras y demás bienes desamortizados en general. Y el reformismo democrático-radical, utópico y medievalizante, que hundía sus raíces en la tradición clandestina de la conciencia colectiva, tuvo nuevos desarrollos.

Luego, una vez asentado el nuevo sistema terrateniente con la Restauración, la nueva clase dominante inició un acercamiento a la Iglesia y alentó la derechización del ejército. Esto, que comenzó ya con el primer gobierno de Cánovas, se acentuó de forma creciente con la crisis del sistema terrateniente desde la primera década del siglo XX. De modo que los auxiliares teóricos de la clase dominante trataron de conjurarla mediante el desarrollo de la visión de la historia que le era más favorable; y así se fue, desde la fascinación inicial por el pasado imperial -que tendería, por cierto, a hacerse general-, a la exaltación de las más oscuras fantasías medievales, tras el triunfo en la Guerra Civil de la clase terrateniente.



No obstante, aunque extremo, ese tipo de sectarismo historiográfico no era nada nuevo. El estudio de «La revolución liberal de 1820», por ejemplo, se había hecho antes desde la perspectiva del formalismo abstracto de la historiografía liberal (y reaccionaria) de las décadas inmediatamente siguientes; y la supuesta imparcialidad -estéril y anticientífica- de la historiografía oficial, desde 1840 en adelante, estuvo lastrada por el *conciliacionismo* entre las dos fracciones de la nueva clase terrateniente, la vieja nobleza y la burguesía compradora de tierras.

«Toda la historiografía posterior a 1840 ha de ser considerada bajo este condicionamiento básico antes de ser utilizada científicamente para comprender los tres grandes períodos de nuestra revolución burguesa en la primera mitad del siglo XIX: la Guerra de Independencia y la Revolución de 1808-1814, el Trienio Liberal de 1820-1823 y la Guerra Civil de 1833-1840.»

«Quienquiera que vaya a consultar los documentos de la época, de uno de esos tres momentos, se encontrará con una luz completamente nueva para apreciar los hechos. Los periódicos, las proclamas, los folletos, la inmensa riqueza de los Diarios de Sesiones de las Cortes, donde se discutían cuestiones fundamentales que se quedaban, naturalmente, en el papel pero que los hombres venidos de cualquier punto de España enfocaban con lucidez y seria honestidad, todo esto, nos ofrece una imagen de nuestro pueblo absolutamente nueva; una imagen que nos hace comprender y amar, que nos obliga a reconciliarnos con nuestro pasado, porque vemos con qué honradez y desprendimiento luchaban. Nos hace ver que nuestro pueblo se quedó un poco al margen de la historia pero después de una dura lucha: después de haber derrochado mucho heroísmo y mucha sangre.»

La confusión de la conquista del poder con la revolución por los liberales (y esto, tanto en 1820 como en 1868 y en 1931), bien aprovechada por cierto por los reaccionarios, determinó la inestabilidad crónica del régimen político representativo. Y, en el caso concreto de la “revolución” de 1820, puede ilustrarse con las limitaciones más características de la misma. A saber:

- Respeto de la Corona y de las instituciones absolutistas, por temor a la corriente popular y verdaderamente revolucionaria, única capaz de levantar las barreras necesarias para detener la contrarrevolución (*fetichismo monárquico*).
- Incongruencia gubernamental e inconsecuencia revolucionaria, por la reducción de facto de “la revolución” al cambio de equipo gubernamental, justificándola con el espantajo de la anarquía de los *exaltados*.
- Exceso e inobservancia de las leyes (*éxtasis legalista*), y caos y bancarrota de la administración, en razón de la carencia del sentimiento de clase y de la incomprensión de los problemas reales del país por los políticos y los intelectuales liberales, de la labor de zapa de la oligarquía provincial y local, y de la insatisfacción del “hambre de tierras” secular del campesinado pobre, único sostén potencial real de la revolución liberal.
- Origen de clase privilegiado e involución anticonstitucional de la mayor parte de los mandos militares, puesto ya en evidencia por su actitud pasiva ante el avance del ejército de la Santa Alianza.

- Distanciamiento popular consiguiente de la Constitución y las instituciones liberales, e ignorancia de las causas del mismo por la élite política e ideológica liberal.

Además, todo lo anterior puede completarse con el esclarecimiento de la sociedad española de 1814-1844 a la luz de su origen sociohistórico, en el «Estudio Preliminar» del libro *Textos Escogidos de Sanz del Río*, que se centra en la significación de su personalidad, sus ideas y su obra educativa para la historia de nuestra cultura.

Por de pronto, Eloy Terrón vuelve a insistir en la necesidad de superar las limitaciones de la historiografía positivista valiéndose de la imaginación teórica.

«El esquema que voy a elaborar aquí de la evolución de la sociedad española no es el resultado final del trabajo científico de un historiador; se trata simplemente de una hipótesis fingida para ayudarme a entender la sociedad española del siglo XIX. Comprendo que a muchos científicos les repugne esta forma de trabajar y que la consideren poco correcta, pero yo no siento que esté en contradicción con el desarrollo de la ciencia. Actualmente existe demasiado terror a equivocarse; hasta cierto punto, esta actitud lleva a pensar que se parecen demasiado el terror a equivocarse y el terror a teorizar. En todo caso, es bien sabido que en sana dialéctica el error es un camino que avanza dando un rodeo hacia la verdad, al menos cuando el error queda al descubierto.»

El entramado básico de la “sociedad castellana clásica” sería un nuevo orden feudal que se habría constituido sobre nuevos fundamentos económicos, sociales, políticos e ideológicos a partir de la sanción legal de la institución del mayorazgo, de la derrota de los comunes y del ascenso de Iglesia y la oligarquía local, coincidiendo con el advenimiento al trono de los reinos españoles de un monarca extranjero educado e influido por las tradiciones feudales. El ascenso de ese nuevo orden feudal prosigue luego hasta la formación de un partido nobiliar antieclesiástico y favorable a los Borbones, al final del reinado de Carlos II. En las décadas centrales del siglo XVIII los ilustrados impulsan la formación de un Estado y una conciencia nacional -en oposición al Estado, el foralismo, la ideología neofeudal y la Iglesia ultramontana- aprovechando las ventajas de la reactivación agraria de esa época. Pero, tras el fracaso de la reforma agraria de los ilustrados, la “revolución liberal” - alentada por la difusión del sentimiento de la propiedad individual de libre disposición, ya con Carlos III, y muy condicionada por el imperio de los intereses materiales- se limita, de hecho, a los cambios en la cúpula del poder y a la transformación jurídica de la propiedad, garantizando en la práctica la persistencia del neofeudalismo y el absolutismo, de facto.

Con todo, los graves trastornos sociales y políticos de la época inciden sobre la minoría crítica y la llevan a abrirse a las ideologías de los países europeos más avanzados, ya entre 1814 y 1840; y, al finalizar la guerra civil, se constituye una Universidad propiamente española, en claro contraste con la Universidad ultramontana tradicional, de teólogos y canonistas. A partir de ahí, los nuevos cambios sociales, la quiebra de los factores tradicionales de la organización y el control político y las exigencias populares de administración y orden, alientan el protagonismo político, la asimilación de las nuevas ideologías europeas y la pasión

propagandística y pedagógica de una intelectualidad, minoritaria, cuyas posiciones ideológicas van desde el eclecticismo y el doctrinarismo de los moderados y los progresistas al radicalismo de las dos facciones -democrática y socialista utópica- que conviven dentro del nuevo partido democrático.

En cuanto a Julián Sanz del Río, en concreto, su personalidad se define por el amor al trabajo y una moralidad kantiana, como resultado de la influencia organizada del medio familiar, eclesiástico y universitario, en el contexto social, político e ideológico de esa época. Al integrarse en los círculos progresistas de la capital de España en los primeros años 40, constata los problemas que preocupan a la burguesía. Viaja entonces para estudiar las enseñanzas de la filosofía en las universidades extranjeras, por encargo del ministro de Fomento. Una vez de vuelta en España, dedica unos años a la reelaboración de la filosofía de Krause para adaptarla a las necesidades del país. Y, a partir de ahí, ejerce el magisterio filosófico y científico sobre las personas interesadas por la alta cultura y su crítica, inculcándoles la pasión por la reconstrucción nacional mediante la apertura intelectual, la crítica científica y una moralidad ejemplar.

Tras esto, la «Carta a Carmen Busmayor sobre la guerra civil», de hondas resonancias biográficas, vuelve a incidir sobre la crisis del sistema terrateniente, hasta situarnos ya en plena dictadura franquista.

«Como no puedo reprimir mi *odio* a la Guerra Civil, y en especial a los que la desencadenaron, y como he pensado tanto sobre ello, me ha resultado fácil llegar a una conclusión: la Guerra Civil fue meticulosa y concienzudamente planeada por los representantes más conspicuos de la clase hegemónica en España, la *clase terrateniente*; y lo hicieron en defensa de *su monopolio* exclusivo, la posesión de la tierra, y de su fuente de ingresos, la renta de la tierra, que era, además, el mecanismo del que se valían para amansar a la mayoría de la población trabajadora, porque, no habiendo industria, la tierra era el único medio fundamental de producción que conocían millones de españoles.»

La Restauración -ya se ha dicho- fue la época *clásica* del doble poder de la clase terrateniente, civil y militar. Pero, al ser las rentas de la tierra la resultante de un complejo social de equilibrios, su inestabilidad tendió a crecer desde los primeros años del siglo XX al encadenarse una serie de factores. La contradicción entre la mayoría de la sociedad y la clase terrateniente y sus aliados de la derecha y la ultraderecha fue agravándose de modo creciente. Pero, al final (y sobre todo tras el intento revolucionario de los mineros asturianos en 1934), la intensificación de la conflictividad social llevó a la burguesía industrial y al conjunto de la derecha en general a reagruparse en torno a la clase terrateniente, que alentó a los militares que venían planificando la guerra civil, coincidiendo con la toma de conciencia popular y el aislamiento del ejército profesional. La rebelión del ejército africanista desencadenó la guerra civil, con el respaldo neocatólico de la Iglesia. Y, tras su victoria, los vencedores se hicieron con el poder a modo de “botín de guerra”, acaparándolo durante casi cuatro largos decenios.

«Poesía y sociedad», con el subtítulo «De cómo el poeta asume una concepción del mundo y de la vida que se manifiesta en su poesía»-, es un escrito

inacabado, en el que se evidencian las vivencias de su autor como miembro del grupo impulsor de la revista poética *Española* (1944) y vecino de la ciudad de León, desde 1943.

«El poeta verdadero -el arte genuino- tiene por tema al hombre y nada más que al hombre».

.....  
«En 1940,..., León era lo que podía decirse una ciudad levítica, ultrarreaccionaria,... Después de una primera fase de terror en apariencia sin control, se impone el terror organizado, metódico y justificado, terror frío y calculado; pero en esa otra etapa, que iba a durar muchos años, el terror iba respaldado por diversas formas de apoyo al mismo: la opresión social, la opresión educativa y la opresión espiritual religiosa».

Esa misma experiencia personal alimenta el contraste entre el análisis de los flujos de información que incidían sobre los individuos en la España de los años 40 y los que vienen haciéndolo sobre todos nosotros desde 1970. Esto, a título introductorio, y para resaltar la configuración de la personalidad de todo individuo por sus relaciones personales significativas, así como la importancia del diálogo como forma básica de la comunicación y la de sus contenidos como clave de la eficacia del mismo.

Pero el núcleo de «Poesía y Sociedad» vuelve a ser el examen de la sociedad española, aunque concretado ahora en una ciudad provinciana, León. Antes de la guerra civil, con el apunte de su estructura social y de las actitudes distintas y contradictorias de sus diversas clases sociales. Y, tras el final de aquella, para resaltar un triple aspecto fundamental: el imperio en la época del terror físico y espiritual, como método de dominación; la transición del terror paramilitar, en apariencia sin control, al terror organizado, metódico y frío de falangistas y eclesiásticos; y el papel de la Iglesia, como dirigente del “Nuevo Estado” mediante la organización de la adhesión pública al mismo, la educación y la dirección espiritual de los individuos.

Así se explica también, por cierto, la estrecha correspondencia general entre «La ideología de la “clase media” y el régimen de Franco».

«Puede afirmarse sin temor que la clase media ha sido la base de masas del Régimen del General Franco, tanto en la guerra civil como durante los 36 años y medio que duró el Régimen, desde la victoria hasta la muerte del Caudillo. Éste fue muy consciente de la conveniencia, más aún, de la necesidad de atraerse a la clase media. No sólo se dirigió a ella en numerosas ocasiones; como en el primer manifiesto al comenzar la guerra civil, donde dice -cito de memoria- que el Movimiento no viene a favorecer a una clase; o en su primera arenga pública, desde el balcón de la Capitanía General de Burgos, al ser encumbrado en la jefatura del Estado (“Venimos para el quehacer del pueblo, venimos para los humildes, para la clase media; no para los capitalistas”); etcétera. Además, en todos sus discursos (al menos durante los primeros veinte años) subsume los “fines temporales” - políticos, educativos e incluso los económicos- bajo el mejor servicio de Dios: dada la ambigüedad ideológica de la clase media, toda transmutación de los “fines temporales” en objetivos religiosos o simplemente espirituales le es muy grata y la fascina.»

Ahora bien, las bases sociales, políticas e ideológicas de la posición histórica privilegiada de la clase media en la jerarquía del poder y de la posición social se resquebrajan al desarrollarse el capitalismo en los años 50 y 60, mientras se impone, en cambio, la centralidad de la clase empresarial y la clase obrera. De modo que la defensa a ultranza, abstracta y retórica, de la religión y de la patria, por parte de la clase media, no es sino la manifestación ideológica de su desaparición como guardiana de las diferencias de clase; y el subjetivismo, la aversión a la política y la incapacidad para la crítica, de sus miembros, consecuencia de la carencia de intereses comunes y de solidaridad de la misma. Lo que, por cierto, viene a explicar también su transformación final, al dejar de ser la base de masas del régimen franquista y fracturarse, generacionalmente, entre desafectos y partidarios de la democracia burguesa.

Además, esto último coincide, en el tiempo con «El dominio ideológico capitalista y la crisis de la izquierda», como consecuencia de la supeditación del capitalismo español al gran capital extranjero. De ahí la centralización empresarial, la fragmentación mercantil de las masas y el bloqueo de su “conciencia espontánea” por los medios de “desinformación de masas” en el presente, en claro contraste con la situación de la clase obrera antes de 1936, cuando la autonomía social, política e ideológica de ésta contrarrestaba su fragmentación objetiva.

La cultura capitalista de nuestro tiempo se vale de la innovación técnica para configurar los gustos, los sentimientos y las esperanzas de las masas trabajadoras, al abaratar el trabajo asalariado y potenciar la “inquietud adquisitiva” (fragmentando a los trabajadores y encadenándolos a las mercancías mediante la publicidad y la “venta a plazos”). Lo que se completa, además, con la reorientación formal y utilitaria de la educación (en coherencia con la disminución de las condiciones intelectuales y morales de la población) y con la configuración de los nuevos gustos por los medios de comunicación de masas.

En el campo de la conciencia colectiva, el principal resultado de todo esto es la generalización del “analfabetismo funcional” y la desorganización de la mente del individuo, un proceso acelerado, en nuestro caso, por el rechazo previo de la prensa y la literatura franquista por la clase trabajadora. El capitalismo domina hoy a las masas encandilándolas con la oferta ingente de mercancías, el mito de la riqueza y el poder y una libertad abstracta. A lo que hay que añadir la creación de tensiones y miedos (a la inseguridad y el paro o la quiebra, las drogas, el terrorismo y la guerra atómica), la generalización del amoralismo, el aislamiento del individuo, el embrutecimiento general y la crisis crónica del sistema capitalista como un todo.

En estas condiciones, toda política genuinamente transformadora tiene que partir de la situación real de las masas, esclareciéndola a la luz de la teoría científica y difundiendo las conclusiones que se vayan alcanzando en un lenguaje inteligible por el trabajador y hombre común, al mismo tiempo que se fomenta la lectura. Por lo demás, en la etapa actual de la mundialización urge la construcción de una nueva economía, solidaria y sostenible, como alternativa a la autodestrucción capitalista del hombre; y hay que hacerlo a partir del estudio en profundidad de cada concreto.

De hecho, el propio autor ensaya un primer apunte al respecto, en su segunda «Carta a Carmen Busmayor», a propósito del presente y el futuro de su pueblo natal, Fabero del Bierzo.

«En Fabero y en los pueblos próximos deberían de tomarse en serio la crisis del carbón y pensar en otras formas de trabajo sin esperar a que sea demasiado tarde. Hay cosas que ya podemos ir haciendo. Podrían pensar en explotaciones de árboles: en poblar de pinos las tierras que antes daban poco y mal centeno, y en plantar castaños en las tierras un poco mejores. (...). Esto, al comienzo y como fórmula puente entre el trabajo en la industria minera y un nuevo sistema de subsistencia, que evite la emigración. Porque va a producirse un nuevo reflujó de las ciudades y las zonas industriales al campo, de donde salieron los trabajadores que están ya siendo desplazados de las industrias; ya no se puede seguir manteniendo la ficción de que los puestos de trabajo destruidos por las “nuevas tecnologías”, al implicar un verdadero aumento de la producción, conllevan la creación de más puestos en otras ramas de la producción o de los servicios.»

No sólo esto. En la «Carta a cualquier militante de Izquierda Unida» y en el escrito «Bases teóricas para el programa de un partido de izquierdas», vuelve a insistirse en cómo, hoy, la tarea de un partido de izquierdas genuino tiene que ser la defensa de la paz, la profundización de la democracia y, sobre todo, el esclarecimiento de las ideas de los trabajadores y de todo hombre honrado, sobre la base del estudio científico del capitalismo, impulsando para ello la formación de grupos de reflexión que se vayan extendiendo como manchas de aceite.

.«Los dirigentes de IU tienen que saber más que los capitalistas, tienen que estar en el límite del conocimiento de lo que hacen los capitalistas, tienen que verlas venir. Eso es posible: hay que averiguar cuáles son las tendencias que van apareciendo en el sistema capitalista; hay que conocer el funcionamiento de la economía capitalista. No podemos crear un partido político que pretenda cambiar la sociedad en el futuro leyendo los periódicos; no puede ser.»

« Los partidos de izquierda tienen que hacerse conscientes de la servidumbre en que viven los hombres. Es un grave deber moral y lógico-objetivo la elaboración de un conocimiento que refleje las condiciones reales de avasallamiento en que viven los ciudadanos, así como darles argumentos para que sepan oponerse a las avalanchas informativas y para que constituyan una cosmovisión (o visión del mundo) propia, que guíe su acción; y hay que conseguirlo renovando la ciencia, el arte, la literatura y los contenidos de los actuales medios audiovisuales.»

«Es necesario crear grupos de reflexión, formados por compañeros de trabajo, de aficiones, del barrio, etc., que a la vez sean estímulo y cauce del conocimiento, como objetivo y como liberador. Estos grupos pueden iniciarse ya en la escuela. Pero raramente serán “creadores” de conocimiento, sino, antes bien, iniciadores y estimuladores en orden a dar sentido a los conocimientos que reúnan dos condiciones básicas: la objetividad lógica y metodológica; y una rigurosa moralidad.»

Pero hay que hacerlo teniendo bien claro que el principal obstáculo a superar es «El analfabetismo y sus condicionantes sociales y económicos», y el recurso básico para lograrlo, la dialéctica de la «Práctica de la democracia y el desarrollo intelectual».

«Éste es el grave, gravísimo, problema moral del analfabeto (y de quienes lograron que lo fuera): un hombre inmerso en un mundo de signos -el lenguaje escrito- y de cifras, en el que se expresa nuestra cultura tecnificada, que está fuera de su alcance y del de tantos hombres expulsados de nuestros campos, donde se las arreglaban bastante bien sin saber leer ni escribir, y lanzados de lleno a un mundo en el que es imposible orientarse sin el dominio del lenguaje escrito.»

.....

«Cualquier observador desinteresado que -en el ejercicio de la democracia- presencia una reunión de personas con intereses comunes preocupadas por hallar soluciones realistas (objetivas) y eficaces para ponerlas en práctica, advertirá enseguida cómo surgen a la liza dos o tres opiniones distintas, y a veces hasta contradictorias en apariencia. Advertirá también cómo algunos de los reunidos toman posición franca a favor de una u otra opinión, y cómo otros inician de una manera titubeante el esfuerzo de integrar en un pensamiento, nuevamente formulado, lo que haya de valioso y objetivo en las opiniones emitidas al principio, hasta configurar un pensamiento vigoroso a partir de su integración. Cuando este pensamiento es asimilado de nuevo por todos los presentes y lo adoptan como propio, cada uno de los reunidos se ha superado a sí mismo gracias a los otros, y se ha elevado a un nivel superior de comprensión de la realidad. Éste es el resultado del ejercicio de la democracia real, directa y vivida.»

RAFAEL JEREZ MIR.

Madrid, 15 de febrero de 2012

## 1. Palabras previas

«La historia genuina como ciencia de una sociedad es a la vez la introducción a la ciencia política. Por eso ha sido siempre el conocimiento dominante de la clase dirigente de un país; y por esa misma razón debe constituir la base de un partido de izquierdas, porque todo ser humano que nace en una sociedad tiene derecho a que le sea facilitado un conocimiento objetivo de la realidad».

.....  
«La política es, en primer lugar, ciencia, porque es el contenido del conocimiento más importante, más riguroso, del hombre y de la historia humana. Como decía Marx, “el estado es la forma de relación entre los hombres”. La política es, por tanto, la ciencia que nos permite esclarecer nuestras relaciones; por eso su conocimiento es fundamental. Y es en este contexto en el que se entiende que, actualmente, la historia sea la ciencia de la política, la ciencia básica de las sociedades avanzadas.»

### **La historia, como ciencia de la política, ciencia de la sociedad actual. El conocimiento objetivo de lo real, función de un partido de izquierdas genuino**

La historia es una ciencia demasiado importante para confiarla sólo a unos especialistas como los historiadores.<sup>10</sup> La historia genuina como ciencia de una sociedad es a la vez la introducción a la ciencia política. Por eso ha sido siempre el conocimiento dominante de la clase dirigente de un país; y por esa misma razón debe constituir la base de un partido de izquierdas, porque todo ser humano que nace en una sociedad tiene derecho a que le sea facilitado un conocimiento objetivo de la realidad.

La formación ideológica siempre ha sido desarrollada por la clase dirigente, que descubrió que había que dominar a las masas y que su formación se podía hacer de diferentes maneras {ideologizante, utópica o realista-objetiva}. Una ideología bien administrada puede sustituir al guardián en la conciencia del súbdito: el guardián trabaja para el amo, de modo que lo mejor es que el campesino interiorice esa figura para que él mismo sea su propio guardián. En el pasado, la política fue un recurso de la clase dominante para sustituir al guardián por una ideología.

{El conocimiento político no puede tenerlo cualquiera; sólo aquellos que tienen experiencia del trato con los hombres. El utópico sustituye la realidad de éste

---

<sup>10</sup> ««Nosotros no conocemos más que una ciencia única, la ciencia de la historia. La historia considerada desde dos lados, puede dividirse en historia de la naturaleza e historia de los hombres. Sin embargo, esas dos partes no son separables: en tanto que haya hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionan mutuamente. (...). Tenemos que penetrar en la historia de los hombres, ya que toda la ideología se reduce a una abstracción total de dicha historia o a una falsa interpretación de dicha historia. La ideología, en sí, no constituye sino uno de los aspectos de la historia.» (Marx: *Principios filosóficos*. Traducción de Luis Alberto Sánchez, Editora Inter-Americana, Buenos Aires, 1945, pp. 80-81). {La lectura de esta antología fue la preferida por Eloy Terrón en los últimos meses de su vida, coincidiendo con la preparación de este libro (*N. del E.*)}.



por lo que él imagina que es.}. Sólo el conocimiento realista, objetivo, de la realidad pretende esclarecer la situación de las masas para que no se dejen dominar. Un individuo nace en un medio y adquiere un conocimiento de la realidad por vía cognitiva. Pero ese conocimiento no puede producirse en soledad sino en relación con los otros; de manera que el hombre, desde que es niño, se enfrenta constantemente con su entorno, escucha, mira, lee, habla, discute, reflexiona..., y así va formando su conciencia en una interrelación permanente con los demás.

Los intelectuales y los educadores deberían proporcionar a las nuevas generaciones un conocimiento no sesgado sino objetivo de la realidad. Y ésta es también la función de un partido de izquierdas, que debe ser vanguardista, disciplinado, formado con rigor intelectual, moralmente intachable, que no caiga en el desaliento y acoja siempre los propósitos de aquellas clases sociales que, a largo plazo, coincidan con sus intereses. Un partido de izquierdas no sólo debe representar los intereses de la clase trabajadora; debe también profundizar en la democracia de forma activa, militante, y, sobre todo, debe tener una preocupación grande por la creatividad política, debe investigar la marcha de las tendencias económicas, campo que se presta hoy como nunca a todo tipo de manipulaciones. No hay que tener más preocupación por la política como representación que por la política como creación.

La política es, en primer lugar, ciencia, porque es el contenido del conocimiento más importante, más riguroso, del hombre y de la historia humana. Como decía Marx, "el estado es la forma de relación entre los hombres". La política es, por tanto, la ciencia que nos permite esclarecer nuestras relaciones; por eso su conocimiento es fundamental. Y es en este contexto en el que se entiende que, actualmente, la historia sea la ciencia de la política, la ciencia básica de las sociedades avanzadas. Estábamos acostumbrados a verla como una ciencia abstracta a la que no concedíamos influencia política real; sin embargo no es así {como hace mucho también dijo Marx: "la única ciencia verdadera es la ciencia de la historia"}:<sup>11</sup> el principio de la historia es el hombre y su desenvolvimiento real, es la actividad práctica, el proceso práctico de desarrollo de los hombres, no una acumulación de hechos muertos.<sup>12</sup>

Estas son las razones por las que decidí publicar algunos de mis artículos sobre la historia de España, que es la historia de la lucha por la tierra, o, mejor, de la posesión de la tierra por parte de las clases privilegiadas a costa de la miseria de los campesinos; es también la historia del mantenimiento de los privilegios por parte de la clase dominante durante todo el siglo XIX y de la inmovilización del país por el terrible miedo a la pérdida de esos privilegios; y la historia de una guerra civil que fue un proyecto, largamente meditado, que tenía como finalidad aniquilar todo atisbo

---

<sup>11</sup> El resto de este párrafo falta en la primera versión del texto. (*N. del E.*).

<sup>12</sup> «Cuando el hombre es reconocido como la esencia y base de toda actividad humana y de toda condición humana, la crítica no consigue sino inventar nuevas categorías y transformar al hombre (...) en una categoría y en el principio de toda una serie de categorías, escogiendo evidentemente así la última escapatoria que aún queda a la inhumanidad hostigada y perseguida.»

«La historia no hace nada; no posee "enormes riquezas" ni "combate". Es el hombre, el hombre real, el hombre vivo, quien hace, quien posee, quien combate; no es la historia la que utiliza al hombre para realizar sus fines -cual si ella fuera una persona independiente-, ella no es nada más que la actividad del hombre que persigue sus propios fines» (*Ob. cit.*, p. 78).

de pensamiento contrario al de esa clase dirigente, masacrando a los trabajadores que no se sometieran y a todos los grupos o partidos que los defendían.

Estos artículos fueron escritos cuando, para realizar mi tesis *Sociedad e Ideología en los orígenes de la España Contemporánea*, tuve que analizar un poco la evolución de la sociedad y el pensamiento en España. Hice entonces algunas notas sobre la evolución del pensamiento desde los Reyes Católicos hasta Sanz del Río y, posteriormente, sobre el estancamiento desde Sanz del Río hasta la guerra civil. Ideas anticipadas en el prólogo al libro de Enrique Prieto<sup>13</sup> que hemos titulado aquí *Formación y desarrollo del sistema terrateniente*.

Pensamos en hacer una publicación de textos nacidos de esta exploración inicial, como son el citado prólogo al libro de Prieto, los textos escritos para el Centro Superior de Diseño de Moda de Madrid (*Bases sociales y políticas del Barroco. Una introducción y El espíritu burgués*), el artículo escrito para la revista *Nuestras Ideas* sobre la revolución de 1820, la introducción a la publicación de los textos escogidos de Sanz del Río, el artículo *Las reformas liberales y la vía al estancamiento*, dos de las cartas que escribí a Carmen Busmayor (una de ellas sobre las causas que provocaron la guerra civil), el texto *Poesía y Sociedad* y la carta a un militante de Izquierda Unida sobre las bases teóricas de un partido de izquierda.<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> *Agricultura y atraso en la España Contemporánea*, Madrid, Endymion, 1988. (N. del E.).

<sup>14</sup> Eloy Terrón no terminó esta introducción, porque antes de poder hacerlo le sorprendió la muerte. Pero dejo dos índices del libro, con pocas diferencias entre sí. A saber:

#### I. HISTORIA Y POLÍTICA/ HISTORIA E IDEOLOGÍA POLÍTICA. (ÍNDICE PROVISIONAL).

1. Palabras previas.
2. Bases sociales y políticas del Barroco. Una introducción.
3. El espíritu burgués.
4. Formación y desarrollo del sistema terrateniente.
5. La revolución de 1820.
6. *Textos escogidos de Sanz del Río*: Estudio preliminar.
7. Poesía y sociedad.
8. Carta a Carmen Busmayor sobre la Guerra Civil.
9. Carta a Carmen Busmayor {sobre el presente y futuro de Fabero del Bierzo}.
10. El analfabetismo en España
11. Carta a un militante de Izquierda Unida.
12. Bases para la creación de un partido de izquierdas.

#### II. ESTADO Y CONCIENCIA EN LA SOCIEDAD DE CLASES. (TÍTULO PROVISIONAL).

1. Palabras previas (falta ampliar).
2. Bases sociales y políticas del Barroco. Una introducción.
3. El espíritu burgués.
4. Formación y desarrollo del sistema terrateniente.
5. Las reformas liberales y la vía al estancamiento.
6. La revolución de 1820.
7. Prólogo al libro *Textos escogidos de Sanz del Río*.
8. Carta a Carmen Busmayor sobre la Guerra Civil.
9. Poesía y sociedad.
10. Carta a Carmen Busmayor {sobre el presente y futuro de Fabero del Bierzo}.
11. Carta a un militante de Izquierda Unida.
12. Bases para la creación de un partido de izquierdas.

#### APÉNDICES:

1. El analfabetismo en España.
2. Práctica de la democracia y desarrollo intelectual (N. del E.).

## 2. Bases sociales y políticas del Barroco. Una introducción<sup>15</sup>

«La exaltación, la glorificación, la apoteosis y la retórica ampulosa y llena de esplendor es la esencia del barroco, y, a la vez, el recurso y el contenido del proyecto político antifeudal de los legistas. Éste tenía como finalidad la exaltación a lo absoluto del poder real: dotar al Rey de un poder irresistible e incluso extramundano, pues, cuanto mayor fuese el desequilibrio social, más necesario se haría un poder fuerte y eficaz para reprimir a los campesinos vasallos. Pero acabó por beneficiar a toda la clase dominante: la nobleza, los funcionarios y los corregidores impuestos a villas y ciudades.»

### **La monarquía centralizada cortesana, solución a la crisis del feudalismo clásico: exaltación del poder real y reproducción de la clase dominante**

En los siglos XIV y XV, los señoríos feudales entran en una grave crisis de autodestrucción. Para subsistir, tienen que mantener e incluso reforzar sus ejércitos privados, las mesnadas señoriales. Esas fuerzas armadas son necesarias en razón de un doble fin: obligar a los campesinos a entregar sus *pechos*, cargas y tributos, que constituían la base económica de los señoríos, y hacerse respetar por los demás señores, que planeaban el aumento del propio señorío incorporando las tierras de sus vecinos.

Esa dinámica bélica de concentración de la tierra explica el clima de guerra entre señoríos, sobre todo en los siglos XIV y XV, cuando las guerras se hicieron endémicas y con consecuencias aniquiladoras para los señoríos en general. Debilitaban, y hasta arruinaban, a las grandes casas señoriales, con gran alborozo, por cierto, de otras dos fuerzas político-económicas de la sociedad: el Rey y las ciudades. Aunque en el caso del Rey, éste se sentía más vinculado a la nobleza que a las ciudades; de hecho, en los reinos del occidente europeo, y en España en especial, la Corona tomó parte en las luchas señoriales, arrastrada con frecuencia por uno de los bandos y haciéndolas así aún más devastadoras.

Esa situación histórico-social llevó a las grandes casas de la nobleza a descubrir el abismo al que conducían sus enfrentamientos armados, pues, para ellas, lo realmente importante -y el fundamento de su prestigio- era en definitiva la propiedad de las tierras (la hacienda feudal) y el número de colonos para cultivarlas. Por otra parte, la base aparente de su poder, los caballeros -los guerreros de sus mesnadas-, eran un auxiliar peligroso, puesto que consumían una parte importante de las rentas señoriales.

Esa situación objetiva acabó llevando a los señores a plantearse de modo urgente la necesidad de un cambio revolucionario: asegurarse la propiedad de la tierra, el control de los campesinos y el pago de los pechos, y, lograrlo, además,

---

<sup>15</sup> Mecanoscrito; correspondiente a una lección del curso de Teoría e Historia de la Cultura, impartido por su autor en la Escuela de Diseño de la Universidad Politécnica de Madrid, en 1990-91. (*N. del E.*)

deshaciéndose de sus mesnadas. La solución ideal para los grandes nobles era que el Rey y (en Castilla) las Cortes les confirmaran en la propiedad de las tierras que integraban sus señoríos, que el Rey reprimiera a los campesinos que se negaran a pagar los pechos y tributos, y que las ciudades -por lo demás, cada día más domesticadas y debilitadas por la participación de los nobles en su gobierno-, se mantuvieran al margen de los conflictos que pudieran producirse entre señores y colonos.

En el Reino de Castilla, esa situación histórico-social tuvo diversas consecuencias cuando los Reyes Católicos pusieron fin a la llamada Reconquista peninsular, tras todo un proceso previo que debió durar dos o tres decenios.

La primera consecuencia a destacar es el establecimiento de un cuerpo de leyes de nuevo tipo, realmente vigente y obedecido en todo el reino. Ése fue el caso de las leyes de Toro,<sup>16</sup> con las que se sancionaron las vinculaciones y los mayorazgos, forma de propiedad preferida y predilecta de la nobleza. Pero de poco hubieran servido las leyes sin tribunales y sin jueces; y, por eso, los Reyes Católicos, que establecieron la mayor parte de ese tipo de leyes,<sup>17</sup> pusieron también en marcha la Chancillería de Valladolid, mientras la Iglesia Católica contribuía por su parte a la fundación de tribunales al impulsar la Santa Inquisición.

Otro resultado importante de esa situación histórico-social fue la exaltación del poder del Rey y la glorificación de la figura del monarca, dado que cada día eran más los grupos sociales interesados en que el monarca ostentara el máximo poder, hasta llegar a personificarlo; un poder sin rival, puesto que tenía que defender los intereses de las clases privilegiadas de la sociedad -la nobleza y la burocracia-, los de la Iglesia y, en cierta medida, también los de las ciudades (los de las oligarquías que las gobernaban, con mayor exactitud).

Habría que analizar qué clases estaban más interesadas en ensalzar y exaltar el poder, la omnipotencia, del Rey. En principio, las clases sociales más implicadas en la exaltación y en la glorificación del poder absoluto del Rey eran la burocracia -a la que se podría denominar nobleza de toga-, la nobleza terrateniente, la alta jerarquía eclesiástica y los detentadores de los oficios vitalicios en las ciudades. Ahora bien, a pesar de sus evidentes y profundas contradicciones internas, la clase que más se jugaba en el proceso de exaltación y de reforzamiento del poder real era la nobleza terrateniente, puesto que, al impulsarlo, ponía en juego la sólida base de su poder económico, político y social: sus inmensas propiedades territoriales.

Tanto en el pasado lejano como en el más reciente, los nobles se habían sentido como iguales al Rey y, en muchas ocasiones, como enemigos del mismo. Pero, en la segunda mitad del siglo XV, una serie de cambios hicieron imposible la vuelta al castillo, roquero, feudal; desde entonces, la nobleza territorial defendió mejor la integridad y la independencia de sus señoríos trasladándose a la Corte, en las proximidades del Rey, y no, encerrándose con sus caballeros tras las murallas de sus castillos.

---

<sup>16</sup> M. Lafuente, *Historia General de España*, Madrid, 1875, t. V, p. 408.

<sup>17</sup> Sobre las Chancillerías y las Audiencias, véase, entre otros, J.M. Antequera, *Historia de la legislación española*, Madrid, 1895. 4ª ed., p. 394.

Los nobles más poderosos -junto con otros muchos que no lo fueron tanto- se apiñaban en torno al monarca y a otras personas de la familia real, formando alianzas, bandos, confederaciones y partidos que pretendían unir sus fuerzas para imponer su candidato a la Corona y gobernar así por intermedio suyo. Lo que evidencia que la mejor defensa de sus intereses iba unida a su presencia e influencia en la Corte.

En los años veinte del siglo XV (en 1428, en concreto) el rey Don Juan II se vio obligado a prohibir las alianzas y confederaciones que solían hacerse entre los grandes, disolviendo las que estaban ya hechas y no permitiendo que volvieran a formarse en adelante sin mandato o expreso conocimiento suyo. Es más, fue aún mucho más lejos, al ordenar a los grandes del reino (que, al apiñarse en la Corte, hacían de ésta un hervidero de ambiciones y de intrigas) que se fueran para sus tierras, «quedando solamente en su compañía un pequeño número que designó...».<sup>18</sup> Pero esa decisión del rey Don Juan II resultó imposible de cumplir y, por tanto, inútil: de hecho, los nobles ya no volvieron a abandonar la Corte.

Por lo demás, esa misma medida real sería interpretada de otro modo en el siglo XIX por uno de los agraristas de la época (movido, como tantos otros intelectuales de entonces, por la nostalgia y la admiración de la forma de vida feudal, tan fascinante).

« (...). Don Juan II, dolido del abandono de los campos y de sus perniciosos efectos para el Estado, ordenó a los grandes y caballeros del reino, que sin cesar llegaban a su Corte con objeto de fijar en ella su residencia, volvieran a sus casas solariegas a cuidar de sus desmedrados intereses.»<sup>19</sup>

«La orden, como toda ley que pugna con costumbres muy arraigadas, no produjo ningún efecto y cayó en desuso; mas, del mal creciente, ocasionado por la concentración urbana, apenas hubo escritor que se ocupara. Sólo Saavedra Fajardo lo señaló de una manera terminante en sus *Empresas políticas*, en los siguientes términos: “La pompa de las Cortes, sus comodidades, sus delicias, la ganancia de las artes, la ocasión de los premios, tira así a la gente, principalmente a los oficiales y a artistas, juzgando que es más ociosa vida la de servir que la de trabajar. También los titulados, por gozar la presencia del Príncipe, y lucirse, desamparan sus estados y existen en la Corte, con que no cuidando de ellos y trayendo sus rentas para su sustento y gastos superfluos, quedan pobres y despoblados, los cuales serían más ricos y más poblados si viviera en ellos el Señor”.»<sup>20</sup>

La alta nobleza (los grandes, en la terminología antigua, los *ricos hombres*) estaba constituida por un número muy corto de familias, con sus ambiciones, rivalidades y ansias privadas de poder, poseedoras de grandes extensiones de tierras y de miles de vasallos, y con la posibilidad de movilizar grandes ejércitos. Ellas fueron las causantes de los conflictos y las guerras de la época, con su afán por ampliar sus señoríos y de dominar al monarca, cuyo poder crecía por cierto en la misma medida en que lo hacían los centros urbanos, el artesanado y el comercio (sin duda, el verdadero competidor y enemigo de los grandes señores). Pero las guerras y las destrucciones provocadas por las rivalidades de los grandes a lo largo de los siglos XIV y XV llevaron a la alta nobleza al convencimiento de

<sup>18</sup> M. Lafuente, *Ob. cit.*, t. IV, p. 377.

<sup>19</sup> M. López Martínez, *El absentismo y el espíritu rural*, Madrid, 1889, pp. 9-10.

<sup>20</sup> M. López Martínez, *Ob. cit.*, p. 10.

que sus propósitos eran inútiles: dadas las nuevas tendencias -bien manifiestas por cierto en la Europa Occidental-, la familia que lograra una completa influencia sobre el monarca,<sup>21</sup> o incluso hacerse ella misma con la Corona, asumiría con ello los objetivos del poder central, convirtiéndose así a su vez en enemiga del resto; con lo que se volvería de nuevo a la situación del principio.

En ese largo período histórico de luchas intestinas -que, según algunos autores, se extendió desde Fernando III (llamado el Santo), en la primera mitad del siglo XIII, hasta la muerte de Enrique IV, en el último tercio del siglo XV- los *ricos hombres* descubrieron, pues, que la base real de su poder era la enorme extensión de sus tierras con los vasallos que las trabajaban. Por eso, su objetivo prioritario pasó a ser el asegurar la plena propiedad de sus tierras y, en lo posible, la de sus cultivadores. Y lo lograron, de hecho, cuando los Reyes Católicos sancionaron las vinculaciones y los mayorazgos -una forma de propiedad con pretensiones de eternidad- con todo el peso de la ley. En cuanto a los propios monarcas, favorecieron las pretensiones de la alta nobleza puesto que no buscaban su destrucción (pese a tantos aduladores que nos los presentan como los “fundadores de la unidad nacional”) sino convertirla en adorno y escabel con los que destacar con mayor brillo a la Corona.

Los Reyes Católicos y sus ideólogos e inspiradores (al igual que muchos intelectuales del siglo XIX -y tal vez del siglo XX- y es probable que por idénticas razones) no podían concebir la monarquía sin la nobleza, y, por eso mismo, fueron muy respetuosos con la propiedad.<sup>22</sup> Pero, al prometer a los grandes la plena garantía para el disfrute de sus posesiones (al concederles la plena propiedad y la protección frente a cualquier insubordinación de sus vasallos), se propusieron al mismo tiempo liberar a los *ricos hombres* de la obligación de acudir con hombres de armas a la llamada de Rey, por lo que habían recibido en el pasado tantos honores y mercedes. De hecho, al eximirlos del sostenimiento de las mesnadas,

«se mostraron severos en prohibir que los caballeros recibiesen acostamiento<sup>23</sup> de los grandes; para con mayor blandura apartarlos de su servicio, al cual era muy común posponer el del Rey, dieron lanzas<sup>24</sup> a muchos y los tomaron a sueldo, con cuya traza se deshizo en su mayor parte el poder de la nobleza, muy temible a la Corona mientras fueran en gran número las gentes sujetas a merced de los ricos hombres y, por tanto, aparejadas a seguir su apellido»<sup>25</sup>.

Los Reyes Católicos y sus sucesores adoptaron, por tanto, una actitud contraria por completo a la de Juan II cuando, en 1428, ordenó a los grandes que se retiraran a sus estados o señoríos y que no se apiñasen en la Corte. La nueva estrategia real consistía en incitarles a vivir en la Corte para romper su contacto con

---

<sup>21</sup> M. Colmeiro, *De la Constitución y del Gobierno de los antiguos reinos de León y Castilla*, Madrid y Santiago, 1855, p. 31.

<sup>22</sup> Sobre la necesidad de la nobleza como escabel de la Corona, es muy interesante la respuesta de D. Quijote a la pregunta acerca de si en la Corte no había caballeros: “Sí..., y muchos, y es razón que los haya, para adorno de la majestad real.” (Cervantes, *Don Quijote*, 2ª Parte, cap. VI, al principio). Véase también, al respecto, por ser muy representativo, R. Altamira, *Historia de España y de la civilización española*, Madrid, 1900-1911, t. II, pp. 407-408.

<sup>23</sup> Honor, beneficio o sueldo que el señor daba a sus caballeros por seguir su enseña y por servirlo.

<sup>24</sup> Esto significaba dar a un caballero una plaza en una compañía al servicio del Rey (por ejemplo, en alguna de las que constituyeron el ejército que fue a Italia).

<sup>25</sup> M. Colmeiro, *Ob. cit.*, pp. 39-40.

las poblaciones de su jurisdicción, a fin de tenerlos a la vista y bajo su vigilancia, y, además, entretenidos con la golosina de los cargos palatinos, que dependían por completo del Rey.<sup>26</sup>

Otras medidas importantes adoptadas por los Reyes Católicos fueron la creación de una fuerza pública, la Santa Hermandad, y una renovación profunda de los tribunales, audiencias y chancillerías, que pasaron así a constituir la verdadera plaza fuerte de los *legistas* o jurisconsultos, como inspiradores ideológicos de ese cambio histórico.

En cuanto a la creación de la Santa Hermandad en las Cortes de 1476, parece que fue el primer ensayo para establecer una fuerza militar permanente, costeada por los consejos y a disposición del monarca.<sup>27</sup> En todo caso, el intento inicial de creación de un ejército permanente se concretó en una disposición por la que se ordenaba que en todas las ciudades, villas y lugares de realengo de Castilla hubiera un cierto número de peones y de caballos, proporcional al vecindario. Ahora bien, cuando el cardenal Cisneros trató de llevar esa disposición a la práctica, los pueblos trataron de oponérsele, animados y estimulados por los nobles, que veían en esa política un grave peligro para sus intereses. Luego, en 1562 y en 1590, Felipe II lo intentaría también, aunque al parecer sin mayor entusiasmo. Más tarde, ese proyecto reaparecerá de nuevo en distintos momentos históricos, y es posible que incluso esté en la base del plan de creación de Regimientos de Felipe V. Pero, en general, despertó la desconfianza no ya solo de la nobleza sino de la misma realeza.<sup>28</sup>

La monarquía centralista y la exaltación del poder real abrieron nuevos campos y ofrecieron nuevas posibilidades a los *ricos hombres* de las viejas casas nobiliarias para renovar las hazañas de sus antepasados lidiando con la morisma, pero en otros campos: en las antecámaras reales, en las cacerías, en los juegos de cañas, y, también, en los numerosos virreinos de Castilla, Italia, Flandes, las Indias,..., en las embajadas y -en este último caso, con verdadero riesgo- en la armada y en los ejércitos. La monarquía centralizada necesitaba muchos funcionarios: unos, puramente representativos, adecuados para la alta nobleza; y, otros -muchos más- que exigían saber, preparación y profesionalidad, reservados para los miembros de la pequeña nobleza (caballeros, hidalgos o miembros de las familias patricias de las ciudades).

En lo que respecta al clero, éste había jugado un importante papel durante la Edad Media, como aparato especializado al servicio de los grandes señores y del monarca. Pero, aun siendo mucho más de éstos, en los siglos XIV y XV su

---

<sup>26</sup> R. Altamira, *Lug. cit.*, pp. 408-409. Sorprende, en relación con esto, la ceguera mental de aquellos escritores del siglo XIX que culpan al absentismo del atraso de España y acusan a la nobleza de abandonar sus tierras y a sus gentes, dejando a los cultivadores campesinos sin dirección y vigilancia, para trasladarse a vivir en las ciudades y arruinarse en ellas con el lujo de sus mansiones y palacios, y para hundirse en la depravación. (Véase, entre otros, M. López Martínez, *Absentismo y espíritu rural*, Madrid, 1889, p. 23).

<sup>27</sup> Uno de los primeros en manifestar la idea de un armamento general del reino fue, al parecer, el contador Alonso de Quintanilla (M. Danvilla y Collado, *El poder civil en España*, Madrid, Madrid, 1885, t. I, p. 549).

<sup>28</sup> La Guerra de las Comunidades, que obligó a Carlos V a apoyarse en la nobleza para reducir a los consejos, lo evidenció muy bien. Por lo demás, el temor de los monarcas a los consejos llegó a contagiar a un liberal como Colmeiro, en pleno siglo XIX: «Más daño causaron a la antigua constitución de Castilla los desmanes de los concejiles que la soberbia de las mesnadas» (*Ob. cit.*, t. II, p. 278).

estructura era interclasista y jerarquizada: quienes se situaban en su parte superior tenían los mismos intereses y preocupaciones que la nobleza, como unos señores más que eran; pero el resto estaban en contacto directo con la pequeña nobleza, e incluso con el pueblo, sobre todo en las villas y ciudades.

Durante la Edad Media la Iglesia gozó de una situación privilegiada en la Península Ibérica en razón de las peculiares guerras llamadas de Reconquista, al ser la religión la única justificación para legitimar la lucha contra los musulmanes; y, de hecho, el cristianismo se convirtió en la referencia principal y en el contenido ideológico prevaleciente de esas contiendas.<sup>29</sup> Pero las máximas jerarquías de la Iglesia del Reino de Castilla rivalizaron con los grandes señores en guerras intestinas, banderías y conspiraciones, por tener bajo su influencia a la Corona; y lo mismo, y quizás con más apasionamiento, hicieron los maestros de las tres principales órdenes religioso-militares, la de Santiago, la de Calatrava y la de Alcántara.<sup>30</sup> De modo que, durante el feudalismo clásico, la Iglesia ejerció un doble poder: actuó como un señor feudal más en los extensos dominios de abadengo; y, como poder espiritual, ejerció una irresistible influencia sobre los demás señores y sobre el monarca.

Ahora bien, en el siglo XV, el clero fue incapaz de superar las contradicciones del feudalismo en decadencia, y no pudo proporcionar a la monarquía centralizada<sup>31</sup> los cuadros intelectuales que necesitaba, al ser su techo intelectual el mismo que el de los señores y padecer, en su inmensa mayoría, una total falta de formación intelectual. Eso explica que hiciera acto de presencia en la historia un nuevo estrato intelectual, que quizás merecería el nombre de burocracia.

Con todo, no se puede ni se debe negar la colaboración de la Iglesia en exaltación del poder real y en la glorificación de la persona del monarca. En parte, porque la propia Iglesia sufrió también los efectos del proceso centralizador: una vez zanjadas las discusiones sobre la supremacía de los Concilios o del Papa en el concilio de Basilea (1431-1445), el monarquismo invadió la Iglesia, y, a partir de entonces, el Papa fungía como rey. Pero, también, porque la Iglesia no podía subsistir sin la monarquía: el clero colaboró en la glorificación del rey y en la del poder centralizado porque, dada la inmensidad de sus riquezas,<sup>32</sup> a la Iglesia le iba mucho en que el rey tuviera mucho poder o no; aparte de que la “extracción” de unas rentas elevadas a los campesinos de un país pobre -como lo eran las dos Castillas, Aragón, Galicia, etc., en el dominio agrícola- tenía que generar tales tensiones como para que se impusiera la necesidad de un poder fuerte y eficaz, capaz de reprimir cualquier insubordinación o protesta.

---

<sup>29</sup> Es más: se ha dicho y escrito muchas veces que el verdadero contenido de la nacionalidad española es el catolicismo. ¿Está esto -con la experiencia que hoy tenemos- cerca de la verdad? Por este camino se podría llegar a afirmar que el ideal del español es ser mitad monje y mitad soldado; o, como parafraseaba un inolvidable profesor de Historia de la Universidad, lo que de verdad se habría querido decir es que el ideal del español es ser “mitad obispo y mitad general”. {El profesor en cuestión es Santiago Montero Díaz (1911-1985), catedrático de la Universidad Complutense, que dirigió la tesis doctoral del autor y lo acogió como profesor auxiliar en su cátedra de Historia Antigua, en 1955 (*N. del E.*)}.

<sup>30</sup> Estas tres órdenes religioso-militares eran tres poderosos centros de poder, por las riquezas, tierras y vasallos que poseían, y estaban bajo la influencia conjunta de la nobleza y la alta jerarquía eclesiástica.

<sup>31</sup> Evito llamarla Estado, de modo intencionado.

<sup>32</sup> Algunos clérigos extranjeros que viajaron por España en los siglos XVI y XVII se asombraron ante las rentas que recibían algunos obispados españoles.



En los siglos XVI, XVII y XVIII, la Iglesia tampoco disponía ya de mesnadas. Pero, puesto que con la unción de la realeza “por la gracia de Dios” se había producido una sacralización de la persona del Rey y éste disfrutaba de poderes casi religiosos,<sup>33</sup> la Iglesia no podía vivir sin la monarquía ni ésta subsistir a su vez sin la Iglesia.

\* \* \*

### **Legitimación de la monarquía centralizada cortesana por los legistas, como expertos de la administración, el derecho, la ideología y la retórica**

¿Quién, o quiénes, elaboraron el proyecto de ensalzar el poder real hasta convertirlo en hegemónico, en poder absoluto? Porque no cabe duda de que alguien tuvo que concebir esa idea, aun en el caso de que se desprendiera de la acción mediante la reflexión, como tantas veces ha ocurrido en la historia.<sup>34</sup>

La idea de la centralización del poder en la persona del rey conllevaba poderes prácticamente ilimitados que anulaban los privilegios seculares de los señores feudales: derechos tan arbitrarios como hacer la guerra a sus vecinos, talar los campos y quemar las aldeas de los señores rivales, imponer su justicia, nombrar jueces, alcaldes (a veces, dando una patada en el trasero al designado) y personas para cubrir los beneficios de las iglesias (capellanías y demás), ejercer de salteadores de caminos de los viajeros que atravesaban sus tierras o las del vecino, imponer portazgos y una amplia gama de otros malos usos. Ante esta larga serie de arbitrariedades, era lógico -más aún, necesario- que alguien pensara o imaginase una organización política dotada de un poder tal, tan fuerte y riguroso, que nadie pudiera oponérsele: dotado de leyes generales que todos los súbditos tendrían que cumplir, de tribunales y de una fuerza pública o un ejército para respaldar la ley en caso de resistencia.

Por otra parte, ese tipo de organización política había existido ya, y quedaba un testimonio fascinante del mismo, sus leyes: el ejemplo -el modelo- era la República y el Imperio de Roma. Todos los profesionales del derecho (los jurisconsultos y los legistas en general, y los partidarios del derecho romano, los romanistas, en particular) tenían noticia del mismo, y, de hecho, la tendencia a inspirarse en él debió abarcar a la mayoría.

Los siglos XII y XIII fueron los de la más intensa fragmentación de los fueros, cuando no ya cada ciudad sino cada villa aspiraban a tener fuero propio. Pero, una vez superada esa etapa, y coincidiendo con la fundación de los estudios generales y las primeras universidades, aparecieron los primeros abogados o legistas (aunque estuviesen sólo ligeramente familiarizados con el derecho romano: con *el derecho*); y, con ello, debieron surgir también las tendencias integradoras y uniformadoras,

---

<sup>33</sup> Para comprobarlo, basta observar las intervenciones de los reyes en los asuntos religiosos: reformas de órdenes religiosas, nombramientos de obispos, presidencia de Autos de Fe, etc.

<sup>34</sup> Algunos autores hablan de un milagro y de una inspiración de la reina Isabel. Otros, del genio político del rey Fernando. Pero todo ello forma parte de los propósitos laudatorios y partidarios de los panegiristas de los Reyes Católicos como “fundadores de la unidad española”, cuando parece que, en realidad, ni el uno ni la otra tuvieron plena conciencia de ello: algunos hechos, y, en particular, la conducta del rey Fernando en los últimos años de su vida, inclinan a pensarlo así.

iniciándose así la lucha contra la atomización y el caos jurídico feudal. La fascinación romanista, que comenzó con el Fuero Juzgo, de Fernando III (1241), se evidencia con mayor claridad en las *Partidas* (1256-1265), de Alfonso X el Sabio, en el Ordenamiento de Alcalá (1348) y en otras leyes posteriores.

La sociedad española -o, al menos, la castellana- de los siglos XIII al XV era una sociedad en transición desde la anarquía feudal hacia una sociedad con un mínimo de orden y regulada por la ley, una sociedad que ansiaba un orden jurídico. En tales condiciones, la ley y el derecho eran preocupaciones comunes fundamentales, y los legistas, los hombres que con mayor interés y profundidad observaban la realidad social y recogían sus anhelos más inquietantes y reveladores.<sup>35</sup> Los legistas eran algo así como los médicos de una sociedad enferma que quiere curarse y avanzar, y el elemento consciente y los portavoces de las fuerzas sociales más progresivas, el artesanado y los comerciantes de las ciudades y las villas, cada día más interesados en la libre circulación de hombres y mercancías.

En la época de la plena hegemonía de los señoríos, los legistas no tenían nada que hacer: los señores no necesitaban de sus servicios para nada. Pero, para la monarquía centralizada, el consejo de los legistas y la aplicación de las técnicas jurídicas que ellos dominaban resultaban indispensables; y, con más motivo, en el caso de una monarquía como la española, bajo cuya soberanía convivían diferentes reinos, cada uno de ellos con sus cortes, sus leyes, sus costumbres y demás. En la monarquía española, tal y como se la comienza a diseñar por los Reyes Católicos y Cisneros, los servicios de los legistas no sólo eran necesarios sino indispensables en los consejos, en los tribunales y en la elaboración de las leyes.<sup>36</sup> Los fueros municipales o las peticiones de los procuradores de las ciudades podían redactarlos los interesados aunque no tuvieran formación jurídica alguna. Pero las leyes para el funcionamiento de los tribunales y las leyes generales para un reino tan diverso y tan extenso como el de Castilla ya no podían elaborarse así. Por eso,

«mandóse en la ley II {de las de Toro} que la legislación española habrá de ser objeto de los estudios de los jurisconsultos, y que no bastaba la ciencia vulgar para satisfacer las verdaderas necesidades de la vida pública...»;<sup>37</sup>

y, por lo mismo, los Reyes Católicos, encargaron en 1480 la tarea de recopilar, coordinar y armonizar las leyes de Castilla, para formar con ellas un único cuerpo legal {el Ordenamiento de Montalvo, 1484}, a un jurista, el Dr. Alfonso Díaz de Montalvo (1405-1499).

Resaltan sobremanera las observaciones de un historiador de la época acerca de las tareas cumplidas por los legistas y sobre las virtudes de los mismos:

«Pusieron el gobierno de la justicia y cosas públicas en manos de letrados, gente media entre los grandes y los pequeños, sin ofensa de los unos ni de los otros, cuya profesión eran letras legales, comedimiento, secreto, verdad, vida llana y sin corrupción de costumbres; no visitar, no recibir dones, no profesar estrechez de

---

<sup>35</sup> M. Danvilla y Collado, *Ob. cit.*, t. I., pp. 54-56.

<sup>36</sup> M. Danvilla y Collado, *Ob. cit.*, t. I., p. 567.

<sup>37</sup> M. Danvila y Collado, *Ob. cit.*, t. I., p. 594

amistades, no vestir ni gastar suntuosamente, blanduras y humanidad, juntarse a horas señaladas para oír causas, o para determinarlas y tratar del bien público».<sup>38</sup>

Caballeros o simples hidalgos, los legistas no disponían de señoríos donde ejercer el poder; quizás por ello propugnaron el centralismo monárquico y respaldaron teóricamente el poder absoluto del rey, puesto que, sólo en esas condiciones, siendo el rey libre e independiente, podía adoptar decisiones, y, por ende, participar ellos mismos en el poder, elaborando con su conocimiento esas decisiones que aconsejaban al rey tomar. Ése era su papel en los consejos. Pero aún más directo era el poder que ejercían en los tribunales, al dictar sentencias en nombre del rey que, en realidad, emanaban de su saber jurídico. Los legistas (letrados o jurisconsultos) inauguraron así una forma nueva de participar en el poder: concentrando todo el poder en el rey elevándolo hasta lo absoluto, en el plano de la teoría, y participando en ese poder en la práctica convenciendo a una única persona, la detentadora del poder, el rey.

Esta forma de participar en el poder tuvo éxito, en especial en España, donde -salvo cortos intervalos- estuvo vigente hasta la muerte del “Caudillo de España por la gracia de Dios”. Ahora bien, ¿por qué, en Castilla, se hicieron esfuerzos especiales para ensalzar el poder del rey hasta convertirlo en absoluto?

Los legistas consideraron que era necesario hacer ese tipo de esfuerzo con el fin de contrarrestar el lastimoso estado en que se encontraba el poder real en el reinado de Enrique IV, y teniendo en cuenta la prepotencia de un corto número de nobles.

«Pero los legistas, en su afán de enaltecer el poder real, avanzaron hacia el despotismo más absoluto...; para destruir la organización feudal, necesitaron robustecer el principio de autoridad en la persona del monarca, y, si el espíritu autoritario recibió muy fuerte colorido, de ello no puede culparse a los legistas sino a las circunstancias, que son las que deciden en muchas ocasiones el porvenir de los pueblos».<sup>39</sup>

Las circunstancias en España eran la diversidad de reinos, con sus feudalismos peculiares, pues eran tan variados como el gallego y el andaluz, el vasco-castellano y el aragonés-valenciano, el catalán, etc. Un complejo mosaico al que hay que añadir el estado de continuo conflicto de la nobleza castellana, y en especial, de la poderosa y rica nobleza andaluza, los conflictos exteriores (Italia, Francia, etc.) y la aventura de las Indias.

«El triunfo de los legistas había consistido cabalmente en destruir el poder feudal, enalteciendo el absolutismo de los reyes... Esta carrera de ideas era además común en toda Europa, y D. Fernando y Dña. Isabel, al ajustarse a la doctrina triunfante en todas partes, no podían ser responsables de las consecuencias que hasta mucho tiempo después no fueron conocidas. Además, la centralización supone la unidad en la nación y en el poder, y, habiendo iniciado los Reyes Católicos la política de constituir la unidad en el poder supremo y derivar la autoridad, la centralización administrativa no podía dejar de formar parte de ese sistema. Colmeiro sostiene (...) que fue grande la centralización política, económica y administrativa en el siglo XVI; pero añade que, en esa violenta reacción de la monarquía contra el régimen feudal,

---

<sup>38</sup> Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), *Guerra de Granada*, t. I (citado por M. Colmeiro, *Ob. cit.*, 240).

<sup>39</sup> M. Danvila y Collado, *Ob. cit.*, t. I., p. 566.

España no hizo sino seguir la corriente de Europa. El espíritu de la época propendía a extender la suprema autoridad a todo lo que de cerca o de lejos era o parecía ser materia de gobierno, y de aquí un grado sumo de centralización fundado en la falsa idea de que todos los negocios públicos y privados debían reputarse negocios del Estado.»<sup>40</sup>

«Para unificar el poder necesitaron los Reyes Católicos privar a la nobleza del que la Edad Media había depositado en sus manos. (...). Lo único que hicieron los nobles fue convertirse en palaciegos, disputar allí los puestos y mostrarse ávidos en perpetuar las glorias de linajes y fundar mayorazgos».<sup>41</sup>

Esto último significó el descubrimiento de una forma de propiedad inembargable, esto es, irresponsable de las deudas contraídas por el propietario.

«La nobleza sólo se contentó en tiempos de Carlos V en girar cual satélite de la Corte, reflejando tan sólo el esplendor que recibía del Trono.»<sup>42</sup>

Después de los Reyes Católicos, la nobleza sólo realizó tímidos intentos dirigidos a recuperar su independencia durante el reinado de Felipe I y en la regencia de Cisneros. Carlos I utilizó a los nobles contra los consejos en el conflicto o guerra de las Comunidades. Y Felipe II los

«tuvo a raya con prisiones y sentencias, quitando a su manera la rencilla de novedades y discordias, obligándolos a poner sus pleitos y agravios en manso de la justicia».<sup>43</sup>

En adelante, la monarquía centralizada y el Rey, exaltado y glorificado, ofrecerán muchas ocasiones de medrar y de ganar honor en los numerosos empleos que se crean y que el monarca, o el valido, brindan a los favoritos. Esto sólo, por lo que se refiere a la alta nobleza, porque a la nobleza media se le abren muchas posibilidades.<sup>44</sup>

Los letrados, jurisconsultos o legistas logran su objetivo: el poder absoluto del monarca está ya firmemente establecido; la monarquía, plenamente centralizada; y el poder, unificado, aunque no la administración, pues persisten los diferentes reinos. La exaltación y glorificación del Poder Real satisface a casi todos aquellos que lo necesitan, dada su base económica y política; pues, hay que mantener a raya a los “villanos”, a los vasallos que cultivan las tierras y pagan los pechos y otras cargas; y hay que refrenar también a los habitantes de las ciudades y villas que conspiran contra “los oficios” municipales, vendidos por el Rey e impuestos por su poder absoluto a sus moradores. Desaparecen las Cortes y las autoridades municipales se falsean por completo. Esta organización tan artificiosa necesita de un poder hegemónico y de acción eficaz.

También en el exterior se hace indispensable un poder rápido y eficiente, porque Castilla ha asumido las posiciones más retrógradas e inmovilistas, y proclamado la más íntegra defensa del Catolicismo y de sus posiciones políticas y

---

<sup>40</sup> M. Danvila y Collado, *Ob. cit.*, t. I., pp. 569-570.

<sup>41</sup> M. Danvila y Collado, *Ob. cit.*, t. I., p. 570.

<sup>42</sup> M. Danvila y Collado, *Ob. cit.*, t. I., p. 571.

<sup>43</sup> M. Colmeiro, *Ob. cit.*, t. II, p. 46.

<sup>44</sup> Baste un ejemplo: Felipe II elimina del Consejo los cuatro puestos que conservaban los nobles y los sustituye por letrados.

sociales frente a la revolución protestante, enmascarando así al mismo tiempo las ambiciones propias de la monarquía y sus lazos familiares y dinásticos.<sup>45</sup>

**Empleo de las artes y la literatura, a una escala sin precedentes, como recursos de persuasión y propaganda para crear estados de conciencia**

Los legistas elaboraron los argumentos para justificar la exaltación del poder real hasta lo absoluto, idearon la unificación y la codificación concordada de las leyes, planearon la reforma de los tribunales de justicia y trabajaron a favor de la renovación de las leyes, tomadas individualmente, y renovaron los consejos y toda la administración (mejor dicho, la crearon de nuevo). Ahora bien, al formular la teoría de la monarquía centralizada, tomando como modelo al Imperio Romano, los legistas emplearon una ideología y una retórica, como soporte de la misma, con una mezcla de contenidos del derecho romano y de ideas típicas del feudalismo. Véase, a modo de ejemplo, el soneto de Fernando de Acuña:

*Ya se acerca, Señor, o ya es llegada,  
la edad gloriosa en que proclama el cielo  
un Pastor y una Grey sólo en el suelo  
por suerte a vuestros tiempos reservada.  
Ya tan alto principio en tal jornada  
os muestra el fin de vuestro santo celo  
y anuncia al mundo, para más consuelo,  
un Monarca, un Imperio y una espada.  
Ya el orbe de la tierra siente en parte  
y espera en todo vuestra Monarquía,  
conquistado por vos en justa guerra.  
Que, a quien ha dado Cristo un estandarte,  
dará el segundo, más dichoso, día  
en que, vencido el mar, venza la tierra.*

Ésta mezcla de ideas feudales y del derecho romano se encuentra en buena parte de la literatura, y, en especial, en el teatro del siglo XVII. Es más: esa misma ideología -con su retórica panegirista, turiferaria, aduladora y ensalzadora- penetra y configura también y de forma aún más avasalladora toda la pintura y la escultura. Esto tiene una explicación: mientras la literatura -la palabra escrita- tenía una difusión muy limitada, puesto que sólo alcanzaba a la minoría que sabía leer (y el teatro, alguna más, cuando se representaba), la pintura y la escultura constituían un medio expresivo capaz de llegar a toda la población.

La Iglesia Católica hizo un amplio uso de ambas artes en su lucha contra la reforma luterana. La pintura y la escultura estuvieron casi en exclusiva al servicio de las organizaciones religiosas (desde las parroquias y las ordenes y congregaciones

---

<sup>45</sup> El caso de Flandes es bien sintomático al respecto: se lucha contra los revoltosos protestantes, pero, también y en especial, para conservar las magníficas rentas que Flandes reportaba a la Corona, probablemente las mayores y más saneadas que poseía.

hasta las cofradías y hermandades que honraban a su santo patrón) hasta la etapa que se abre con la centralización de la monarquía y la exaltación y glorificación, cesáreas y augustas, del Rey. Pero su capacidad propagandística y publicitaria y su alcance y eficacia tuvieron que llamar pronto la atención de los expertos consejeros del Rey, a quien le indicarían la necesidad de utilizar todas las potencialidades que encerraban. Además, el momento para hacerlo era el más oportuno, puesto que ambas artes se encontraban en una fase de transición y de dignificación, al estar empeñados sus cultivadores en convertirse, de simples artesanos imagineros (que se limitaban a reproducir viejos modelos consagrados por la tradición), en artistas creadores, volcados en la innovación y en la exploración artístico-expresiva de nuevos dominios.

Los reyes actuaron como generosos patrocinadores de los pintores a cambio de que éstos immortalizaran sus efigies, para preservar así su memoria del desgaste del tiempo; y alguno de ellos, como Felipe IV, fue incluso un gran coleccionista y entendido en arte. El cuadro de Velázquez, las *Meninas*, en el que aparece Felipe IV visitando el taller del pintor en compañía de la reina, es una buena muestra de la importancia que los reyes daban a la pintura y a los pintores, aparte de ser uno de los testimonios más llamativos y característicos del valor y el significado de la pintura como documento visual que refleja una sociedad y una época. De hecho, ningún otro medio de expresión ejerció una influencia tan directa sobre el público, aun cuando éste se redujera a quienes tenían acceso a la contemplación de la colección que encerraba el Salón del Trono o la Torre de la Parada.

De ese modo, se creó, además, una estrecha relación entre el monarca, el Palacio y los artistas: para estos últimos, los primeros suponían una fuente de encargos, una protección segura y eficaz y un canal de inspiración, pues al artista se le sugería el tema a tratar al recibir el encargo, y, para el monarca y su *entourage* inmediato (para la camarilla palaciega), los artistas constituían un motivo de ostentación y de prestigio.

Los artistas veían, pues, en la corte su lugar natural: ¿quién si no el Palacio y el monarca estaba en condiciones de protegerlos e inspirarles? Además, la alta nobleza puso gran empeño en imitar las maneras del rey y del Palacio conforme se fue acomodando en las inmediaciones del monarca, con lo que sus propias moradas se convirtieron en reflejo de la corte. También ellos sintieron la necesidad de rodearse de artistas y de literatos, brindándoles su protección, como el Palacio; y, como es natural, los artistas y literatos que recibían protección de algún noble, elegían temas que sabían eran del agrado de sus altos protectores, al igual que hacían quienes recibían raciones del Palacio.<sup>46</sup>

El Palacio, la alta nobleza y las organizaciones religiosas eran, pues, quienes protegían y hacían encargos a los artistas y literatos, sugiriéndoles o dictándoles los temas a tratar; y los artistas y literatos, aparte de recibir los deseos de las clases más representativas -dominantes- de la sociedad, aprovechaban su formación y su capacidad creadora para profundizar en las sugerencias recibidas y para

---

<sup>46</sup> Los nobles hacían además donativos en alimentos, imitando también en esto al Palacio, en el que en algún momento se repartían hasta 10.000 raciones diarias. No hay que olvidar que, como administradores de sus tierras, los nobles abastecían sus despensas con los productos alimenticios que sus numerosos colonos les entregaban como tributo, aparte de llevar el resto de los productos agrícolas a los mercados.

perfeccionarlas, desarrollándolas, potenciándolas y dándoles formas cada vez más sugestivas y atractivas.

Las artes, y lo mismo la literatura, fueron empleadas como poderosos recursos de persuasión y para crear estados de opinión o, más bien, provocar o producir estados de conciencia. El monarca, la Iglesia y algunos nobles las utilizaron como medios de comunicación y de propaganda, a una escala sin precedentes. La Iglesia se había adelantado en esta práctica en su lucha contra la reforma protestante, hasta el punto de que, para muchos autores, ése sería el rasgo característico del Barroco. Pero las apoteosis y las glorificaciones, tan frecuentes en los cuadros religiosos de los países católicos que apoyaron oficialmente la contrarreforma, podían aplicarse también -y se aplicaron de hecho- al Rey, a la familia real y a algún valido o personaje poderoso.

La exaltación, la glorificación, la apoteosis y la retórica ampulosa y llena de esplendor es la esencia del barroco, y, a la vez, el recurso y el contenido del proyecto político antifeudal de los legistas. Éste tenía como finalidad la exaltación a lo absoluto del poder real: dotar al Rey de un poder irresistible e incluso extramundano, pues cuando mayor fuese el desequilibrio social más necesario se haría un poder fuerte y eficaz para reprimir a los campesinos vasallos. Pero acabó por beneficiar a toda la clase dominante: la nobleza, los funcionarios y los corregidores impuestos a villas y ciudades.

### 3. El espíritu burgués<sup>47</sup>

«Con todo, el papel histórico del espíritu burgués fue extraordinario. Dio origen al individualismo moderno, al primado del individuo en la búsqueda de su propia felicidad. Reconcilió al hombre con la naturaleza a través de la entrega al trabajo y el amor a las cosas bien hechas, impulsando así la innovación técnica y dando lugar a la ciencia experimental. Fomentó la expansión comercial y exploradora, como base, en parte, del conocimiento especulativo (*¡Sapere aude!*), manifiesto en los grandes sistemas del conocimiento humano, como la Teoría de la Evolución y la Teoría de la Relatividad. Y, sobre todo, constituyó la palanca más poderosa para la creación de riqueza.»

#### **Persistencia del espíritu burgués entre los campesinos de la aldea agrícola de subsistencia en España hasta los años sesenta del siglo XX**

La población de la aldea agrícola de subsistencia<sup>48</sup> estuvo constituida por campesinos que producían para su propio consumo y que, salvo algún vacuno joven de cría, no tenían ningún excedente que llevar al mercado. Todos los habitantes eran agricultores, campesinos pequeños; no había ningún vecino que pudiera vivir sin cultivar la tierra; y la diferencia entre el más pobre y el más rico radicaba en que el más pobre comía más patatas y verduras y menos pan, contaba con una sola vaca y su casa era más pequeña que la del más rico.

Lo más destacado en el comportamiento de estos pequeños campesinos era -¡hoy ya no lo es!- su actitud frente al trabajo. Eran simplemente incansables; siempre tenían algo que hacer y les parecía un crimen estar sin hacer nada; sólo descansaban durante las horas dedicadas al sueño y siempre encontraban algún trabajo que hacer; esto, en los días de invierno, cuando el trabajo en el campo es mínimo, porque durante el verano -con la recolección de la hierba y del “pan”, la trilla, etc.- se levantaban a las 4 o 5 de la mañana y, con un par de horas de siesta, resistían sin dejar de trabajar duramente hasta las 9 o 10 de la noche. Tenían una “pasión inextinguible por el trabajo”, y, además, lograban transmitírsela “de padres a hijos” (sin excluir a las hijas), al inculcársela con su obstinado ejemplo. Ése era el rasgo más característico de la actitud del campesino frente al trabajo, el primero.

Entre los campesinos la pasión por el trabajo era sólo la actitud general de partida. Pero no era suficiente, pues no bastaba con trabajar mucho sino que había que hacerlo con esmero y, además, bien; cualquier cosa que se emprendiera había que hacerla bien. De modo que el amor por las cosas bien hechas era el segundo rasgo del campesino frente al trabajo. El pequeño campesino lo hacía todo con cuidado y esmero, aunque -al ser la actividad de la agricultura de subsistencia tan

---

<sup>47</sup> Mecanoscrito, con fecha de 16-21 de marzo de 1991; corresponde a una lección del curso de Teoría e Historia de la Cultura, impartido por su autor en la Escuela de Diseño de la Universidad Politécnica de Madrid, en el curso 1990-91. (*N. del E.*).

<sup>48</sup> Este estudio del espíritu burgués no es un resultado de una investigación directa, sobre todo porque las manifestaciones más características del mismo se deducen de la actitud frente al trabajo de los pequeños campesinos de la aldea en que la que nació, Fabero del Bierzo (León).



dispersa (el campesino tenía que arar, arrancar la hierba con una guadaña, segar el “pan” con la hoz, levantar la pared de un muro, podar las viñas o un árbol, poner el mango a una azada, hacer un cesto de mimbre y afrontar tantas y tantas otras labores), era difícil apreciar en él ese amor a las cosas bien hechas.

El tercer y último rasgo básico del carácter del campesino, y el que más resaltaba en su comportamiento, era el “espíritu de ahorro”, que se manifestaba en todo salvo en la dedicación de su tiempo. Con frecuencia se le oía decir: “¡el tiempo lo da Dios de balde!”. Nunca medía el tiempo ni el esfuerzo que costaba obtener un fruto. A menudo llevaba a cabo duros trabajos para conseguir que una tierra mala produjera algo. Y siempre tenía sed de tierra; siempre quería más tierra porque, con la mano de obrar familiar, siempre podía cultivar más.

El espíritu de ahorro de los campesinos se manifestaba en todo. Ahorraban en la comida: más berzas, más patatas y menos pan. Ahorraban en el vestido, que en la mayoría de los casos se les caía a pedazos. Ahorraban en la casa, pues la cocina-dormitorio (la habitación para todo) estaba separada del establo sólo por un cañizo, o sebe, de palos, con lo que los miembros de la familia se beneficiaban del calor de las vacas. El ama de casa campesina repartía con verdadera tacañería la comida a los miembros de la familia, y, sobre todo, a los hijos: tenía que calcular muy bien lo que se consumía para que los alimentos duraran hasta la cosecha siguiente. Podría decirse, con el Padre Feijóo, que en la mayoría de las familias “nunca se levantaban hartos de la mesa”. Aunque eso de la mesa es un decir, porque no todos, ni mucho menos, comían de ordinario a la mesa; es más, en su mayoría no disponían de mesa, al serles imposible situarla en la cocina-dormitorio, ocupada por el fuego de leña, que estaba en suelo en el centro, y por los escaños con respaldo alrededor del mismo, que por la noche se volvían hacia la pared, para dormir.

#### **Mejora de la pasión por el trabajo del siervo por el artesano e impulso de la racionalidad por el comerciante en las ciudades medievales europeas**

Ahora bien, la pasión por el trabajo y el amor al trabajo bien hecho, propios del pequeño campesino de la agricultura de subsistencia en España durante los dos últimos siglos, fueron también rasgos típicos del espíritu burgués, cuyo espíritu de ahorro constituyó por su parte un factor importante en el desarrollo del capitalismo.<sup>49</sup> El pequeño burgués, comerciante y artesano, ahorraba porque en ello le iba la supervivencia del pequeño negocio familiar y, por tanto, también la propia existencia. El trabajar sin descanso, el trabajar bien y el ahorro constituían la base del crecimiento y del progreso para la inmensa mayoría de los pequeños negocios. Trabajar mucho, trabajar bien y ahorrar era la esencia del nuevo espíritu burgués.

Ese espíritu era nuevo porque no se había dado antes en la historia de la humanidad. Tampoco pudo darse, al faltar las condiciones culturales, sociales, económicas y políticas necesarias para ello. No pudo aparecer en las ciudades del mundo antiguo, incluidas las de la civilización greco-romana. Sobre todo, por la vigencia de opiniones muy negativas respecto al trabajo, con una gran difusión entre

---

<sup>49</sup> Los progresos que se fueron produciendo desde finales del siglo XVI en Flandes, en las Provincias Unidas de Holanda (como más tarde, durante el siglo XVIII, en Inglaterra), no pueden entenderse sin tener en cuenta los efectos del “espíritu de ahorro”; es más, el progreso de esa época habría sido imposible sin el mismo.

las clases cultas, al venir respaldadas por intelectuales prestigiosos, como Jenofonte, Platón, Aristóteles y otros. El ambiente sociocultural era hostil al trabajo tanto en ciudades del tipo de Esparta como -si bien por otras razones- en Atenas o en Corinto y, más tarde, en Alejandría; no podía ser más negativo y disuasorio para cualquier iniciativa individual. Y, además, había que contar también con el factor de la inseguridad, pues ¿cómo fabricar productos y fabricarlos más baratos que como podían hacerlo los propietarios de esclavos?

Las condiciones de las ciudades medievales de los siglos XII, XIII y XIV, y en particular las del norte de Italia, fueron en cambio muy diferentes; y esto, ya en la primera etapa de la *manufactura*, porque luego, en la segunda etapa (en el sur de Alemania, Borgoña y en Flandes, las Provincias Unidas de Holanda y el este de Inglaterra, en especial), esa diferencia se haría radical.

La mayoría de la población de esas ciudades “industriales” medievales de la Europa occidental estaba formada por artesanos y comerciantes, más algunos campesinos que cultivaban los campos próximos a la ciudad, al burgo. Salvo una exigua minoría de comerciantes enriquecidos, todos vivían de su trabajo; no existía una clase social, una aristocracia, cuya función social principal fuese el lujo y la ostentación, lo que además habría llevado a la minoría acomodada a involucrarse en el consumo y el despilfarro por imitación y afán de distinción social. Aparte de que a esas minorías ricas de las ciudades manufactureras tampoco les interesaba hacer ostentación del lujo, puesto que residían en poblaciones pequeñas donde todos se conocían, comenzando por los trabajadores que contribuían con su esfuerzo y sus bajos salarios al aumento de la riqueza de los patricios.

Por lo demás, es probable que los orígenes de la pasión por el trabajo se remonten incluso más allá. Es más: podría asegurarse que ese rasgo típico del espíritu burgués tuvo su origen entre los siervos que, con la ayuda de la mujer y los hijos, cultivaban con esmero la parcela que el señor feudal les entregó para que subsistiesen con sus frutos. De hecho, eso debió influir en que los propios señores feudales acabaran optando por entregarles las tierras de la hacienda feudal en arriendo, al percibir la diferencia notoria entre sus campos, cultivados por los siervos como prestación personal, y las parcelas que esos mismos siervos trabajaban para sí.

En esas nuevas condiciones el siervo pudo disponer de cantidades crecientes de productos agrícolas y de mayor seguridad para gozar del fruto de su trabajo. También tuvo que sentirse cada día más dueño de lo que le correspondía, en el convencimiento de que el señor de la tierra estaba a su vez satisfecho con las cantidades crecientes de productos agrícolas que le entregaba, como renta de la tierra. Y, además, fue trabajando con mayor esmero conforme recibía más productos de su esfuerzo, aun cuando buena parte del fruto de su trabajo acabara almacenado en el troje del señor.

El siervo y la familia servil desarrollaron, pues, la pasión por el trabajo. Luego, al especializarse algunos en el trabajo industrial, esos siervos del terruño transmitieron la misma pasión por el trabajo a los artesanos, quienes no sólo no la perdieron sino que la mejoraron. De hecho, los artesanos medievales representan a su vez un tipo nuevo de hombre. No eran esclavos; aun cuando fueran siervos en

los “palacios” de los señores, tenían familia y alguna propiedad; y, además, al trasladarse a las ciudades, lograron la libertad.

La agrupación en gremios por oficios tuvo dos efectos importantes: la regularización del aprendizaje, más bien largo (4, 6 o 7 años), y las pruebas para la oficialía, y la inspección y el control de los comisionados de los gremios, para no dejar caer la calidad de los productos. El largo aprendizaje hizo que los artesanos aprendieran de verdad su oficio, que dominaran bien las materias y que sintieran el placer de la obra bien hecha; trabajar con esmero fue un rasgo característico de los artesanos medievales. Eso les llevó a la preocupación por la exactitud y por el detalle, e incluso a su mejora, y, además, a partir de ahí, el amor por la obra bien hecha (bien acabada) estimuló la iniciativa y la creatividad, hasta inventar y fabricar máquinas cada vez más perfectas y complicadas, como el reloj.

La autonomía administrativa de las ciudades medievales -y en especial la de las manufactureras- fue una consecuencia (y una causa) de los intereses y las actitudes de los dos grupos dominantes de las mismas: los artesanos y los comerciantes. Unos y otros protegieron el clima burgués, urbano, de trabajo, de autodisciplina, de orden y de seguridad. Así, las ciudades, no sólo fueron centros creadores de mercancías producto de la actividad artesanal, sino que, con el impulso de la entrega al trabajo, el amor a las cosas bien hechas y el espíritu de ahorro, acabaron convirtiéndose también en creadoras de cultura. De hecho, toda la Edad Media occidental está llena de pequeña innovaciones técnicas. De modo que la Edad Media Clásica (esto es, hasta la aparición del feudalismo de Estado, con el absolutismo) no fue, al menos por lo que se refiere a las ciudades, una “oscura noche de mil años” sino una época juvenil, llena de creatividad y de entusiasmo.

Los artesanos (todos ellos) aprenden a trabajar con más minuciosidad, con exactitud, con la atención a las cosas pequeñas, al detalle (con la actitud que exige la fabricación de un reloj), todo ello potenciado por la reflexión sobre la acción que se desprende de ésta de modo inevitable. En cuanto a los comerciantes, exponen su dinero en empresas, en expediciones comerciales, cada vez más arriesgadas. Eso les obliga a anticipar los resultados de su acción, a entenderlos apoyándose en factores imponderables y en datos que no ofrecen verdaderos interés pero que analizan y valoran para tomar sus arriesgadas decisiones (tan graves, que en algunos casos les acarreaban la ruina). Y, al actuar así, esos hombres, todo prudencia, crean los instrumentos básicos de la actividad comercial y financiera (sobre todo al mantener una línea de confianza tan firme y responsable que facilitaba la circulación de los pagarés, de letras de cambio, sobre la base de una simple promesa).

Quienquiera que caiga en la cuenta de la ilimitada debilidad del pensamiento, de la razón, tan frágil y tan aislada, verá en muchas empresas comerciales de la Edad Media grandes hazañas de la especulación humana. Pues, en situaciones como éstas, es cuando el pensamiento humano adquiere confianza, seguridad y coherencia para pensarlo todo, absolutamente todo, desde el microcosmos al universo.

### **La eficacia del espíritu burgués, base de los tres grandes movimientos de la modernidad: la innovación técnica, la ciencia y la empresa capitalista**

En los siglos XVI y XVII las ciudades manufactureras del norte de Italia, Holanda, Flandes, noroeste y sur de Alemania, Suiza y Borgoña, fueron el campo de ensayo del capitalismo, que apareció como una consecuencia natural del desarrollo previo de la manufactura y de los cambios continuos en la agricultura y en el campesinado. Unas transformaciones en el campo técnico que tuvieron, por cierto, su contrapartida en el intelectual: los ciudadanos, los burgueses, descubrieron el valor y la potencia del pensamiento y aprendieron a confiar en él; y ese descubrimiento les llevó de modo inevitable a enfrentarse con un poder paralelo, más sutil y refinado que el poder físico y militar de los señores feudales, a quienes las ciudades vencieron casi siempre: a saber, el poder sobre las almas, monopolizado hasta entonces en exclusiva por la Iglesia jerárquica y por las organizaciones religiosas, extendidas por todo el mundo cristiano.

El espíritu burgués -la entrega al trabajo, el amor a la cosa bien hecha y el sentido o propensión al ahorro- tenía por fuerza que chocar con el dirigismo intelectual y la propensión a erigirse en salvadores de las almas individuales, propios de la Iglesia jerárquica, que sustituye a cada hombre en su propia responsabilidad a fin de mantenerlo en el estado de puericia y minoridad. De hecho, “se difundió” sin profetas ni propagandistas por todas partes donde los hombres podían gozar de todo o de buena parte del fruto de su trabajo, porque -y esto hay que destacarlo- sus tres rasgos característicos eran la condición insoslayable de la seguridad y bienestar de toda la familia y del individuo mismo.

Es lógico: a quienes no eran nobles ni poseían grandes riquezas (heredadas o adquiridas como fuese) sólo les quedaba el camino de trabajar de modo duro e incansable y competir así con otros conciudadanos; de ahí la importancia de la obra bien hecha y del ahorrar, del acumular, para disfrutar de una vejez tranquila y dotar y colocar a los hijos. Ésa era una solución individualista, que sólo recurría a la acción colectiva cuando había que defenderse de los “depredadores”. Pero la fórmula resultó muy eficaz y fue el motor de la pujante creación de riqueza en las ciudades de las regiones de Europa más dinámicas. De hecho, puede afirmarse que el espíritu burgués, por su enorme eficacia creadora, constituye la esencia de los tres grandes movimientos del espíritu moderno: a saber, las nuevas técnicas, la ciencia moderna y la empresa capitalista.

La expansión del espíritu burgués fue incontenible, y su influencia se puso de manifiesto en todas las actividades culturales, y no sólo en las artesanales y comerciales; no se detuvo ni ante las fronteras políticas ni ante las lingüísticas; y, aunque creció en el norte de Italia, encontró su verdadero acomodo en tierras más al norte. La administración, la política e incluso, muy pronto, la religión, tuvieron que adaptarse al espíritu burgués, que aparecía, además, como tan natural al hombre como para ser elevado a la categoría de voluntad de Dios (el calvinismo vinculó el espíritu burgués a la predestinación).<sup>50</sup>

---

<sup>50</sup> La formación y la expansión del espíritu burgués son un claro ejemplo de cómo una corriente cultural opera penetrando todos los aspectos de la actividad humana e imprimiéndoles un sello particular.

## **Del retroceso del espíritu burgués ante la irrupción del afán de lucro, motor del capitalismo, a su desaparición con el consumo por el consumo**

La influencia del espíritu burgués completa su sentido si se la pone en conexión con dos grandes movimientos que se dieron en la fase de su florecimiento: a saber, los descubrimientos geográficos y la lucha contra la fragmentación feudal del poder, con la exaltación y glorificación del poder real hasta convertirlo en absoluto.

Los descubrimientos geográficos abrieron enormes posibilidades de enriquecimiento de los burgueses, hasta llevar a la descomposición de la población artesano-comercial en una minoría de ricos patricios, muchos de ellos ennoblecidos por los servicios prestados a los reyes, y una mayoría en lucha con denuedo por incrementar sus riquezas y su poder. Este movimiento de descomposición de la población burguesa aceleró la conversión de las ciudades, que disponían de una administración autónoma, en ciudades reales, con autoridades nombradas por los reyes y, lo que es más grave, en muchos casos con los oficios municipales vendidos al mejor postor.

Al diferenciarse la antigua ciudad medieval en una minoría, de ricos y poderosos, que ocupan los oficios públicos de acuerdo con el monarca, y un estrato mayoritario de la población, pobre, el viejo espíritu burgués se refugia en este último, cuyo recurso de vida principal será trabajar para otro, para el comerciante o el artesano rico. Eso, mientras en la minoría poderosa y rica, ese mismo espíritu

---

Los historiadores y críticos del arte, como los de la literatura, la música y otros factores culturales, buscan con ardor cuál es la esencia de los movimientos culturales que se manifiesta en la pintura, en la narrativa, en la poesía y demás. Muchos consideran que tales o cuales pintores se encontraban bajo la influencia de determinados filósofos, como Nietzsche, Bergson y Schopenhauer, o de la señora Blavatsky, Jacobo Boehme, la teosofía, el espiritismo, la meditación transcendental, etcétera; y hay quienes pretenden explicar las corrientes artísticas o literarias en función de las ideas de tales autores y factores ideológicos o de otros similares.

¿Quién ha ofrecido una explicación plausible del hecho, curioso, de que en los inventarios de los libros dejados a su muerte por nuestros artistas del siglo XVII figuren libros de magia, ocultismo, astrología y otros? ¿Por qué nuestros artistas clásicos leían esos centones de disparates? ¿Existe en el arte alguna veta que incline al artista a la irracionalidad? Aunque antes de contestar a estas preguntas habría que aclarar un par de cuestiones: en primer lugar, si hay un factor cultural que influya sobre todas las manifestaciones de las actividades culturales de cada época o período histórico; y, si es así, cómo ese factor condiciona o determina la actividad de los hombres (y ¿de todos en general?, ¿por clases sociales?, ¿...?).

Por lo demás, ¿cuáles son las proclividades “ideológicas” -o de concepción del mundo- que más se corresponden con el espíritu burgués? ¿O este mismo implica ya una concepción, una manera de ver el mundo real?

Con respecto a la pasión por el trabajo, apenas cabría decir que hay un mundo real sobre el que el hombre debe operar si quiere sobrevivir y un mínimo de seguridad; claro, que, en ese caso, en vez de trabajar, de transformar cosas, el individuo también podía coger una espada y dedicarse a expoliar a otros, y, de hecho, siempre ha habido muchos que lo han hecho. Elegir el trabajo como forma de resolver el problema de sobrevivir es la manifestación de una manera de ser.

Por lo que se refiere al afán por la obra bien hecha, es una muestra de rivalidad, de competitividad, de aventajar a los demás, y, además, con el refuerzo de la propensión al ahorro, de un ansia irrefrenable de poder (primero, por el deseo de seguridad, y, después, por el ansia de dominar, controlar y someter a otros hombres). No sería justo pensar que cada burgués buscaba enriquecerse para dominar a otros hombres; pero, a medida que un individuo se enriquece, se producen cambios en su forma de concebir la realidad. Se podría decir que el espíritu burgués era (y es) el suelo nutritivo en el que nacen los empresarios, los financieros, etc.

burgués se transfigura en algo totalmente nuevo y formidable: en el afán de lucro, que es el verdadero motor del capitalismo.

A partir de ahí, el espíritu burgués continuará perdiendo terreno. Primero, ante la expansión de las clases altas (aristocracia y patriciado burgués), por su consumo ostensivo del lujo, que, bajo la presión de la imitación y de la moda, erosiona y disuelve la propensión al ahorro del espíritu burgués; y, luego, al asalariarse una masa creciente de trabajadores, lo que le dará la puntilla de forma definitiva. Así, tras haber sobrevivido durante los dos últimos siglos confinado en la población de los campesinos pobres que practicaban una agricultura de subsistencia, ese espíritu burgués ha sido barrido, hoy, de forma definitiva con la avalancha del consumismo en el mundo alegre que busca su más plena satisfacción en la adquisición inmoderada de cosas.

Pese a todo, el papel histórico del espíritu burgués fue extraordinario. Dio origen al individualismo moderno, al primado del individuo en la búsqueda de su propia felicidad. Reconcilió al hombre con la naturaleza a través de la entrega al trabajo y el amor a las cosas bien hechas, impulsando así la innovación técnica y dando lugar a la ciencia experimental. Fomentó la expansión comercial y exploradora, como base, en parte, del conocimiento especulativo (*¡Sapere aude!*) manifiesto en los grandes sistemas del conocimiento humano, como la Teoría de la Evolución y la Teoría de la Relatividad. Y, sobre todo, constituyó la palanca más poderosa para la creación de riqueza.

## 4. Formación, desarrollo y crisis del sistema terrateniente<sup>51</sup>

«Las reformas liberales se hicieron a costa de dos víctimas; la Iglesia, que perdió la mayor parte de sus propiedades, pero se hizo pagar muy caro tal despojo (aún está sin estudiar el daño que causaron a la sociedad española la serie de guerras civiles, en las que la Iglesia jugó un papel preeminente o casi dirigente); y los campesinos pobres, los eternos explotados. Primero, durante siglos, por los señores feudales (una parte de ellos era la Iglesia); y, luego, por los nuevos amos, que intensificaron su explotación en nombre de la libertad y de la racionalización de la renta liberal; y esto, sin contar con que fueron ellos también los que dieron sus vidas -su sangre- y quienes recibieron los palos en ambos bandos de las guerras civiles. Pero los campesinos del siglo pasado no escribían libros ni artículos en la prensa, ni peroraban en el Congreso; sufrían en silencio la nueva explotación y morían sin elevar la más firme protesta.»

### **Necesidad del estudio histórico-político previo del desarrollo de una clase social, como condición de la investigación económico-política de ese proceso**

Al estudiar una clase social hay que tener en cuenta dos aspectos: por un lado, es necesario analizar las bases económicas sobre las que se apoya su poder económico y su influencia social y política; y, por el otro, hay que estudiar el proceso histórico de su origen y de su desarrollo. El primer estudio tiene que ajustarse a las leyes de la Economía Política de la forma más rigurosa, sin que se puedan alegar ni aceptar excepciones de ningún tipo. Las aparentes desviaciones producidas por el desarrollo histórico tienen que conformarse con las leyes económicas: la explicación económica no está reñida con el proceso de desarrollo histórico; y, a la inversa, la explicación histórica nunca puede, ni debe, contradecir las leyes económicas.

Los orígenes y el desarrollo de una clase social -ya se trate del surgimiento de una nueva clase o de la transformación de una clase precedente- son explicables como hechos históricos y anteriores en el tiempo a su formalización como hechos económicos. Existe una fase temporal, la fase de transición, en la que las leyes económicas todavía no se manifiestan claramente, no operan; pero, a medida que el hecho histórico se consolida, da nacimiento a las leyes económicas, porque las leyes se derivan del comportamiento de las cosas (es decir, son maneras permanentes y persistentes de comportarse las cosas). Por eso, al estudiar una clase social, la lógica de las cosas obliga a estudiar, primero, su origen y desarrollo, siendo tras este estudio cuando aparecen las leyes que tienen que cumplirse en el desarrollo histórico.

Pero, si es importante conocer su origen, no lo es menos comprender su desarrollo, su evolución histórico-política, esto es, la dinámica de la clase. La capacidad de supervivencia de una clase social no es otra cosa que su potencia de atracción de nuevos miembros, pues la clase social que no sea capaz de captar, de cautivar, nuevos miembros, disminuirá y se debilitará hasta desaparecer. Así, la nobleza feudal, como luego la clase terrateniente o la clase capitalista hoy, sufren

---

<sup>51</sup> Prólogo al libro de Enrique Prieto Tejeiro, *Agricultura y atraso en la España Contemporánea (Estudio sobre el desarrollo del Capitalismo)*, Madrid, Endymion, 1987, pp. I-XL. (N. del E.).

una profunda contradicción: para reafirmar, reforzar e incrementar el poder individual-familiar desarrollan una fuerte endogamia, una serie de alianzas matrimoniales que concentran la riqueza y el poder en un número cada vez más reducido de individuos y familias; pero esa misma concentración en la cúspide de la clase dominante la debilita como tal, y de ahí que necesite captar constantemente nuevos miembros, valiéndose de la atracción que ejerce sobre las demás clases, por su riqueza y por el modo de vida que ésta le permite llevar.

## 4.1. Origen del sistema terrateniente

### **Consolidación de la vieja nobleza feudal como clase dominante, mediante la vinculación del patrimonio en un mayorazgo y su enorme cortejo de aspirantes**

La vieja nobleza feudal creó un mecanismo que le permitió reforzar y hacer permanente el poder de los individuos y de la familia: la vinculación del patrimonio en un mayorazgo. Ese mecanismo tendía a reducir necesariamente el número de miembros de la clase, con el consiguiente grave peligro para la misma; pero, con las leyes de vinculación, abiertas a todo aquel que pudiera reunir un patrimonio y quisiera construir un mayorazgo,<sup>52</sup> se pudo corregir esa tendencia. Esas leyes sirvieron de puente para que personas enriquecidas en el comercio, o por cualquier otro medio, pasaran a los rangos inferiores de la nobleza para acabar reforzando con su dinero a cualquier familia de mayor o menor tronío. Con esa savia monetaria nueva solían reverdecer añejos árboles a punto de secarse. Aunque lo más importante fue que la vieja nobleza feudal, que había venido practicando una intensa concentración de títulos y de patrimonios, se vio así rodeada y asistida por un cortejo enorme de aspirantes, de admiradores, que abarcaba a los individuos más dinámicos y osados entre todos aquellos que se habían enriquecido como habían podido; y ese cortejo compensó con creces la disminución real de las familias y de los individuos de la vieja nobleza.

Puesto que esa vieja y poderosa nobleza va a constituir el núcleo de la *nueva clase terrateniente*, no está de más insistir en que sus antecedentes se hundan profundamente en los lejanos tiempos del feudalismo clásico; se trata de la vieja clase dominante, que estabiliza su poder a comienzos del siglo XVI y se refuerza con nuevas aportaciones durante los siglos XVII y XVIII.

La vieja nobleza feudal era una clase dotada de todas las características que la definen como tal. Tenía poder económico: la propiedad de la tierra (vinculada, además, para que no se diluya ni desparrame), la riqueza básica. Disponía de gran

---

<sup>52</sup> «Según la práctica de nuestro tribunales, no habría familia alguna medianamente acomodada que hacia el año 1800 no hubiese obtenido, o no pudiera obtener, una ejecutoria de nobleza.» (J.F. Pacheco, *Historia de la Regencia de María Cristina*, Impr. de F. Suárez, 1841, p. 20).

«Como las vinculaciones y fundaciones aumentan cada día por las facultades que dan las leyes, aunque los testadores tengan hijos, para vincular, (...) el orgullo y la vanidad que toman las familias en que hay alguno de estos vínculos, por pequeño que sea, inclina a los individuos de ellos a no emplearse en oficios mecánicos, aun de los que pasan por más decentes, a rehusar los matrimonios que reputan inferiores y a parar en vagos y viciosos, sin procrear con utilidad. Todos opinan también que la venta y enajenación de tantas casas caídas o deterioradas, molinos y artefactos perdidos, viñas y plantíos abandonados, tierras fértiles convertidas eriales, pertenecen a muchas vinculaciones.» J. Sempere y Guarinos, *Historia de los vínculos y mayorazgos*, Madrid, Imprenta de Sancha, 1805, pp.348-9.



poder de atracción social: su posición era envidiada, y todo aquel que podía reunir un patrimonio en cualquier clase de actividad aspiraba a crear un vínculo de mayorazgo para entrar en la clase. Se distinguía por su integración, organización y conciencia de sí: los miembros de su nivel superior, no sólo se conocían, sino que en cierto modo convivían y se relacionaban personalmente, lo que les permitía obrar como clase consciente de sí. Ocupaba las posiciones más altas del poder político: por sus riquezas era la clase destinada a rodear al monarca, a dar realce a la Corona y a influir decisivamente en las decisiones del Rey.<sup>53</sup> Gozaba del prestigio cultural: por sus riquezas y por el lujo y la ostentación que éstas le permitían desplegar, era la clase que daba el tono y era imitada por quienes podían hacerlo. Esta internamente jerarquizada: el poder y la posición social iba desde los rangos más bajos de los “hidalgos cortos”, en la base, hasta los poderosos grandes de España, en la cúspide, en razón de la propia riqueza y del favoritismo real (siempre ligado a aquélla). Y, en fin, su estrato superior se caracterizaba por su alta concentración: sus principales miembros se esforzaban por situarse en las proximidades del monarca -la nobleza cortesana- con el propósito de aumentar su poder y su influencia con el disfrute de los altos cargos de la monarquía, por entonces las únicas fuentes de poder, se podría decir (salvo los cauces matrimoniales), tras el acuerdo general de paz conseguido a comienzos del siglo XVI.

El poder y la influencia de la vieja nobleza feudal, como clase social, era, pues, incuestionable: por su poder económico, por su organización, integración y coordinación interna para el poder político y por el alcance de su influencia social (que ejercía por su situación de privilegio y por las dádivas que podía conceder). Es más, podría decirse que, frente a ella, las demás clases eran realmente inexistentes, puesto que los mayorazgos no disponían de capital, no podían obtener préstamos y eran, de hecho, insolventes, al ser el patrimonio vinculado inembargable. Además, ese patrimonio solía dividirse en pequeñas explotaciones para sacarle el máximo rendimiento, habida cuenta de lo rudimentario de los aperos; de modo que, con una explotación tan reducida y con tantas cargas como recaían sobre los labradores, los colonos, la pobreza de éstos rayaba con la verdadera miseria.<sup>54</sup>

### **Crisis del sistema señorial de producción agrícola e impacto urbano de la revolución económica, política e intelectual capitalista a finales del siglo XVIII**

---

<sup>53</sup> Aunque aparezca representada por una persona, la monarquía es una institución desde hace varios siglos; un hombre (o una mujer) solo no puede hacer frente a la complejidad del ejercicio del poder, aun cuando cuente con ministros “responsables”. De ahí la enorme importancia del Palacio, esto es, del conjunto de personas que rodean al monarca, ya sean elegidas por éste, ya ocupen un puesto en la corte por derecho de nacimiento o por sus riquezas; tales personas influyen muy directamente sobre las decisiones del rey.

<sup>54</sup> El cuadro que nos pinta el Padre Feijoo no puede ser más triste ni más negro:

«Solo puedo hablar con perfecto conocimiento de lo que pasa en Galicia, Asturias y Montañas de León. En estas tierras no hay gente más hambrienta ni más desabrigada que los labradores. (...) Su alimento es un poco de pan negro acompañado de algún lactificio o alguna legumbre vil, pero todo en tan escasa cantidad que hay quienes apenas una vez en la vida se levantan saciados de la mesa.»

Apenas gozan de los frutos de la tierra que cultivan.

«Ellos siembran, ellos aran, ellos siegan, ellos trillan y, después de hechas todas las labores, les viene otra fatiga nueva, y la más sensible de todas, que es conducir los frutos, o el valor de ellos, a las casas de los poderosos, dejando en las propias a la consorte y los hijos llenos de tristeza y bañados en lágrimas.» (“Honra y provecho de la agricultura”, apartado X, *Teatro Critico Universal*).

A finales del siglo XVIII, el sistema señorial de producción agrícola se hallaba en profunda crisis; la explotación de cultivos era predominantemente extensiva y sus rendimientos eran inferiores a los medievales de la Europa Occidental, salvo en la agricultura para la exportación de la región levantina, en algunas comarcas vitícolas de Andalucía y en los alrededores de las grandes ciudades. Era lógico; con unos campesinos hundidos en la miseria y unos propietarios que sólo se preocupaban de arrancar a los productores directos el mayor excedente posible sin contribuir en nada a la producción, la crisis se intensificaba y se generalizaba.

Además, esto ocurría precisamente cuando en Europa comenzaban a soplar nuevos vientos. La revolución francesa estaba haciendo llegar sus ecos hasta los más apartados rincones, pues las guerras provocadas por el poder revolucionario hacían retemblar las viejas y sólidas monarquías; y ese proceso se aceleraría con el vendaval napoleónico pocos años más tarde. La revolución industrial inglesa empezaba a inundar los circuitos comerciales con nuevos y fascinantes artículos de consumo y de lujo, y presionaba sin descanso; el comercio mundial ponía al alcance de las clases poseedoras los productos más exóticos y costosos; las comunicaciones se hacían más fluidas; los movimientos migratorios hacia América y hacia Oceanía aumentaban constantemente; etcétera. Y, en estas condiciones, en las regiones más atrasadas de Europa las clases altas en general, asediadas por nuevos y atractivos artículos de lujo, e incluso de consumo corriente, no encontraban a mano más procedimiento para aumentar sus ingresos y hacerse con dinero que intensificar la explotación de sus colonos.<sup>55</sup>

En nuestro país, la separación de la propiedad (el dominio directo) de la tierra y el cultivo de la misma (el dominio útil) provocó el más completo absentismo, al instalarse los mayorazgos y propietarios en las ciudades. Esto último tuvo una gran importancia, porque los cambios ocurridos en la Europa Occidental envolvieron por esa vía a los propietarios (sobre todo, a los grandes), afectando así inevitablemente también a España. Pero esos cambios se hicieron notar casi exclusivamente en las ciudades, pues la población campesina permaneció sumida en la más crasa ignorancia y en completo aislamiento; además, las diferencias entre las ciudades más importantes (Madrid, Barcelona, Valencia, etc.) y las pequeñas ciudades provincianas, cuya vida descansaba sobre la actividad agrícola circundante, debieron de ser también muy notorias.

Por otra parte, como escribe el general Evaristo San Miguel en su biografía de Agustín Argüelles,

“se había verificado en el último tercio y aún podemos decir en la última mitad del siglo XVIII, en España, y en Madrid más que en parte alguna, una revolución moral e intelectual, que, si hacía poco ruido por razones que son obvias, no dejaba de transpirar en producciones literarias, en conversaciones y hasta en el seno de las mismas universidades. Comenzaba la generalidad de los hombres a examinar con alguna detención los absurdos de que adolecía nuestro edificio político y social, que llevaba tantos siglos de existencia. No es decir esto que tales ideas y sentimientos hubieran dejado de fermentar en tiempos anteriores; más no estaban desenvueltos hasta el punto de considerarse como dominantes.»

---

<sup>55</sup> Parece innecesario recordar que este proceso se inició en Europa, sobre todo central y occidental, bastante antes de mediados del siglo XVII y que dio lugar a una renovación de la servidumbre en los países más atrasados.

«Eran muchas las trabas que ponían a toda mejora los gobiernos celosos de un origen divino; demasiada, la vigilancia del Santo Oficio contra cualquier cosa que podía tener visos de innovación en materia religiosa; demasiado arraigados, los hábitos de la educación, para no plegarse al yugo de las ideas dominantes.»<sup>56</sup>

Los reyes de la dinastía de Borbón, aunque no menos celosos de su origen divino, dejaron un cierto margen a la circulación de las innovaciones y se propusieron debilitar a las dos fuerzas más poderosas -la iglesia ultramontana y la vieja nobleza-, alentando para ello, en cierta medida, a las fuerzas del progreso. Procuraron debilitar a la nobleza prescindiendo relativamente de ella para los altos puestos, concediendo muchos títulos nuevos y frenando su influencia en los ayuntamientos, al crear en ellos cargos de elección directa; y tampoco desperdiciaron la ocasión para debilitar al poder eclesiástico (con la expulsión de los jesuitas, entre otras medidas).

“Vino la revolución de Francia a dar nuevo impulso a ideas ya tan avanzadas. Es un hecho histórico que aquel gran movimiento fue saludado con sentimientos de mucha simpatía por cuantos se tenían por ilustrados en las demás naciones de la Europa. (...). Si horrorizaban los cadalsos y demás rasgos de ferocidad, no podían menos de tributarse homenajes de la admiración más viva a las victorias, a los brillantes laureles de que se cubría la república. Llamó singularmente la atención universal la aparición de Bonaparte en escena tan grandiosa. Todavía recordamos la gran curiosidad con que se le seguía en sus campañas en Italia, en Egipto, y el entusiasmo con que se sabían sus victorias.»<sup>57</sup>

La revolución de las colonias norteamericanas, la industrialización inglesa, la revolución francesa y, sobre todo, las triunfantes guerras napoleónicas, estaban conmoviendo las sociedades residuales del feudalismo europeo, y, en particular, a las poblaciones de las ciudades; esto es, en el caso de España, precisamente a las poblaciones donde residían los absentistas, los mayorazgos, que maquinaban cómo aumentar sus ingresos para hacer frente al creciente tren de vida.

Los nuevos vientos revolucionarios y renovadores despertaban en la población nuevas y prometedoras esperanzas o inquietantes temores, con frecuencia de manera contradictoria; para unos, los nuevos vientos traían libertad y promesas de bienestar y, para otros, ambiguos temores de perder sus privilegios. Ésta debió de ser la impresión dominante entre los propietarios de la tierra, grandes y medios, ya que si el “liberalismo” parecía amenazar con cambios en la propiedad, también propiciaba la esperanza de una forma de propiedad nueva: una propiedad de libre disposición, que rompiera con las formas entonces dominantes (el condominio del dominio directo y el dominio útil), que habían conducido a la crisis del medio más importante de producción: la tierra, la agricultura.

Claro que, aparte de los excesos revolucionarios, lo sucedido en Francia también presagiaba la amenaza terrible de desposeer a los nobles y a la Iglesia de sus propiedades, en su forma de dominio directo, para malbaratarlas entregándolas a los productores directos o a compradores que las arrendarían -a buen precio- a labradores para que las cultivasen. Ahora bien, si la expropiación era una amenaza muy grave, el libre arrendamiento parecía una prometedoras esperanza.

---

<sup>56</sup> Evaristo San Miguel, *Vida de D. Agustín de Argüelles*, Madrid, 1851, T. 1, p. 67.

<sup>57</sup> Evaristo San Miguel, *Ob. Cit.*, T. I, p. 8.

Todos estos temores y esperanzas se avivaron y agrandaron con la entrada en España de los ejércitos de Napoleón. Aunque su penetración fue largamente anunciada, removi6 profundamente a las clases sociales, sobre todo, y, en los primeros momentos, a la poblaci6n urbana. Pues, a pesar de que 6sta no era muy numerosa, en las ciudades haba grupos que querían cambios y, dado el prestigio alcanzado por la Revoluci6n Francesa, gente dispuesta a aceptarlos aunque vinieran de la mano de Napole6n. Esto suceda entre gentes cultas e influyentes; y es que Napole6n aparecía en una forma ambivalente, pues, si para unos representaba las libertades y derechos de la revoluci6n, para otros era el hombre que la haba domesticado y haba restaurado la autoridad y el orden.

En los primeros momentos, la clase dominante, la nobleza y la Iglesia aceptaron las decisiones de Napole6n y se pusieron a su servicio, aunque quiz6s con poco entusiasmo: asa lo evidencian las reuniones de Bayona, en las que participaron representantes de las instituciones hasta entonces vigentes, incluido el Consejo de la Inquisici6n.<sup>58</sup> La sumisi6n de los Grandes de Espa1a y de las Supremas Jerarquas de la Iglesia, total y completa al principio, fue realmente bochornosa. Luego, esa actitud de sumisi6n cambi6 por dos motivos: por el auge de la insurrecci6n popular y por las medidas que tom6 Napole6n, al afectar 6stas, en especial, a los intereses de la Iglesia. La alta nobleza fue acusada de abandonar sus deberes y de huir, unos al extranjero y otros a las Islas Baleares, que no haban sido ocupadas, dejando al pueblo "sin direcci6n, sin orden, sin concierto, estos esfuerzos (los del pueblo) son vanos";<sup>59</sup> y, de hecho, esa deserci6n y ese abandono fueron utilizados m6s tarde al discutirse en las Cortes de C6diz la abolici6n de los se1oríos.<sup>60</sup>

### **El proyecto de ley de reincorporaci6n de los se1oríos a la Corona, clave del proyecto de modernizaci6n de la sociedad espa1a en las Cortes de C6diz**

Se ha acusado a los legisladores de las Cortes de C6diz de haber hecho ofertas pol6ticas, econ6micas y sociales que el pueblo espa1ol no pedía, y que ni siquiera le interesaban; buena prueba de ello habría sido la facilidad con que tales concesiones legales fueron anuladas por el Rey y su camarilla de nobles, aparentemente con el aplauso de las propias masas del pueblo.

Ahora bien, aparte de que sá sabemos muy bien lo que querían las clases dominantes -nobleza, clero y clase media urbana-, algunas concesiones se llevaron a la pr6ctica en contra de los intereses de las masas (esto es, de las masas campesinas, absolutamente desorganizadas, carentes de dirigentes y analfabetas); pero, sobre todo, Napole6n haba hecho ofertas de concesiones pol6ticas y no se puede dudar de que las clases dominantes sabían lo que 6l hacía, desde el primer momento. De modo que no se podía pedir sacrificios a los espa1oles sin hacerles unas ofertas iguales o superiores a las que hacía Napole6n a nuestros

---

<sup>58</sup> En cuanto a los personajes que constituyeron el primer ministerio de Jos6 I, todos, o casi todos, haban formado parte de los ministerios de Carlos IV; en este primer gobierno fue incluido Jovellanos como ministro del interior, y se insisti6 acerca de 6l para que aceptara.

<sup>59</sup> Asa se expresaban los procuradores de Bayona en su proclama del 8 de junio de 1808.

<sup>60</sup> V6ase J. Costa, *La tierra y la cuesti6n social* (Madrid, Biblioteca Costa, T. IV, 1912, pp. 4-6), donde cita las intervenciones de los diputados don Francisco Ciscar y don Guillermo Oliver los dás 25 y 26 de marzo de 1821, en las que increpan duramente a la nobleza por su conducta.

conciudadanos: las concesiones de los legisladores de las Cortes de Cádiz constituían una exigencia política de primer orden.

De entre todas las disposiciones promulgadas por las Cortes de Cádiz, probablemente la más importante, la más trascendente, fue el proyecto de ley de reincorporación de los señoríos a la Corona. La presentación y la discusión inicial del mismo fue enérgica y rotunda; y su base argumental, arcaica, feudal: la propiedad (el dominio) era consecuencia de la conquista. Los nobles (en el mejor de los casos) poseían esos bienes por derecho de conquista a los moros, o por meras donaciones reales. Pero, cuando las tropas napoleónicas invadieron España, los nobles desertaron, no los defendieron, o se unieron a los enemigos; y en la guerra de independencia fue el pueblo quien reconquistó el suelo español con la sangre y las vidas de sus hijos. Por tanto, en buen derecho de conquista al extranjero invasor, los señoríos pasan a pertenecer a la nación, o a la Corona, en tanto que personificación de la Nación.

Ahora bien, pese a comienzos tan radicales, sólo

«los derechos jurisdiccionales o feudales fueron incorporados a la nación; los demás derechos territoriales, como son los aprovechamientos, arriendos, censos y prestaciones estipuladas fuera del carácter jurisdiccional, quedaron los pueblos obligados a pagarlos, y por esta causa, pueblos enteros siguen pagando (a los grandes señores),..., cierto canon anual por el reconocimiento del dominio directo o por los aprovechamientos, arriendos, etc. (...). Exactamente igual y tal como si estuviéramos todavía en los siglos XII y XIII.»<sup>61</sup>

Prescindiendo de los matices propios de la exageración verbal, el hecho es que los grandes propietarios nobles aceptaron lo que les convenía de la ley e ignoraron lo que no les favorecía; tenían fuerza e influencia para hacerlo. Una prueba demostrativa de que los nobles no tenían mucho interés en someterse a la ley de 6 de agosto de 1811 es que ésta tuvo que ser reestablecida por ley de 3 de mayo de 1823 y, nuevamente, por ley de 26 de agosto de 1837.

Estas disposiciones legales, así como la ley de 8 de junio de 1813 (por la que se concedía libertad para el arrendamiento de tierras, fundos y pensiones de particulares y se autorizaba el cerramiento de fincas), junto con la Constitución y toda una serie de leyes relativas a los derechos individuales, constituyeron el primer intento serio de modernizar la sociedad española. No fue el primero, puesto que hubo antes intentos de reformas puntuales, pero sólo éste se propuso edificar de nueva planta toda la estructura política, jurídica y administrativa.

#### **Reducción de las fórmulas tradicionales de la propiedad feudal a la propiedad burguesa, absoluta, en bien de la nobleza feudal y de los nuevos compradores**

Por lo que se refiere a la propiedad inmueble, que es lo que interesa aquí, las disposiciones emanadas de las Cortes y de los gobiernos liberales tenían todas una finalidad clara: reducir las numerosas formas de propiedad (posesión o dominio), que se remontaban a los más lejanos y confusos tiempos de la Edad Media, a una fórmula única, moderna y racional, la propiedad absoluta y de libre disposición; y acabar así con las diversas formas de condominio (el dominio directo, o absoluto, y

---

<sup>61</sup> D. Pazos García, *Política social agraria en España. Problemas, situación y reformas*, Madrid, 1920, p. 170.

el dominio útil<sup>62</sup>) y otras diversas formas de participar en las distintas cualidades discernibles de un bien.

Dada la importancia de la tierra como medio de producción en la sociedad española, y lo limitado y escaso de su superficie laborable y útil, no tiene que extrañar que la posesión de la misma haya sido utilizada en diferentes épocas de la historia como medio para dominar a los hombres, al ser el monopolio del suelo el recurso más adecuado para apoderarse de trabajo humano, como verdadera fuente de la riqueza.

Durante los últimos dos siglos (el XVII y el XVIII) se había escrito y discutido mucho acerca de los fundamentos de la propiedad, posiblemente bajo la influencia del aumento de los bienes muebles, aportados por las manufacturas, la industria y el comercio. Estos bienes y la creciente libertad de movimientos de hombres (con el fuerte desarrollo del individualismo) generaron nuevas nociones sobre la propiedad, que fueron pasando de las discusiones teóricas a los legisladores y a las leyes; y, como todos los cambios habidos en la propiedad eran cambios legales, la nueva noción que se difundía por Europa era una nueva noción jurídica de propiedad, la propiedad de libre disposición, la *propiedad burguesa*.

Esta nueva noción jurídica de la propiedad (la noción liberal) interesaba ante todo a la nueva clase ascendente, a la burguesía, más familiarizada con la propiedad de bienes muebles; pero también favorecía, muy notablemente, a la nobleza propietaria del suelo.

La propiedad de la tierra de la nobleza se remontaba a la Edad Media clásica, cuando la tierra sin hombres que la trabajasen no valía nada, pero la tierra constituía el instrumento ideal para apoderarse fácil y “legalmente” de los frutos del trabajo humano; para conseguirlo, había que fijar (adscribir) a los hombres al suelo, quienes, con el tiempo y los progresos de sus derechos, acabaron por convertirse en copropietarios; propietarios del dominio útil (el *Diccionario de Autoridades* dice que éste puede comprarse a censo). Pues bien, todos los señores detentadores del dominio directo -sólo de éste- se hicieron con la propiedad absoluta por arte de la nueva concepción jurídica y porque, además, tenían poder para hacerlo.

Para la nobleza, el convertir sus señoríos en propiedades seguras y escrituradas (documentadas), a lo que les autorizaban las leyes, fue un éxito extraordinario, y, además, supuso a la larga un aumento sin precedentes de sus ingresos, al transformar a sus censatarios en arrendatarios a corto plazo de sus tierras.

A este imparable proceso contribuyeron diversos factores. Uno de ellos fue el interés de la nobleza en reconvertir sus “dominios” en propiedades absolutas, de libre disposición. Otro, el hambre social de tierras de un estrato de la población, enriquecido durante la Guerra de Independencia y en la Primera Guerra Civil. Un tercero, la crisis de la agricultura vinculada de la nobleza y de la Iglesia (y de las manos muertas en general) al extenderse y afianzarse los propósitos desamortizadores de tantas propiedades inmovilizadas en manos de las organizaciones religiosas y fundaciones piadosas (hospitales, hospicios, casas de

---

<sup>62</sup> «El que tiene quien compra alguna casa o heredad a censo perpetuo, o enfiteusis, para gozar solamente de sus frutos; y no, para enajenarla sin licencia del señor del dominio directo. (*Diccionario de autoridades*).

misericordia, casas de reclusión, casas de expósitos, cofradías, memorias, obras pías, patronatos de legos, capellanías, etc.,...), así como de instituciones civiles y pueblos y ayuntamientos (propios y comunes), en tanto que culminación de las tendencias desamortizadoras propugnadas por el gobierno desde Felipe V.<sup>63</sup>

Otro factor importante fue la propagación de las ideas liberales sobre la desamortización, basadas en dos importantes supuestos: uno, «la superchería liberal de que las corporaciones no eran dueñas, sino usufructuarias, y que la acción del Estado se extiende sobre todas ellas»;<sup>64</sup> y otro, que la desamortización era el sostén más firme y el «baluarte más inexpugnable de las instituciones liberales».<sup>65</sup> El que llevó a la práctica este segundo supuesto fue Mendizábal, al ligar «la libertad a los intereses materiales del país, realizando con atrevimiento desde el poder la reforma social y política que había de regenerar a España».<sup>66</sup>

También fue importante la difusión de los artículos de lujo, las nuevas modas, en el vestir y sobre todo en la casa, que impulsaban a la nobleza y a los ricos a nuevos y mayores gastos, y el hecho -bien analizado por el autor de este libro- de que la tierra era el medio de producción con mayores rendimientos, la inversión más sana. Además, la tierra no sólo era el mecanismo más seguro y eficaz para extraer plustrabajo, e incluso para arrancar parte del trabajo necesario a los cultivadores directos; la propiedad de la tierra proporcionaba también prestigio social y derechos políticos, ya que, hasta la implantación del sufragio universal en 1889, la condición de elector estuvo condicionada por la posesión de algún tipo de patrimonio.<sup>67</sup>

#### **Reforzamiento del impulso desamortizador del reformismo ilustrado borbónico con la difusión del liberalismo político al final del siglo XVIII y principio del XIX**

Las avasalladoras tendencias desamortizadoras, claramente manifiestas tanto desde el Poder como en algunos sectores de la población, tienen una explicación histórica y otra económica. Merece la pena detenerse un instante sobre la primera de ellas.

Durante los largos siglos de dominio del modo de producción feudal la única fuente segura de renta fue la agricultura, esto es, la tierra. Por lo tanto, todo el que quería crear una fundación -por ejemplo, para el culto de un santo, para que se dijera determinadas misas (a la semana, al mes, etc.), o para establecer una casa para pobres, peregrinos, o similar, un hospital, una escuela, etc.- no tenía más posibilidad que dotarla con tierras y con vasallos que las trabajaran y pagaran un censo con el que sostener la fundación. Por la propia naturaleza de ésta -cuya primera condición era la de perdurar en el tiempo-, las familias, adscritas a la tierra,

---

<sup>63</sup> Felipe V inició ya, en 1736, la tendencia privatizadora antifeudal con el reparto de baldíos; y, de Carlos III, el Marqués de Camarasa (*Los foros*, Madrid, 1886, p. 53) dice que «tendía a desamortizar los bienes del clero».

<sup>64</sup> M. Fernández González, *La hacienda de nuestros abuelos*, Madrid 1874, p. 125-126.

<sup>65</sup> M. Fernández González *Ob. cit.*, p. 125.

<sup>66</sup> Martín de Olías, *Influencia de la religión católica apostólica y romana en la España contemporánea*, Madrid 1864, p. 83.

<sup>67</sup> «Es punto menos que imposible adquirir fincas rústicas en Vizcaya, cualquiera que sea el precio a que se paguen, y, sin embargo, el capital que estas fincas representan produce un interés tan mínimo, que por regla general no pasa del 2%. El propietario no ignora que, vendiendo sus propiedades, elevaría ese 2 a un 5 por cien o más; pero aún así no hay oferta que le mueva a vender su pedazo de tierra» (Junta General de Vizcaya, *Bosquejo de la organización social de Vizcaya*, Bilbao 1870, p. 49).

lo eran para siempre, siendo el único motivo de desahucio la falta de pago del censo (o del tributo, en general), en especie. Como los rectores o beneficiarios de las rentas no podían plantearse ellos mismos el cultivo directo de las tierras, pasados algunos años las familias adscritas eran consideradas como propietarias del “dominio útil”, como usufructuarias, si es que no lo eran ya mucho antes del establecimiento de la fundación.

Tal era la forma más sencilla y segura de asegurarse una renta permanente y duradera. Pero este sistema tenía sus inconvenientes a largo plazo; la renta en frutos se degradaba con el tiempo; y los beneficiarios trataban de impedir el cambio de cultivos (autorizando la introducción del cultivo del maíz, de la patata u otros frutos, por ejemplo), lo que conducía al deterioro de los rendimientos agrícolas, con el consiguiente estancamiento de la fundación: las rentas tendían a hacerse insuficientes para preservar el propósito inicial de las mismas, sobre todo cuando los gastos sociales aumentaban de modo notorio.

En esas condiciones, los Reyes de la dinastía borbónica se esforzaron en crear una administración y un Estado modernos. Sus esfuerzos por organizar un sistema eficaz de impuestos, su cobro y administración, fueron notables; estaban en el centro de su atención, porque los gastos eran siempre mucho mayores que los ingresos. Conscientes de los altos precios de la tierra (en razón de su escasez) y de la poca rentabilidad de las tierras amortizadas, los gobernantes pensaron que la venta de éstas podría proporcionar buenos ingresos a la Hacienda, aun cuando tuvieran que mantener a cargo del presupuesto a algunas instituciones socialmente indispensables que antes se financiaban con las rentas feudales. Las ventajas para la administración y para la producción eran obvias. Los únicos perjudicados serían los beneficiarios de las rentas y, con gran frecuencia, también los cultivadores directos (dado el deterioro de las rentas feudales a pesar de los perjuicios de la obligatoriedad de ciertos cultivos, de tener que pagar la renta en especie y de la imposibilidad de introducir mejoras en el cultivo de las tierras), por su situación de de semipropietarios, como se denunció en las Cortes de Cádiz en la discusión sobre la abolición de los señoríos jurisdiccionales.

Por lo demás, otro factor importante del avasallador proceso desamortizador fue la difusión del nuevo sentimiento de individualismo y de libertad, apoyado fundamentalmente en el movimiento comercial,<sup>68</sup> alimentado por las nuevas industrias, las relaciones con el Oriente y las nuevas formas del artesanado (manufactura, trabajo a domicilio, etc.). Un nuevo clima de autoafirmación individual y de confianza del hombre en sí mismo y en su iniciativa recorría todos los países de Occidente y se extendía por ellos; y ese clima -en la correcta formulación de Thomas Jefferson- se encarnaba en los derechos inalienables con que el creador dotó a los hombres: el derecho a la vida, el derecho a la propiedad y el derecho a buscar la propia felicidad.

---

<sup>68</sup> En el plan conspirador del presbítero Vinuesa, cura de Tamajón (Guadalajara), y en la cuestión 22, se lee: «que los comerciantes, principales promovedores de las ideas democráticas, y los impresores y libreros paguen algunos millones para objetos de beneficencia, así como los grandes que mostraren adhesión a ellas.» (Pedro de Urquinaona, *España bajo el poder arbitrario de la Congregación Apostólica*, Madrid, Fernández Angulo, 1835, 3ª edición corregida y considerablemente aumentada -de la primera edición, en París-, p. 40).



## 4.2. La desamortización y el cambio jurídico de la propiedad

### **Comienzo vacilante del proceso desamortizador por el miedo a la Iglesia y los apuros de Hacienda, en beneficio de los traficantes y otras gentes con dinero**

La desamortización afectó a bienes inmovilizados en propiedad de fundaciones, instituciones religiosas o civiles, pero no a aquellos en posesión de personas físicas con voluntad de *uso y abuso* de los mismos: y el proceso desamortizador consistió en la venta de los primeros a personas civiles concretas, que habrían de movilizarlos sacándolos del estancamiento en que habían permanecido durante siglos.

Tales bienes no podían mejorar estando como estaban en las “manos muertas”; esto es, en manos de los detentadores del dominio directo, que se limitaban a la percepción de la renta sin ninguna intervención en la producción. En cuanto a los productores o cultivadores, detentaban el dominio útil pero no podían cambiar nada sin la autorización de los anteriores, porque los bienes no eran suyos. Por eso la desamortización, al superar la propiedad participada -el condominio-, parecía implicar un gran progreso, pues el nuevo propietario acumulaba el dominio directo y el dominio útil y podía decidir por su propia voluntad el destino y la finalidad de los bienes que había adquirido. Potencialmente al menos, la venta de los bienes de “manos muertas” -eclesiásticos y civiles (de fundaciones e instituciones civiles como universidades y otras instituciones de la enseñanza, de hospitales de beneficencia, de pueblos y de ayuntamientos, etcétera)- significaba, por lo tanto, un gran salto hacia adelante, al poder disponer los nuevos propietarios de dichos bienes según su libérrima voluntad, sin cortapisas de ningún tipo.

Los comienzos fueron confusos y vacilantes, sobre todo en que se refiere a las primeras desamortizaciones liberales, caracterizadas por avances y retrocesos (al volver las cosas a como estaban antes de la revolución: 1808, 1820, 1843, etc.). Hubo que contar con el miedo a la Iglesia, que ejercía un gran ascendiente sobre las gentes, pues los bienes desamortizados y puestos en venta eran básicamente de aquélla o de sus organizaciones. Hasta la gran desamortización civil, de Madoz, las amenazas de la Iglesia influyeron mucho sobre los compradores de bienes eclesiásticos, por el temor a perderlo todo “al volverse a la situación anterior”. En el caso de la desamortización de Mendizábal, en concreto, tales temores influyeron en la selección de los compradores, en los precios de los bienes desamortizados y en sus rendimientos financieros (al menos en la primera fase, hubo que bajar los precios para animar a los compradores).

Para el propósito de este trabajo -entender la formación y el desarrollo de la clase terrateniente- es muy importante dilucidar la procedencia de los compradores, la magnitud y composición de los lotes que se ofrecieron en subasta y el alcance de la divulgación de las licitaciones.

La primera desamortización de bienes eclesiásticos estuvo condicionada por los apuros de la Hacienda Pública ante los apremios de las necesidades impuestas por la guerra civil en la que estaba enzarzado el país. Debió de primar el allegamiento de dinero; y esto tuvo que influir en la formación de los lotes, que debieron hacerse con el pensamiento puesto en quienes podían disponer de dinero

y estarían dispuestos a comprar. Sería fácil demostrar que las dos grandes ventas de bienes desamortizados estuvieron dirigidas a gentes con dinero, dispuestas a hacer negocio y a invertir en algo sólido: comerciantes, traficantes enriquecidos con los suministros en la guerra civil y profesionales muy destacados, gentes todas ellas de ciudad y, por otra parte, no fáciles de atemorizar. Por lo demás, es natural que quienes detentaban el poder favorecieran a su propia clase.

Dado el modo en que se procedió, es lógico que quedaran excluidos los campesinos que trabajaban las tierras puestas en venta, puesto que no disponían de dinero ni de créditos (inexistentes a buen precio) para comprar "su" propia tierra. En cuanto los tenedores de mayorazgos (nobles o no), tampoco contaban, en su inmensa mayoría, con el dinero o los créditos necesarios. Los patrimonios vinculados en mayorazgos eran indivisibles e inalienables, por lo que muchos nobles eran insolventes. A mediados de siglo XIX aún seguían vigentes las leyes de vínculos y mayorazgos, si bien quienes tenían un patrimonio vinculado podían disponer de la mitad del mismo, y sus descendientes forzosos, de la otra mitad; pero, aunque los grandes patrimonios amayorazgados sobrevivieron, en pleno siglo XX se vieron procesos que evidenciaron la insolvencia de los nobles.

Una parte importante de los compradores de bienes desamortizados fueron gentes de ciudad y que, por tanto, ignoraban todo lo relacionado con la agricultura. Esto reza en especial en relación con los compradores de los bienes de la Iglesia propiamente dichos, en las desamortizaciones de la primera época. En cuanto a la segunda -que corresponde a la gran desamortización civil-, hubo un mayor número de compradores que ya poseían un patrimonio en tierras; lo que no quiere decir, ni mucho menos, que se dedicaran a la explotación directa de sus tierras: eran ya propietarios.

**Persistencia, entre los nuevos compradores, de la concepción feudal de la propiedad de la tierra, como base del derecho a una renta y de prestigio social**

Esto lleva a plantearse otra cuestión importante: ¿con qué propósito fueron adquiridas las tierras de la Iglesia por sus principales compradores?

Hay razones objetivas y subjetivas para descartar por completo que lo hicieran para cultivarlas ellos mismos.

La principal razón objetiva es la forma dominante de cultivo, que continuaba siendo la medieval. Las explotaciones eran pequeñas y únicamente empleaban mano de obra familiar; sólo contrataban trabajadores a jornal de modo excepcional (en algunas cosechas); y si, en algunas labores resultaba ventajoso el trabajo colectivo, recurrían al intercambio de jornales (de días de trabajo). En cuanto a la tecnología existente, los aperos y herramientas eran los tradicionales, que procedían de la más lejana Edad Media; y predominaba el arado romano de madera, con la pareja de vacas, de bueyes o, en el mejor de los casos, de mulas (especialmente en La Mancha, Sur de Extremadura y Andalucía), como fuerza de tiro.

En cuanto a la disposición subjetiva de los compradores de tierra, éstos no pretendían en absoluto cambiar sus condiciones de vida de gentes acomodadas de la ciudad por las dominantes entre los cultivadores directos de la tierra, que representaban, sin duda, el nivel más bajo y deprimido de la agricultura occidental.

Según los testimonios escritos de la época, todos ellos habrían sido especuladores, como los negociantes enriquecidos con los suministros de la guerra (algunos autores cifran el coste total de ésta en unos 21.000 millones de reales<sup>69</sup>); y es significativo que tanto los críticos progresistas como los ultramontanos echaran mano de los mismos adjetivos para descalificar a los compradores de tierras.

Así, un experto en la “falaz economía” les llama “capitalistas” en un libro<sup>70</sup> “que dedica al venerable clero español”, aunque reconoce que los labradores o colonos carecían de dinero para comprar las tierras que trabajaban.<sup>71</sup> También indica que tampoco convenía que los cultivadores fuesen dueños de la tierra porque eso podría dar lugar a que acumularan más tierra de la que podían cultivar bien. Según él, seguía siendo indispensable la completa separación entre la propiedad de la tierra y el cultivo (esto entre el dominio directo, propio de los señores -laicos y eclesiásticos-, y el dominio útil, propio de la gente inferior, preocupada por las cosas vulgares y materiales, los labradores colonos); y, además, el clero era el mejor de los propietarios, puesto que no cultiva las tierras por sí mismo sino que

«las divide en porciones, las reparte y arrienda en (*sic*) otras tantas familias laboriosas que, cultivándolas bien, acrecientan la producción, que es el elemento de la felicidad pública porque fomenta la población y aumenta la riqueza.»<sup>72</sup>

«Buen testimonio de ello es el estado floreciente de la agricultura en las provincias del norte de España, comparado con el de las demás de la Monarquía, y poseyendo el clero en aquellas muchas más propiedades que en éstas.»<sup>73</sup>

Según ese mismo autor, se podría decir otro tanto de Cataluña,<sup>74</sup> aunque olvida mencionar otras provincias en las que el clero poseía muchas propiedades: Andalucía, Extremadura, La Mancha, Toledo, Aragón, etc.<sup>75</sup>

Según el diputado a las Cortes de Cádiz Alonso López, el número de aranzadas de señorío eclesiástico era de más de 9 millones, las de la nobleza sumaban más de 28 millones y las del señorío real, 17,5 millones. Aun cuando estas cifras no sean del todo fidedignas,<sup>76</sup> dan una idea, grosso modo, de la magnitud de los bienes del clero.

<sup>69</sup> E. Chao atribuye este cálculo a Pita Pizarro, en Mariana, *Historia general de España*, Madrid, 1853, T. III, p. 430.

<sup>70</sup> D. J. L. G., *Juicio imparcial sobre bienes eclesiásticos*, Madrid, Imprenta de A. Sancha, 1841.

<sup>71</sup> D. J. L. G., *Ob. cit.*, p. 118.

<sup>72</sup> D. J. L. G., *Ob. cit.*, pp. 119-120.

<sup>73</sup> D. J. L. G., *Ob. cit.*, pp. 106-107.

<sup>74</sup> D. J. L. G., *Ob. cit.*, p. 108.

<sup>75</sup> Véase el cuadro presentado por el diputado Alonso López (*Diario de las Discusiones y Actas de las Cortes*, Cádiz, Imprenta Real, 1811, t. VI, p. 479):

*Aranzadas\* en señorío eclesiástico, señorío lego y de señorío real*

Galicia	1.506.000	2.677.000	264.000
Extremadura	1.519.000	2.149.000	791.000
Cataluña	1.020.000	1.671.000	1.068.000
Aragón	945.000	1.831.000	1.748.000
La Mancha	853.000	1.914.000	17.000

\* La aranzada equivale a unas 45 áreas.

<sup>76</sup> En el cuadro de Alonso López puede que no estén incluidas las innumerables categorías en que se clasificaban los bienes eclesiásticos.

Por otra parte, ese mismo defensor de los bienes del clero que califica la economía como “ciencia falaz” al mantener la tesis de la separación entre el cultivo y la propiedad como un hecho natural, da la impresión de que lo único que cambia con la desamortización de los bienes del clero es el “dominio directo”, con lo que viene a indicar que la concepción feudal continuaba dominando.

¿Es esto cierto? ¿Aceptaban los compradores de los bienes del clero la fórmula medieval, de modo que lo que en realidad compraban era el derecho a cobrar una renta, junto con el prestigio que proporcionaba la posesión de una finca y unos colonos?<sup>77</sup> Conviene recordar que la posesión de bienes raíces, de tierras en especial, facilitaba la condición de elegible.<sup>78</sup> Por lo demás, la continuación de la vigencia de «la profunda separación establecida por la ley y por la costumbre entre el cultivador y el propietario»<sup>79</sup> se desprende de las ideas dominantes acerca de la propiedad de la tierra a mediados del siglo XIX (y aún bastantes años después).<sup>80</sup>

En todo caso, lo que los compradores de tierras tenían a la vista, subjetiva y objetivamente (dadas las condiciones técnicas de la agricultura), era el derecho a percibir una renta lo más elevada posible junto con el prestigio social que comportaba el tener una finca y el poder exhibir ante los amigos el jamón, el aceite, el vino y demás productos enviados por los colonos. Nadie adquiría tierras con el propósito de explotárselas él directamente.

**No hubo “revolución burguesa” sino “reformas liberales”, con centro en la sustitución de la concepción medieval de la propiedad por la liberal, burguesa**

Por la implicación del clero (el regular, en particular) en la guerra civil a favor del carlismo, la supresión de conventos y la incautación de sus bienes fueron calificadas en su tiempo de “revolución”, y todavía se habla de “revolución burguesa” en publicaciones recientes. Pero llamar a la primera desamortización “revolución” es una exageración, y aún más hablar de “revolución burguesa”; y esto, aunque se incluya el asesinato de algunos frailes, que, confiados en la impunidad que les daba su carácter sacerdotal, colaboraban abiertamente con las insurrecciones carlistas. No hay que olvidar que la adhesión del clero a la rebelión tuvo lugar años antes de que se hablara de la supresión de conventos y de la incautación de sus bienes, que muchos autores consideran como la causa de la guerra civil, y que en las provincias vascongadas y en Navarra el clero poseía pocos bienes. Es más: el calificar la desamortización de 1836 como “revolución” es cuando menos reaccionario, puesto que significa adoptar la postura de las organizaciones eclesíásticas que, en aquel momento, se identificaban con el más oscuro ultramontanismo, que pretendía enlazar con los días más negros de la monarquía austracista.

---

<sup>77</sup> La palabra “colono” era la que sustituía en el lenguaje “revolucionario” de la época al término “vasallo», sustituto a su vez de la palabra “siervo”.

<sup>78</sup> En 1845 se exigía tener más de 25 años y 3.000 pesetas de renta de bienes raíces, o pagar 250 pesetas de contribución directa, para ser elegible; y, para ser elector, se establecían requisitos similares, aunque en menor cuantía.

<sup>79</sup> Manuel Pedregal, *Estudios sobre el engrandecimiento y decadencia de España*, Madrid, F. Góngora, 1878, p. 277.

<sup>80</sup> Casi a finales de ese mismo siglo, el ministro de Fomento, Marqués de Camarasa, se nos presenta con un pleno sentimiento medieval al respecto: «¿Qué habían de hacer con sus fincas los propietarios sin renteros?» (M. de los Cobos y Luna, Marqués de Camarasa. *Los Foros, Proyecto de Ley Llamada de redención de censos*, Madrid, 1886, p. 109).

La situación de las clases sociales en la primera guerra civil no podía ser más ambigua y confusa. Incluso la “revolucionaria” venta de bienes del clero -que parece ser la punta de lanza de la transformación revolucionaria- es tan ambivalente, que no se sabe bien si los compradores de bienes del clero le sustituyen en el dominio feudal directo o se convierten en verdaderos propietarios en sentido burgués. Aunque, de hecho, quienes compran las tierras del clero no las van a explotar como labradores, cultivadores directos, ni tampoco como capitalistas; lo que compran es el derecho a percibir una renta. Por lo demás, esa ambigüedad era obligada: una “revolución burguesa” que solo afectó a un sector minoritario de la clase feudal dominante -aunque ese sector fuese el clero- y dejó intacto al más rico y numeroso, la nobleza, no es una revolución. Es una componenda, si no es algo peor.

Ahora bien, ¿qué otros cambios trajo consigo la “revolución o reforma liberal”? En materia legal, ¿cuál fue el cambio principal que las reformas liberales introdujeron en la propiedad?

Quiérase o no, como ya se ha señalado, el principal cambio que se propugna y se defiende con las reformas liberales fue un cambio formal. A saber: la sustitución del oscuro y complejo concepto feudal de propiedad por un concepto unitario y sencillo, el concepto liberal de propiedad; o, en otras palabras, por la propiedad de libre disposición, la propiedad absoluta. Esto es: una propiedad que no admite propietarios preeminentes, privilegiados, que puedan establecer condiciones indefinidas para los sucesores: de acuerdo con la nueva concepción de la propiedad, todos los propietarios legales son iguales. En este sentido la noción de propiedad medieval era claramente arbitraria; no sólo por el reconocimiento de propietarios excepcionales sino también por la admisión legal de copropietarios, y no sólo de dos sino de varios dominios, con frecuencia enajenables por separado y mediante diversas formas de enajenación.

El nuevo concepto de propiedad, que vino a terminar con toda esa variopinta diversidad, respondía a una concepción unitaria de la propiedad, que, como tal, se convirtió en la clave de las reformas liberales. Armonizaba por completo con el individualismo que se venía difundiendo por las naciones de la Europa occidental desde el Renacimiento, y por eso se difundió y aceptó entonces aquí con entusiasmo. Convenía tan bien con las aspiraciones espontáneas e individuales de la época, que en el parlamento se llegó a declarar que no debía existir ni un palmo de tierra sin propietario individual. Pugnaba contra la propiedad de instituciones como conventos, iglesias parroquiales, fundaciones, obras pías, etc., porque ese otro tipo de propiedad chocaba contra dos de los aspectos predilectos de la nueva concepción de la propiedad: la plena igualdad de los propietarios y la individualidad, implicada en la propiedad de libre disposición. No todos los dirigentes de instituciones son iguales respecto al patrimonio; unos, lo fundan y, otros, se ven obligados a conservarlo; y también se violenta con ellas el principio de individualidad.

### **Ruptura del equilibrio secular entre población y subsistencias, y reconversión forzosa de los colonos, en arrendatarios y en jornaleros en paro estacional**

La nueva concepción de la propiedad venía a favorecer a todos los propietarios vivos, a los nuevos y a los viejos. Pues, si los efectos perjudiciales del estancamiento se hacían sentir en los patrimonios institucionales, tan numerosos en

el primer tercio del siglo XIX, resultaban mucho más graves en el caso de los patrimonios civiles, en razón de las vinculaciones en los mayorazgos.

Según Eduardo Chao, el continuador de la *Historia* de Mariana,

«los capitales y las rentas amayorazgadas en España representaban a lo menos la mitad de todas las fincas rústicas, y una gran parte de las urbanas pertenecía a la grandeza y títulos de Castilla. Su administración era tan viciosa que apenas producía el 1 por 100 de renta a sus capitales, y, con la desamortización, se crearon muchísimas casas de segundos, terceros y aún de las mujeres, porque no solamente les tocó una parte de las propiedades de los poseedores en 1836, sino que heredaron títulos que yacían olvidados por su acumulación. (...). Así, en vez de ser perjudicial a la aristocracia, la desamortización le fue ventajosa, en cuanto multiplicó los títulos y proporcionó riquezas nuevas para sostener los respectivos rangos, si los favorecidos lo quisieron.»<sup>81</sup>

Si la mitad de los bienes rústicos estaban estancados como patrimonios vinculados en mayorazgos, como es posible que así fuese, resulta inevitable pensar que la nobleza resultó altamente beneficiada por la nueva concepción legal de la propiedad y por la desamortización.

Por de pronto, gracias al nuevo concepto de propiedad, la nobleza pudo “reconvertir” sus “dominios directos” en propiedades de libre disposición, confirmados por flamantes títulos de propiedad; una cuestión importantísima, cuando se estaba discutiendo la reversión a la Corona de los señoríos mal ganados. Pero no sólo eso. Porque también se benefició con la abolición de tantos censos enfiteúuticos, verdaderas ventas perpetuas del dominio útil, como consecuencia necesaria de la vinculación perpetua del patrimonio; hasta entonces, los patrimonios eran intocables, inalienables, indivisibles, los detentadores de los mayorazgos no iban a rebajarse nunca a cultivar ellos mismos la tierra, ni directamente ni como capitalistas, y, salvo en los raros casos de falta de pago, tampoco se les presentaba la ocasión de tomar decisiones sobre los colonos.

Ahora bien, como dijo Montesquieu a propósito de la libertad en la agricultura, «los países no se cultivan en proporción de su fertilidad sino en razón de su libertad».<sup>82</sup> La nueva concepción legal de la propiedad de la tierra benefició a toda clase de propietarios, a los terratenientes individuales de siempre y a los compradores de tierras desamortizadas. Pero lo hizo a costa de los propietarios institucionales (o colectivos), que padecieron la incautación de sus tierras, de sus bienes raíces, y de los innumerables colonos, en especial, que cultivaban tierras cuya propiedad eminente (o dominio directo) estaba en poder de mayorazgos o de instituciones (es decir, de terratenientes, nobles o no, y de conventos); al ser desamortizadas tales tierras -por venta o por reconversión jurídica de los títulos de propiedad-, los colonos se transformaban en arrendatarios con todas las consecuencias; los censos, foros y demás formas de tenencia del usufructo de la tierra, de origen feudal, quedaron abolidas, pero fueron subrogadas todas por el arrendamiento, la fórmula liberal burguesa de ceder el uso de la tierra.

---

<sup>81</sup> Padre Mariana, *Historia general de España*, completada por José de Miniana y Eduardo Chao, Madrid, Gaspar y Roig, 1853. T. III, p. 399.

<sup>82</sup> Citado por E. Abela y Sainz de Andino, *Economía Agrícola, o Programa razonado de agricultura*, Madrid, M. Ginés Hernández, 7ª ed., 1888, p. 8.

Para entender correctamente los efectos de la desamortización eclesiástica y civil y sus consecuencias en la formación de la clase terrateniente, conviene hacerse una idea aproximada de la magnitud de la tierra afectada por la venta, de su influencia sobre la concentración de la propiedad territorial en España y de su contribución al reforzamiento del monopolio de la tierra de cultivo. También hay que considerar las consecuencias políticas y sociales del número e importancia de los compradores, y si la desamortización contribuyó de hecho a reforzar a la clase terrateniente, debilitada numéricamente, mediante enlaces matrimoniales internos dirigidos a incrementar el poder económico de algunas familias; un afán de acumulación que, según algunos testimonios, contrarrestó de modo eficaz las tendencias disgregadoras de la desamortización civil abiertas por las leyes al permitir la división y venta de los mayorazgos.

Aunque todavía no se han elaborado los datos relativos a la superficie de las tierras vendidas procedentes de las propiedades del clero y de las del Estado, los municipios, los pueblos, las fundaciones de la enseñanza, la beneficencia y demás, parece que las cifras fueron cuantiosas.

Francisco Simón Segura, en su libro *La desamortización española del siglo XIX*,<sup>83</sup> adelanta una cifra puramente indicativa, con todas las salvedades, de las ventas realizadas entre 1836 y 1900: *10 millones de hectáreas*, esto es, el equivalente del 20 por 100 del suelo nacional. El mismo autor ofrece, como testimonio de su cálculo, la investigación detallada sobre las ventas en la provincia de Ciudad Real: 600.000 hectáreas (en esta cifra se comprenden las propiedades del clero y las propiedades de los pueblos, incluidos los montes); y, por su parte, el diputado de las Cortes de Cádiz, Alonso y López, atribuye al clero y a las órdenes militares la cantidad de 853.276 aranzadas en la provincia de la Mancha, lo que equivale a unas 400.000 hectáreas.<sup>84</sup>

#### **Reforzamiento y nuevo protagonismo histórico de los grandes de España, en virtud de su riqueza territorial y de su monopolio del *entourage* de la Corona**

La masa de tierras que pasaron de “manos muertas”<sup>85</sup> a manos bien vivas dio lugar a cambios sociales y a la generación de nuevas influencias. No nació una nueva clase, sino que a una vieja clase en avanzada decadencia, la nobleza feudal, le salió un fuerte retoño que le permitiría recuperar con creces el poder que había ido perdiendo. Gracias a ese retoño y auxiliar, la vieja nobleza -que no había perdido ni un ápice de sus dominios territoriales- se puso en condiciones de emprender una nueva aventura. Todo venía en su ayuda. Los liberales le sirvieron en bandeja sus viejas y dudosas propiedades, e incluso le facilitaron la posibilidad de ampliarlas adquiriendo propiedades de la Iglesia o de los pueblos (aun cuando no eran muchos los nobles que estaban en condiciones de hacerlo, los grandes, sí). Además, el final ambiguo de la Guerra Civil dejó bastante íntegras a las fuerzas carlistas,

---

<sup>83</sup> Instituto de Estudios Fiscales Ministerio de Hacienda, Madrid, 1973, T. I, pp. 281-282.

<sup>84</sup> Con esto no se pretende afirmar, ni mucho menos, que estas cifras ofrezcan plena confianza.

<sup>85</sup> *Manos muertas*. En lo forense se llaman así los poseedores de alguna alhaja en quienes se perpetua el dominio, de tal suerte, que se impida la paga de algún gravamen que se debiera percibir de la enajenación o venta de ella en perjuicio de algún tercero; y así las comunidades, mayorazgos, etc., son manos muertas para el dominio de cosas sujetas a censo perpetuo, por el perjuicio de las veintenatas que se causan en las ventas. (*Diccionario de Autoridades*).

permitiendo a la nobleza defender sus intereses con la amenaza latente del carlismo; de hecho, éste se mantuvo tan firme como para intentar, por tres veces, reavivar la guerra civil (1848, 1872 y...1936): fue la reserva, siempre amenazante, de la derecha.

Puede ponerse en duda que los compradores de los bienes desamortizados tuvieran la intención de convertirse en colaboradores de la nobleza, que era para ellos como la clase antagonista. Pero la realidad es la que manda. Ya se ha dicho que, en su inmensa mayoría, los compradores de bienes nacionales no los adquirieron para trabajarlos, para explotarlos directamente -ni siquiera como capitalistas (algo objetivamente imposible)-, sino para tener derecho al cobro de una renta y disfrutar de los privilegios del terrateniente (cosa que sí era posible); pero, en la práctica, se convirtieron en parte de la clase terrateniente y reforzaron su poder con su actuación.

A principios del XIX la nobleza se aplebeyaba (o se encanallaba) vistiéndose de majos y majas e imitando el habla del “pueblo bajo” (gracias a las aportaciones desamortizadoras de finales del siglo XVIII), componía versos y entraba en las Reales Academias. Después, conforme creció el número de compradores de bienes desamortizados y a medida que la nueva propiedad se estabilizaba (es decir, en tanto en cuanto ya no era posible “volver a la situación anterior”, como ocurrió en 1811-13 o 1820-23), la ideología y los principios liberales se fueron difundiendo por la sociedad española y, en especial, entre la clase dominante, aunque de una manera ambigua y contradictoria.

El testimonio de un personaje político como el Conde de Romanones, en sendos pasajes de sus *Notas de una vida*, ilustra muy bien esa situación contradictoria, en el caso de la nobleza:

«En todo momento, más por instinto que por dictados de la razón, fui liberal; sin que acierte a explicármelo, pues cuanto me rodeaba desde mi cuna debiera haberme inclinado a las ideas conservadoras.»<sup>86</sup>

«La mayoría de cuantos hacíamos vida universitaria era resueltamente liberal, cuando menos. Sentíamos fe ciega por los principios animadores de la revolución de septiembre; próximos ya a entrar en el ejercicio de los derechos ciudadanos, creíamos que nuestra dignidad reclamaba la concesión del sufragio universal y del jurado popular. Esto era, en suma, nuestro ideal; esto constituía nuestra bandera.»<sup>87</sup>

En estas citas del Conde de Romanones se reflejan los dos componentes de la clase terrateniente: el conservador y el liberal. El primero estaba representado por la nobleza que, habiéndose beneficiado de las reformas liberales, limitaba con el carlismo (y el integrismo ultramontano), era por naturaleza ultrarreaccionaria y constituía, como tal, el *entourage* de la Corona, ejerciendo así el poder en un doble frente: en el político y el palaciego. El segundo, más numeroso pero con menos riqueza, era el constituido por los compradores de fincas nacionales, comerciantes, profesionales, altos funcionarios y demás; todos ellos eran beneficiarios de las reformas liberales, debían a ellas su situación y, por su base económica, tenían intereses comunes con la nobleza; y no sólo esto, porque también se sentían unidos

---

<sup>86</sup> Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1901)*, Madrid, M. Aguilar, 1934, p. 12.

<sup>87</sup> Conde de Romanones, *Ob. Cit.*, p. 26.



con ella frente al enemigo común que, entre unos y otros, se habían creado: los campesinos expulsados de la tierra (el excedente de la población que, con la técnica de entonces, no podía mantenerse con la tierra y pagar una renta).

Las desamortizaciones (la eclesiástica y la civil, y esta última en su doble aspecto de desamortización de los bienes civiles del Estado, fundaciones, municipios, pueblos, etcétera, y de libertad de disposición de los mayorazgos) vinieron a romper el mísero equilibrio feudal entre población y subsistencias. Cuando la tierra tuvo un amo (porque éste la compró entre otras cosas para lucrarse con ella), ejerció su función de propietario y la iniciativa como tal, proponiéndose, sin duda, optimizar sus rentas y racionalizar la percepción de las mismas: echó a los colonos de sus tierras y los readmitió (o no) como arrendatarios, a cambio del pago de una renta. Como en aquellos tiempos -y en muchos otros posteriores- no existía más medio de producción que el cultivo de la tierra, y como desde comienzos de siglo la población estaba creciendo, los campesinos no tuvieron más remedio que aceptar. No tenían otra salida: ¿de qué iban a vivir si no? No había industria y la emigración era difícil. De modo que tuvieron que someterse, y trabajar más, y más intensamente, todos los miembros de la familia. Desapareció la desidia medieval y se acabó el mísero vegetar sobre los comunes y propios (baldíos, dehesas concejales, montes, etc.).

#### **Bloqueo del capitalismo, en virtud de la hegemonía de la clase terrateniente**

La segunda desamortización, de 1855 -llamada, también de Madoz-, vino a poner fin a esa especie de limosna que representaba el reparto de los comunes, al poner todas esas tierras en manos de amos, codiciosos de aumentar sus rentas y dispuestos a conseguirlo. Las ventas de los comunes, propios y dehesas (montes) privaron a los campesinos del leve apoyo que la comunidad de aldea medieval había venido prestando a sus miembros durante siglos. Miles de familias fueron quedando en la pura calle; entre 1797 y 1857 hubo un aumento importantísimo de trabajadores agrícolas sin tierra, obreros del campo, que, en su inmensa mayoría, se localizan precisamente donde fue más elevado el número de fincas vendidas y más cuantiosos los ingresos procedentes de las ventas, en la mitad sur de España, Extremadura, La Mancha y Andalucía.

Una vez liquidada la dejadez y el abandono de los conventos, las fundaciones piadosas y algunos mayorazgos, y eliminado el mísero apoyo de los comunes y propios, centenares de miles de familias campesinas fueron empujadas al paro. No al paro absoluto, que las hubiera forzado a emigrar, sino al paro estacional. Porque, si la tierra no podía sostener a esas familias, tampoco podía prescindir de ellas; dado el atraso técnico de la agricultura familiar tradicional, había momentos en que las labores agrícolas necesitaban de toda la mano de obra excedente y de mucha más, como lo demostraban los miles de segadores gallegos que “bajaban” todos los veranos a segar el trigo y la cebada. Ese proceso contradictorio fue la causa de que millones de obreros agrícolas, permanecieran en las “agrovillas” y “agrocidades” a la espera de trabajo y de tierra.

Así se nos presenta la otra cara de la contradicción: los braceros sin tierra y sin ninguna otra posibilidad de subsistir, no sólo eran necesarios para la realización de las labores de cosecha cuando todos los brazos eran pocos (siega, vendimia, recogida de aceituna), sino que -lo que era mucho más grave- esos desposeídos de

la tierra tenían que estar allí, frente a ella, para elevar indefinidamente la renta de la tierra con la presión de su presencia.

Cualquier economista sabe que, cuanto menores son los lotes de tierra que se ofrecen en arrendamiento, más elevadas son las rentas. Por eso, los terratenientes -por medio de sus administradores o de un arrendatario general, u hombre de paja- ofrecían parte de sus extensas propiedades divididas en lotes adecuados para aprovechar la mano de obra familiar con el mínimo empleo de jornaleros para las faenas de la cosecha. Aunque la magnitud de esas explotaciones venía también impuesta por la técnica, los aperos y la fuente de energía utilizados (los animales de tiro, mulas y en algunos casos bueyes, como ya se ha dicho).

Como se puede deducir de los miles de familias en paro estacional, la demanda de tierra era muy fuerte en razón de la competencia por cada explotación que se ofrecía en arrendamiento. La renta se pujaba hasta lo imposible. Pero era inevitable: no había otra manera de subsistir. De haber podido emigrar, las familias campesinas sin tierra, que no saben hacer otra cosa que las labores agrícolas, habrían forzado las rentas a la baja; y, por lo mismo, la presencia de los braceros hambrientos de tierra era tan necesaria, tan indispensable, para mantener las rentas en crecimiento indefinido. Los terratenientes tenían en sus manos la oferta de la tierra, tras haber conseguido el monopolio del suelo cultivable; de modo que acortaban a voluntad la duración de los arriendos, absorbiendo así en las rentas los aumentos constantes del precio de los cereales. Podían hacerlo, puesto que tenían en sus manos el poder político y controlaban los aranceles, y, por tanto, las importaciones. Pues, a pesar de “ser Castilla el granero del mundo” -según se decía-, España no producía trigo suficiente para el consumo (y esto, contando con que algunos millones de habitantes no consumían trigo porque su mísera economía no se lo permitía).

Esto nos lleva a otra consecuencia grave del monopolio del suelo cultivable por la “clase terrateniente”.

La escasez de la oferta de suelo agrícola y el crecimiento incontenible de la población pujan por el crecimiento de las rentas y empujan, como resultado, los precios de los cereales al alza. Como los terratenientes controlan el poder político, frenan o impiden la importación de cereales (y, la del trigo, en especial). Así, el crecimiento de los precios es más rápido y repercute pronto sobre las rentas de la tierra. Pero, al aumentar el precio del pan, los salarios tienen que subir, con lo que la clase terrateniente transfiere a sus bolsillos una parte de la plusvalía potencial que, de no ser así, se habría generado en la industria, consiguiendo hacer aún más privilegiada su situación socioeconómica (la tierra, como fuente de renta) a costa de llevar al país al estancamiento económico.

Ninguna otra actividad productiva del país podía compararse con la agricultura (al menos, con la cerealista) como generadora de plustrabajo, pues en ninguna otra era la explotación tan intensa, ni tan voluntariosamente realizada, al ser los propios miembros de la familia los que se someten a la explotación, hasta el punto de sacrificarse consumiendo alimentos de inferior calidad a fin de reservar los mejores para satisfacer a los pocos jornaleros que solían contratar en las labores urgentes, como la siega. Y esto, cuando el atraso tecnológico era tan grande, que ni siquiera se había llegado a utilizar la guadaña en la siega de cereales (en las

naciones de Europa occidental se introdujo antes de la mecanización), sino que persistía el empleo único y general de la hoz de dientes.

**Carácter ambiguo y formal del régimen constitucional y sus libertades, y doble línea de poder de la clase terrateniente dominante: la militar y la política**

Otra cuestión muy importante es la forma cómo la clase terrateniente ejercía el poder político e imponía su influencia social y cultural.

La nobleza -sobre todo tras de recibir el apoyo del sector de la clase terrateniente constituido por los compradores de los bienes desamortizados- se convierte en una clase muy poderosa y con una cúpula minoritaria (sus miembros no excederían de unas docenas, siendo como máximo un centenar)<sup>88</sup> y altamente integrada. Todos se conocen y se tratan, en las recepciones de Palacio y en las celebraciones familiares. Eran lo suficientemente ricos como para vivir en Madrid llevando un tren de vida similar al de los monarcas. Constituían el *entourage* indispensable para hacer brillar al Rey a fin de situarlo muy por encima de todos los simples mortales; y, como compañía natural del Rey, cumplían todos los oficios más importantes de Palacio. Así, la nobleza formaba parte de la institución real y se encontraba en unas condiciones óptimas para influir sobre el Monarca y la Monarquía. De modo que -encabezada por la nobleza andaluza y extremeña, que era la más rica-, no sólo monopolizaba la riqueza más importante del país y rodeaba al Rey, sino que además detentaba los más altos cargos del Ejército (los militares palatinos eran todos nobles), ostentaba la más alta jerarquía de la Iglesia, tenía bajo su influencia directa a la judicatura, las Academias, los deportes y demás, y encabezaba todas las actividades del país.

Ahora bien, la clase terrateniente estaba constituida, como tal, por un sector central -la vieja nobleza, el grupo más importante de propietarios de la tierra- y por otro, periférico, formado por los compradores de los bienes desamortizados. Este último practicaba el arrendamiento de sus tierras y vivía de las rentas al igual que el primero, y agrupaba a antiguos comerciantes, negociantes, profesionales y altos funcionarios; esto es, precisamente los hombres que habían impulsado las reformas liberales, beneficiándose de ellas. De hecho, constituían, por sus intereses, el ala liberal, política, de la clase terrateniente, de la que formaron parte las figuras más destacadas de los partidos de la Restauración. De modo que se puede decir que la clase terrateniente ejercía el poder desde la camarilla de Palacio y desde la dirección de los dos principales partidos políticos.

Es cierto que las revoluciones liberales de 1836, de 1854 y de 1868 -la Gloriosa-, finalmente, gozaron de prestigio (aún se sigue hablando de la revolución de 1836 como de “la revolución burguesa”), pero, de hecho, quedaron reducidas a prudentes “reformas”, al concederse algunas libertades personales formales, como el sufragio universal (éste último, en 1889). Porque, en lo que respecta a la propiedad de la tierra (esto es, al medio determinante de producción), tales “revoluciones” se limitaron al cambio del concepto legal de propiedad y a la

---

<sup>88</sup> En 1890 había 129 grandes de España de primera clase, 27 de segunda y, en total, 2190 títulos, muchos de ellos pertenecientes a un mismo individuo (*Canta Claro* -Ubaldo Romero de Quiñones-, *La elocuencia de los números*, Madrid, 1893, p. 64).

expulsión de centenares de miles de familias que venían cultivando la tierra de acuerdo con las tradiciones feudales.

Las reformas liberales se hicieron a costa de dos víctimas; la Iglesia, que perdió la mayor parte de sus propiedades, pero se hizo pagar muy caro tal despojo (aún está sin estudiar el daño que causaron a la sociedad española la serie de guerras civiles, en las que la Iglesia jugó un papel preeminente o casi dirigente); y los campesinos pobres, los eternos explotados. Primero, durante siglos, por los señores feudales (una parte de ellos era la Iglesia); y, luego, por los nuevos amos, que intensificaron su explotación en nombre de la libertad y de la racionalización de la renta liberal; y esto, sin contar con que fueron ellos también los que dieron sus vidas -su sangre- y quienes recibieron los palos en ambos bandos de las guerras civiles. Pero los campesinos del siglo pasado no escribían libros ni artículos en la prensa, ni peroraban en el Congreso; sufrían en silencio la nueva explotación y morían sin elevar la más firme protesta.

Aunque parezca exagerado, podría decirse que sólo dos “conquistas liberales” fueron plenamente aceptadas por la clase dominante en el siglo XIX: la transformación del concepto legal de propiedad territorial (la conversión del confuso concepto medieval de propiedad en la concepción burguesa de la propiedad absoluta de libre disposición); y el consiguiente derecho (la libertad) de esos amos “absolutistas” para expulsar a los campesinos de las tierras que habían cultivado durante siglos, condenándolos así al paro estacional y al hambre. Porque las demás “conquistas liberales” -las libertades personales y colectivas, y sobre todo el régimen constitucional- fueron siempre ambiguas y formales.

El régimen constitucional, tal como lo tenemos hoy, no ha existido nunca en España, salvo, quizá, en los breves años de la Segunda República. Aunque se hable de la existencia y la vigencia de Constituciones, tanto Isabel II como Alfonso XII y su sucesor, Alfonso XIII, han levantado y dejado caer gobiernos siguiendo las sugerencias y los consejos de la camarilla palatina. En el reinado de Isabel II esto era ya una práctica cotidiana, y hasta el general Narváez sabía que no podía gobernar sin el consentimiento de la camarilla. Pero, incluso con la Constitución de 1876, el monarca hacía y deshacía gobiernos a su voluntad -o según la voluntad de los favoritos de turno de la camarilla, esto es, del *entourage* real. La existencia y la actividad de las camarillas eran la cruz de los políticos, liberales y conservadores, aunque también un mal tan necesario, como para que Antonio Maura dijera lo siguiente:

«Para el pueblo sois unos *cortezanos temporeros*,..., porque no existís más que por la voluntad de la corona, porque no representáis política ninguna.»<sup>89</sup>

El Partido Conservador era muy transigente en sus relaciones con el monarca, demasiado; tendía a justificar verdaderas transgresiones políticas, alentándole a ejercer su autoridad personal, y violando así el espíritu de la Constitución hasta dar con ella en tierra, como ocurrió en septiembre de 1923. Aparte de que, salvo el Partido Liberal (que se inclinaba a hacer respetar la ambigua Constitución, aunque sin demasiada energía), eran muchas las fuerzas que

---

<sup>89</sup> Antonio Maura, *Treinta y cinco años de vida pública*, Madrid Biblioteca Nueva, 1917 T. II, p. 49. Discursos recopilados por J. Ruiz-Castillo.

conspiraban a favor del absolutismo; esto es, a favor de la intervención directa del Rey en las cuestiones políticas y militares. Algo que Antonio Maura pretende también justificar cuando viene a decir que el Rey era la fuente de todo poder y los Ministros, delegados suyos a los que podía poner y deponer, como en la práctica venía haciendo.

«La Constitución reconoce a los ministros como ejecutores de la potestad Real, bajo su propia responsabilidad. (...). {Los ministros} son responsables de actos del Poder Real, como órgano ejecutor de la potestad del soberano,.. (...). ¿Cómo, pues, ha de haber conflicto? ¿Con quién puede ser el conflicto? ¿Con aquél que con un signo destituye al Ministro y le desnuda de toda autoridad?»<sup>90</sup>

La estructura de poder de la clase terrateniente contaba, pues, con la existencia de dos líneas de poder que convergían en la persona del monarca: la militar y la política.

La primera era la más eficaz y segura; tenía su centro de decisiones en la camarilla militar palatina; y descendía, a través del Rey y por medio de los capitanes generales (los antiguos virreyes), los gobernadores militares y los comandantes de plaza, hasta llegar a los cabos de la Guardia Civil, como comandantes de puesto.<sup>91</sup>

La línea de poder político -compartida en apariencia entre el Rey y las Cortes y que iba a través del Gobierno y los Gobernadores Civiles hasta los Alcaldes- era, en cambio, débil e insegura. No ofrecía demasiada confianza y funcionaba tan sólo cuando no había dificultades y todo marchaba normalmente, para quedar en suspenso (junto con las garantías constitucionales) tan pronto como surgía algún conflicto importante. De ahí la inclinación sin tapujos de las autoridades militares a proclamar el estado de excepción o, simplemente, el estado de guerra, para que “funcionase” única y exclusivamente la línea de poder militar.

### 4.3. La crisis del sistema terrateniente

#### **De la hegemonía de la clase terrateniente en las tres primeras décadas de la Restauración a la crisis del sistema terrateniente desde principio del siglo XX**

Los partidos políticos reflejan, en cierta manera, el poder de la clase terrateniente. La hegemonía política de los partidos conservador y liberal durante dos o tres decenios constituye el testimonio omnímodo de ese poder la clase terrateniente. Pero esa situación no podía durar. La crisis tenía que intensificarse porque los factores que convergían para agravar la situación eran varios e importantes. A saber: el crecimiento de la población, aunque sólo fuera como reflejo de la revolución demográfica que se había producido en la Europa occidental a lo largo del siglo XIX; las incidencias en el desarrollo de la producción agrícola, como la

---

<sup>90</sup> Antonio Maura, *Ibidem*, p. 59.

<sup>91</sup> Tan celoso era el Rey Alfonso XIII de su función como comandante supremo del Ejército, que los nombramientos militares fueron la principal fuente de conflictos con el Gobierno. Siendo muy joven tuvo ya un grave enfrentamiento con Maura: éste le propuso la firma de un decreto en el que se nombraba al general Loroño jefe del Estado Mayor Central, con la exclusión precisa del General Polavieja, dado que se había opuesto a la creación de tal cargo porque “anulaba a la corona”; pero el Rey se negó a firmarlo, Maura tuvo que dimitir y fue sustituido por el General Azcárraga, casi con la única misión de nombrar al General Polavieja para ese alto cargo militar.

invasión de la filoxera en Francia y posteriormente en España, y la llegada masiva a Europa de productos agrícolas de ultramar a precios mucho más bajos gracias a las mejoras del transporte marítimo y a la aparición de los buques frigoríficos; las guerras coloniales de Cuba y Filipinas, que pusieron de manifiesto la fatuidad y la ignorancia de la clase terrateniente y la incompetencia profesional de los militares, que embarcaron al país en una guerra estúpida y perdida de antemano; y, en fin, los cambios económicos que se estaban produciendo en la periferia del país (industrialización del País Vasco y Cataluña, desarrollo de la minería en Asturias) y que impulsaron el crecimiento de la clase obrera y la aparición de los partidos regionalistas y obreristas.

Era imposible llevar al país al estancamiento pleno -a un inmovilismo total-, de forma que la hegemonía del sistema terrateniente continuara y que no cediese la presión sobre la tierra, como principal medio de producción. Tras la pérdida de las colonias (y parece que precisamente a impulsos de los capitales repatriados) se inicia una tímida reactivación económica en la España periférica (salvo en las costas andaluzas, claro está), con el consiguiente estímulo de la emigración interior. Esa reactivación económica no fue importante, aunque sí lo suficiente como para alarmar a la clase terrateniente, que hizo todo lo posible por cortarla. Pero la contradicción era ya demasiado grave, y los propios terratenientes la alimentaron al colaborar con la banca, que acelera su desarrollo en esa misma etapa, entre la crisis del 98 y la Primera Guerra Mundial; y esto, cuando, con la invasión de la filoxera, que acabó con la vid europea, se incrementó la emigración campesina al exterior (sobre todo a las repúblicas latinoamericanas o hispanoamericanas), superando el millón y medio entre 1901 y 1915.<sup>92</sup>

El período de mayor intensidad de la emigración campesina, de 1906 a 1915, vino a coincidir con lo más intenso de la crisis de la vid. Parece que los ingresos de los terratenientes disminuyeron con ella, que sus gastos aumentaron al tener que afrontar la renovación de las cepas y que sus rentas debieron incrementarse para compensar tales pérdidas. El hecho es que el malestar en los pueblos campesinos aumentó, hasta el punto de emigrar de pueblos enteros con su alcalde al frente,<sup>93</sup> a pesar de las coacciones de todo tipo para impedirlo.<sup>94</sup>

El esfuerzo de la clase terrateniente para impedir la “libertad” de movimientos de los labradores era lógico; y los campesinos habrían emigrado en mayor número aún, si hubieran dispuesto del dinero suficiente para pagarse los pasajes.<sup>95</sup>

### **Impotencia política de la clase terrateniente y reorientación de su sector más reaccionario en busca de apoyos en la Corona, la Iglesia y el Ejército**

---

<sup>92</sup> Antonio Maura, *Ibidem*, pp. 57-60.

<sup>93</sup> Una buena muestra es el caso de Boada, en Salamanca. La venta por Hacienda de los baldíos y comunes del pueblo dejó en la calle a los vecinos, que, ante la perspectiva del hambre, decidieron emigrar todos a Argentina. Su decisión fue motejada de antipatriótica en una carta de Ramiro de Maeztu que tuvo gran resonancia, y a la que replicó Unamuno en defensa de los de Boada, (Diego Pazos García se hizo eco de dicha polémica en su libro *Política social agraria de España*, Madrid, 1920, pp. 101-103).

<sup>94</sup> Esto aparece bien evidente en el libro del Marqués de la Fuensanta de Palma, *El problema migratorio* (1905).

<sup>95</sup> Éste era el principal obstáculo para la emigración a larga distancia, particularmente a las repúblicas americanas.

Con las guerras de Cuba y Filipinas y la guerra contra Estados Unidos se puso realmente fin a la hegemonía política de la clase terrateniente, en cuyo seno venía adquiriendo preponderancia el sector más reaccionario. Pero éste, ante su incapacidad política, tendió a influir en los gobiernos buscando apoyos en la Corona, en el Ejército y en la Iglesia.

Tras el asesinato de Cánovas del Castillo (1897) y la muerte de Sagasta (1903), los dos partidos representativos de la clase dominante no vuelven a recuperarse y se descomponen con celeridad. El núcleo de la clase terrateniente busca entonces apoyos más firmes y sólidos que los partidos políticos, favoreciendo abiertamente el resurgimiento de las organizaciones religiosas (numerosas órdenes religiosas se reinstalan en el país de modo casi clandestino), con la alarma consiguiente de los liberales. El conde de Romanones, en concreto, habla del crecimiento arrollador de las organizaciones religiosas,<sup>96</sup> acusa abiertamente a los conservadores de favorecer de modo ilegal el resurgimiento de los conventos<sup>97</sup> y concluye uno de sus discursos afirmando que “hay que dar la batalla al clericalismo”.<sup>98</sup>

El pleno acuerdo del sector más retrógrado de la clase terrateniente con los dirigentes religiosos abriría paso pocos años después a la colaboración política de la derecha con la Iglesia; mejor dicho, a que la Iglesia asumiese el papel dirigente de la política reaccionaria en España mediante la creación por el Padre Ayala, S. I., de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, “Madre de partidos políticos”.<sup>99</sup> creó oportunamente la Unión Patriótica (como apoyo al general Primo de Rivera y a su dictadura) y la Acción Popular (para organizar a la derecha durante la República), y actuó luego a través del Movimiento Nacional, de modo bien conocido.

En cuanto a la conquista de la “cúpula militar” del Ejército -otra cuestión vital para la clase terrateniente- ésta no encontró grandes dificultades. La salida más adecuada y airosa para los hijos de los terratenientes eran las Academias Militares y los cuerpos de oficiales, jefes y generales de las Fuerzas Armadas. Al fin y al cabo, no estaban tan lejanos los tiempos en que, para ser oficial, era necesario ser noble; y, además, la poderosa nobleza de la mitad sur de España cubría los principales puestos de Palacio, donde se encontraba con los más altos e influyentes empleados del Ejército, que constituían los cuartos militares y asesores del Rey. Así, cuando el Rey salió de España por el resultado de unas elecciones municipales porque la derecha se negó a apoyarle, la clase terrateniente ya había logrado su objetivo con pleno éxito; porque, si la derecha fracasaba en su actividad política -lo que era probable, dada la polarización del país-, ella disponía ya de una vía segura para hacerse con el poder: el alzamiento militar.

### **Penetración en la sociedad española del desaliento creciente del campesinado, estancamiento social e incertidumbre y pesimismo de la intelectualidad**

---

<sup>96</sup> Conde de Romanones, *Notas de una vida*, p. 148.

<sup>97</sup> *Ob. cit.*, pp. 137, 117, 164.

<sup>98</sup> *Ob. cit.*, p. 147. Le contestó desde las columnas del periódico ultra *El Siglo Futuro*, el Padre Montaña, que era nada más ni nada menos que profesor y confesor del joven Rey, defendiendo, en su artículo-manifiesto la conocida tesis “El liberalismo es pecado” y haciendo una severa exégesis de las facetas del tema.

<sup>99</sup> M. Fernández Areal, *La política católica en España*, Barcelona, DOPESA, 1970. p. 89 y varios pasajes más.

Como pone de manifiesto en términos históricos y económicos Enrique Prieto en este libro, el llevar hasta sus últimas consecuencias “la reforma liberal a la española” condujo a nuestro país a una situación peculiar que define su historia reciente.

Las masas trabajadoras -campesinas, ante todo- fueron acorraladas y empujadas hasta el último grado de miseria, de iniquidad y de desesperación. Los sufrimientos de los campesinos desde mediados del siglo XIX hasta la Guerra Civil de 1936 fueron indecibles, aunque permanecieron desconocidos para el minoritario sector de gentes leídas y escritas de nuestro país, que eran las que registraban el acontecer y decidían sobre la existencia de los hechos; claro que esas gentes cultas estaban imbuidas de los principios liberales -entre los que destacaba el sacrosanto derecho de la propiedad, libre y absoluta-, en tanto que la plebe campesina era ignorante y absolutista, bien avenida con los carlistas, los curas y los frailes.

La reforma liberal se propuso en principio aquí, como en otras naciones, modernizar el país. Esto es: establecer una constitución liberal, libertades personales, el sufragio universal, y, sobre todo, eliminar los privilegios feudales, al menos de manera formal, como sucedió con los derechos jurisdiccionales y, por encima de todo, con el derecho de propiedad. Pero la reforma se quedó sólo en el papel, en la apariencia; desaparecieron los derechos feudales de los señoríos, pero -aparte del importantísimo derecho de la propiedad- quedaron en pie todos los demás derechos territoriales de los antiguos señores, como son los aprovechamientos, los arriendos, censos y prestaciones, quedando los pueblos enteros obligados a pagarlos, exactamente como si estuvieran en los pasados siglos feudales.<sup>100</sup>

La “Revolución” atacó con energía los bienes de “manos muertas”, pero reforzó los derechos de propiedad de los antiguos señoríos.<sup>101</sup> Aunque no protegió sólo los bienes de la nobleza terrateniente, poseedora todavía, hacia 1914, de pueblos enteros y de grandes fincas (es decir, de las tierras de las familias de “noble alcurnia y rancio abolengo histórico”). También favoreció a la otra aristocracia, la “territorial del dinero”, más moderna, cuyos componentes,

«ya aprovechándose de las leyes desamortizadoras, ya de la desmembración de aquellas grandes casas, ya de otras oportunidades, han venido adquiriendo, casi siempre en ventajosas condiciones extensas propiedades.»<sup>102</sup>

«Tanto unos como otros propietarios son por lo común absentistas, residiendo habitualmente en la corte o en las grandes capitales, dejando sus tierras incultas, a veces, y otras, arrendándolas a personas que, a su vez, hacen buen negocio subarrendándolas; o bien las explotan deficientemente, en su mayor parte por medio de sus administradores o apoderados, encargados de entenderse con los arrendatarios o colonos y cobrarles las rentas.»<sup>103</sup>

En la Mancha, en Extremadura, pero sobre todo, en Andalucía, los arrendamientos eran muy elevados y los plazos, muy cortos, para poder absorber en las rentas cualquier subida de los precios del pan (no en vano los terratenientes

---

<sup>100</sup> D. Pazos García, *Ob. cit.*, p. 170.

<sup>101</sup> D. Pazos García, *Ob. cit.*, p. 171.

<sup>102</sup> D. Pazos García, *Ob. cit.*, p. 203.

<sup>103</sup> D. Pazos García, *Ibidem*. Este autor ofrece datos sorprendentes sobre los abusos de los grandes propietarios para dedicar las tierras a pastos.



tenían poder para manipular los aranceles) y toda mejora de la productividad de la tierra. Pero las rentas no sólo eran elevadas. También eran esquiladoras, pues solían equivaler aproximadamente a un tercio o más del precio de coste del trigo.<sup>104</sup> Eran tan exorbitantes, que los campesinos sin tierra no podían optar a las tierras baldías por temor a no poder pagarlas y por miedo a las continuas subidas una vez que las hubiesen puesto en producción,<sup>105</sup> viéndose entonces obligados a pasar hambre o a emigrar.

Los grandes terratenientes del Sur recurrían, con frecuencia, a otro procedimiento para explotar sus tierras que exigía un mínimo de capital y de mano de obra; consistía en desahuciar a los colonos para dedicar la tierra a pastos, lo que les permitía obtener el máximo de renta en relación al capital invertido.<sup>106</sup> Este procedimiento se prodigó tanto, que llegó a haber más de 6.000 dehesas para caza y para la cría de ganado.<sup>107</sup> Incluso en los años de mayor miseria y crisis -en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial-, muchos colonos arrendatarios fueron expulsados de las tierras que trabajaban para dedicarlas a pastos.<sup>108</sup>

Hay razones para pensar que, de no encontrar rápidamente un nuevo acomodo como arrendatarios, a los campesinos desahuciados no les quedaba más alternativa que el paro estacional o la emigración, pues, una vez vendidos los aperos y los animales de trabajo, para poder subsistir, les era imposible recuperarse. La solución era la emigración a las ciudades o al extranjero. Lo primero tampoco les libraba del hambre, porque en las ciudades no había trabajo, de modo que también allí les esperaba la miseria. En cuanto a la emigración a ultramar, era más prometedora pero también costosa, y la mayoría de los jornaleros no podían reunir el dinero suficiente para pagarse el pasaje. Aunque, aun así, según las estadísticas oficiales, entre 1874 y 1915 emigraron bastantes más de tres millones de personas,<sup>109</sup> que se dirigieron a los más diversos países,<sup>110</sup> desde Argelia y Francia a las Repúblicas Latinoamericanas del Centro y del Sur, incluido el Brasil. Los campesinos sin tierras, lo mismo que los campesinos con parcelas, huían de España como de la muerte. El monopolio de la tierra, las rentas exorbitantes y el atraso tecnológico, tanto agrícola como industrial, atenazaban e inmovilizaban al país de tal modo, que las gentes no percibían ni el más ligero rayo de esperanza.

La desesperanza, el desaliento y la incertidumbre flotaban en el ambiente y penetraban toda la sociedad española. Tal era el resultado del estancamiento y del inmovilismo, de la absoluta falta de futuro. Y, todo ello junto, congelaba el pensamiento y la actividad, dando lugar a un pesimismo esterilizador, bien visible en lo que erróneamente se dio en llamar la literatura del desastre, pues la causa verdadera de la situación no era tanto la pérdida de las últimas colonias (que no ejercían influencia alguna sobre la vida económica del país), como el estancamiento

---

<sup>104</sup> B. Argente, *La esclavitud proletaria*, Madrid, Renacimiento, 1913, p. 15

<sup>105</sup> B. Argente, *Ob. cit.*, pp. 74 y 93-94.

<sup>106</sup> B. Argente, *Ob. cit.*, p. 93.

<sup>107</sup> B. Argente, *Ob. cit.*, p. 96.

<sup>108</sup> B. Argente, *Ob. cit.*, 93-94 y 96.

<sup>109</sup> B. Argente, pp. 62 y ss. Este autor considera que la emigración registrada era sólo una parte del total, la que salía por los puertos nacionales, pues, dada la diferencia del precio de los pasajes, eran muchos los emigrantes que embarcaban en Gibraltar, Lisboa o Burdeos.

<sup>110</sup> *Canta Claro* -Ubaldo Romero de Quiñones-, *La elocuencia de los números*, Madrid, 1893, p. 29.

y la parálisis en que el sistema terrateniente había hundido a la sociedad española. Aunque, mientras la inmensa mayoría de la población aparecía hundida en la desesperanza y los intelectuales más lúcidos destilaban pesimismo e incertidumbre,<sup>111</sup> una minoría insignificante de terratenientes, aristócratas, hacían ostentación de sus riquezas, rivalizando con los grandes capitalistas europeos en las playas y en las salas de juego de la Costa Azul y en los hoteles y salones de París.

El sistema de explotación terrateniente, basado en el monopolio riguroso de la tierra (que hacía posible la extracción de plusvalía a los labradores, cultivadores directos, por medio de la renta), llevó al país a un estancamiento esterilizante. Los terratenientes utilizaron todo su poder económico, social y político con el fin de aislar a España de las corrientes económicas capitalistas; el establecimiento de barreras arancelarias casi prohibitivas para el trigo se tradujo en subidas frecuentes de los precios de los alimentos; y, con los precios de estos artículos en aumento, resultó imposible el desarrollo capitalista, con lo que la tierra continuó siendo el medio exclusivo de producción.

La población campesina creció con la difusión de las modernas medidas sanitarias (en especial, las vacunas) y con la higiene pública. Pero a los campesinos no le quedaron más alternativas que pasar hambre<sup>112</sup> y miseria a la vista de los campos mal cultivados o incultos, emigrar a las ciudades (donde tampoco encontrarían trabajo, y seguirían en las garras del hambre) u optar por irse al extranjero; y esto, cuando la política de desahucio de colonos para dedicar las tierras a pastos contribuía también a aumentar la población que buscaba trabajo o tierra. Así, la acumulación de población presionaba sordamente, sin gritos -en realidad no tenía voz-, sobre el conjunto de la sociedad; y su silenciosa protesta se traslucía en una oleada de pesimismo, que inundaba a los hombres de las ciudades que hablaban o escribían, hasta el punto de que la desesperanza y la incertidumbre dieron lugar a que se difundiera, entre unos y otros, la utopía anarquista, que no debilitó el pesimismo dominante.

#### **Desaparición del clima de pesimismo entre los jornaleros del campo tras el octubre soviético, proyectos de reforma agraria y militarismo terrateniente**

Ahora bien, a pesar de que las condiciones económicas del país continuaron empeorando (los precios de los alimentos no cesaron de subir después del final de la Primera Guerra Mundial) y se intensificó la crisis de la agricultura, el clima de pesimismo disminuyó a partir de un determinado momento entre los jornaleros del campo y éstos comenzaron a aparecer como una amenaza para el orden establecido<sup>113</sup> (esto es, para el orden de los terratenientes).

De hecho, a finales de los años 20 hasta los “intelectuales” de la derecha se dan cuenta que la “sociedad” española se siente a disgusto con el sistema de propiedad terrateniente. Se hacen encuestas, se escribe sobre los latifundios, y no sólo ya por autores idealistas y marginados como Costa, Argente y otros. También

---

<sup>111</sup> M. Escudé Bartolí, *La producción española en el siglo XIX*, Barcelona, 1895, pp. 30 y ss.

<sup>112</sup> *Canta Claro* -Ubaldo Romero de Quiñones-, *Ob. cit.*, p.199, donde se dice que de 1874 a 1890, murieron de hambre 8.459 personas.

<sup>113</sup> Severino Aznar, *Despoblación y colonización*, Barcelona, Labor, 1930, pp. 130-131.

lo hacen gentes sensatas, como los ingenieros agrónomos; y se elaboran proyectos de reforma agraria, mientras georgistas, socialistas, anarquistas y demás alimentan las protestas. También crece el número de jornaleros que piden tierra. El campo se ha vuelto amenazador; y esta amenaza ya no se resuelve con enviar más guardias civiles. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Qué ha pasado? ¿Qué fue lo despertó a las gentes del campo y aventó el pesimismo y la desesperanza?

«El resplandor de la hoguera de Moscú y sus repercusiones en los jornaleros del campo hicieron huir de él a millares de labradores. Los ingenieros agrónomos que contestaron a la información del señor Osorio se hacen eco de esta huida; y añaden que, por las exigencias de las sociedades obreras de Andalucía, muchos labradores arriendan sus tierras y otros las dedican a pastos.»<sup>114</sup>

Parece que, por fin, la sociedad española empezaba a despertar y a tomar conciencia de donde tenía la herida. De hecho, comenzó a tomar medidas para extirpar el foco de infección: esto es, el sistema de propiedad terrateniente.

Ahora bien, pese a ser tan minoritaria, la clase terrateniente fue todavía capaz de movilizar ingentes fuerzas sociales en su apoyo cuando la amenaza empezó a tomar forma, en los últimos años de la Dictadura de Primo de Rivera. Por entonces, se escribió mucho sobre los peligros que se avecinaban, al hacerse evidente

«la inseguridad de la propiedad en grandes regiones españolas, por las repercusiones de la convulsión bolchevique, especialmente en 1918, o por el anuncio de reformas agrarias por Ministros de la Corona desde las columnas de la Gaceta.»<sup>115</sup>

Pero la clase terrateniente se preparó eficazmente para defender la base de su poder, aunque el mantener su hegemonía le costase al país la mayor catástrofe de nuestra historia: una guerra civil, que, por principio, no podía resolver nada, sólo retrasar la propia destrucción de la clase social que la provocó.

### **Hegemonía de la historiografía liberal-terrateniente y primeros ensayos de comprensión científica del desarrollo conflictivo de la España contemporánea**

Desde hace unos 30 años, y tras aquellas pintorescas ficciones de “España sin problemas”, se han hecho serios intentos de esclarecer las causas de nuestro atraso. Modestamente, el que suscribe ha participado en los primeros intentos, allá por el año 1958, aunque con poca fortuna, pues, si logró algún atisbo, también abrió camino a graves errores. Entre éstos, cabe destacar el haber confundido el cambio jurídico de la propiedad y las desamortizaciones, que liberaron relativamente mucha fuerza de trabajo a mediados del siglo XIX, con el proceso de la primitiva acumulación capitalista y, por consiguiente, con la revolución burguesa. Una interpretación que responde al propósito de autosatisfacción de los actuales herederos patrimoniales e intelectuales de la clase terrateniente, y que lleva a la incomprensión total de por qué se desencadenó la Guerra Civil de 1936; y una cuestión que planea todavía como una oscura sombra sobre la conciencia social de los hombres de hoy.

---

<sup>114</sup> S. Aznar, *Ob. cit.*, p. 40.

<sup>115</sup> S. Aznar, *Ob. cit.*, p. 46.

En éste libro, y en otro de futura aparición, Enrique Prieto establece las bases para una comprensión más correcta y científica del desarrollo de la sociedad española a lo largo de los conflictivos dos siglos últimos. En opinión del que suscribe, Enrique Prieto pone perfectamente en claro las causas del atraso; tarea nada fácil, dado el predominio hegemónico de la ideología terrateniente, debido a su inconsecuente liberalismo (en su vieja acepción política, no en la actual de Milton Friedman, Donald Reagan y Margaret Thatcher) y, sin duda, también a la aureola de prestigio (habrá que indagar si merecida) adquirida por la intelectualidad entre finales del siglo XIX y la Guerra Civil, ese período que algunos autores actuales consideran de gran resurgimiento de la cultura española.

En ese período destacaron algunos científicos (como Ferrán, Ramón y Cajal, Moles, Marañón, etc.), algunos poetas (como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Miguel Hernández, Rafael Alberti y otros), algún novelista, algún dramaturgo. Pero en Historia solo hemos tenido eruditos que investigaron cómodamente dentro del marco ideológico liberal-terrateniente; y, de tal manera, que se puede afirmar que no hubo ningún progreso en la comprensión histórica de nuestra nacionalidad (al menos de la que se puede denominar castellana): nadie se salió de las interpretaciones predominantes (es decir, se sigue afirmando todavía por muchos que en España no había habido feudalismo).<sup>116</sup>

Los pocos intentos de aplicar el marxismo a la interpretación de nuestra historia fueron aguados por el anticomunismo latente de la sociedad española (en las clases superiores y en la pequeña burguesía, en especial), reforzado por las enormes dificultades para la circulación de la literatura marxista original y por la coincidencia de una tímida apertura con la expansión del anticomunismo de izquierda y la difusión de los “marxismos corregidos y aumentados”. La convergencia de estos factores dio lugar a aplicaciones unilaterales y “superadoras” que -como era de rigor- hicieron imposible la interpretación marxista del desarrollo de nuestra sociedad; sin contar, claro está, con la omnipresencia de la influencia intelectual (cultural) y emocional, incluso diría que patriótica, de la ideología liberal-terrateniente.

Faltaba, pues, conocer los resultados de la aplicación rigurosa del materialismo histórico (unido a un conocimiento de primera mano de nuestra historia) al desarrollo económico y social de los siglos XIX y XX -como lo ha hecho Enrique Prieto- para comprobar lo peculiar, lo más genuino de la cuestión española; ese proceso, que parecía escapar a todo intento de comprensión, resultaba fácil y accesible al materialismo histórico.

Cuando el que esto escribe leyó estos trabajos, sintió un entusiasmo y una emoción desbordantes, al mismo tiempo que una profunda pena, porque éste es el libro que mas le hubiera gustado escribir. Pero, desgraciadamente, en la década de los 50 no conocía el marxismo ni disponía de medios para poder hacerlo; aunque, a pesar de ello, su tesis doctoral (presentada en junio de 1958 y publicada años más tarde con el título de *Sociedad e Ideología en los orígenes de la España*

---

<sup>116</sup> En este brillante periodo literario y científico la economía era una ciencia peligrosa y por lo tanto, inexistente.

*Contemporánea*<sup>117</sup>) fue acusada de marxista por más de un miembro del tribunal.  
¡Santa Lucía les conserve la vista!

---

<sup>117</sup> E. Terrón, *Sociedad e Ideología en los orígenes de la España Contemporánea*, Barcelona, Península, 1969.

## 5. Las reformas liberales y la vía al estancamiento Desarrollo histórico y conciencia social<sup>118</sup>

«El propósito de estas páginas introductorias era demostrar hasta qué punto los hechos históricos, políticos y socioculturales, “interpretados” por los intelectuales de la clase dominante, determinan la conciencia social y, a través de ella, la actividad intelectual y el comportamiento de los individuos.»

### La concepción sociológica de la conciencia social, hilo teórico conductor

Por conciencia social puede entenderse los contenidos de ésta y el dinamismo que los organiza en una totalidad en constante proceso de transformación o de modificación. De ahí, la identidad de contenidos y de organización (sobre la base de la lengua, que es su soporte físico, ante todo) en las conciencias de los hombres de un país, de una nación; y de ahí, también, el que la historia, como proceso social, y el conocimiento histórico, como reflejo de aquélla, influyan en los acontecimientos y en la organización de los mismos, configurándolos, y proporcionen los rasgos característicos y diferenciadores de la conciencia social de un país, como fundamento a su vez de toda la actividad intelectual, artística y emocional de una comunidad humana.

La conciencia social está formada por los contenidos objetivos sociales interiorizados por medio del lenguaje y organizados conforme a los propósitos sociales más determinantes. Esto excluye todo elemento de origen puramente individual, ya que las relaciones sociales -y, en concreto, las relaciones interpersonales contraídas y anudadas por cada individuo- son absolutamente determinantes en la interiorización de los contenidos de la conciencia social.

De acuerdo con esta concepción sociológica de la conciencia, es indudable la existencia de una conciencia social, así como el papel determinante de ésta en todas las actividades del individuo y, con características especiales, en las actividades artísticas e intelectuales. Por lo demás, esta concepción sociológica de la conciencia -social e individual- es coherente y racional y profundamente adecuada a la práctica y el

---

<sup>118</sup> Manuscrito. Primera versión, inédita, del prólogo del libro de Enrique Prieto Tejeiro, *Agricultura y atraso en la España Contemporánea (Estudio sobre el desarrollo del Capitalismo)*, con el desarrollo del primer apartado del siguiente esquema previo (en nota manuscrita independiente):

*Las reformas liberales y la vía al estancamiento*

1. Desarrollo histórico y conciencia colectiva
2. El sistema terrateniente
3. Una contradicción básica inmoviliza el país
4. Presión demográfica y renta de la tierra.
5. Un país corroído por la crisis.
6. La creciente tensión desemboca en la guerra civil.

En el prólogo definitivo (incluido aquí como capítulo 4) se aborda toda esta temática, aunque sin atenerse formalmente a este esquema, salvo la correspondiente al primer apartado, que es, en cambio, el objeto de este otro texto.

(N. del E.).

comportamiento humanos. No tiene nada de metafísica ni de mística, y se opone a la concepción (generalmente aceptada por todo el mundo, al menos por todo el influido por la cultura judeo-cristiana) que concibe el alma como una creación expresa o específica de Dios para cada individuo, al que le es insuflada en el momento de su concepción.

Esa concepción vulgar de la conciencia es muy importante para poder entender cómo se ha elaborado y difundido la conciencia social en el pasado, en sus relaciones con el proceso histórico y con el conocimiento del mismo. De acuerdo con ella, Dios -al crear cada alma dotada de memoria (el conjunto de recuerdos, las ideas innatas), entendimiento y voluntad- condiciona, determina, toda la actividad psíquica futura del individuo; es decir, cada individuo nace con una capacidad intrínseca que Dios, en su infinita sabiduría, ha considerado adecuada para guiar su comportamiento en el puesto o papel social que va a cumplir. Esto es lo que cree todo el mundo, desde un ignorante campesino de aldea hasta el presidente Reagan (por poner un ejemplo concreto).

No obstante, los hombres -y los dirigentes religiosos, en particular- se esfuerzan en enmendar la plana a Dios, como si no creyeran en la existencia de un alma inmortal, dotada de entendimiento, memoria y voluntad, puesto que no escatiman los trabajos para adoctrinar, adiestrar, entrenar y regimentar a los individuos desde su más tierna infancia, y se dedican incansablemente a esa tarea de remodelación, hasta no dejar nada a lo espontáneo que Dios creó. Son las clases dirigentes y dominantes, en concreto, las que más empeño ponen en adoctrinar y en regimentar, primero a sus propios miembros (piénsese, como ilustración de esto, en un Seminario católico, cuyos alumnos son modelados con exclusión de toda influencia exterior) y, después y en la medida en que les es factible, a los demás; y eso, mientras los componentes de esas clases, que sostienen y propagan unas determinadas creencias, practican exactamente lo contrario.<sup>119</sup>

---

<sup>119</sup> Esta temática introductoria se aborda de otra forma es una nota manuscrita independiente. A saber:

***Desarrollo histórico y conciencia colectiva \****

Una nación -o, como se dice ahora, un Estado cuyos habitantes llevan a cabo una serie de actividades más o menos interrelacionadas- tiende a formarse una conciencia de sí misma, una conciencia colectiva. Dentro de una amplia gama de posibilidades, esa conciencia está formada por la acumulación de creencias que satisfacen el sentimiento de comunidad de los individuos, les enorgullecen o halagan su vanidad de pertenecer a un grupo o sociedad diferenciados, distinguidos, poderosos, etc.

Durante siglos esta conciencia colectiva fue privativa y exclusiva de la clase que detentaba el poder, o de quienes estaban estrechamente ligados a ella, como el clero y la clase media, formada por altos funcionarios y profesionales. Durante largos períodos, clérigos y burócratas leguleyos fueron los creadores y los depositarios de la conciencia colectiva, si bien el conjunto de creencias de la clase dominante sólo llegaba a las masas campesinas -y artesanas- en la medida en que el clero hacía uso de ellas desde el púlpito para encandilarlas o aterrorizarlas.

Habitualmente, las masas campesinas vivían al margen de la conciencia colectiva de la clase dominante, abandonadas y entregadas a su concepción primaria del mundo -de su mundo-, generada por la actividad productiva, y que formaba parte de la milenaria tradición popular no escrita. Esa fue la situación característica y definidora de las masas campesinas que, entregadas a una economía de subsistencia, vivían sometidas pero no integradas en la sociedad española, porque ésta, salvo el púlpito, no tenía medios para obrar sobre ellas.

\* Por conciencia colectiva no entiendo aquí ninguna entidad metafísica o mística. Con estos términos se designa la forma de conciencia dominante en nuestro país o el conjunto de creencias e ideas más presentes en la clase social dominante y que, a través de los medios de comunicación, se irradia a otras clases sociales.

(N. del E.).

### **Impulso de la vinculación del conocimiento histórico con la conciencia social en orden a la legitimación de la actividad política de la clase dirigente-dominante**

La necesidad del conocimiento de nuestra historia para justificar decisiones políticas se ha planteado en varias ocasiones en este país. Así se hizo en el siglo XVIII, cuando se quiso delimitar cuáles eran las iglesias de patronato real; ya antes los procuradores en Cortes le pidieron al monarca que encargase el estudio de la historia del reino para ayudar a la elaboración de las leyes (cuyo papel en la formación de la conciencia social no puede discutirse); y se podrían aducir otros muchos hechos para confirmarlo.

Por lo demás, la vinculación más estrecha del conocimiento histórico con la conciencia social se da en el campo de la actividad política, fiscal y militar. Lo que tiene su explicación: esa vinculación puede determinar el acierto (el éxito) o el fracaso de las decisiones que se tomen; y un político, o un militar, no podrían identificar las decisiones correctas para determinar el contenido de la conciencia social sin una dosis de conocimiento histórico.

Con todo, el conocimiento histórico correcto es aún mucho más determinante, como contenido de la conciencia social, en las actividades artísticas, científico-sociales y similares.

¿Quién puede dudar, por ejemplo, de la influencia decisiva del pasado histórico nacional y su interpretación ideológica en las obras de arte (en su realización y en sus contenidos)? Basta comparar, para constatarlo, las obras de los mejores escritores y artistas del siglo XVIII con las de la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX. En una y otra época cambió, en concreto, la valoración de los hechos políticos y culturales de los siglos XVI y XVII, por necesidades histórico-culturales. Ahora bien, en tanto que los escritores y artistas del siglo XVIII infravaloraban el Siglo de Oro -si es que no lo condenaban- como una época de barbarie y mal gusto, los de la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX consideraron, con exaltación creciente, los siglos XVI y XVII como la culminación del poderío español: un Imperio en cuyos dominios nunca se ponía el sol; el Siglo de Oro de las letras y las artes, en el que florecieron aquellos monstruos, Lope de Vega, Cervantes, Calderón y tantos y tantos otros; una época grandiosa en la que se realizó la mayor hazaña desde el advenimiento de Jesucristo, esto es, el descubrimiento, evangelización y conquista de América, las Leyes de Indias, el oro y la plata, los galeones,... ¡Qué tiempos aquellos! El Emperador Carlos V, Felipe II, las guerras contra los protestantes y contra el Turco, la batalla de Lepanto, también Flandes y la armada invencible, etc., etc.

En el plazo de un siglo, se produjo, pues, un cambio profundo en la conciencia social de las clases dominantes, en razón de las exigencias de la acción política y del conflicto entre clases sociales.

### **Cambio de la conciencia de la clase dominante e intento ilustrado de creación de una conciencia nacional española contra la hegemonía política y cultural frailuna**

A finales del siglo XVII y a comienzos del siglo XVIII, la nobleza -al menos la castellana (léase andaluza)-, sus miembros más conspicuos, debían estar hartos de hacer de sacristanes y de familiares de la Inquisición; de ahí que



vieran en el cambio de la dinastía la posibilidad de adquirir algún poder e independencia.

La dinastía austriaca había heredado el aparato de poder en el que se apoyaron los Reyes Católicos (debieron recibir tal apelativo por algún favor especial a la Iglesia), que se habían aprovechado a su vez de la organización del poder creado por la Iglesia. En ese nuevo marco del poder, los nobles no jugaban un papel hegemónico, sino más bien subordinado: y su subordinación se fue acentuando conforme se debilitaba la monarquía y se incrementaba la preponderancia de la Iglesia (o, mejor dicho, de las organizaciones religiosas).

Durante los últimos reyes de la dinastía austriaca, la monarquía española era una monarquía frailuna. A fin de unir voluntades para luchar contra ella, había que descubrir y destacar sus lacras y sus vicios, tarea que no exigía mucho esfuerzo ni mucho ingenio, pues el sistema había llevado al país a la más completa ruina. En esas condiciones, la nueva dinastía era una esperanza. Cómo serían las cosas para que, en los primeros años de reinado, se pusiese en boca de Felipe V que había gentes que confundían las puertas de la Dataría de Roma con las de San Pedro en el Cielo. En la monarquía frailuna se gobernaba escudándose en Roma, pero en provecho del grupo, de la orden.

Precisamente para luchar contra el ultramontanismo de las órdenes religiosas, se planean y se llevan a cabo a lo largo del siglo XVIII numerosos trabajos de investigación y de difusión de la historia y de la cultura castellana con el propósito de esclarecer y reforzar el espíritu español a fin de poner coto a las invasiones ultramontanas. Sus frutos fueron muy numerosos: la creación de la Academia de la Lengua y la elaboración del primer diccionario serio; los intentos tempranos de crear la Academia de la Historia; los denodados esfuerzos por crear, en las Universidades frailunas, cátedras en las que se enseñase el derecho español; etcétera, etcétera. Aunque lo más sorprendente de todo es la extrema penuria de medios, la falta de orientación y la hostilidad con las que tuvieron que enfrentarse estos primeros luchadores por la creación de una conciencia nacional, como primer paso para que el país lograra su unidad, su personalidad y su independencia y desempeñara un papel en el mundo (al menos, en el plano de la cultura).

Ese primer intento de creación de una conciencia social española, sobre contenidos propios y con una interpretación nacional, fue posible por la coincidencia, hasta cierto punto, de los propósitos particulares de la nobleza con los intereses generales del país; así lo evidencian muchas de las medidas tomadas por la élite política ilustrada, y aparece con toda claridad en las publicaciones del conde de Campomanes o en las promovidas por él.

Ahora bien, lo más sorprendente de todo es que esa búsqueda de una conciencia social nacional dirigida contra la hegemonía política y cultural frailuna se convirtió, más tarde, en el primer germen sobre el que se edificaría la ultrarreaccionaria teoría de las dos Españas: la España frailuna, ultramontana, inquisitorial, y la España castiza, jaranera, realista, improvisadora, liberal (en el buen sentido) y un poco incrédula.

En el siglo XVIII se produjo la quiebra de la hegemonía frailuna-inquisitorial en razón de la actitud crítica y de rechazo a la tutela absolutista por una parte de la nobleza (que debió ser muy importante) y por aquellos

clérigos que, como intelectuales, se sintieron atraídos por la búsqueda de las bases culturales -de los rasgos más genuinos, más característicos y diferenciadores- de lo nacional, de lo español. Fue aquél un momento histórico crucial y esperanzador, en el que se descubrieron las enormes posibilidades que se abrían para el desarrollo de una cultura genuinamente española, una vez liberada del corsé monacal-inquisitorial y de la increíble y farisaica identificación de lo nacional-español y lo católico (identificación que se resucitaría, por cierto, en los mejores tiempos del franquismo, como superación de las dos Españas).

La llegada de un Borbón a la corona de España influyó ya notablemente en la ruptura del aislamiento en que estaba sumido el país desde el reinado de Felipe II. Aunque con dificultades, se establecieron entonces al menos las relaciones con Francia, embarcada en aquel momento en un importante desarrollo intelectual. Se acusó así la llegada de nuevas ideas a pesar de la incansable vigilancia de la Inquisición. Se formó una corriente intelectual, muy importante en los reinados de Fernando VI y de Carlos III. Y el pensamiento nacional naciente recibió un gran impulso, al enriquecerse de modo extraordinario con las ideas de los ilustrados franceses en el último cuarto del siglo XVIII, coincidiendo con la aparición de las primeras relaciones con el pensamiento inglés (*La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, se tradujo al castellano por los años 80 y 90, lo que fue ya, sin duda, toda una hazaña intelectual).

#### **Revolución Francesa e invasión napoleónica; triple escisión de la conciencia nacional, reconstrucción política y nuevos contenidos de la conciencia social**

La Revolución Francesa ejerció una influencia poderosa sobre la conciencia social española que provocó una fuerte división en la conciencia nacional, al perfilarse tres grandes corrientes de pensamiento. Una de ellas, ultramontana y frailuna, fue sostenida por los sectores más reaccionarios del clero regular y del secular, aunque este último en menor grado (algunos curas y frailes se habían adherido con entusiasmo a la nueva corriente de independencia intelectual). Otra se formó con aquellas personas que, siendo partidarias de la corriente de pensamiento liberada de la hegemonía ultramontana, se asustaron ante los "excesos" de la Revolución Francesa y aceptaron la ideología antifeudal pero sin querer ir demasiado lejos (su prototipo podría ser Jovellanos). Y la tercera, más genuinamente nacional y muy radical (en otra parte hablé de tradición "clandestina"<sup>120</sup>), asumió soluciones democráticas, aunque de corte medievalizante, y conectó con las ideas más radicales de los revolucionarios franceses (los primeros escritos de Álvaro Flórez Estrada la representan muy bien).

La invasión napoleónica fue la primera gran sacudida que conmovió al viejo árbol hispano hasta la raíz y afectó a diversos niveles y sectores de la sociedad española.

---

<sup>120</sup> Concretamente, en el epílogo (con el título «Conciencia individual y tradición nacional») del libro *Sociedad e ideología en los orígenes de la España Contemporánea*, Barcelona, Península, 1969. (N. del E.).

A nivel político, se produjo antes que nada la defección de la clase dominante: se desmoronó la cúpula del poder y la alta nobleza, según se dice, huyó asustada. Pero, tras esto, se inició la reconstrucción política y militar de la nación por parte de la nobleza secundaria y de los profesionales, junto con numerosos clérigos, tras recabar la confianza del pueblo de las ciudades más importantes. En concreto, el eclipse del ejército regular, descabezado por la defección de la nobleza (que detentaba en exclusiva sus mandos superiores y medios), abrió el camino a la espontaneidad popular y a la improvisación de las guerrillas, que lo afectarían en profundidad (muchos de los nuevos oficiales del ejército procedían de las clases inferiores).

Por otra parte, el intento de ocupación y de gobierno del país por extranjeros trastornó las relaciones de convivencia afectando a la conciencia social. Se impuso la violencia. Esto llevó a los individuos a elegir nuevas opciones de vida: hubo que armarse y organizarse, y convertirse en soldados y luchar y matar hombres, lo que no fue fácil para ciudadanos corrientes: las conciencias de éstos sufrieron profundos cambios y trastornos, al tener que hacerse con alguna justificación para matar a otros, improvisando y aceptando nuevas ideas -nuevos contenidos de la conciencia social- en general.

El proceso de difusión de la conciencia social también se ensanchó. Porque no fueron sólo las clases dominantes las afectadas por el proceso de ideologización, ya que éste penetró, con motivo de la invasión, hasta abarcar a amplios sectores de la población urbana y rural. La lucha contra el invasor se hizo en defensa de lo propio, de lo acostumbrado, de lo cotidiano; esto es, de la nación, según unos, y del Rey, según otros. Pero, en cualquier caso, se configuró y se difundió la idea de la nación, de lo español; y la conciencia social dio un salto cuantitativo.

Las mismas clases dominantes tomaron entonces conciencia de que la nación había sufrido una conmoción muy profunda cuyo resumen, claro, puede encontrarse en los discursos pronunciados por los diputados en las Cortes de Cádiz al discutirse la posible reversión a la Corona de los bienes que los Reyes habían cedido a los nobles en tiempos pasados en pago de los servicios prestados (en la práctica, la devolución de esos bienes se reduciría a la abolición de los señoríos jurisdiccionales). Y no deja de ser todo un síntoma en el mismo sentido el que el Conde de Toreno (uno de los nobles intelectualmente más preclaros, que jugaría luego un importante papel político entre los moderados en los comienzos del reinado de Isabel II) escribiese una *Historia de la Guerra de la Independencia y Revolución de España*; pues, al hablar de “revolución” en el título, viene a reconocer que la guerra contra los invasores franceses trastocó la sociedad española tan profundamente como para merecer tal nombre (si es que no lo hizo pensando que, si se conseguía hacer creer que había habido una revolución, la gente rehusaría hacerla de verdad).

#### **La modificación jurídica de la propiedad y las desamortizaciones eclesiásticas y civiles, clave de las reformas liberales y de sus efectos sobre la conciencia social**

Los cambios que se produjeron a lo largo del siglo XIX dieron lugar a graves contradicciones políticas, económicas y, por consiguiente, también ideológicas.

La modificación jurídica de la propiedad, núcleo de las reformas liberales, y la desamortización de los bienes de la Iglesia y de las tierras comunales y los bienes propios de los pueblos estuvieron en el centro de todos los procesos, como condicionantes objetivos de las modificaciones en la conciencia social y como clave de las reformas liberales antifeudales (que ocultaban intereses muy importantes, y el miedo invencible a una revolución a la francesa) y de las guerras civiles (que enmascaraban intereses económicos).

En principio, las contradicciones de la conciencia social fueron desoladoras e incomprensibles. Las reformas liberales fascinaron a los estratos más cultos de la población urbana y proporcionaron la base de la movilización popular en la primera guerra civil contra los carlistas. Pero esas mismas reformas provocaron también la alianza del pequeño campesinado con los estratos más retrógrados del país -los ultramontanos más integristas y feudales-, llevando la ideología y las posiciones reaccionarias frailunas a su radicalización extrema, hasta desembocar en una guerra civil en defensa del mantenimiento de un anárquico sistema feudal de estancamiento y miseria. Y no sólo esto. Pues, ante la gravedad de las contradicciones, algunos intelectuales liberales destacados propugnaron incluso la realización de reformas liberales radicales entremezcladas con reformas económicas de carácter abiertamente medieval; y esto, mientras, en cambio, fueron muy pocos quienes tuvieron conciencia de que no todas las reformas liberales eran progresivas y de su inconsecuencia en general, hasta llegar a cuestionarlas.

¿En qué beneficiaron las reformas liberales a las masas campesinas, e incluso a las urbanas? ¿Dónde estuvo el progreso? ¿En las reformas políticas formales, o en la preferencia de los campesinos por las relaciones de producción feudales, especialmente respecto a los bienes de la Iglesia y los comunales y propios de los pueblos. Todavía hoy, con todos los avances de la historiografía, de la economía, de la sociología, etcétera, hay que volver a hacerse este tipo de preguntas. ¿Cuáles eran las fuerzas del progreso, aun cuando de momento ocasionaran sufrimientos a las masas? ¿Cuáles, las que agravaban la situación sin conducir a ningún tipo de mejora general, mientras conducían al país a un callejón sin salida y al estancamiento, esto es, a la miseria y la desesperanza de las masas? ¿Qué podían hacer hombres inteligentes y honestos, como Flórez Estrada, Manuel Marliani, los primeros socialistas utópicos y otros? Y hay que hacérselas, no como el experto frente a un problema erudito, sino buscando la respuesta mediante la comprobación de la validez de los conocimientos históricos.

#### **Inflexiones históricas del sistema terrateniente y de su ciclo ideológico hasta el cierre de éste con el nacional catolicismo del primer franquismo**

Adelantando conclusiones, puede afirmarse que el destino de las reformas liberales básicas del siglo XIX (esto es, el cambio de la titularidad jurídica de la propiedad de la tierra y la desamortización de los bienes de la Iglesia y la venta de los comunes y los propios de los pueblos) fue despejar el camino para la formación del *sistema terrateniente*; un destino que podría simbolizarse en el lema que, según se dice, dominó en las Cortes de los años 1855-56: “¡ningún palmo de tierra sin propietario personal, físico”.

Es cierto que entonces se argumentó que esas reformas se hacían para acabar con el oscurantismo, la ineficacia y el abandonismo del sistema feudal.

¡Magnífico! Después de la revolución inglesa y tras la revolución francesa -tan próxima y tan peligrosa- ¿qué cosa mejor se podía hacer, qué tarea política más popular, que la de acabar con los negros vestigios del feudalismo español? Pero nadie debe engañarse. Las reformas liberales fueron tan incompletas como para que, mientras una parte de la antigua nobleza -la clásica y tradicional- aceptaba con “entusiasmo” la transformación jurídica de la propiedad, los grandes propietarios nobles oponían toda la resistencia que gentes con tanto poder e influencia podían ofrecer frente a la desaparición de los señoríos jurisdiccionales, supervivencia vergonzosa del más oscuro feudalismo (de hecho, ese tipo de “supervivencias” llegaría hasta 1936).

Por otra parte, el supuesto carácter progresista y democrático de las reformas liberales y del sistema terrateniente puede dilucidarse sin más que seguir su evolución histórica.

Durante su configuración, entre el final de la primera guerra civil (1840) y la segunda desamortización (1855), y su transformación en la década de 1850, el sistema terrateniente aparece en lucha militar, política e ideológica con el feudalismo en su forma ultramontana y frailuna y con el carlismo popular de las regiones de los pequeños campesinos (como las provincias vasco-navarras, Galicia y las comarcas del Maestrazgo y las pirenaicas del norte de Cataluña). Y esa hostilidad antifeudal persistió en la época de su consolidación, coincidiendo con la formalización de las apropiaciones procedentes de la transformación jurídica de la propiedad y de la desamortización de los bienes eclesiásticos y de los comunes y los propios de los pueblos, período que puede darse por terminado con la Restauración, en 1876.

En su primer período de apropiación de las tierras de la Iglesia y de los pueblos, algunos elementos de la clase terrateniente, o sus afines, se mostraron muy anticlericales y muy hostiles al feudalismo. Pero, conforme fueron ganando estabilidad, los viejos y nuevos propietarios de las tierras (explotadas ahora por pequeños colonos arrendatarios, en general), se inició un proceso de acercamiento de esos terratenientes a la Iglesia, hasta convertirse en buenos feligreses y en los mejores clientes de los colegios de las órdenes religiosas. Es más: cuanto más abierta se hacía la nueva contradicción, más se acercaban a la religión, a la Guardia Civil, y más empeño ponían en rechazarse al ejército, tarea que se realiza ya bajo el primer gobierno de Cánovas.

Es lógico. Esos procesos implicaban un cambio ideológico paralelo y constante en la conciencia social. No es que los terratenientes necesitaran muchos argumentos para justificarse. Pero se habían convertido en una clase social importante: eran los propietarios del suelo -la base del orden social-, con rentas crecientes para alternar en Madrid, en la Corte, donde rodeaban al monarca y realzaban su esplendor, e incluso en París y en la Costa Azul, Biarritz y otros lugares selectos, junto a la alta burguesía europeo-occidental. Ahora bien, ¿qué títulos podían exhibir aparte de la ostentación de sus riquezas? Tenían títulos nobiliarios, unos muy viejos y otros nuevos (la reina Isabel fue pródiga en concederlos a buen precio), pero esos títulos les decían muy poco a mucha gente. Había que reforzarlos. De modo que empezaron a recordar las glorias de Flandes y de Italia, y la conquista de América y del Imperio en que nunca se ponía el sol. Pues, si bien ellos no podían exhibir

acciones gloriosas, sus antepasados las habían realizado por todo el mundo “hinchando el pecho e impasible el ademán,...”.

Como el presente era más bien chato, vulgar y hortera -pues se reducía a discutir con los colonos y a apretarles las clavijas para conseguir la subida de las rentas, o a discutir con el administrador o con el arrendatario general, como encargados de exprimir a los pobres colonos-, había que compensar sus miserias forjando una historia a medida de las ambiciones propias de la clase terrateniente. Así, poco a poco, sus auxiliares teóricos empezaron a hinchar y exaltar aquella parte del pasado que les era más favorable: la conquista de América, el Imperio, las Leyes de Indias, etc., etc. Con tan buen resultado, como para que un escritor tan poco sospechoso como Santiago Valentí Camp afirmara, en referencia a Pedro Dorado Montero, que éste fue uno de los escasísimos escritores que se liberaron de la fascinación del pasado imperial, que alcanzó incluso a Marañón, Azaña, Fernando de los Ríos y otras personalidades relevantes. Con todo, los entusiasmos de esas décadas se quedaron bien lejos de la embriaguez, delirante, vanilocuente y megalómana del franquismo de los años 40, que cristalizó en los tópicos del imperio nacional sindicalista, el Imperio hacia Dios y la vuelta de la cristiandad a la unidad anterior al desgarramiento iniciado por Lutero.

El sistema terrateniente cumplió su ciclo ideológico al volverse a lo que exigía la naturaleza del rentista feudal a partir de sus orígenes espurios en las reformas liberales. A saber: a la exaltación de las más oscuras fantasías medievales después del triunfo en la Guerra Civil del ejército y los políticos terratenientes; y al increíble anacronismo de oír a los intelectuales e ideólogos de los años 40 celebrar el advenimiento de una nueva Edad Media, justamente cuando la Era Atómica estaba naciendo en Álamo Gordo y en un mundo en que se empezaba a utilizar la penicilina, se acababan de crear el radar y los cohetes teledirigidos y se estaba iniciando la era de la informática. Aunque la incapacidad de la intelectualidad franquista fue aún más notoria en el dominio de las ciencias sociales, de la economía, de la pedagogía, la psicología y demás.

Los hombres equipados con una conciencia social cuyos contenidos se corresponden con los dominantes -si es que no les prestan la más firme adhesión, como en la España franquista de los años 40- están incapacitados para llevar a cabo actividades creadoras, tanto artísticas, literarias, como científicas.

### **Hegemonía de la historiografía liberal-terrateniente y primeros ensayos de estudio científico del desarrollo conflictivo de la España contemporánea**

El propósito de estas páginas introductorias era demostrar hasta qué punto los hechos históricos, políticos y socioculturales, “interpretados” por los intelectuales de la clase dominante, determinan la conciencia social y, a través de ella, la actividad intelectual y el comportamiento de los individuos.

Parece evidente que la realización de la mayoría de las actividades artísticas, intelectuales y científicas exigen una actualización, una acomodación (una adecuación) de la conciencia social a las condiciones vigentes, sin lo cual los individuos no pueden orientarse, asumir los avances culturales (por ejemplo, científicos) para dominarlos y conseguir hacerlos progresar. Esto, que

es hoy incuestionable, ha sido uno de los motivos fundamentales de nuestro atraso. De hecho, ya en la Real Cédula para fundar la Universidad de Sevilla, de Carlos III (1767), se decía que mientras otras naciones buscaban nuevas materias para la industria y nuevos luminarias para dirigir la navegación, nosotros nos dedicamos a conjugar el *principio quod* de la generación del Verbo.

En nuestro país se han dado pasos importantes desde que se empezó a romper con la organización y los contenidos de la conciencia social española determinados por el resultado de la Guerra Civil. De hecho, se ha avanzado hacia la adecuación de nuestra conciencia a las exigencias de la sociedad industrial (de la tecnología y de la cultura característica de la misma en general). Pero aún persisten poderosos factores de inadaptación y de atraso, especialmente en el dominio de los condicionamientos históricos y sociales, tan importante.

Es necesario depurar nuestra conciencia social de ficciones históricas, de fantasías socioculturales; y tenemos que adquirir clara conciencia de por qué se ha prolongado tanto nuestro atraso; tenemos que saber cuáles fueron las causas del mismo para quitarnos de encima cualquier complejo social, racial o religioso. Porque sólo conociendo esas causas podremos avanzar sin ningún temor a sentirnos inferiores (como les sucedió a quienes consiguieron emigrar) y sin vanagloriarnos como superiores, que de todo ha habido entre nosotros: todavía hacia 1950 -¡cuando estaba ya en marcha la Revolución Científico-Técnica!-, los jóvenes de élite (y entre ellos el declarante), en Madrid, se sentían el ombligo del mundo mientras seguían preocupados con el principio *quod* de la generación del Verbo.

Desde hace unos 30 años, y tras aquellas pintorescas ficciones de “España sin problemas”, se han hecho serios intentos de esclarecer las causas de nuestro atraso. Modestamente, el que suscribe ha participado en los primeros intentos, allá por el año 1958, aunque con poca fortuna, pues, si logró algún atisbo, también abrió camino a graves errores. Entre éstos, cabe destacar el haber confundido el cambio jurídico de la propiedad y las desamortizaciones, que liberaron relativamente mucha fuerza de trabajo a mediados del siglo XIX, con el proceso de la primitiva acumulación capitalista y, por consiguiente, con la revolución burguesa. Una interpretación que responde al propósito de autosatisfacción de los actuales herederos patrimoniales e intelectuales de la clase terrateniente, y que lleva a la incompreensión total de por qué se desencadenó la Guerra Civil de 1936; y una cuestión que planea todavía como una oscura sombra sobre la conciencia social de los hombres de hoy.<sup>121</sup>

En éste libro, y en otro de futura aparición, Enrique Prieto establece las bases para una comprensión más correcta y científica del desarrollo de la sociedad española a lo largo de los conflictivos dos siglos últimos. Lo que en realidad ocurrió es lo que se propone aclarar el autor, en éste y en otros libros; en qué consistió la revolución o las reformas liberales.<sup>122</sup>

---

<sup>121</sup> Este párrafo y los siguientes coinciden con el final del prólogo editado con el libro de Enrique Prieto. (N. del E.).

<sup>122</sup> Eloy Terrón resaltó la clave última de su propia interpretación en una breve nota manuscrita independiente:

En opinión del que suscribe, Enrique Prieto pone perfectamente en claro las causas del atraso; tarea nada fácil, dado el predominio hegemónico de la ideología terrateniente, debido a su inconsecuente liberalismo (en su vieja acepción política, no en la actual de Milton Friedman, Donald Reagan y Margaret Thatcher) y, sin duda, también a la aureola de prestigio (habrá que indagar si merecida) adquirida por la intelectualidad entre finales del siglo XIX y la Guerra Civil, ese período que algunos autores actuales consideran de gran resurgimiento de la cultura española.

En ese período destacaron algunos científicos (como Ferrán, Ramón y Cajal, Moles, Marañón, etc.), algunos poetas (como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Miguel Hernández, Rafael Alberti y otros), algún novelista, algún dramaturgo. Pero en Historia solo hemos tenido eruditos que investigaron cómodamente dentro del marco ideológico liberal-terrateniente; y, de tal manera, que se puede afirmar que no hubo ningún progreso en la comprensión histórica de nuestra nacionalidad (al menos de la que se puede denominar castellana): nadie se salió de las interpretaciones predominantes (es decir, se sigue afirmando todavía por muchos que en España no había habido feudalismo).<sup>123</sup>

Los pocos intentos de aplicar el marxismo a la interpretación de nuestra historia fueron aguados por el anticomunismo latente de la sociedad española (en las clases superiores y en la pequeña burguesía, en especial), reforzado por las enormes dificultades para la circulación de la literatura marxista original y por la coincidencia de una tímida apertura con la expansión del anticomunismo de izquierda y la difusión de los “marxismos corregidos y aumentados”. La convergencia de estos factores dio lugar a aplicaciones unilaterales y “superadoras” que -como era de rigor- hicieron imposible la interpretación marxista del desarrollo de nuestra sociedad; sin contar, claro está, con la omnipresencia de la influencia intelectual (cultural) y emocional, incluso diría que patriótica, de la ideología liberal-terrateniente.

Faltaba, pues, conocer los resultados de la aplicación rigurosa del materialismo histórico (unido a un conocimiento de primera mano de nuestra historia) al desarrollo económico y social de los siglos XIX y XX -como lo ha hecho Enrique Prieto- para comprobar lo peculiar, lo más genuino de la cuestión española; ese proceso, que parecía escapar a todo intento de comprensión, resultaba fácil y accesible al materialismo histórico.

Cuando el que esto escribe leyó estos trabajos, sintió un entusiasmo y una emoción desbordantes, al mismo tiempo que una profunda pena, porque éste es el libro que mas le hubiera gustado escribir. Pero, desgraciadamente, en la década de los 50 no conocía el marxismo ni disponía de medios para poder hacerlo; aunque, a pesar de ello, su tesis doctoral (presentada en junio de 1958 y publicada años más tarde con el título de *Sociedad e Ideología en*

---

«La etapa liberal de nuestra historia ha sido la más triste y angustiosa para las masas campesinas de nuestro país: decaen de colonos a braceros, primero, y, luego, a marginados en nuestras sociedades o emigrantes en Sudamérica o en Argelia.»

«Las rentas no sólo impedían a los campesinos capitalizar para mejorar la producción; también imposibilitaban que se convirtieran en consumidores de productos industriales.»

(N. del E.).

<sup>123</sup> En este brillante periodo literario y científico la economía era una ciencia peligrosa y por lo tanto, inexistente.



*los orígenes de la España Contemporánea*<sup>124</sup>) fue acusada de marxista por más de un miembro del tribunal. ¡Santa Lucía les conserve la vista!<sup>125</sup>

---

<sup>124</sup> E. Terrón, *Sociedad e Ideología en los orígenes de la España Contemporánea*, Barcelona, Península, 1969.

<sup>125</sup> El texto «Las reformas liberales y la vía al estancamiento» fue uno de los elegidos por su autor como posible contribución personal al libro *Sociabilidad y liberalismo en la España del siglo XIX. Homenaje al profesor Alberto Gil Novales* (Lleida, Milenio, 2001), junto a otros con la misma temática general. Véase, al respecto, la siguiente carta personal (manuscrito, sin fecha).

Prof. D. Alberto Gil Novales  
Madrid

Querido amigo:

Temo que esta carta llegue a tus manos demasiado tarde, porque en ella pretendo contestar a otra recibida por mí hace tiempo, del coordinador del libro homenaje que todos tus amigos te dedicamos con agradecimiento y cariño por tu dedicación a la enseñanza. Lamento mucho mi descuido, reforzado por una larga enfermedad que arrastro desde hace tiempo, un Parkinson.

Aunque tarde, si es posible, quisiera colaborar en ese libro homenaje a tu extensa y abnegada labor de profesor que conocí bien en tus primeros años, en los 50. Como pienso que varios trabajos míos, y bajo tu aprobación, podrían formar parte del libro, voy a sugerirte algunos títulos:

1º El artículo que fue publicado en la casi desconocida *Nuestras Ideas*, editada en Bélgica (parece que fue elogiado por el profesor Tuñón de Lara), sobre el periodo liberal 1820-1823.

2º Otro, también publicado, que prologa el libro del profesor Enrique Prieto, cuyo tema es “La formación de la clase terrateniente en España”.

3º La crisis de las reformas liberales y el camino hacia el estancamiento de la producción española.

4º Sobre la desamortización y el reforzamiento de la propiedad estancada.

Estos trabajos, algunos están publicados, otros no (por ejemplo, un artículo que me encargó y entregué a Enrique Múgica para la revista *Realidad* -¿Bélgica?- sobre la obsesión y la fascinación de los intelectuales españoles por “el imperio en el que nunca se ponía el sol”). Naturalmente, dispongo de un número importante de artículos no publicados de los que podría entresacarse alguno, a gusto tuyo o del coordinador; en esto tendrías plena libertad de elección. Todo esto en caso de que aún haya tiempo. Si alguna posibilidad hay, estoy a tu disposición. Saludos a tantos amigos y recibe un fuerte abrazo.  
(N. del E.).

## 6. La revolución liberal de 1820<sup>126</sup>

«Quienquiera que vaya a consultar los documentos de la época, de uno de esos tres momentos, se encontrará con una luz completamente nueva para apreciar los hechos. Los periódicos, las proclamas, los folletos, la inmensa riqueza de los Diarios de Sesiones de las Cortes, donde se discutían cuestiones fundamentales que se quedaban, naturalmente, en el papel pero que los hombres venidos de cualquier punto de España enfocaban con lucidez y seria honestidad, todo esto, nos ofrece una imagen de nuestro pueblo absolutamente nueva; una imagen que nos hace comprender y amar, que nos obliga a reconciliarnos con nuestro pasado, porque vemos con qué honradez y desprendimiento luchaban. Nos hace ver que nuestro pueblo se quedó un poco al margen de la historia pero después de una dura lucha: después de haber derrochado mucho heroísmo y mucha sangre.»

Un análisis científico de la revolución liberal de 1820 limitado a un simple artículo no puede menos de ser programático. Tiene que ser así; porque analizar las causas del fracaso del régimen liberal, que se inicia con la proclamación de la Constitución de 1810 y termina en 1823 ante la intervención extranjera y la insurrección interior, es lo mismo que analizar las causas del fracaso del régimen liberal en 1814 al regresar el rey Fernando VII de Francia y después de la derrota de Napoleón; son las mismas causas que llevan al fracaso al período liberal de 1836 y al gobierno progresista bajo la Regencia de Espartero de 1840 a 1843. En realidad, las causas del fracaso son las mismas porque plantean los mismos problemas y se trata de resolverlos con los mismos métodos. Parece como si los hombres de aquella época no aprendieran nada nuevo, y la experiencia histórica careciese de valor. Las causas de estos fracasos podrían sin duda prolongarse hasta más adelante, tal vez hasta un período demasiado próximo a nosotros.

### **Formalismo abstracto de la historiografía liberal, idealismo de la retrógrada e imparcialidad estéril y anticientífica de la oficial del siglo XX**

Al estudiar esta época, uno de los primeros problemas que se plantean es el de las fuentes. Existen muchos trabajos donde se toma por objeto el análisis del movimiento político de este período; son numerosos las historias, artículos, memorias, recuerdos, etc., pero en su inmensa mayoría están bajo el influjo del formalismo abstracto del liberalismo y la realidad histórica aparece en ellos profundamente deformada, y con extraordinaria frecuencia las causas del fracaso son de lo más curioso; para algunos, la causa principal radicó en la división del partido liberal -en moderados y exaltados- y la lucha que se entabló entre ambas fracciones; para otros, en el sectarismo de las sociedades secretas (masones, comuneros, carbonarios, etc.); para otros -y sin duda ésta es la opinión más curiosa pero bastante extendida (la he encontrado hasta en algún historiador extranjero bastante serio)- la causa principal estaba en el

---

<sup>126</sup> *Nuestras ideas* {revista teórica del PCE editada en el exilio}, 2, 1958, pp. 20-38. Eloy Terrón firmó este artículo con el pseudónimo de Emilio T. Fernández, para tratar de obviar a la policía política de la dictadura franquista. (*N. del E.*).

fanatismo, en la ignorancia de las masas;<sup>127</sup> ésta es la causa que se alega con más frecuencia para justificarse. No es solamente la justificación favorita de Fernando Garrido, un hombre inteligente y un gran demócrata, sino también de Alcalá Galiano, de Quintana, de Andrés Borrego, de Ramón de Santillán, etc. Otros hay que consideran la intervención extranjera como la causa fundamental; muy cerca de esta opinión está Agustín Argüelles.

Es natural que los escritores liberales -incluyendo los propiamente liberales y los simplemente teñidos de liberalismo- busquen motivos formales para explicar el fracaso de la revolución de 1820. Es una tendencia típica del pensamiento liberal. Característico de la concepción histórica liberal es tratar de explicar el proceso histórico por los instintos individuales e inmutables del hombre.

En cuanto a los escritores de tendencia retrógrada encuentran las causas de las revoluciones en el sectarismo protestante y en el *filosofismo*; en la difusión de las ideas nefastas y destructoras de todo orden social; la explicación más corriente es que las revoluciones son producto de las sectas secretas y del egoísmo humano. Como expresión típica vale este párrafo:

«Puede demostrarse de una manera incontestable que la revolución actual de España *no ha sido obra de nuestros días ni provocada por las personas que en el momento de su explosión componían el gobierno*, aun cuando la negligencia facilitase la ocasión, o algunos errores inexcusables; ha sido, sí, un efecto producido *por causas sumamente remotas* y precedido por una larga serie de acontecimientos diversos y una dilatada fermentación de pasiones».<sup>128</sup>

Existe una cierta coincidencia entre los escritores liberales y los retrógrados: hallar las causas del proceso histórico en los instintos y las ideas. En esta creencia van mucho más lejos los retrógrados. El filosofismo, el jansenismo, el regalismo, las ideas nefastas en general traídas de Francia, son las fuerzas terribles que han venido a perturbar nuestra paz y nuestra felicidad; sin embargo -hecho curioso-, si los liberales españoles siguen o adoptan ideas importadas de Francia no son demasiado exclusivistas, pues los escritores retrógrados siguen al pie de la letra y conceden la misma infalibilidad que al Evangelio a los escritos de De Bonald y De Maistre, y alguna vez hasta citan a Burke. En general, se puede afirmar sin temor a equivocarse que el pensamiento absolutista, retrógrado, se ha defendido y ha argumentado contra los liberales siempre sobre la base de autores franceses. Esto es justificable, porque los retrógrados franceses llevaban mucha ventaja a los españoles, de tal manera que les ahorraban a éstos la necesidad de pensar.

¿Se quiere afirmar con esto que ningún autor de la época se ha dado cuenta de cuáles eran las verdaderas causas del fracaso del liberalismo español? No: han sido numerosos los escritores que han comprendido claramente cuáles eran esas causas. Puedo asegurar que ninguna de las ideas que yo exponga aquí acerca de esta cuestión es nueva. Con más o menos

---

<sup>127</sup> «...la plebe más ignorante y grosera era absolutista, y la gran mayoría de la aristocracia y las clases instruidas eran liberales. El despotismo se imponía de abajo arriba y no de arriba abajo, en la escala social; no eran los poderosos quienes imponían al pueblo las cadenas; era éste, que extraviado por su ignorancia y fanatismo gritaba: “¡Cadenas queremos!” (F. Garrido, *La España Contemporánea*, t. I, Barcelona, 1865, p. 228).

<sup>128</sup> «Fernando VII y la Revolución», *Cartas a Arnesto*, 4ª, Sevilla, 1823. Este mismo autor continuamente está aludiendo al filosofismo y a las sectas. {Subrayados. de E.T (N. del E.)}.

exactitud las he hallado todas, o confirmado, en documentos de la *época*, sobre todo en la prensa diaria: editoriales, comunicados, cartas al director, etc. Es cierto que muchos de los historiadores oficiales afirman con la mayor tranquilidad que los acontecimientos es necesario verlos con perspectiva histórica y que todos los escritores o historiadores del siglo XIX deforman los hechos por su partidismo político y, además, por estar inmersos en el fluir de los acontecimientos históricos que nos transmiten. Naturalmente, no habían alcanzado la *olímpica imparcialidad* estéril y anticientífica de los historiadores oficiales del siglo XX. Aquel siglo es profundamente despreciado por los profesores bien avenidos con la nueva situación de maridaje que se inicia con la Restauración y se prolonga hasta... hoy; y también hasta hoy continúa siendo una realidad la ignorancia y el desprecio de los “ciento cincuenta años de incuria liberal”. Hace treinta años, justamente, que un historiador honesto escribió sobre el siglo XIX:

«En cuanto a las generaciones nuevas, las posteriores a 1898 (porque los hombres de esa fecha, tan traída y tan llevada aquí, son de mi misma generación, aunque no sean todos de mis mismos años), éstas, desconocen en absoluto lo que ocurrió en su patria durante el siglo XIX: parte, porque nadie se lo enseña; parte, porque desprecian a priori aquellos tiempos, sin creer demasiado en los futuros».<sup>129</sup>

**Causas del fracaso del régimen liberal: protagonismo político de la burguesía mercantil y pacto de ésta con la nobleza feudal, a costa del campesinado pobre y la burguesía industrial, y atraso social y económico**

La naturaleza de nuestra historiografía del siglo XIX es muy particular y merece la pena detenerse en sus contradicciones fundamentales. Es necesario tener presente la dependencia que la historia mantiene frente a la ideología dominante de una época; es decir, la historia -en cuanto dirigida a las generaciones futuras- está siempre penetrada por una tendencia justificadora; por un afán de ligar la situación presente de la clase dominante con el pasado histórico del país. Ésta es una de las características fundamentales de toda historiografía. Naturalmente, la historiografía de nuestro siglo XIX se resiente y acusa las especiales condiciones histórico-sociales que la producen y la hacen necesaria.

La lucha que tiene lugar en toda Europa entre la burguesía -en cuanto fuerza ascendente- y la aristocracia feudal ha terminado ya por el triunfo de una clase o la otra, dependiendo siempre de las fuerzas productivas y de la forma de producción predominante. En nuestro país, la forma de producción predominante es la agrícola: la industria se encuentra en su fase típicamente artesanal; aunque ya se había iniciado el desarrollo industrial en Cataluña, todavía pesaba muy poco el volumen global de los productos manufacturados frente al valor total de los productos agrícolas.

Esta situación ha dado lugar a que nuestro liberalismo poseyera unas características muy peculiares. Nuestros liberales proceden, ya sea de los campesinos acomodados -esa capa que comienza a surgir a mediados del siglo XVIII, después de la revalorización de los productos agrícolas, de la anulación de las tasas del pan y de la introducción en la zona norte y noroeste de nuevas plantas productoras- y de la misma nobleza latifundista, por una

---

<sup>129</sup> Rafael Altamira, *Obras Completas*, Serie Histórica, t. II, 59-60.

parte; y de la capa mercantilista, especialmente del norte y de Cádiz, por otra. Pero el rasgo dominante de nuestros liberales es su íntima conexión con la actividad comercial. Esa actividad comercial es la que más poderosamente ha influido en su ideología, y toda la actividad política se resiente de esta *desconexión* con la producción, y su relacionarse, de una manera más inmediata, con el consumo.<sup>130</sup> El liberalismo español no ha estado ligado a las clases eminentemente productoras: a la producción agrícola o a la industrial. Aquí radica la extraordinaria debilidad del liberalismo y su enorme falta de comprensión de los grandes problemas nacionales. Esta debilidad le llevó a aliarse con sus verdaderos enemigos y a un conciliacionismo híbrido que va a caracterizar toda la política a partir de 1840.

De esta manera toda la historiografía llamada a justificar las diferentes pero muy semejantes situaciones producidas a partir de 1840 se halla tarada por esa contradicción básica: es un hecho que todos los autores, en mayor o menor grado, están penetrados por la ideología liberal como *espíritu del siglo*. Todo hombre que se preciara y quisiera pasar por inteligente habría de creer en el progreso o en algunas de las formas básicas de la ideología liberal; éste era el matiz especial de todo hombre ilustrado: debería ser un poco racionalista, un poco escéptico, bastante conciliador y detestar el fanatismo y lo vulgar, etc. Los radicalismos quedaban muy atrás: la Guerra de Independencia, la primera época ominosa de Fernando VII, algunos aspectos del trienio liberal y la década sangrienta de 1823 a 1833. Ahora (1843), los espíritus elegantes -también los menos elegantes- eran conciliadores, comprensivos; estaban por encima de los partidos. Si alguno de estos espíritus elegantes había sido radical en su juventud, atraído e impulsado por el ambiente de la época (Alcalá Galiano, por ejemplo), procuraba por todos los medios desvanecer los rasgos demasiado acusados de su radicalismo.

Si la burguesía, en cuanto clase, hubiese triunfado sobre su enemigo natural, la vieja clase dominante, la nobleza feudal, y su aliado, la Iglesia, la historiografía de este período tendría como finalidad justificar la nueva situación; no se propondría oscurecer y desdibujar los rasgos radicales y violentos sino justificar el camino que la había llevado al poder y demostrar que la lucha había sido necesaria y que en la esencia del hombre estaba el que se hubiese llevado a cabo, etc., etc. Pero, como la burguesía terminó pactando con la nobleza feudal para repartirse el botín y disfrutarlo pacíficamente -el botín no era pequeño: los bienes realengos, los comunes, los de propios, los bienes de la Iglesia y otras prebendas-, el reflejo de esta acción en la mente de los historiadores consistió en desvanecer el antagonismo entre estas dos clases y elevar las contradicciones a un plano donde se anulasen las oposiciones y se conciliasen de una manera abstracta. Negación que aparecía cubierta por un tupido y espléndido follaje de palabras retóricas e hinchadas e imágenes espléndidas sin contenido concreto.

Basta observar en los distintos períodos el tratamiento de un tema básico: la Guerra de Independencia. En su tiempo había sido tanto una guerra contra el conquistador extranjero como una revolución interior, y el aspecto

---

<sup>130</sup> Téngase en cuenta que la mayoría de los comerciantes de Cádiz proceden de la región norte y noroeste y en último origen de la clase noble, que al dedicarse al comercio dejaban de lado momentáneamente sus títulos.

revolución, renovación, se destacaba casi por encima del aspecto guerra de independencia; pero lentamente ese aspecto de renovación, de revolución, va a ir atenuándose hasta casi desaparecer. El Conde de Toreno, ese gran transaccionista y especulador, titula su historia *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución en España*, pero esto es anterior al contubernio con que termina la guerra civil de 1833 a 1840. El aspecto de Guerra de Independencia se presta para materia de discursos elocuentes -grandilocuentes-, en torno al *León español* (en el que nadie cree), a la unanimidad de todas las clases de la nación frente al *Coloso de todos los tiempos*, etc., etc. Éste era un aspecto que se resaltaba con una gran complacencia: la *unanimidad*, la colaboración en la lucha contra el enemigo común. Naturalmente, unanimidad que de hecho no ha existido, pero que ofrecía una ocasión magnífica para hacerse creer a sí mismo que esa conciliacionismo al que la burguesía y la nobleza latifundista habían llegado tenía raíces muy profundas, e ilusionar a las masas con una cooperación patriarcal de las clases más elevadas con las más bajas.

Toda la historiografía posterior a 1840 ha de ser considerada bajo este condicionamiento básico antes de ser utilizada científicamente para comprender los tres grandes períodos de nuestra revolución burguesa en la primera mitad del siglo XIX: la Guerra de Independencia y la Revolución de 1808-1814, el Trienio Liberal de 1820-1823 y la Guerra Civil de 1833-1840.

Quienquiera que vaya a consultar los documentos de la época, de uno de esos tres momentos, se encontrará con una luz completamente nueva para apreciar los hechos. Los periódicos, las proclamas, los folletos, la inmensa riqueza de los Diarios de Sesiones de las Cortes, donde se discutían cuestiones fundamentales que se quedaban, naturalmente, en el papel pero que los hombres venidos de cualquier punto de España enfocaban con lucidez y seriedad honesta, todo esto, nos ofrece una imagen de nuestro pueblo absolutamente nueva; una imagen que nos hace comprender y amar, que nos obliga a reconciliarnos con nuestro pasado, porque vemos con qué honradez y desprendimiento luchaban. Nos hace ver que nuestro pueblo se quedó un poco al margen de la historia pero después de una dura lucha: después de haber derrochado mucho heroísmo y mucha sangre.

#### **La prensa diaria, los diarios de las Cortes y la obra de los intelectuales más lúcidos, fuentes básicas para la comprensión de la realidad histórica**

Tampoco se puede negar que determinadas individualidades aisladas no hubieran comprendido tan claramente -quizás mucho más que podremos hacerlo nosotros ahora- el proceso histórico que se estaba realizando en sus propias vidas. Véanse, si no: los trabajos de Martínez Marina, de Flórez Estrada, de Ramón Salas, de Romero Alpuente; los escritos de batalla del mismo Alcalá Galiano -no los muy posteriores (*Recuerdos de un anciano*, las *Memorias*, etc.); los de Pedro Urquinaona y en general cualquier trabajo de Manuel Marliani, quizá el más agudo y exacto historiador de aquellos tiempos, a pesar de los defectos y errores que pueda tener. Estupendos análisis sobre la apropiación de los bienes nacionales se hallan dispersos por toda la obra de un prolífico escritor de matiz moderado, casi diría reaccionario, como Andrés Borrego, o de Fermín Caballero; muy interesantes son los folletos publicados por los defensores del proteccionismo, particularmente los del primer propagandista serio, Juan Güell y Ferrer. Pero, sin disputa alguna, la fuente

más rica es la prensa diaria y las discusiones del Congreso, los Diarios de las Cortes. Es aquí donde se halla la vida palpitante del país.

Una última característica a tener en cuenta es la tendencia a sobrevalorar la historiografía liberal o los escritos de escritores de ideología política liberal. Esto es peligroso. Es frecuente tropezar con liberales de un dogmatismo inconsciente y de un esquematismo teórico que deforman todo y que resultan realmente reaccionarios cuya ideología y actividad política ha sido profundamente nociva para el país.

Es necesario tener muy presente la mentalidad de consumidor típica del liberal español, producto de su conexión con la actividad mercantil. Este liberalismo abstracto está estrechamente ligado al fracaso de nuestra industrialización en la segunda mitad del siglo XIX, en la fase de nuestro equipamiento ferroviario. Precisamente del momento de la zarabanda de las concesiones de ferrocarriles, inmediatamente después de la revuelta de 1854, son estas frases de Güell y Ferrer:

«...Lo hemos dicho mil veces: es para España una calamidad que Madrid sea un pueblo improductor compuesto en su gran mayoría de gente que vive del presupuesto y de otros que lo pretenden, de los cuales muchos creen que los sueldos bajan del cielo y no provienen de la clase productora, del trabajo nacional; de aquí la facilidad que han tenido nuestros adversarios (los librecambistas) de crear en la Corte una opinión muy generalizada contra la industria, haciendo creer que las importaciones extranjeras son el maná de donde únicamente hemos de esperar nuestra felicidad en todos los sentidos».<sup>131</sup>

Estas palabras no pueden ser más tajantes y en gran medida exactas.

## 6.1. Conquista del poder y revolución

**Aprovechamiento por la clase reaccionaria de la confusión liberal de la conquista del poder con la revolución (en 1820, 1868 y 1931) e inestabilidad consiguiente del régimen político representativo liberal**

Entre las muchas contradicciones en que cae el liberalismo está la de confundir la toma de poder con la revolución. Ha sido muy comentada y elevada a la categoría de axioma clarísimo la frase pronunciada por uno de los secretarios de despacho en las discusiones a que dio lugar la propuesta del diputado Álvarez Guerra para reglamentar el funcionamiento de las Sociedades Patrióticas. Dijo “aquel ministro”:

«Porque si los medios que se han adoptado para establecer el sistema constitucional los ha justificado el objeto y han sido muy consecuentes para conseguirlo, el usar de estos medios para conservarlo sería destruir irremediabilmente el mismo sistema».<sup>132</sup>

Pocos días después, *El Universal*, periódico gubernamental, ministerial, se extasiaba ante esta perla teórica y la glosaba en un largo artículo:

---

<sup>131</sup> J. Güell y Ferrer, *Opúsculo sobre reformas arancelarias*, Barcelona, 1856, pp. 26-27.

<sup>132</sup> Sesiones de Cortes, *Universal*, 5 de setiembre de 1820.

«Los medios para conservar la libertad no son los mismos que los empleados para recobrarla cuando se ha perdido... Los gobiernos no se conservan por los mismos medios que se destruyen».<sup>133</sup>

Una vez que el Rey y otras muchas autoridades hubieron jurado la Constitución los liberales se dieron ya por satisfechos y, tan optimistas eran, que creyeron que los absolutistas de ayer se habían convertido por obra de un juramento en constitucionales puros. Estaban convencidos de que ya sólo restaba dar leyes para hacer la felicidad de la Nación desde las Cortes. La Revolución no la haría el pueblo; no, la harían los ministros y los diputados a golpe de decreto. Naturalmente, sería una revolución ordenadita, sin perturbaciones ni exageraciones. Una Revolución que, como decía bastantes años después Marliani,

«Si uso la palabra revolución al tratar de los acontecimientos de que he de ocuparme es porque aquel vocablo se admite en el lenguaje usual siempre que se trata de sacudimientos más o menos graves de un país; pero estoy muy lejos de creer que los acontecimientos de que ha sido teatro la Península tengan el carácter de una verdadera revolución. No han sido más que luchas entre cierto número de personas».<sup>134</sup>

La conquista del poder no es la revolución; es su primera batalla y no la más difícil. Esta confusión la hemos padecido con mucha frecuencia en España. No es propia solamente de la revolución de 1820. Cuando en nuestro país estalla una revolución es que las cosas van muy mal y que el equipo gobernante anterior ha cometido muchísimos desaciertos; hasta tal punto que -como ocurrió en el período que va de 1814 a 1820- era tan grande el desorden que las mismas clases dominantes tenían interés en el cambio. Esta situación las debilita para ofrecer resistencia a la primera fase de la revolución, la toma del poder. La verdadera resistencia comienza cuando desde el poder la nueva clase intenta cercenar los privilegios de las clases anteriormente dominantes.

Si la toma del poder fuera algo más que el simple relevo de un equipo ministerial, provincial, etc., si la toma del poder fuera acompañada por un ataque a fondo de la masa del pueblo contra los privilegios de las clases dominantes, en este caso éstas no tendrían otra solución que defenderse con todas sus fuerzas. Pero, si se analiza lo sucedido en 1820, 1868,...1931, se verá que las clases dominantes han adormecido a la clase que tomaba el poder. Ha habido un momento de confusión: todos somos unos, vamos a marchar, y yo el primero, por la senda constitucional; la lucha ya vendrá después. La clase en el poder, dueña tan fácilmente del mismo, no ve enfrente resistencia ninguna. ¿Para qué va a armarse ni a reagrupar sus fuerzas? Ahora se trata de realizar la felicidad que se había prometido. Pasados los primeros momentos de euforia, que serían los más apropiados para destruir la resistencia de las clases enemigas, sobreviene una etapa de cansancio, de abandono, por parte de la clase que toma el poder. Esta falta de vigilancia, esta confianza, es aprovechada, certeramente, por la clase reaccionaria y da comienzo a la labor de zapa de los logros de la revolución iniciada.

---

<sup>133</sup> Ver *El Universal*, 13 de setiembre de 1820.

<sup>134</sup> Manuel Marliani, *La Regencia de Espartero*, Madrid, 1870, p. 22. (Esta obra fue escrita en el exilio hacia 1848).



Esta labor de zapa es reforzada y facilitada por los desaciertos iniciales del poder revolucionario y por el descontento procedente de la etapa anterior pero que ahora es encauzado contra el gobierno instaurado por la revolución. Esto aparece clarísimamente realizado en las primeras etapas de la revolución de 1820. Pasaron pocos meses después de que los liberales se instalaron en el poder cuando las viejas clases dominantes empezaron a minar el terreno a la clase revolucionaria; primero, separan a las masas campesinas y hasta las urbanas, en algunas ciudades, de su base -obsérvese cómo los liberales señalan la indiferencia, con frecuencia la hostilidad, de las clases bajas, de la *plebe*-; en segundo lugar, tratan de anular los instrumentos más activos de la revolución, el Ejército de la Isla, el Ejército de Riego, y las Sociedades Patrióticas, instrumento fundamental para la plena realización de la revolución; y, después, el descrédito de todos los hombres verdaderamente peligrosos y que más se habían destacado en los primeros momentos de la revolución, y que eran considerados como sus dirigentes incondicionales.

En diciembre de 1821 se escribe en el *Eco de Padilla*:

«No se ha hecho todavía la revolución, y añadimos que, interim no se haga, se renovarán periódicamente las mismas oscilaciones, las mismas inquietudes, que en el día se agitan...; y dígasenos francamente si la revolución verdadera consiste en las instituciones, en cuyo caso no hay más que hablar, porque, en promulgando una ley sapientísima en un pueblo, basta para la felicidad de éste aunque nadie piense en ejecutar la ley promulgada...».<sup>135</sup>

Poco después, en otro periódico continuación del anterior, aludiendo a las maquinaciones e intrigas con centro en la misma Corte, se dice:

«Han impedido que la revolución española camine a su objeto, esto es, a la estabilidad del sistema representativo, haciendo que, en vez de consolidarse, vaya perdiendo insensiblemente en crédito y en concepto».<sup>136</sup>

Pero la prueba más palpable de la eficacia de la nobleza y de la Iglesia en su labor de separar a la masa del pueblo de los liberales está en la facilidad con que los absolutistas, sobre todo los clérigos, pudieron movilizar a los campesinos en diversas regiones en sus partidas, algunas desde los primeros meses de gobierno liberal, aunque la lucha seria y con impulso ascendente no comienza hasta mayo de 1822, aproximadamente; lucha que habría de coincidir con la sublevación de la Guardia Real el 30 de junio del mismo año. La pequeña burguesía y los liberales madrileños pudieron vencer con heroísmo, el memorable 7 de julio, a la Guardia Real, sublevada, pero los campesinos insurrectos contra el gobierno de Madrid, en Cataluña, Navarra y, algunos núcleos, en las montañas del Sur, continuaron su lucha hasta que la intervención francesa, en nombre de la Santa Alianza, acabó con el gobierno liberal.

## **6.2. Contradicciones fundamentales del liberalismo de 1820**

### **EL FETICHISMO MONÁRQUICO**

---

<sup>135</sup> *Eco de Padilla*, 18 de diciembre de 1821.

<sup>136</sup> *El Independiente*, 21 de enero de 1822.

**Respeto de la Corona y de las instituciones absolutistas, por el temor a la corriente popular y verdaderamente revolucionaria, única capaz de levantar las defensas necesarias para detener la contrarrevolución**

Es incomprensible el respeto de los liberales hacia la monarquía; y mucho más incomprensible aún es el respeto hacia Fernando VII, a quien sin ningún género de duda deberían considerar como un enemigo irreconciliable. Parece que toda la labor de los agentes de Napoleón para desacreditar y poner en ridículo a Carlos IV y a su hijo con sus intrigas, sus humillaciones, sus traiciones, su falta de pudor, había sido inútil. Es asombroso que hombres que estaban perfectamente al corriente de la miserable conducta del rey cuando era príncipe, durante la Guerra de Independencia y sobre todo después de su regreso de Valençay, no tuvieran ni siquiera la intención de cambiar la Corona. He buscado con verdadero interés alusiones claras o expresiones de esta necesidad y no he podido hallarlas, aunque estoy seguro de que dicha necesidad ha tenido que hacerse patente.

Los dirigentes liberales estaban completamente seguros de que desde el primer momento el Rey estaba intrigando para derribar la Constitución y que era el centro de todas las intrigas. Además, aprovechaba todas las circunstancias para desacreditar a los ministros confiando en su impunidad, en su irresponsabilidad. Son bien conocidas las burlas de que ha hecho objeto a los ministros. La primera gran contradicción -que ya veía Marlioni- era la de que hombres que habían sido personalmente condenados por el monarca pasaron de la cárcel a ser sus ministros. El monarca fue en aquella etapa para los liberales el animal sagrado.

No se puede argumentar que el pueblo, la masa campesina, estaba por el rey; si los campesinos hubiesen sido liberados de todas las servidumbres que pesaban sobre ellos no habrían sentido excesivamente la mística pérdida de aquel rey que sólo conocían de oídas, en los sermones. Los liberales no arrojaron al monarca del trono porque no entraba en sus cálculos; porque no querían ir muy lejos, porque precisamente tenían mucho miedo a ir demasiado lejos.

Querían simplemente cambiar la camarilla por los secretarios de despacho y hacer ostentación de su vanidad retórica en las Cortes. Pero no les interesaba realizar cambios transcendentales. Les asustaba demasiado *el ejemplo de Francia*; eran demasiado prudentes, quisieron escarmentar en cabeza ajena y...esto, en política, es peligroso. Véanse, para comprobarlo, los discursos y los escritos de la llamada fracción moderada, que fue la que realmente disfrutó del poder y de los altos cargos durante el Trienio.

Este párrafo del gran agiotista, el Conde de Toreno, es significativo de la prudencia moderada:

«Se nota una fermentación en los ánimos que no se sabe a qué atribuirla. ¿Qué infracciones de la Constitución, qué atentados, qué injusticias, se cometen por el Gobierno ni por los principales funcionarios que la ocasionen? ¿Qué diría un extranjero que, entrando ahora en Madrid, advirtiera esta penosa situación de los ánimos? Diría, como un antiguo: aquí está en duda la libertad. La nación es juiciosa y sensata, pero se la quiere precipitar {no hacia el absolutismo; se refiere a los que quieren ir hacia delante}. Tiene una Constitución y un Gobierno libre, pero no hay todavía espíritu público; hay poca instrucción y es menester quitar todos los motivos que puedan extraviar a la

opinión. Siguió el orador comprobando sus reflexiones con el ejemplo de las desgracias ocurridas en nuestros tiempos en una nación vecina cuya revolución fue dirigida en un principio por hombres grandes en todo género y que, de exceso en exceso, degeneró en una horrible anarquía y dio finalmente ocasión al despotismo más cruel».<sup>137</sup>

Naturalmente, era necesario quitar todos los motivos que pudieran extraviar a la opinión; justamente, se trataba de quitar uno importante: la existencia de Sociedades Patrióticas.

La permanencia, la continuidad, de Fernando VII en el trono constituía la primera contradicción fundamental, porque esta permanencia llevaba consigo la permanencia de otras personalidades e instituciones que eran antagónicas con la revolución liberal. El respeto a unas y otras instituciones hizo abortar la revolución y convertirla en simple relevo de la camarilla por el equipo ministerial.

En cuanto al *ejemplo de Francia*, tan explotado por los liberales de orden, los moderados, fue nefasto. La relación de los horrores cometidos en Francia por las turbas asustaba a muchísimos timoratos muy predispuestos a asustarse.

La adhesión de las masas a la Corona, al monarca, es explicable. Es bien conocido que la población española era básicamente agrícola y que vivía en el campo; es bien conocido el “feliz” atraso en que se mantenía a esta clase. El único medio de difusión en esta sociedad lo constituía el cura párroco y los frailes que eran llamados de vez en cuando a predicar. El sermón, la propaganda desde el púlpito, era el único medio de formar la opinión de las grandes masas. Cómo se formaba esa opinión es bien conocido. Cabrerizo habla en sus memorias de cómo los curas de los pueblos de Valencia decían que los liberales eran todos judíos y herejes, proponiéndose quitarles la religión. En Orihuela también se acusaba a principios de 1822 de judíos a los liberales.<sup>138</sup> Por esta causa les fue sumamente fácil a los enemigos del régimen indisponer a las clases campesinas con los liberales. Además, naturalmente, los curas contaron para ese trabajo con la colaboración inconsciente de los liberales, que no hicieron otra cosa que adoptar medidas legales y abstractas a favor de la clase más explotada y numerosa.

Otro aspecto de esa colaboración de los liberales está relacionado con la exaltación y la propaganda hecha a favor del Rey durante la Guerra de Independencia y aún ahora, después de haber jurado aquél la Constitución. La exaltación mística del rey durante el tiempo en que estuvo prisionero la creyeron necesaria los liberales para movilizar a la *plebe ignorante*, ya que ésta carecía de todo sentimiento de patria o de nacionalidad. Estos dos términos y los sentimientos por ellos designados son creaciones del liberalismo para simbolizar de una manera abstracta el nuevo sentimiento de unidad nacional, surgido durante la segunda mitad del siglo XVIII y que culmina en la Guerra de Independencia.<sup>139</sup> Estas palabras pasan de los libros al lenguaje cotidiano y toman formas en la tan conocida frase “¡Viva el Rey Fernando, la Patria y la

---

<sup>137</sup> Esta referencia bibliográfica falta en el original. (N. del E.).

<sup>138</sup> Ver *El Independiente*, 6 de enero de 1822.

<sup>139</sup> Carmelo Viñas, Prólogo a *La sociedad española en el siglo XVIII*, del prof. A. Domínguez Ortiz, Madrid, 1955.

Religión!";<sup>140</sup> nacional y nación comienzan a aparecer para calificar al ejército y al Gobierno, pero ambos términos eran muy poco agradables al rey, a la nobleza y al clero.<sup>141</sup>

## EL ESPANTAJO DE LA ANARQUÍA Y LOS EXALTADOS

### **Incongruencia gubernamental e inconsecuencia revolucionaria liberales, y reducción de facto de "la revolución" al cambio del equipo gubernamental**

El temor a la anarquía, el temor a que la revolución fuera demasiado lejos, fue la perenne obsesión de los gobiernos que se sucedieron durante el Trienio Liberal.

Pocos son los escritores que tratando de esta época no hablen de la debilidad y de las inconsecuencia del gobierno, que consumió sus energías en perseguir a la "facción exaltada" con gran alegría de los verdaderos *facciosos*. Un magnífico análisis de esta incongruencia de los gobiernos liberales, comparándola con la actitud de los gobiernos liberales de la Guerra Civil, 1833-1840, se encuentra en los artículos publicados por Joaquín María López en el *Eco del Comercio*:

«Al examinar la historia de nuestra administración del 20 al 23 fácilmente se descubren los principales caracteres que nos revelan el espíritu que la dirigía. Estos eran: 1/ Lenidad suma con los enemigos de las instituciones; 2/ Constante tendencia a adormecer y a sofocar el espíritu público; 3/ Impolítica restricción e injustas prevenciones contra el espíritu de libertad; 4/ Credulidad ciega respecto al Gobierno francés».<sup>142</sup>

Los periódicos ministeriales *El Censor*, *El Universal*, *El Imparcial*, etc., no abandonan ni por un momento el "espantajo de la anarquía" y el desorden.

«Empezar una revolución es fácil; detenerla donde conviene no es empresa con que se sale siempre que se quiere. Ninguna pudo empezar bajo mejores augurios que la francesa: la nación parecía hallarse suficientemente ilustrada; no es fácil reunir hombres de tanto saber como los que al principio la dirigían; y, sin embargo, cuando quisieron era ya tarde para detenerla; sólo conocieron que habían soltado con sus propias manos las fieras que iban a devorarlos cuando ya no podían escaparse de sus garras».

«Es, pues, el primer deber de los gobiernos que los pueblos establecen a consecuencia de una revolución impedir que pase más allá de lo que exigen la necesidad que la ocasionó, conformándose con la voluntad general, único juez competente en materias de conveniencia pública. Pero, dondequiera que se fije el término de una revolución, nunca podrá ser al gusto de todos, porque es imposible que la ambición de todos haya quedado satisfecha con la mudanza. Los contentos desearán que cese y los descontentos trabajarán porque continúe, y entonces es cuando los gobiernos deben desplegar toda su fuerza para contener el torrente cuyos diques había destruido la necesidad. La debilidad en estos casos es un crimen; y perecer resistiendo es el deber de todos aquellos en cuyas manos está depositada la fuerza pública».<sup>143</sup>

---

<sup>140</sup> Ver Alcalá Galiano, «Índole de la revolución en España», *Revista de Madrid*, III, 1838, p. 202; *Obras Completas*, t. II, BAE, p. 319.

<sup>141</sup> Ver Alcalá Galiano, *Obras Completas*, t. II, p. 25.

<sup>142</sup> 18 de abril de 1839; ver también los días 19 y 20.

<sup>143</sup> *El Universal*, 13 de setiembre de 1820.

Aquí está expresado con toda claridad cuál va a ser la trayectoria seguida por el gobierno liberal del trienio; y esto no sólo por lo que se refiere a los gobiernos titulados de “anilleros”, “pasteleros”, conciliadores, sino también del gobierno surgido después de la victoria del pueblo de Madrid del 7 de julio. La prensa más “exaltada” convertirá en blanco de sus ataques al gobierno de Evaristo San Miguel, que pasaba por ser el más radical. Serían infinitas las citas que podrían traerse en apoyo de éste argumento.

Quintana, en un magnífico y claro a la vez que profundo análisis de los acontecimientos de esta época, dice:

«Otra desventaja del Ministerio en esta contienda {se refiere a la sublevación de la Guardia Real el 7 de julio} era la poca energía que se le notaba en contener y castigar las tentativas de los conspiradores. Si, al tiempo que se deponía a Riego y circula la instrucción sobre elecciones, se hubieran visto demostraciones de vigor y de justicia contra los enemigos de la libertad, no se habría dado ocasión a aquellas recriminaciones de servilismo que en todas partes se les hacían».

«...Los ministros no veían ni temían más peligros que los que podían venir de los desórdenes y pasiones extraviadas de la opinión liberal».<sup>144</sup>

«Se persiguió a los más fieles y se quiso contemporar con los que no podían serlo y que miraban como un efecto de debilidad lo que nuestros representantes creían el ultimátum de la política».<sup>145</sup>

«Y digo esto para que todo el mundo sepa que no son los liberales los que quitan la libertad a los jueces. Yo no he visto que se haya castigado a los serviles; pero a los liberales se les echa toda la ley... Es también indudable el empeño que se ha tomado en perseguir a los que se ha bautizado con el nombre de “exaltados” en contraposición de los que se han enmascarado de *constitucionales moderados*, porque no hay quien no se avergüence de ser servil. Pero ¿quiénes son los exaltados? Son los que tienen fuerza y energía para resistir la arbitrariedad, los que se declararon franca y terminantemente el año 20;... No hay en España temor a la anarquía ni de que se levante un dictador; épocas ha habido muy a propósito para todo y no lo ha consentido la sensatez del pueblo español».<sup>146</sup>

«¿En qué tiempo propone el gobierno leyes coercitivas de preciosos derechos? Cuando propiamente hablando no hay gobierno; cuando su voz se desatiende en tantas provincias; cuando el órgano de las comunicaciones entre el trono y los representantes de la nación es un cuerpo monstruoso compuesto de ministros desacreditados y de oficiales mayores desconocidos, incapaces los primeros por la nulidad de sus talentos de ponerse a la altura de las cosas... Era de esperar que se pusiese un término a esta lucha temeraria que se ha entablado entre la masa de sus intereses y los intereses de un pequeñísimo número de personas... Los que conocen a los hombres que llenan los empleos en España saben que no hay exageración alguna en nuestros recelos y que, montados como están los juzgados de primera instancia y gobernadas las provincias por Meredas y San Martínez, todo se debe temer...».<sup>147</sup>

---

<sup>144</sup> Quintana, «Cartas a Lord Holland», *Obras Completas*, BAE, pp. 559 y 561.

<sup>145</sup> *Espectador*, 7 de agosto de 1822.

<sup>146</sup> El diputado Ochoa en la sesión de Cortes del 15 de diciembre de 1822, Eco de Padilla, 16 de diciembre de 1822.

<sup>147</sup> *El Independiente*, 25 de enero de 1822.

«Habría entonces gobierno que apenas tenemos en la actualidad; habría orden, los realistas se intimidarían;... y que se forme un sano criterio de opinión pública que permita al gobierno proponer y hacer lo que en la actualidad no se atreve a pensar siquiera, sintiéndose débil y sin medios para hacerse obedecer».<sup>148</sup>

La acusación de anarquista, que en el lenguaje de cierta prensa -la oficialista- equivalía al epíteto de exaltado, servía de anatema paralizador, como en nuestros tiempos se utiliza la amenaza comunista en algunos países. Cuando se quería anular a algún orador en el Congreso y desprestigiar a algún periodista resultaba un expediente fácil acusarle simplemente de anarquista y hasta de republicano, que también esta palabra sirvió de espantajo. Y es frecuente en la prensa más radical burlarse del miedo de algunos políticos a la república, señalando acertadamente que en España no existían condiciones para esa forma de gobierno. Pero todos estos espantajos eran eficaces, servían para atemorizar a los timoratos e indecisos y, de esta manera, justificar medidas de represión; subterfugio éste al que acudieron con demasiada frecuencia los llamados moderados.

## ÉXTASIS LEGALISTA

### **Exceso e inobservancia de las leyes y caos y bancarrota de la administración**

«Entre un partido que en nombre del poder real todo lo cree permitido y un partido que, encastillado en vagas teorías, nada sabe practicar de cuanto puede y debe asegurar su existencia, claro es que la victoria debe quedar para el que vive de acuerdo con las condiciones lógicas de sus principios».<sup>149</sup>

Esto lo escribía Marliani en 1848 cuando ya había tenido ocasión de presenciar muchos fracasos. Y, efectivamente, el legalismo ha sido uno de los errores más graves de nuestros liberales, tanto de los llamados moderados como de los progresistas o exaltados.

Esta característica aparece ya en las Cortes de Cádiz, cuando se lanzan ingenuamente a legislar con la seguridad de que, promulgando leyes *sabias* y justas, se echarían definitivamente las bases para la felicidad de los españoles. ¿Quién podría dejar de obedecer tales leyes? Pronto hubieran salido de su error si no hubiesen tenido una fe ciega en los principios teóricos. Muchas y justas leyes fueron elaboradas y promulgadas en el primer período constitucional pero nada quedó de ellas después del regreso de Fernando VII; de hecho, ni aún antes del regreso del rey habían sido obedecidas. Magníficos discursos se pronunciaron en la discusión de la reversión a la Corona (a la Nación) de los señoríos; la ley consiguiente fue aprobada por una gran mayoría. ¿Cuáles fueron los resultados positivos y cuando se cumplió?

Tres problemas ocupan de preferencia a los que escriben sobre este tema: el exceso de leyes, la absoluta inobservancia de ellas y la más completa bancarrota de la administración.

No sólo se critica el exceso de leyes sino que se acusa lo inapropiado e inoportuno de esa multitud de leyes.

---

<sup>148</sup> A. Borrego, *La España del siglo XIX*, 8ª conferencia, p. 61.

<sup>149</sup> M. Marliani, *La regencia de Espartero*, Madrid, 1870, p. 85.

«De aquí nace sin duda la poca fortuna que tuvieron los decretos más importantes que dieron aquellos Cortes, unos por falta de oportunidad, otros por falta de temperamento. Díjose, por ejemplo, que el decreto sobre los afrancesados era prematuro, el de regulares equivocado, el de las sociedades patrióticas insuficiente, el de los señoríos injusto; no pareció bien calculada la supresión del medio diezmo, ni atinado la aplicación del jurado a la libertad de imprenta, ni realizable el reglamento de instrucción pública, sobradamente magnífico y ambicioso».<sup>150</sup>

El exceso de leyes y su frecuente inoportunidad ha sido una calamidad que nos viene a los españoles de muy atrás y que desgraciadamente aún continúa hoy. Cualquier observador puede comprobar esta abundancia legalista haciendo una excursión por los diferentes órganos de publicación de leyes. Y se sorprenderá de ver decretos derogando otros que no habían llegado a tener un mes de vigencia y, esto, sin cambiar naturalmente de ministros, porque, cuando cambian, entonces...pueden ser días u horas. De esta zarabanda de leyes y decretos nace la inobservancia, la falta de respeto; la ley carece de esa solemnidad que adquiere en otros países, donde regularmente la ley promulgada viene a sancionar una costumbre o una necesidad muy acusada; es decir, que la ley surge cuando existen las condiciones necesarias para su cumplimiento, para que la inmensa mayoría de los ciudadanos puedan cumplirla sin esfuerzo. Pero estas leyes exigen un gran estudio para su elaboración y un gran respeto para los intereses de la mayoría, y esto no se ha dado entre nosotros.

Son curiosas nuestras contradicciones en este terreno. Durante toda la Baja Edad Media el esfuerzo de nuestras ciudades municipales, la gran aspiración de todos los comunes castellanos, eran el establecimiento de leyes observadas que se extendiesen a toda Castilla. Los cuadernos de Cortes son muy explícitos a este respecto; y era muy frecuente que las ciudades encargasen a sus procuradores que entablasen conversaciones unos con otros antes de las reuniones para proponer las mismas medidas. Esta tendencia centralista será deformada cuando la poderosa energía creada por la democracia castellana sea utilizada de una manera imperativa en beneficio de una dinastía y de una clase parasitaria para sojuzgar no sólo a otras regiones peninsulares sino territorios enteramente extraños.

Aún ciñéndose a los territorios propiamente peninsulares, la acumulación legislativa dio lugar a un cuerpo monstruoso y completamente carente de unidad. La unidad nacional, con anterioridad al siglo XVIII, fue una unidad de tipo completamente feudal. Castilla era el único estado unificado, donde el Estado había progresado rápidamente y había logrado la madurez de un Estado moderno; pero las regiones forales (Navarra, las Provincias Vascongadas, Aragón con Valencia, Cataluña y Baleares) conservaban todas las características medievales.<sup>151</sup>

Las Cortes de Cádiz y después las Cortes del Trienio, que siguieron en todo sus huellas, intentaron crear un cuerpo legal enteramente nuevo y válido para todo el ámbito nacional; intentaron reducir el caos que venía arrastrándose desde la Edad Media a un todo orgánico y racional. Los hombres

---

<sup>150</sup> Quintana, «Cartas a Lord Holland», *Obras Completas*, BAE, p. 560.

<sup>151</sup> C. Viñas, Prólogo a *La Sociedad Española del siglo XVIII*, del prof. Domínguez Ortiz, ya citada.

que intentaban realizar esa obra estaban naturalmente animados de los mejores deseos, pero la realidad no podía adecuarse a sus deseos. Su mentalidad mercantilista, racionalista, formada normalmente bajo la influencia de autores extranjeros, franceses con preferencia, los convertía en verdaderos extraños dentro de su propio país. El desconocimiento de las condiciones reales del país era extraordinario.

Como era natural, unas leyes elaboradas en el más completo desconocimiento de la realidad social que debían regularizar y proclamadas por un gobierno central lejano y abstracto fueron enteramente inútiles e inobservadas. La autoridad del gobierno de Madrid estaba lejos y era débil, pero la autoridad de las oligarquías provinciales y de los pueblos estaba cerca y era efectiva; y, esto, sin tener en cuenta que la mayoría de los pueblos y villas eran de señorío y que las leyes que abolieron los señoríos (ley de 6 de agosto de 1811, renovada por la ley de 3 de mayo de 1823) carecieron de toda efectividad.

«Claro está que la transcendencia de esta ley era más teórica que práctica, puesto que los señores continuaban en la propiedad territorial de los pueblos de señorío. De nada servía en la práctica liberar en el texto de la ley a los vecinos de la dependencia jurisdiccional y gubernativa de aquéllos si como jornaleros y colonos de sus tierras ex-señoriales continuaban bajo su férula; máxime, cuando la designación para los cargos de justicia y gobierno local de hecho seguía -y ha seguido haciéndose mucho después- a voluntad y elección del señor».<sup>152</sup>

En cuanto al exceso de leyes, las críticas de la época son muy duras.

«Esas trescientas órdenes diarias ¿son más que *trescientos pedazos de papel* más o menos bien escritos, más o menos acertadamente pensados, pero a *cual más inútil*, a cual más ilusorio, a cual más inoportuno? ¿Qué resulta de esa prodigalidad de papel sino desorden, confusión, descrédito? ¡Con *trescientas órdenes diarias el ministerio no ha podido hacer el menor bien a la Nación!* ¡No ha podido ejecutar las leyes sancionadas por las Cortes! ¡No ha podido hacer marchar uno de los muchos ramos que le están encargados! La estéril abundancia, la infructífera fecundidad, de esas tenebrosas oficinas ¿bastan a disculpar sus desaciertos o son más bien nuevos cargos a los que no encontrarían respuesta los mismos ministros?».<sup>153</sup>

«En vano se publican las leyes si no han de cumplirse. Todos los días vemos repetidas estas verdades, y todos los días vemos con asombro la manera más escandalosa con que se eluden las disposiciones legislativas y gubernativas».<sup>154</sup>

Un escritor absolutista dice sobre esta cuestión:

«Mientras más se escribe, más débil debe ser la institución. Lo que debe comprenderse fácilmente; pues, siendo las leyes una declaración de los derechos y no haciéndose dicha declaración sino en el caso de ser atacados dichos derechos, la multiplicación de leyes constitutivas escritas no manifestará o probará otra cosa que la multiplicación de los ataques y el peligro de la ruina...».<sup>155</sup>

---

<sup>152</sup> C. Viñas, *La Reforma Agraria en España en el siglo XX*, Santiago, 1933, p. 40.

<sup>153</sup> *Eco de Padilla*, 17 de diciembre de 1821.

<sup>154</sup> *El Espectador*, 15 de agosto de 1822, p. 501.

<sup>155</sup> «Constitución de las Cortes», *Cartas a Arnesto*, Sevilla, 1823.



En íntima conexión con el “empacho legalista” está el caos administrativo. Son varios los factores que han conducido a nuestro país, en aquella época, a tal caos administrativo.

En primer lugar, no existía una administración claramente perfilada; las distintas funciones y los diferentes órganos de control social se interferían. La administración de justicia, la acción política y la administración fiscal se confundían frecuentemente en la misma persona. No existían organismos ni instituciones especializadas. Y, en segundo lugar, estaban las capas de población exentas -nobles, clérigos- y las interferencias administrativas producidas por los señoríos; estos privilegios acentuaban el caos.

No se pueden comprender hoy claramente las enormes dificultades que esta situación producía en nuestro país y con qué vigor obstaculizaba todo progreso. Las lamentaciones de los diputados en las Cortes y las injusticias denunciadas en las comunicaciones a la prensa son infinitas y abarcan todos los aspectos de la vida nacional; todo parece confabularse para hundir a nuestro país en el desorden más esterilizador y en la miseria. Es asombroso que aún hoy haya gentes ociosas que se dediquen a buscar causas metafísicas de nuestra decadencia cuando tienen tan a la vista motivos no sólo suficientes para llevar a la ruina a un país sino para estudiar con verdadero detenimiento cómo es posible que el nuestro pudiese realizar los adelantos que fue capaz de llevar a cabo a pesar de tantísimos obstáculos como ha tenido que vencer. No se puede menos de admirar la maravillosa energía de nuestros campesinos de la zona norte y noroeste, de todo levante, que han sido capaces de elevar el nivel de la agricultura a despecho de las dificultades de todo orden que se les han opuesto, y no digamos nada de los industriales.

«También es evidente que todo lo que huele a administración en España lleva consigo un pecado original, de que no basta a lavar lo la sabiduría ni la abundancia de reglamentos. Dígalo, si no, ese crédito público a cuya sombra se enriquecen tantos sin que la Nación haya recogido a la hora ésta más que el descrédito de su papel, el aumento de la deuda y la prosperidad de los grandes empresarios, que es precisamente lo contrario de lo que se buscaba... No de otro modo se convierten en ricos señorones los que ayer vivían a expensas de la beneficencia pública; no de otro modo se hacen viajes lucrativos y se colocan millones en los bancos extranjeros. Es cierto, muy cierto, y a precio de que satisfagan su amor al oro “para ciertos hombres de cierta época nada importa que la causa pública se la lleve Satanás”».<sup>156</sup>

«Si de la cuestión política pasamos al examen de la administración del reino, y principalmente de las cuestiones económicas, por todas partes hallamos el caos; ignorancia, abusos sin cuento, vicios envejecidos, reglamentos absurdos, leyes descabelladas: he aquí lo que se encuentra en esta administración. Así es que ha conseguido agotar, momentáneamente a lo menos, todos los manantiales de la riqueza pública y hacer que el gobierno del país más fértil y privilegiado de la naturaleza sea un tipo de miseria y pobreza; y este vergonzoso estado de cosas, por ser tradicional, ha llegado a tomar el carácter de una situación normal, acabando los españoles y extranjeros por persuadirse de que es un mal irremediable».<sup>157</sup>

---

<sup>156</sup> *El Independiente*, 13 de enero de 1822.

<sup>157</sup> M. Marliani, *Ob. cit.*, p. 30.

Los abusos ya tradicionales aparecen agravados por la actividad solapada, y a veces manifiesta, de los magistrados y funcionarios provinciales y municipales que eran los mismos que antes de proclamarse la Constitución en marzo de 1820. Esta labor de zapa es sobre todo gravísima en la administración de justicia; aquí las quejas y lamentos, las denuncias y representaciones a las Cortes pidiendo que se corten los abusos, son desconsoladores. Cualquiera que sea el periódico que se tome no dejará de ser portavoz de alguna *exposición*.

«Dos males enormes aquejan nuestro sistema judicial: *la multitud de leyes, es decir, la falta absoluta de leyes* {subr. mío}, y la ignorancia, la arbitrariedad y la malicia de los curiales...».<sup>158</sup>

«Nace {este adormecimiento del país} de que hay falta de justicia; pues muchos jueces son tan enemigos de la Constitución como los facciosos mismos, y, haciendo lo que harían ellos en su lugar, protegen y salvan a sus cómplices y persiguen y castigan a los más distinguidos patriotas».<sup>159</sup>

Y ¿qué decir del comportamiento de la administración y de las autoridades municipales en el cumplimiento de las leyes sancionadas por las Cortes relativas al reparto de tierras a los campesinos pobres? Esta es la cruz de nuestros liberales, desde Carlos III y sus regeneradores ministros -Campomanes, Conde de Aranda, Olavide, etc., etc.- hasta la actualidad. Este tema ha hecho correr tanta tinta y tanta sangre, que exige mucho respeto, mucha consideración y mucho talento para tratarlo. Esa cuestión ha sido y es la tragedia de nuestra pobre patria.

Éste es el gran fracaso de los liberales de 1820, como lo fue de los *liberales* de todos los tiempos en nuestro país. En general, se puede afirmar que no sentían las necesidades de la clase más sufrida de la nación; no eran sus representantes; no estaban vinculados a ella como clase. Esto ha sido señalado ya: los liberales, leguleyos, comerciantes, profesionales, etc., conocían el campo sólo por los libros y, por muy buenas que fueran sus intenciones, no tenían energía suficiente para imponerlas en la práctica.

De esta falta de comprensión se resiente mucho la prensa de Madrid. ¿Es posible que, siendo el problema del campo el problema número uno, no sea objeto de más artículos, comunicados, discusiones, en las sociedades patrióticas, de lo que ha sido esta cuestión? Desconsuela ver periódicos como *El Eco de Padilla*, *La Antorcha*, *El Espectador*, *El Independiente*, *El Indicador*, el mismo *Zurriago*, *El Constitucional de La Coruña*, *El Indicador Catalán* y otros muchos, siempre dispuestos a la denuncia de los abusos y al examen certero y claro de muchas cuestiones, cómo callan o no entra dentro de sus preocupaciones el tema campesino, teniendo en cuenta que la situación era lamentabilísima.

«Por lo que a la agricultura se refiere, extensos territorios se hallaban convertidos en eriales y despoblados. Sólo en la Campiña de Córdoba se contaban 53 villas arruinadas, en cuyos parajes existían únicamente cortijos y los restos de torres y alquerías. En Castilla la pobreza de sus habitantes era tan extremada que, no pudiendo en absoluto pagar sus contribuciones, eran embargados sus enseres y habitaciones, viéndose en muchos pueblos de los

---

<sup>158</sup> *El Independiente*, 17 de febrero de 1822.

<sup>159</sup> J. Romero Alpuente, *Discurso sobre el ministerio actual*, Madrid, 1822, p. 10.

más apremiados por el fisco grandes depósitos donde estaban los colchones, mesas, sartenes y hasta los candiles de los infelices insolventes, y grupos de hombres y mujeres de ropas haraposas y rostros famélicos vagando sin abrigo ni techo en torno de sus ajuares saqueados y de sus viviendas vacías». <sup>160</sup>

**Carencia de sentimiento de clase e incomprensión de los problemas reales del país por los políticos liberales, labor de zapa de la oligarquía provincial y local e insatisfacción del “hambre de tierras” secular del campesinado pobre, único sostén potencial real de la revolución liberal**

Denuncias como ésta aparecen en los hombres más conscientes de la época. Para convencerse de ello basta una ojeada por el tomo sexto del *Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, que contiene el resumen de las discusiones a que dio lugar la propuesta del diputado García Herreros sobre la reversión de los señoríos a la Corona. Aquí se encontrará la más viva expresión de los males que agobiaban y agobiaron...a nuestro país. También preocupó profundamente esta cuestión a los Padres de nuestra Democracia: Martínez Marina, Ramón Salas, más tarde Flórez Estrada, Franco Salazar, Toribio Núñez, Francisco Gómez, Gutiérrez de la Huerta, José Calatrava, Casimiro Orense, posteriormente también Ramón de la Sagra; destacando por encima de todos por su inteligencia y por la honradez con que sostuvieron su opinión Martínez Marina y Flórez Estrada, las dos figuras más señeras de nuestra época contemporánea. <sup>161</sup>

No faltaron en absoluto las denuncias de los abusos cometidos con los campesinos; no fueron tan frecuentes como debiera de haber ocurrido pero se destacan por su vigor.

«Otro corresponsal, buen observador, nos dice: ¿Cuándo se darán los baldíos a los pobres? Nunca, a menos que no se ahorquen a unas cuantas docenas de alcaldes y no se envíen a presidio diez o doce jefes políticos, por el criminal descuido con que miran una providencia tan saludable y que por sí sola bastaría a afianzar el sistema creando una nueva clase de interesados en sostenerlo. En este pueblo, yo, que soy el secretario del ayuntamiento, que estoy aguijoneando continuamente a los concejales para el repartimiento y que lucho a brazo partido con todos los obstáculos que se me oponen, nada he conseguido a la hora ésta. ¿Qué será, pues, en aquellos donde el secretario, paniaguado de los magnates, come con éstos, vive del fruto de los abusos y deja rodar la bola? La aristocracia lugareña de que ustedes no tienen ni idea en la Corte, es la peor de las aristocracias. Diez o doce caciques en cada pueblo de España imponen la ley y sacrifican a su egoísmo el interés general. Los baldíos no se reparten porque sus pastos sirven para engordar los carneros del señor A o del señor B. Los jefes políticos yacen en la apática modorra, como el mismo ministro de la Gobernación, del cual no hemos visto salir hasta ahora más emplastos. Si, en lugar de señoritos que llenan aquella oficina, hubiese 8 o 10 hombres experimentados y de pulso, el erario ganaría mucho y la nación más». <sup>162</sup>

Una muestra del anhelo, de la esperanza, con que se esperaba la tierra, de cuánto esperaban las masas campesinas de la Constitución, lo constituye el

---

<sup>160</sup> P. Zancada, «Sentido social de la Revolución de 1820», *Revista Contemporánea*, t. CXXVII, 1902, p. 139.

<sup>161</sup> Ver C. Viñas, *La reforma agraria...*; J. Costa, *El colectivismo agrario en España*, Madrid, 1915, pp. 203-227.

<sup>162</sup> *El Independiente*, 13 de enero de 1822.

Anónimo de 1821, citado por Costa, *Repartimientos de baldíos, realengos y arbitrios entre los beneméritos defensores de la patria por premio patriótico, y entre los vecinos que no tengan tierra propia, etc.*, Córdoba, 1821.

«El decreto más benéfico, el más importante y el más trascendental de todos los que han dictado nuestras Cortes, es aquel por el cual se manda que los terrenos baldíos o realengos y los de propios y arbitrios se distribuyan en suertes proporcionadas a los beneméritos militares retirados que sirvieron en la pasada guerra, dando también suertes por sorteo a los vecinos que no tengan otra tierra propia».

.....  
«¡Infelices jornaleros! Vosotros, todos los comprendidos en la numerosa clase de los no propietarios, consolaos en fin. La injusticia de la suerte la repara con vosotros la Constitución y las disposiciones que dimanen de ella. Antes de ahora os veáis condenados a trabajar solamente para que otros disfrutaran. Parecía que vosotros no erais hijos de Dios, puesto que no os era dado disfrutar de las tierras que creó para todos. Las propiedades territoriales, se habían apoderado exclusivamente de ellas las clases *fuertes*; y vosotros habíais de trabajar perpetuamente el suelo ajeno, sin poder adquirir más propiedad que la de la sepultura, a donde prematuramente os llevaba la fatiga continua y la miseria no interrumpida. Vosotros nacíais en el hambre y la desnudez, os criabais en la escasez y la pobreza y, cuando vuestra robustez podía daros confianza en vuestros brazos, os veáis atados a la tierra ajena, teniendo que emplear vuestros sudores por el ínfimo precio a que quisieron sujetaros. Hecho el cultivo de la propiedad del poderoso, os pasabais una parte del año mendigando el pan a su puerta y sobrellevando la intemperie, sin tener alimento que ofrecer a vuestra desolada familia. A una juventud tan afanosa sucedía una vejez miserable y, después de haber consumido vuestros lozanos días en enriquecer a otros, la infelicidad era el apoyo que restaba a vuestras cansadas fuerzas y la desnudez y el hambre eran otra vez los precursores de vuestro término. *El Hospital que a costa de vuestra miseria se fundara venía a ser vuestro único albergue*, y en él acababais una temprana carrera, siendo la brevedad de su término lo más grato que pudierais hallar en ella. Hambre y desnudez era el único patrimonio que quedaba a vuestros desolados hijos, de los que tampoco erais más que una carga, pero que quedaban sin vuestro amparo. Parecía que no erais criaturas iguales a las demás de vuestra especie, formados por el Hacedor Supremo a imagen y semejanza suya como todos los hombres. Pero el Dios liberalísimo, justo y benéfico, se dolió de vuestra suerte y para bien de la humanidad, os dio la Constitución que gozamos, la cual os eleva a una existencia feliz y llevadera. Ya podréis trabajar para vosotros mismos. Ya podréis ser propietarios; y no sólo podréis serlo sino que por la Constitución tendréis gratuitamente y en propiedad absoluta un pedazo de tierra cultivable, que puede daros una existencia venturosa y en el cual derramáis vuestros sudores en beneficio de vuestros hijos. Sí, ciudadanos apreciables, ved qué ventajas obtenéis de este nuevo sistema. Vuestra infelicidad os hace quizá parecer ilusoria tanta ventura, pero estáis en el caso de que se realiza...».<sup>163</sup>

Efectivamente, tanta ventura era ilusoria. Como en otra parte dice Costa, «*la revolución pasó sin que el pueblo hubiese adquirido un palmo de tierra*». Pero esta cita -aunque un poco larga- nos pone de manifiesto el hambre de tierra que existía en nuestro país.

---

<sup>163</sup> J. Costa, *Colectivismo...*, pp. 208-209.

El vendaval individualista y desamortizador, iniciado ya a finales del siglo XVIII, arrebató a los pueblos, para convertirlos en propiedad privada, los baldíos, los comunes, las tierras de propios; y, más tarde, todos los bienes de la nación en manos de tanta institución muerta y en manos de la Iglesia. Y toda esa riqueza quedó en manos de los agiotistas, de los políticos de nuevo cuño<sup>164</sup> y de los caciques provinciales y locales. El pueblo naturalmente también recibió algo; como los municipios fueron desposeídos de los bienes de propios, cuyas rentas solían cubrir los gastos municipales, en adelante estos gastos recayeron sobre los alimentos de uso más corriente, es decir, sobre la parte más numerosa de la población.

## EL EJÉRCITO Y LA LUCHA CONTRA LA CONSTITUCIÓN

### **Origen de clase privilegiado e involución anticonstitucional de la mayoría de los mandos militares, puesta en evidencia por su actitud pasiva ante el avance del ejército de la Santa Alianza**

El ejército fue el que inició la lucha por la Constitución de 1812, y el ejército ha sido quien la enterró. Parece paradójico, pero es cierto. Entre los años 1816 y 1820 la situación financiera del ejército era catastrófica: había años en que apenas recibía los sueldos correspondientes a un par de meses; los ascensos se debían al favoritismo; no existía orden alguno; añadidas a éstas otras dificultades, el descontento en el ejército era muy grande. Pero no es necesario establecer una relación demasiado íntima entre este descontento y la opresión que sufría el pueblo. No, el ejército respondía fundamentalmente a sus orígenes de clase: es preciso no olvidar que, hasta la Guerra de Independencia, era necesario pasar las pruebas de nobleza para poder ingresar en las Academias Militares.

No se puede dudar de que la Guerra de Independencia y la permanencia en Francia de muchos oficiales como prisioneros, así como la asimilación de muchos de los combatientes irregulares del pueblo o de las clases acomodadas, no nobles, rompieron un poco los lazos de casta. Pero no se debe exagerar esa interferencia, como tampoco conviene exagerar la penetración de las sociedades secretas. Muchos escritores de la época propenden a ver los orígenes de la revolución en la penetración de estas sociedades secretas en el ejército; y consideran este hecho como un germen de desorden y de disolución y en gran parte causante del fracaso de la revolución y de la caída de la Constitución.

No se debe ver en las sociedades secretas ningún espantajo, ni quedarse demasiado en las apariencias: las sociedades eran simplemente las *formas embrionarias de los partidos políticos*; es necesario desprenderlas de todas las zarandajas místicas y contemplarlas en su actividad real. Después de proclamada la Constitución, las sociedades secretas dejan de ser tales; es decir, si continuaban siendo secretas, no podrían actuar políticamente sobre el pueblo. Por eso se convierten en sociedades patrióticas, que son los órganos de agitación y propaganda, de captación, de los partidos políticos que comienzan a dibujarse: el moderado (absolutista enmascarado) y el progresista. Además, en las condiciones de clandestinidad y conspiración, las sociedades secretas eran el instrumento indispensable; pero su eje, más que

---

<sup>164</sup> Ver una nota en *El Eco de Padilla*, 12 de noviembre de 1821.

los militares, lo eran los comerciantes, hombres de profesiones liberales y hasta sacerdotes; y todo el que ingresaba en ellas sabía que lo hacía con un solo fin: conspirar con más eficacia.

Pasados los primeros meses de euforia, comienzan a notarse signos de descontento en el ejército. Los capitanes generales ya no son todopoderosos; a su lado está el Jefe político; y la prensa registra con demasiada frecuencia sus abusos, cosa a la que no están acostumbrados. Por otra parte, todo ataque a los privilegios necesariamente repercutía en ellos. Su situación era mucho más independiente y lisonjera en el ambiente particularista del absolutismo y anhelaban volver a él.

Cuáles eran los verdaderos deseos de los militares se vio bien claro cuando arremetieron las conspiraciones y el levantamiento de partidas a partir de mayo de 1822. El comportamiento de los militares, salvo señaladas excepciones, fue bastante pasivo, siendo de notar la combatividad de los elementos de tropa. No digamos nada de la conducta de los altos jefes durante la invasión del Ejército de la Santa Alianza. Ramón Santillán relata en sus recuerdos cómo fueron retrocediendo desde Burgos a Madrid sin haberse comprobado realmente si las tropas francesas habían penetrado en territorio español; se rumoreaba que sí, pero no lo habían comprobado ni se atrevían a hacerlo.<sup>165</sup>

## EL PUEBLO Y LA CONSTITUCIÓN

### **Distanciamiento popular de las instituciones liberales y la Constitución e ignorancia de sus causas por la élite política e ideológica liberal**

Es desconcertante la frecuencia con que los escritores de la época hablan del despego, de la indiferencia y aún de la hostilidad del pueblo hacia las instituciones liberales y hacia la Constitución. Esto era tan frecuente, que llegó a convertirse en un lugar común. Sólo más tarde, en el período de la Guerra Civil, se comienza a comprender ese despego del pueblo hacia las instituciones; y, en Joaquín María López (en el trabajo citado), en Flórez Estrada y en Marliani se hacen completamente claras las causas de ese alejamiento del pueblo de las instituciones liberales.

«El pueblo, cansado de tantas miserias, ve pasar los acontecimientos sin tomar en ellos parte alguna, dejando libre a los partidos el palenque donde se disputan el poder efímero. Ésta es la hora en que el pueblo ignora cuál es el objeto de tan continuas agitaciones, pues los vencedores de uno u otro partido jamás han legitimado su triunfo dando al país una organización más adecuada a sus necesidades».<sup>166</sup>

«No nos hagamos ilusiones: los acontecimientos que han estremecido la Península, la esterilidad de los pronunciamientos, son señales manifiestas de que estas cuestiones ni interesan al pueblo ni las entiende, pues ninguna parte toma en ellas; y sin la cooperación real y verdadera del pueblo, ni en España ni en ningún otro país hay posibilidad de fundar alguna cosa que lleve el sello de la magnitud y de la duración».<sup>167</sup>

---

<sup>165</sup> Ver Ramón Santillán, «Sucesos de 1820 a 1823», en *Revista España*, tomo CXIV (1886) y CXV (1887).

<sup>166</sup> M. Marliani, *La regencia...* p. 23.

<sup>167</sup> M. Marliani, *Ob. cit.*, p. 27.

Ya en 1840, decía Marliani:

«En cuanto al pueblo, abandonado todo y sin asomo de gobierno eficaz y pensador, podría a sus anchuras aguantar la miseria que aportaban las demasías de la iglesia y el derrochamiento de la corte, o bien protestar con mano airada contra los pudientes y labrarse a punta de espada una ley agraria según su paladar».<sup>168</sup>

Estas citas de Marliani muestran evidentemente que sabía cuál era la causa del alejamiento del pueblo y que en ningún momento se había contado con él. Pero lo más frecuente son las citas en las que se pone de relieve la indiferencia o la hostilidad, sin preocuparse de averiguar las causas.<sup>169</sup>

No puedo menos de aducir estas dos citas de Marliani que dan una idea clara de sus elevados sentimientos:

«En España no es el pueblo el atrasado sino las pandillas políticas, miserables plagiarias de Francia, a las que imitan en lo que tiene de peor».<sup>170</sup>

«Mi convicción es que el desarrollo de las ideas de libertad en las masas es mucho mayor de lo que se cree, y que llevan la delantera a las que ocupan la mente del mayor número de los hombres políticos, entre los cuales algunos quedan rezagados, imbuidos de las peores teorías de la revolución francesa, mientras que otros, discípulos de la escuela doctrinaria de Francia, siguen la huella de sus maestros».<sup>171</sup>

A este respecto es curioso observar las apologías que se han escrito acerca de la cordura, de la responsabilidad, de los sentimientos democráticos puestos de manifiesto por el pueblo español en los primeros años de la Guerra de Independencia. En aquellos momentos convenía halagar los sentimientos del pueblo para que combatiera contra los franceses; pero, una vez derrotados éstos, se hacía necesario que el pueblo volviese a su lugar; y, si éste, que había sufrido todo el peso de la lucha, planteaba alguna exigencia, entonces era el pueblo estúpido, servil, ignorante, que pedía *cadena*; y todos se confabularon para sostener esta afirmación injuriosa.

La brevedad de este trabajo no permite hacer un estudio exhaustivo de las causas que han llevado al fracaso de la llamada revolución de 1820. Aquí sólo se aluden esquemáticamente las que se pudieran considerar como principales, y ni aun puedo decir que éstas quedan agotadas. Entre las fundamentales se encuentran:

- 1) La carencia de sentimientos de clase de los liberales, y por lo mismo la incompreensión de los problemas nacionales.
- 2) El temor de ser arrollados por la corriente popular y verdaderamente revolucionaria, que llevó a los gobiernos moderados a destruir todas las defensas que hubieran podido detener la contrarrevolución.

El que una empresa ardua

---

<sup>168</sup> M. Marliani, *Historia política de la España Moderna*, Barcelona, 1840.

<sup>169</sup> Ver sobre esto: *El Zurriago*, nº 4, p. 9; F. Garrido, pasaje citado; R. Santillán, varios pasajes, especialmente tomo CXIV, 9ª, conferencia, p. 77; Quintana, *ob. cit.*, Alcalá Galiano, numerosos pasajes; etc., etc.

<sup>170</sup> M. Marliani, *La Regencia...*, p. 25.

<sup>171</sup> M. Marliani, *Ob. cit.*, p. 26.

se atreve a acometer,  
si a mitad se queda,  
su signo es perecer.<sup>172</sup>

- 3) Estas inconsecuencias revolucionarias hicieron imposible la creación de una base que apoyase incondicionalmente todos los logros de la revolución: la entrega de la tierra a los campesinos carentes de ella.
- 4) El respeto exagerado a numerosas instituciones procedentes del régimen absoluto y que acabó por ahogar el débil sistema constitucional.
- 5) La incapacidad para unificar los verdaderos intereses de la misma burguesía: la revolución dejó al margen a los industriales catalanes, con sus desaciertos.
- 6) Hasta las mismas revoluciones tienen leyes; lo que parece paradójico y no se puede impunemente evitar es que recorran las fases correspondientes; y, cuando la excesiva prudencia lleva a querer evitar algunos de los “males” que acompañan a toda revolución, se acaba en la esterilidad, en la contrarrevolución.

Me gustaría terminar con estas palabras de nuestro gran poeta y patriota Manuel Quintana:

«La libertad es para mí un objeto de acción y de instinto y no de argumentos y de doctrina; y, cuando la veo poner en el alambique de la metafísica, me temo al instante que va a convertirse en humo».<sup>173</sup>

«Y no se engañen los españoles: la cuestión primera, la principal, la de si han de ser libres o no, está por resolver todavía. Verdad es que han adquirido algunos derechos políticos, pero estos derechos son muy nuevos y no han echado raíces. Por consiguiente, han de ser atacados sin cesar, y, si no se atiende a su defensa con decisión y constancia, serán al fin miserablemente atropellados. El estado de libertad es un estado de continua vigilancia y frecuentemente de combates. Así sus adversarios, considerando aisladamente la agitación de las pasiones y el conflicto de los partidos que acompañan a la libertad, dicen que no es otra cosa que una arena sangrienta de gladiadores encarnizados. Este espectáculo a la verdad no es agradable: pero hay otro mucho más repugnante todavía, y es el Polifemo en su cueva devorando uno tras otro a los compañeros de Ulises».<sup>174</sup>

---

<sup>172</sup> *El Zurriago*, nº. 66.

<sup>173</sup> Quintana, «Cartas a Lord Holland», *Obras Completas*, BAE, p. 532.

<sup>174</sup> *Ibidem*.



## 7. Textos escogidos de Sanz del Río. Estudio Preliminar<sup>175</sup>

«El esquema que voy a elaborar aquí de la evolución de la sociedad española no es el resultado final del trabajo científico de un historiador; se trata simplemente de una hipótesis fingida para ayudarme a entender la sociedad española del siglo XIX. Comprendo que a muchos científicos les repugne esta forma de trabajar y que la consideren poco correcta, pero yo no siento que esté en contradicción con el desarrollo de la ciencia. Actualmente existe demasiado terror a equivocarse; hasta cierto punto, esta actitud lleva a pensar que se parecen demasiado el terror a equivocarse y el terror a teorizar. En todo caso, es bien sabido que en sana dialéctica el error es un camino que avanza dando un rodeo hacia la verdad, al menos cuando el error queda al descubierto.»

### **Carencia de un estudio crítico de la significación de Sanz del Río (obra educativa, ideas y personalidad) para la historia de la cultura española**

Probablemente el fenómeno más confuso e inexplicado de la historia cultural de nuestro país sea la introducción, difusión y arraigo del krausismo en España. Esta confusión, como no podía menos de suceder, alcanza al factor activo de este proceso, Julián Sanz del Río. Ningún otro pensador, en los últimos 150 años, fue objeto de tan furiosos ataques, pero tampoco ningún otro fue objeto de tanta veneración. Pero aquí surge lo sorprendente: después de haber suscitado tantos y tan furibundos ataques y tan apasionadas defensas, la personalidad y la obra de Sanz del Río nos son completa o casi completamente desconocidas. Su figura y su obra se nos presentan semiocultas por tópicos y anécdotas; todavía carecemos de un estudio crítico y sereno que enjuicie y valore su personalidad y su obra. Sobre Sanz del Río ha pesado un destino tan adverso que, ni por enemigos ni por los más fieles amigos y partidarios, sabemos si era un gran pensador, un hombre honesto y trabajador, un pobre hombre deslumbrado por un sistema filosófico de tercera fila o un gran farsante.

El hecho es grave y acusa más duramente a la actividad intelectual de nuestro país y, más que nadie, a los que se declararon y se consideraron sus más fieles discípulos; pues la obra de Sanz del Río permanece, prácticamente, desconocida; se conocen dos libros que él publicó, algunos artículos y opúsculos, un libro editado por sus testamentarios, algún apunte más y nada más. Muy escasa es la bibliografía a él dedicada. ¿No ha escrito más? Yo sé que ha escrito mucho más; sé que ha dejado una obra manuscrita verdaderamente notable sobre los más diversos temas; tan extensa y tan varia es esta obra inédita que sorprende e impone. Para una consideración y una visión superficiales, esta obra parece haber sufrido el destino de la herencia espiritual del fundador de una secta, pues parece haber estado fuera del

---

<sup>175</sup> Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968, pp. 7-95. La antología incluye tres textos: la Introducción de *La Metafísica Analítica*; el *Discurso de inauguración del curso 1857-58 en la Universidad Central*; y el *Ideal de la Humanidad para la vida*, libro de horas de los krausoinstitucionistas españoles. (N. del E.).

alcance del público. Desgraciadamente no podemos justificarnos con esa excusa. La obra inédita de Sanz del Río ha estado, hasta la Guerra Civil, en el archivo de la Institución Libre de Enseñanza en una copia perfectamente legible, y otra copia de las obras inéditas más importantes fue entregada por voluntad del autor a una importante institución; poseo una lista<sup>176</sup> de los trabajos manuscritos que constituían este legado, pero he de confesar que no ha sido posible encontrarlos: nadie sabe qué ha sido de ellos. Parece como si el hado maligno persiguiera a este, para mí, ilustre, pensador muchos años después de su muerte.

### **El estudio de la interrelación entre Sanz del Río y su medio sociohistórico, una contribución clave a la historia ideológica del pensamiento español**

Me siento obligado a confesar, para mi disculpa, que, en este mi segundo encuentro con Sanz del Río, no tengo espacio ni me siento aún con fuerzas suficientes para hacer un juicio crítico riguroso, valorativo, de su personalidad y de su obra; sacarle del olvido a fin de reparar la injusticia que nuestra incuria, nuestra incultura, ha cometido contra él. Y digo mi segundo encuentro, porque ya he dedicado otro trabajo<sup>177</sup> más extenso, si no a Sanz del Río, sí a los factores socioculturales que hicieron posible el descubrimiento del krausismo, su importación a España y su difusión y arraigo. En este breve trabajo me propongo solamente presentar al lector de estas muestras de la obra de Sanz del Río la figura del pensador sobre el fondo de la variopinta escena española y esbozar ligeramente su labor de investigador, de pensador, de educador, y la ejemplaridad de su vida austera, digna y honesta.

Me siento abrumado porque estoy convencido de que Sanz del Río merecía un estudio más completo y más profundo,<sup>178</sup> pues, como trataré de demostrar más adelante, considero a Sanz del Río el verdadero orientador de la universidad española; el primer propagador y defensor del espíritu científico en España; el hombre que trabajó incansablemente por abrir nuevos horizontes, más universales, al espíritu y a la actividad intelectual de los españoles, encerrados hasta entonces en los estrechos límites de un subproducto verbalista de la escolástica decadente, o constituyendo, durante los últimos años del siglo XVIII y primera mitad del XIX, una subprovincia cultural de Francia.<sup>179</sup>

A fin de conseguir el mayor rigor científico y para facilitar la comprensión del fenómeno ideológico que estudio, empezaré por bosquejar: la situación social de España en que viene a la vida Sanz del Río; el sistema (?) de ideas dominantes en que se formaba a los jóvenes y cómo se correspondía con las

---

<sup>176</sup> Poseo dos listas de los manuscritos de Sanz del Río, que debo a la amabilidad de don Pablo de Azcárate.

<sup>177</sup> *La filosofía krausista en España. (Estudio de las condiciones sociales que hicieron posible su importación, arraigo y difusión)*. Tesis doctoral del autor elaborada bajo la dirección del catedrático don Santiago Montero Díaz y leída en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid el 13 de junio de 1958, obteniendo la calificación de sobresaliente con opción al Premio Extraordinario de la Sección de Filosofía, que le sería otorgado el 15 de diciembre del mismo año. (*N. del E.*).

<sup>178</sup> Para contrarrestar mi mala conciencia me he propuesto dedicar a Sanz del Río un trabajo mucho más extenso para conmemorar el centenario de su muerte. {(Un proyecto que luego abandonaría. (*N. del E.*)}.

<sup>179</sup> Para prevenir posible juicios, muy típicamente españoles, he de afirmar que yo no soy krausista; al hablar así cumplo solamente con mi deber de intelectual, que consiste en esforzarme por explicar la historia ideológica de nuestro pueblo.

necesidades de la “sociedad”; los cambios que se producen en la sociedad española de la primera mitad del siglo XIX y las nuevas necesidades ideológicas; y cómo tanto su personalidad como su labor educativa y la forma y el contenido de sus doctrinas se correspondían con las exigencias ideológicas de la sociedad y con la necesidad insoslayable de abrir nuevos horizontes a la actividad intelectual del país, ante la posibilidad de que por la clase dirigente española se quisiera encauzar a España por la vía del progreso para convertirla en un país moderno y civilizado.

## **7.1. El entramado básico de la sociedad española y el proceso de su constitución**

### **Ensayo de interpretación sociológica de la sociedad española de 1814-1840 y sus exigencias ideológicas a la luz de su origen histórico**

Al intentar hacerme una idea de la organización de la sociedad española de comienzos del siglo XIX comprendo la profunda verdad que encierra el viejo aforismo filosófico que afirma que el conocimiento de un ser implica el conocimiento de cómo llegó a ser lo que es, pues pocas veces he percibido esta verdad con tal evidencia como en este caso. Efectivamente, la sociedad española inmediatamente anterior a la Guerra de Independencia estaba constituida por un entramado de intereses y relaciones cuyo equilibrio era el resultado de un proceso de muchos años. Este argumento me servirá de excusa y de justificación para retroceder unos cuantos años en el tiempo para coger el hilo del desarrollo evolutivo de la sociedad española,<sup>180</sup> pues sin recurrir al pasado creo imposible entender cualquier sociedad, y mucho menos sus exigencias ideológicas.

La sociedad española de comienzos del siglo XIX es el resultado de un siglo de luchas contra una sociedad que había alcanzado un alto grado de fosilización, de inmovilismo: la sociedad “castellana clásica”. Constituye un problema apasionante aclarar cómo se produjo esa estabilidad que, en muchos aspectos, la asemeja a las sociedades basadas en el modo de producción asiático del Oriente. Merece la pena bosquejar en muy breves palabras la formación y el desarrollo de la sociedad “castellana clásica”.<sup>181</sup>

La sociedad “castellana clásica” se constituye condicionada por unos factores generales comunes a todas las sociedades de la Europa occidental y otros peculiares. Entre los primeros está el modo de producción y la organización feudal de la sociedad que son el germen de la contradicción determinante de la época: la lucha encarnizada de los comunes contra los nobles. Pero ese proceso ha estado profundamente influido por los factores externos: la influencia del feudalismo europeo, la del papado y, el factor

---

<sup>180</sup> El esquema que voy a elaborar aquí de la evolución de la sociedad española no es el resultado final del trabajo científico de un historiador; se trata simplemente de una hipótesis fingida para ayudarme a entender la sociedad española del siglo XIX. Comprendo que a muchos científicos les repugne esta forma de trabajar y que la consideren poco correcta, pero yo no siento que esté en contradicción con el desarrollo de la ciencia. Actualmente existe demasiado terror a equivocarse; hasta cierto punto, esta actitud lleva a pensar que se parecen demasiado el terror a equivocarse y el terror a teorizar. En todo caso, es bien sabido que en sana dialéctica el error es un camino que avanza dando un rodeo hacia la verdad, al menos cuando el error queda al descubierto.

<sup>181</sup> Prescindo aquí de los reinos forales de la península: Cataluña, Aragón, Valencia, Navarra, etc.

peculiar, la larga convivencia, interrumpida por guerras esporádicas, con la sociedad musulmana. La España musulmana, hasta finales de la Edad Media, posee una cultura tan claramente superior a la de los reinos cristianos que necesariamente tenía que ejercer una gran influencia sobre éstos, sin que sea óbice alegar que, a pesar de ello, al final éstos la destruyeron. La sociedad musulmana poseía una cultura superior, pero su organización económica y su organización social la encaminaban hacia el inmovilismo, bien patente en los estados musulmanes anteriores a la Segunda Guerra Mundial, e incluso en algunos de hoy. Es verdad que los reinos cristianos, y Castilla sobre todo, acabaron con la sociedad musulmana, pero ésta, en venganza, dejó a los vencedores por herencia uno de sus rasgos que habría de caracterizar a la sociedad “castellana clásica”: el inmovilismo.

Es cierto que este factor iba a operar en terreno apropiado, pues es bien sabido que las grandes guerras de conquista terminan con Fernando III en la primera mitad del siglo XIII; a partir de entonces, se intensifican las luchas de los comunes contra los nobles y las de éstos entre sí o contra la cabeza de todos, el rey. Desde aquel reinado la nobleza tiene la sensación de que carece de función social y deber ser por esto que empieza a hacer ensayos para asegurarse la supervivencia; para “eternizarse”, toma prestada o descubre la institución del mayorazgo, de la vinculación de tierras; al principio en forma de ensayos aislados y más tarde con gran frecuencia, hasta llegar al reconocimiento general y completo de los mayorazgos en las Leyes de Toro de 1505, las leyes más firmes y respetadas que ha habido en España.

#### **Formación de la “sociedad castellana clásica”: derrota de los comunes, institución del mayorazgo y ascenso de la iglesia y de la oligarquía local**

Con las leyes de Toro se regula y sanciona la creación de mayorazgos, cuestión que hasta entonces había estado al arbitrio del rey. A partir de esas leyes cualquiera que posea algunos medios para ello podrá instituir un mayorazgo: vincular unas propiedades y decidir el destino de éstas para siempre. Este derecho había constituido hasta entonces una gracia del rey concedida a algunos nobles pero en el último siglo se había abusado tanto que las cortes creyeron necesario dar una ley sobre la materia, con lo que lo que antes era una concesión graciosa se convirtió en derecho general; por eso, los

“propietarios grandes y cortos, hidalgos y pecheros, traficantes y asentistas enriquecidos, se apresuraron a hacer uso del nuevo derecho, deseosos de transmitir a la posteridad su nombre preclaro».<sup>182</sup>

La institución de los mayorazgos es uno de los factores que más contribuyen a la creación de la sociedad “castellana clásica”; pues, si se piensa que la tierra era el medio básico de producción y se recuerda que una parte muy fundamental estaba ya en manos de la Iglesia y otra en poder la nobleza ya vinculada de hecho («para conservar las familias de la nobleza que daban fuerza y esplendor al trono»), al permitir que cualquier pudiera instituir un mayorazgo en favor de su primogénito, con lo que adquiriría privilegios de hidalguía, fueron muy pocas las tierras que quedaron libres para el tráfico comercial.

---

<sup>182</sup> F. de Cárdenas, *Ensayo sobre la historia de la propiedad territorial en España*, Madrid, 1871, 2 vols., II, p. 135.

Por este proceso, la propiedad de la tierra sin dejar de ser privada acentúa su carácter colectivo; pues las tierras de la Iglesia constituyen una propiedad colectiva inalienable, pero también los mayorazgos -que abarcan prácticamente al resto de la propiedad- son propiedad colectiva (no pertenecen al que los usufructúa, ya que tiene que entregarlos íntegros a su heredero forzoso; y, por tanto, también son inalienables).

Como es bien sabido, la institución de los mayorazgos tiene por finalidad la conservación de la nobleza para que dé esplendor al trono y para que sirva de intermediario entre el monarca y el pueblo; esto es, para mantener y reforzar la organización feudal de la sociedad castellana. El auge y el predominio que alcanza la institución de los mayorazgos significan que una masa importante de la sociedad castellana se inclinaba a la forma feudal de producción y de organización social. Para darse cuenta de la importancia de este cambio irracional en la forma de la propiedad de la tierra, basta pensar en la influencia que en todos los tiempos ha ejercido esta última sobre la vida de los hombres: la propiedad de la tierra era la base de la subsistencia, de la libertad, de la dignidad, y la fuente de todo prestigio social y político. Pero dicho cambio a la vez implicaba una transformación en la concepción y en el sentimiento filial, pues la familia pasaba a ser el medio para el desenvolvimiento del primogénito; los demás hijos quedaban muy al margen de la consideración paterna. Tampoco se debe perder de vista que los cambios en la forma de la propiedad de la tierra afectan profundamente a toda la sociedad, ya que aquella es la base de la organización de ésta.

De lo anterior se deduce necesariamente que la modificación en la forma de la propiedad de la tierra no podía ser un fenómeno aislado; que la tendencia que pone de manifiesto de reavivar, de hacer renacer, y de reforzar la organización feudal tenía que venir acompañada de otras manifestaciones. Efectivamente, constantemente se dan colisiones de intereses entre los nobles y el monarca en contra de los comunes y de sus instituciones más representativas: los concejos y las cortes. Los consejos abiertos desaparecen en las poblaciones más importantes hacia la mitad del siglo XIV, no sin fuerte resistencia del pueblo bajo. El monarca comienza a legislar como si fuera asistido por las cortes, en el siglo XV, acelerándose la decadencia de éstas a finales de ese siglo y en el primer cuarto del siguiente. La guerra de las comunidades contra Carlos I (en realidad, contra los nobles, los altos dignatarios de la Iglesia y el mismo rey), con la derrota de las comunidades, es el golpe de gracia final a las dos instituciones populares. También la Iglesia sufre una transformación: las órdenes religiosas, al alcanzar un completo predominio, luchan contra la autoridad de los obispos (que representan los intereses locales) tomando como justificación la más completa obediencia al Papado; era un proceso natural: el Papa estaba muy lejos, de manera que siempre se podría hacer coincidir sus mandatos con los intereses particulares de cada instituto, mientras que la autoridad de los obispos estaba ahí cerca y celosa de sus atribuciones.

Estas tendencias a hacer renacer, a reinstaurar, las relaciones de producción y sociales feudales coincidieron con el advenimiento al trono de los reinos españoles de un monarca extranjero educado e influido por tradiciones claramente feudales: Carlos I. Además, este rey desconocía completamente las costumbres y los usos dominantes en los reinos españoles y se hizo

acompañar por consejeros imbuidos de la misma ideología; para colmo de males, al ser nombrado emperador y al agudizarse por ello sus tendencias feudales, estalla una guerra claramente antifeudal que le obliga a apoyarse más decididamente en los elementos más profeudales para salvar la corona de los reinos españoles.

### **Bases sociales económicas, políticas e ideológica del nuevo orden feudal y ascenso de éste en los siglos XVI y XVII con la dinastía de los Austrias**

No es difícil advertir que todos estos cambios concurren a un resultado: la restauración de un nuevo orden feudal; se produce un proceso de refeudalización en España. Los efectos se acusan en los tres niveles básicos de la vida del país: en la producción, con la desaparición paulatina del comercio y, por tanto, del artesanado, con el retroceso consiguiente a una economía de subsistencia, autosuficiente; en el nivel político, con la desaparición de los consejos y la degradación de las cortes, la extensión del poder de los señores en el campo y la instauración del poder eclesiástico en las ciudades, cuya expresión fue el poder omnímodo de la Inquisición; y, finalmente, en el ideológico, donde se acusa en el renacimiento de los ideales feudales, en la divulgación y exaltación de la falsa figura del caballero medieval a través de los libros de caballerías y de los romances,<sup>183</sup> en el encumbramiento de la figura del monje, que ocasiona una proliferación fabulosa de las órdenes religiosas y de las vocaciones forzadas de los hermanos y hermanas de los mayorazgos, y en el ideal militar de cruzada contra los infieles y contra los herejes, que hace sentirse a los castellanos el brazo armado de la cristiandad.

Queda todavía un acontecimiento importante que influyó, menos de lo que cabe imaginarse pero en el sentido de un nuevo feudalismo, este feudalismo *sui generis* de los Austrias: el descubrimiento y conquista de América. Mi fingida hipótesis sin una rigurosa fundamentación científica me llevar a pensar que la epopeya de América fue obra de miembros del común que se sentían ahogados en la pesada atmósfera peninsular y que disponían aún de libertad para emprender una aventura por un mundo desconocido, en el que no había señores feudales. América les reservaba muchas sorpresas y, entre ellas, unas culturas que se encontraban en el modo asiático de producción: estaban moviéndose de la organización social parental, tribal, a un orden nuevo. Los españoles (castellanos), que llevaban en su mente el orden semifeudal dominante en su tierra, sustituyeron con gran facilidad a la jerarquía teocrático-administrativa azteca, maya o inca para convertirse ellos mismos en señores. Esto hace pensar que América contribuyó, en cierto grado, a la reanimación del nuevo feudalismo en España, precisamente porque las más adelantadas culturas de allá estaban progresando a través del modo asiático de producción hacia una organización feudal. El descubrimiento y conquista de América ejerció una influencia muy favorable en el desarrollo de las relaciones sociales y la ideología neofeudales porque deslumbra y alucina a los hombres con la esperanza y la ilusión de nuevas conquistas, nuevas aventuras y

---

<sup>183</sup> Este proceso facilitaría una nueva explicación del Quijote, seguramente más plausible que todas las dadas hasta ahora. Cervantes se habría propuesto ridiculizar los libros de caballería, no como mero pasatiempo sino porque reflejaban en el plano ideológico lo que estaba sucediendo en la sociedad: desaparición de las libertades populares; exaltación del caballero en la figura de los soldados más o menos fanfarrones que combatían en Europa y conquistaban América; las insulas baratarias de tantos y tantos Sanchos, escépticos y suspicaces, pero que soñaban con ser señores; etcétera.

grandes riquezas en metales preciosos, oro y plata. Era natural que los hombres de los comunes, que veían a los nobles prepotentes y cada día más poderosos y a los que en la península no les esperaban más que pobreza, humillaciones y miseria de todas clases, se dejaran arrastrar por las fascinantes leyendas que llegaban de América, donde no había nobles ni reyes y sí la posibilidad de descubrir increíbles e inmensos tesoros. Era natural que los hombres libres huyeran de unas tierras llenas de odio, de luchas y de miseria.

Este proceso de reinstauración de las relaciones de producción y de los ideales feudales, como no podía por menos de ocurrir, no puede cumplirse sobre las mismas bases del feudalismo de la Alta Edad Media, del feudalismo clásico; era completamente imposible resucitar ese feudalismo. Pero se dan una serie de hechos, coincidentes en el espacio y en el tiempo, que van a hacer posible una nueva forma de feudalismo. Entre ellos se pueden contar: 1/ las relaciones de los reinos feudales peninsulares con los árabes, porque, aunque fueron más los periodos de paz que los de lucha, el hecho de haber destacado la oposición religiosa como contradicción dominante va a crear la leyenda de la cruzada contra los infieles, alimentada por el espíritu de frontera; 2/ la temprana organización de un reino bastante extenso y poderoso, como el de Castilla, con una nobleza poderosa en el Sur y unos comunes poderosos en el Norte, y en un avanzado estado de centralización gracias a la labor de los procuradores de los comunes en las cortes; 3/ la unión de varios reinos peninsulares bajo una misma corona, Castilla, Aragón, Valencia, Navarra y Cataluña; a los que cabía añadir las conquistas de Italia: estos reinos bajo un solo monarca producían la ilusión de una confederación de reinos, preludio del *Imperio*; 4/ el descubrimiento de América, que acentuaba la idea de imperio universal; 5/ idea que se redondeó con la subida al trono de Castilla, y de los demás reinos españoles, de Carlos I, educado en las tradiciones imperial-feudales y muy pronto coronado Emperador. La acumulación de reinos y las enormes conquistas llevadas a cabo por los españoles bajo Carlos I parecen confirmar el ideal de imperio universal. El hecho de que el Emperador estableciera su corte en Castilla tendía a convertir a ésta en el centro del Imperio, lo que no podía por menos que influir poderosamente en el movimiento ideológico de este país.

En mi opinión, éstos son los fundamentos económicos, sociales e ideológicos del neofeudalismo español. Necesariamente tenía que tratarse de factores muy importantes en la vida de un pueblo si han de dar cuenta y explicar la brillante superestructura cultural de los siglos XVI y XVII, considerados como el período clásico de la cultura española; esto es, el período culminante de nuestra actividad política e intelectual: la época en que nunca se ponía el sol en los dominios españoles; la época de Cervantes, de Lope de Vega y Calderón; la época de los grandes teólogos y canonistas; la época en que los guerreros, los jueces y los eclesiásticos españoles dictaban leyes al mundo.

#### **Hegemonía eclesiástica, crisis económica y formación de un partido anticlesiástico favorable a los Borbones al final del reinado de Carlos II**

En este período, los españoles se sentían el centro del universo, los defensores de la unidad católica, rota por Lutero. La religión, lentamente, se va

convirtiéndose en el aglutinante principal de la sociedad española, en el rasgo fundamental de nuestra nacionalidad; ella era la que caracterizaba toda la producción cultural y toda la actividad intelectual. Era natural: la exaltación religiosa se convierte en el rasgo ideológico central del neofeudalismo. La influencia eclesiástica empieza a imponerse en el reinado de los reyes Católicos, a medida que decaía el prestigio político de la nobleza, para alcanzar la total preponderancia en los reinados de los Austrias del siglo XVII. Éste fue el desenlace de la política de los Austrias al apoyarse sobre la Iglesia, sobre las órdenes religiosas -único poder bien organizado, extendido por todo el país y con influencia real sobre las masas- para destruir el poder de los comunes y de la levantisca nobleza. Los Austrias anulan el poder político de los comunes y el de la nobleza, sin tocar el poder económico de ésta sino, al contrario, aumentándolo -especialmente, el de la nobleza de toga y el de la nobleza provinciana- con la venta de los oficios concejiles; pero, al destruir el núcleo de organización de los comunes y de las cortes, no tienen con qué sustituirlo: sobre todo en las ciudades porque el campo sigue reforzadamente en manos de los nobles. El control de la vida social de las ciudades era difícil para un régimen feudal o neofeudal, pues éste carecía de aparato administrativo; pero lo poseía la Iglesia: por eso se hace cargo de él. La necesidad de controlar la vida de unas ciudades bastante populosas para la época y que habían conseguido, en lucha con los señores feudales, un verdadero autogobierno, exigía un aparato político refinado con verdadera influencia sobre las masas; esto sólo lo podía lograr la Iglesia con sus múltiples organismos y su influencia real desde el púlpito. El aparato real de dirección, de vigilancia y de represión fue la Inquisición; ésta es la verdadera justificación de esta institución.

Fascinados los españoles por tan extraordinarios propósitos colectivos -la conquista de América y su evangelización; la monarquía universal; la defensa del catolicismo contra los infieles, sobre todo contra los turcos; el exterminio de los herejes interiores; la contención de las naciones católicas inconsciente y pecaminosamente aliadas con los infieles y con los protestantes; la restauración de la unidad cristiana; etcétera-, eso les hizo desviarse de los propósitos materiales y mezquinos: las únicas actividades nobles y dignas para un castellano eran el manejo de la espada y el de la cruz, el ideal del hombre mitad monje y mitad soldado; aquél, para conquistar reinos y combatir a los infieles y herejes, y éste, para conquistar almas para Dios y para vigilar y controlar a los tibios cristianos de dentro, que no se desviasen del buen camino.

Decaen la industria y el comercio por ser actividades indignas; y, aunque la tierra no era una actividad del todo indigna, al estar en su gran mayoría vinculada y no poder disponer de las mejoras realizadas en ella se cultiva sólo para satisfacer las propias necesidades; lenta y constantemente disminuyen los productos agrícolas para el mercado; se abandonan las tierras, que se convierten en pastizales; la ganadería sustituye a los cultivos porque aquélla necesita menos mano de obra, es más fácilmente controlable y produce menos quebraderos de cabeza a los nobles o ennoblecidos propietarios. Ante la escasez, el gobierno, totalmente desligado de la realidad y sin comprenderla, da leyes, muchas leyes, que no son obedecidas sino por aquellos desgraciados que no están en el secreto. Las leyes económicas de los siglos XVI y XVII aceleran y acentúan la decadencia del país.



Pero, en tanto los españoles se entusiasman e intoxican con tan elevados fines colectivos y abandonan todas las actividades productivas, en muchos países de Europa, estimulados y casi forzados por el oro y la plata venidos de América a través de España, inician y desarrollan la revolución comercial que iba a crear las condiciones indispensables para llevar a cabo la revolución industrial; esto es, llevan a cabo la transformación más extraordinaria y trascendental de la historia de la humanidad. La expansión comercial permite a algunos pequeños países, como Holanda, acumular muchas más riquezas que todas las que pasaron en muchos años por las manos de los tesoreros del monarca más poderoso del mundo. Por eso, todo el poder de éste se estrelló contra la tenacidad y la resistencia de aquel pequeño país; por eso, la Armada Invencible fue destruida por pequeños barcos muy móviles y bien artillados, que no necesitaron para ello la ayuda de los elementos.

Ante tantos reveses como llovían sobre la monarquía española, agotadas y empeñadas las rentas públicas, sin otras fuentes que los impuestos sobre la fracción más insignificante y empobrecida de la monarquía y los aleatorios galeones de oro y plata venidos de América con el permiso de los piratas ingleses, los españoles se encierran dentro de su orgullo: se encierran efectivamente dentro de su fronteras para evitar todo contagio exterior, que debilite y tuerza sus ideales y sus propósitos antihistóricos.

A medida que se producían desastres y se debilitaba el poder del país, aumentaba la intervención de las organizaciones religiosas en la vida pública, religiosa, ideológica, política y económica; las organizaciones religiosas penetran de tal manera en el aparato político de la monarquía que el irresistible avance de su influencia y poder provoca la reacción de la nobleza, tanto de la de sangre como de la de toga, que se manifestó en la presión que ejercieron sobre el rey Carlos II, que cuajó en el *Informe sobre los abusos y excesos del Santo Oficio*, elaborado por una junta compuesta por individuos de todos los Consejos y elevado al Rey en 1696.<sup>184</sup> Este *Informe* es el más significativo síntoma de que el avasallamiento por los organismos eclesiásticos de la vida total del país había provocado la formación de un verdadero partido que manifestaría su actividad consiguiendo que el rey hiciera testamento a favor de Felipe de Borbón y, de una manera mucho más clara y potente, sosteniendo al nuevo rey y a la nueva dinastía en la Guerra de Sucesión. El triunfo de este partido y de la nueva dinastía es el comienzo de la lucha contra los elementos más representativos del neofeudalismo.

#### **Impulso del Estado y la conciencia nacional frente al Estado, el foralismo y la ideología neofeudal y frente la Iglesia ultramontana en el siglo XVIII**

El siglo XVIII es un siglo de lucha contra el neofeudalismo, lucha que quedó indecisa por la falta total de una burguesía influyente, que aquél ahogó e impidió desarrollarse. Esta lucha tuvo muy varia fortuna: hubo momentos en que parecía que el neofeudalismo estaba destruido, pero en el momento favorable reaparecía con toda su fuerza. El carácter indeciso y radical de esa lucha derivaba de las fuerzas que combatían el feudalismo: una raquítica minoría de comerciantes y un grupo de notables de la nobleza más progresiva.

---

<sup>184</sup> M. Lafuente, *Historia general de España*, Madrid, 1862. Apéndice al tomo IX.

La lucha se orientó según las necesidades del desarrollo de las fuerzas productivas y del nuevo Estado naciente lo requerían; y en ella se pueden distinguir los siguientes momentos: 1/ contra las organizaciones religiosas ultramontanas; 2/ contra el Estado feudal y sus propósitos universalistas; 3/ contra la falta de una organización administrativa responsable; 4/ contra la parcelación del Estado por el foralismo feudal; 5/ contra la ideología neofeudal y sus instrumentos.

1. La lucha contra las organizaciones religiosas ultramontanas (entre las que cabe enumerar: la inquisición, las órdenes religiosas, las universidades, la dataría, etc.). Estas organizaciones estaban muy influidas por Roma o le eran ciegamente obedientes; eran organizaciones políticas o económicas, más que religiosas, pero estaban tan estrechamente unidas a la verdadera organización religiosa del país que todo ataque contra ellas era hábilmente manejado como un ataque contra ésta. Por eso, incluso los reyes se vieron obligados a retroceder en diversas ocasiones: el caso Macanaz es bastante expresivo. El sentimiento nacional naciente prendió en algunos preclaros eclesiásticos, que se convirtieron en ardientes defensores del Estado nacional. Como ejemplos, basta recordar al Padre Feijóo, al Padre Isla, al Padre Burriel, a Pérez Bayer, etc. Un poderoso agente ultramontano lo constituyeron las universidades.

2. La lucha contra el Estado neofeudal y sus propósitos universalistas no fue tan difícil, precisamente por el abandono que el monarca había ido haciendo de sus derechos y prerrogativas en manos de los organismos eclesiásticos, y por la debilidad en que se encontraba a fines del siglo XVII. Sin embargo, la lucha quedó indecisa, porque habían sido en gran parte los mismos funcionarios del Estado neofeudal los que se habían vuelto contra él. Esos funcionarios, los nobles de sangre y los de toga que formaban parte de los altos consejos, las chancillerías, virreynatos, etc., estaban poderosamente influidos por la ideología neofeudal; de manera que apoyaban la constitución de un Estado nacional pero deformándolo en un sentido personalista, que agradaba a los monarcas Borbones.

3. El Estado neofeudal carecía de una administración jerarquizada (centralizada), así como de una administración local y regional, después de la destrucción de los consejos y de la degradación de las cortes. Los antiguos consejos convertidos en ayuntamientos eran feudos de las oligarquías locales o provincianas. No había posibilidad de mejorar la vida de las gentes sin regularizar y sanear la organización municipal. Tanto el Conde de Campomanes como el Conde de Aranda lucharon por reorganizar y sanear los ayuntamientos, pero fracasaron.

4. Otro aspecto de la lucha contra el Estado neofeudal consistió en la destrucción de los estados forales para constituir el Estado nacional: la desaparición de los fueros, la desaparición de las aduanas interiores y la unificación legislativa. Estas medidas, tomadas ya por Felipe V, tuvieron repercusiones muy favorables en la recuperación del país, lo que se puso de manifiesto en el saneamiento de la hacienda y en las obras públicas llevadas a cabo durante la segunda mitad del siglo XVIII.

5. La lucha contra la ideología neofeudal fue extraordinariamente complicada y difícil. En ella hay que distinguir dos frentes: uno negativo, la crítica de los propósitos, valores y principios de la vida cultural neofeudal junto

con la lucha por depurar la vida religiosa de los elementos supersticiosos que la habían invadido y que habían confundido en una confusa mezcolanza los elementos positivos del cristianismo expuestos en los evangelios con formas aberrantes de brujería; y otro positivo, el esfuerzo por configurar unos propósitos e ideales realmente nacionales que constituyeran el contenido de la conciencia nacional que estaba haciendo posible la organización política nacional unificada. Los esfuerzos abnegados de algunos ilustres eclesiásticos por recoger todos los documentos y testimonios que, de alguna manera, contribuían a perfilar la historia de los reinos de España como dotadora de una personalidad única y característica fueron de inestimable valor en la formación de esa conciencia nacional y cristalizaron finalmente en la creación de la Real Academia de la Historia; al mismo fin, contribuyeron las luchas contra el contenido neofeudal de las enseñanzas de las universidades; y, en general, todo el esfuerzo crítico tan característico del siglo XVIII tiene ese sentido de lucha contra el sistema ideológico-cultural del neofeudalismo.

### **Reactivación agrícola, fracaso de la reforma agraria y difusión inicial del sentimiento de la propiedad individual de libre disposición con Carlos III**

Ahora bien, los esfuerzos dirigidos a destruir el Estado neofeudal y su aparato de represión, que había llevado a los reinos españoles a tal estado de postración y a su sustitución por un Estado nacional, tuvieron todavía profundas e importantes repercusiones en la vida económica del país. Me limitaré a mencionar algunas de las más significativas: la desaparición de las aduanas interiores y el plan radial de carreteras reanimaron la agricultura y la industria, hecho que se hizo evidente a mediados del siglo; la anulación de la exclusiva a los puertos de Cádiz y Sevilla del comercio con América y la autorización para traficar con las colonias a los puertos del Norte contribuyó extraordinariamente a la renovación del comercio y sobre todo de la marina, que alcanzó un gran poderío bajo el reinado de Carlos III y Carlos IV; y, finalmente, la anulación de las tasas del pan y de otros alimentos cooperó decisivamente a despertar la agricultura. Esta recuperación se manifiesta claramente en la lucha por la tierra y en la puesta en cultivo de grandes extensiones en las costas de levante, abandonadas durante centenares de años por temor a las constantes incursiones de los piratas berberiscos; y se manifiesta también en las luchas que se entablan para restringir los privilegios de la todopoderosa Mesta, esto es, en la lucha contra los criadores de ganados, que se consideran dueños exclusivos de los pastos.

Pero la manifestación más importante y trascendental de este despertar de la actividad agrícola la constituye la lucha por la tierra. Una verdadera obsesión por la tierra se extiende por toda España e hizo fracasar los intentos de reforma agraria del Conde de Aranda. El ilustre Conde se proponía crear un gran número de agricultores independientes que fueran la base del ejército; para ello, quería que se repartieran a los pobres de cada municipio los baldíos y realengos; otro ensayo con el mismo fin fue la colonización de Sierra Morena. El intento constituyó un fracaso, porque los pobres no tenían representación alguna en los municipios, ya que todos los oficios municipales estaban en manos de las oligarquías locales, que hicieron la reforma agraria en su beneficio, con lo que se reforzó su poder económico y, por tanto, el político.

La reactivación de la agricultura y la lucha por acaparar tierras de la segunda mitad del siglo XVIII coincide con la penetración del sistema de ideas y sentimientos que dominaban entre la burguesía comercial e industrial de los países del Occidente de Europa (Inglaterra, Países Bajos y Francia), que se puede designar con el término liberalismo. En realidad, el núcleo de este sistema de ideas y sentimientos no es otro que “la propiedad privada individual moderna”: el sentimiento individual de disponer libremente de lo propio; el sentimiento de que nadie debe perturbar al propietario en el libre disfrute de lo suyo, sentimiento que había sido reconocido ya como un derecho para toda forma de propiedad -sea mueble o inmueble- en Inglaterra y Holanda y que pronto lo sería en Francia, por la revolución. En España no estaba reconocida esta forma de propiedad y estábamos aún tan lejos de ello que hombres tan preclaros como Aranda y Campomanes permanecían presos de la vieja concepción neofeudal, como lo revelan sus intentos de reforma agraria. Pero se trataba de una aspiración humana tan profunda y prepotente que muy pronto se difundió por todas las clases sociales y se convirtió en un poderoso motor de transformación política.

Es verdad que la aparición y difusión del sentimiento de propiedad libre e individual chocaba demasiado ruda y bruscamente con las formas de propiedad dominantes en el país: la propiedad pseudocolectiva de la Iglesia, que, según la mayoría de los autores, abarcaba una tercera parte de las tierras de labor; la propiedad colectiva, vinculada en el tiempo, de la nobleza y de todos los mayorazgos, que debía abarcar más de otra tercera parte; y la propiedad colectiva de los municipios, las tierras de comunes y de propios. La Iglesia y los municipios no podían convertirse en propietarios individuales; y los nobles, aunque sí consideraban las propiedades recientemente adquiridas como de libre disposición individual, se resistían a desvincular los mayorazgos, que consideraban intangibles, como base de su poder. Como es fácil ver, la mayor parte de la propiedad de la tierra no podía adoptar la forma de propiedad libre e individual sin destruirse como tal propiedad. El problema se agrava si se piensa que en las tierras de la Iglesia, de los hospitales, fundaciones piadosas, órdenes militares, etc., y en las tierras de comunes y propios de los municipios participaban con un derecho de usufructo, o que se acercaba mucho a él, una cuasi propiedad, una masa inmensa de campesinos pobres, colonos, aparceros, etc. Toda modificación de la propiedad tenía que afectar a esas masas de campesinos, como así sucedió cuando se produjeron las distintas desamortizaciones, desde la de Godoy hasta la de 1858.

El proceso de conversión de las formas medievales de propiedad de la tierra en propiedad privada de libre disposición tenía que darse para que la sociedad española rompiera el inmovilismo en que ésta había permanecido centenares de años e iniciara su desarrollo. El cumplimiento de ese proceso era la condición de progreso de la sociedad; por eso, el liberalismo fue la forma política de manifestarse el proceso de privatización. Pero esa privatización de la propiedad de la tierra implicaba la individuación de la propiedad; esto es, la destrucción de la propiedad colectiva o pseudocolectiva: ésta era la condición ineludible del progreso. Aparte de que la propiedad colectiva o pseudocolectiva de la Iglesia, de los mayorazgos, excepto tal vez la municipal, estuvo asociada desde sus orígenes con la servidumbre, si bien a lo largo de los siglos fue

mejorando la posición de los campesinos hasta adquirir una cierta participación en la propiedad, especialmente en las tierras de la Iglesia.

Esta participación de los campesinos pobres, sin tierras, colonos o aparceros, va a constituir un gran obstáculo en el proceso de transformación de la propiedad feudal en propiedad privada (proceso que, por lo demás, es el motor central del progreso de la sociedad española), pues ese proceso de privatización estuvo íntimamente asociado al desarrollo de la revolución liberal y condicionado por él. En las etapas de gobierno liberal, 1810-1814 y 1820-1823, la privatización de la propiedad hizo grandes progresos y, aunque en los períodos reaccionarios retrocediera, nunca se volvía al punto del que había partido; hasta tal extremo el sentimiento de propiedad privada individual se había difundido ya en la sociedad, y era considerado el más ventajoso, que los liberales decían en sus declaraciones que la propiedad privada era un derecho de la naturaleza humana y que estaba implicado en ella.

### **Pseudorrevolución liberal y persistencia del orden neofeudal: cambios en la cúpula del poder y transformación jurídica de la propiedad territorial**

La revolución liberal significaba la liberación de la servidumbre y de todas las humillaciones y pervivencias feudales; venía a hacer la felicidad de la mayoría de los hombres. Pero, paradójicamente, en España no fue así, pues los liberales, al transformar la propiedad feudal en propiedad individual de libre disposición, atacaron únicamente las propiedades de las órdenes militares, de los hospitales y fundaciones piadosas, de los municipios, de las iglesias parroquiales y órdenes religiosas, que fueron vendidas a muy bajos precios -precisamente, porque participaban en ellas miles y miles de campesinos pobres, o se beneficiaban de ellas, como sucedía con las tierras de comunes y propios- a quienes disponían de dinero para pagarlas: ricos propietarios, comerciantes enriquecidos y agiotistas ansiosos de poseer tierras para anular a y rivalizar con la nobleza, trabada por los mayorazgos inalienables. Pero los compradores a bajo precio de esas tierras se consideraron propietarios con toda la plenitud de derechos que les reconocían las leyes; y lo primero que hicieron fue expulsar a los campesinos, que habían vivido generaciones sobre el mismo lote de tierra y del que se consideraban casi propietarios, para recibirlas de nuevo en forma de arrendamiento bajo contrato y bajo el pago de la renta correspondiente. En la venta de los bienes desamortizados,

«los males más inauditos tuvieron lugar; el despilfarro aprovechó a los especuladores, y el gobierno ha visto desaparecer ese inmenso caudal sin que la miseria del país haya tenido alivio alguno, sin que el crédito público haya mejorado en los más mínimo; y los colonos y arrendadores más de una vez habrán recordado la dejadez y el abandono de los frailes para compararlos con la avidez e insaciable codicia de los nuevos propietarios.»<sup>185</sup>

El proceso de privatización de la propiedad afectó a los municipios, a la Iglesia y algunos creen que a los nobles. Examinaré brevemente cómo afectó a estas tres instituciones.

Las propiedades de los municipios desaparecieron sin otras quejas que las de aquellos que nunca son escuchadas, las de los pobres, porque se las repartieron los que mangoneaban la cosa pública, que naturalmente eran los

---

<sup>185</sup> M. Marliani, *La Regencia de D. Baldomero Espartero*, Madrid, 1860, p. 27.

más ricos. Las propiedades vinculadas de la nobleza no sufrieron ninguna merma, porque a lo único que se atrevieron las cortes liberales de 1810-1814 y 1820-1823 fue a dudar de la persistencia de los mayorazgos, sin atreverse a declararlos disueltos, porque eran necesarios para el mantenimiento de una aristocracia que sirviera de mediadora entre la corona y el pueblo: los bienes de la nobleza no sufrieron ningún menoscabo; al contrario, muchos nobles aumentaron sus propiedades: fueron los beneficiados por la desamortización.

Consideración especial merece la propiedad de la Iglesia, por lo mucho que la afectó el proceso de privatización. La propiedad de la Iglesia tenía difícil solución en una época en que la tendencia era “ni un palmo de tierra sin propietario”: sin propietario individual, persona física. La desamortización de las propiedades de la Iglesia comenzó ya en el siglo XVIII con la venta de los bienes de las cofradías, hermandades, beneficencias y obras pías, ordenada por Carlos IV; continuó con diversas vicisitudes en el siglo XIX hasta la desamortización de los bienes de las parroquias y de las órdenes religiosas en 1836, proceso que no terminó, de hecho, hasta el período de 1868-1875. Pero no era tarea fácil apoderarse de los bienes de la Iglesia; pues, siendo una organización jerárquica y fuertemente autoritaria con medios de influir realmente sobre las masas es natural que se resistiese. La eficacia de su resistencia fue mucho mayor precisamente porque la forma en que se realizaba la desamortización afectaba gravemente a los pobres, colonos de sus tierras, cuyos derechos eran lesionados. El hecho de que la Iglesia dispusiera de una extensa e influyente organización y que la desamortización de sus bienes lesionase los derechos de masas de campesinos pobres es la causa que permitió movilizar fuerzas suficientes para provocar una guerra civil que duró siete años y que terminó en un convenio, no en una derrota. Es indudable que el carlismo se sostuvo fundamentalmente por la organización eclesiástica, que actuó en uno y otro campo ejerciendo una influencia sin igual. La motivación religiosa (los ataques a la religión y al clero, el despojo a las iglesias de sus bienes y los ultrajes a los religiosos) fue el fuego sagrado que alentó a los soldados de la tradición y nutrió sus filas.

El hecho de que los carlistas no hubiesen sido destruidos como partido tuvo una enorme importancia en el futuro político del país, pues las fuerzas carlistas se convirtieron en la reserva de la reacción y del absolutismo apenas disimulado que dominó el país hasta 1868, con el leve paréntesis de 1854. El carlismo no era otra cosa que la resistencia de la sociedad neofeudal, que fue capaz de resistir todos los embates y temporales del siglo XVIII, así como resistió a las reformas liberales del siglo XIX a pesar de que éstos tenían un aliado muy poderoso: la privatización de la propiedad de la tierra.

Para comprender esta supervivencia de la sociedad neofeudal hay que recordar que España era un país fundamentalmente agrario, sin industrias y con un comercio insignificante, ya que empezó a desarrollarse con los Borbones. La sociedad neofeudal estaba fundamentalmente arraigada en el campo con la nobleza feudal y las aristocracias locales, que se adueñan de los oficios municipales desde el siglo XVI, y con la organización económico-política eclesiástica en las ciudades. Como ya se ha señalado, los ataques contra la organización eclesiástica ultramontana durante el siglo XVIII fracasaron, ya que la Inquisición sobrevivió a ese siglo, las órdenes religiosas siguieron pujantes, con la sola excepción de la Compañía de Jesús, y sus propiedades intactas así

como su ascendiente sobre las masas; las mismas universidades, en cuanto instrumento del ultramontanismo, continuaron intactas en sus privilegios y en sus propósitos. En cuanto a la nobleza y a las aristocracias locales, sobre todo éstas, salieron reforzadas de los ataques de los ministros de los Borbones, pues ellas fueron las beneficiarias de los intentos de reforma agraria de Aranda. Igualmente les beneficiaron las reformas liberales de la propiedad, pues ellas eran las que seguían manipulando en los ayuntamientos; no se olvide que para tomar parte en la elección de los cargos municipales en los períodos más liberales era necesario ser contribuyente: los pobres ni votaban ni eran elegidos. La desamortización acrecentó el poder de las oligarquías locales y la privatización de la propiedad les permitió ejercer con más libertad su derecho de uso y abuso para con los arrendatarios y aparceros.

Por otra parte, la Iglesia como organización religiosa no sufrió ningún menoscabo en el campo, y siguió siendo la organización más eficaz e influyente; ella fue la que mantuvo vivo e integrado el espíritu de la sociedad neofeudal agraria. Posiblemente, la Iglesia perdió alguna influencia en las grandes ciudades, especialmente sobre las clases bajas, pues eran demasiado pobres; por el contrario, su influencia sobre las familias decentes y acomodadas siguió siendo total y absoluta. La “sociedad” española permaneció incólume ante las conmociones liberales. Balmes ha visto esto muy claro al decir que

«cuando un poder está arraigado en la sociedad no se le destruye con pensamientos ni palabras; es necesario oponerle otros poderes más fuertes que él.»<sup>186</sup>

Este poder radica en la sociedad y está constituido por un agregado de ideas, sentimientos, costumbres, instituciones, intereses materiales; esto es lo que se encuentra en la sociedad con independencia de las leyes políticas y hasta civiles.<sup>187</sup>

Claro que aquí cabe preguntarse ¿qué es lo que cambió entonces en la sociedad española a lo largo del siglo XVIII y de la primera mitad del XIX? Como muy bien dice Balmes, cambió la cúpula del poder; se produjeron cambios en el poder central, en los secretarios o ministerios, en los consejos del rey, en la forma del poder legislativo y en la administración de las grandes ciudades, en las que estuvieron en vigor en algunos momentos las nuevas leyes. En realidad, los Borbones se suceden en el amputado poder que ejercían los últimos Austrias; bien conocido es hasta qué punto éstos eran desobedecidos; no mucho más lo fueron los Borbones a pesar de su pretensión de instaurar el Estado nacional; hasta el mismo Carlos III, en su ensayo de establecer el absolutismo, no fue más afortunado y en su reinado se utilizó la célebre frase: “se obedece, pero no se cumple”. En todos los reinados, lo mismo bajo los Austrias que bajo los Borbones, las reales cédulas reiterando lo ordenado en otra u otras anteriores fueron muy frecuentes. Pues bien, los gobiernos liberales no tuvieron nunca mejor suerte; disponían del mismo poder de que disponían los reyes absolutos (no absolutistas) y lo ejercieron con la misma fortuna. Y los liberales españoles, ni aún en su fase revolucionaria de 1810 a 1823 en que ya se dividen, se atrevieron más que a sustituir la camarilla

---

<sup>186</sup> J. Balmes, *Obras escogidas*, Madrid, 1934, tomo I, pp. 803. 733-734 y 652.

<sup>187</sup> J. Balmes, *Ibidem*, p. 652.

por un consejo y por las cortes, los secretarios de despacho por los ministros responsables y la constitución no escrita -léase, el arbitrio del rey- por la constitución escrita; pero en ningún momento se atrevieron a provocar y llevar a cabo una revolución. Eran tan prudentes que se estremecían sólo con recordar los excesos de la plebe en la revolución francesa. Nadie sabe cuánto influyó este prudente temor en los destinos de nuestro país.

**Absolutismo de facto, imperio de los intereses materiales y reformismo político-ideológico de la minoría democrática tras la guerra civil (1844-68)**

En realidad, a los liberales no les faltaron ocasiones para llevar a cabo la revolución: los mismos absolutistas les brindaron las más extraordinarias ocasiones y una de las mejores fue la insurrección carlista de 1833; pero los liberales, ya muy divididos, tuvieron miedo a la victoria y los absolutistas enmascarados, amparados por María Cristina, consiguieron frenar los ímpetus de los liberales exaltados, alargar la guerra y hacer enormes negocios con los suministros a los ejércitos,<sup>188</sup> en los que al parecer participaba la misma reina regente.

Durante la guerra civil se crean las formas y los modos que van a dominar entre 1843 y 1868: se empieza a poner en práctica el absolutismo apenas disimulado; se inicia el procedimiento de la corrupción y de los intereses materiales, que tan buenos resultados iba a dar más tarde. De la guerra civil sale también el liberalismo herido de muerte, puesto que, al aceptar la constitución de 1837 y la reconciliación de los progresistas y los moderados en 1843, renunció a su programa y a sus fines. Precisamente, por la abdicación que hizo de sus principios el partido progresista en 1837, inicia su vida hacia 1840 el partido demócrata, que durante tantos años iba a incluir las tendencias más democráticas y radicales, republicanas, y en él se va a desarrollar como un ala importante el socialismo utópico. En el partido demócrata se van a encuadrar muchos de los más fervientes krausistas. Precisamente en la revista krausista *La Razón*, entre 1860 y 1863, se discute la separación entre los socialistas utópicos y los demócratas.

Creo que ahora ya se dispone de elementos suficientes de juicio para poder hacer una recapitulación que proporcione una imagen esquemática de la sociedad en la que nació y se formó Julián Sanz del Río, en la que se formó y de la que recibió el entramado básico de su conciencia individual, y cuyos problemas orientaron su pensamiento y le sirvieron de catalizadores para asumir una manera de ver y pensar la realidad.

Desde el final de la Guerra de Independencia hasta el fin de la primera guerra civil, en 1840 (desde el año en que nace Sanz del Río hasta que termina sus estudios universitarios), España era un país fundamentalmente agrario, con una industria incipiente en Cataluña y un comercio realmente raquítrico. Los medios básicos de producción son la agricultura y la ganadería, pero, aunque, debido a la Guerra de Independencia, en el trienio liberal de 1820-23 se han producido algunos cambios, la propiedad de la tierra sigue siendo feudal; entre la nobleza y las organizaciones eclesiásticas acaparan más de los dos tercios de la tierra, y el Honrado Consejo de la Mesta sigue siendo todopoderoso, convirtiendo en ilusión la propiedad privada de los campesinos pequeños y

---

<sup>188</sup> Editorial del *Eco del Comercio*, 7-IV-1829.



medios. La desamortización de los bienes de las organizaciones eclesiásticas sólo comienza en 1836, pero aún tardó muchos años en cumplirse.

Si se toma por base los medios básicos de producción, se tendrá: por un lado, las organizaciones eclesiásticas, con su inmensa riqueza, casi todavía intacta, y su enorme influencia en las clases bajas del campo y en las medias y altas de las ciudades; por otro, la nobleza y los enriquecidos ennoblecidos, con el enorme poder que les proporcionaban sus tierras y su prestigio social (disponían además como medio de opresión del Honrado Consejo de la Mesta, que estaba en sus manos); dependiendo de estas dos clases estaba la inmensa mayoría de los campesinos sin tierra, colonos o aparceros de aquéllas; y también, en relación de dependencia de las organizaciones eclesiásticas, estaban los pequeños campesinos independientes de toda la faja del Norte de España. Esos tres grupos constituyen la sociedad española clásica, la “sociedad” de la que dice Balmes que salió incólume de la revolución liberal. Frente a estas tres clases había un conglomerado formado por los comerciantes y una buena parte de los profesionales, pues otra parte menor, constituida por funcionarios, profesores, estaba enteramente entregada a la reacción absolutista.

De manera que todas las transformaciones liberales habían tenido como base a los comerciantes, los profesionales y una parte de los trabajadores de las ciudades (con justicia, todos los autores reaccionarios afirman que las revueltas liberales eran obra de una minoría insignificante, que los buenos españoles estaban al lado del altar y del trono, de la tradición). Esta minoría que pensaba (o traducía) era la que se movía y encarnaba las tendencias más adelantadas de la época, pero su acción se perdía en el mar de la España agraria y tradicional.

## **7.2. La Universidad en la segunda mitad del siglo XIX**

### **De la Universidad ultramontana, de teólogos y canonistas, al origen de la Universidad propiamente española en la segunda mitad del siglo XIX**

Se han escrito tantos ditirambos, alabanzas y panegíricos sobre la Universidad española y se ha hecho tanta mala retórica que me atemoriza fingir la hipótesis de que nuestro país -puede decirse- no ha tenido Universidad hasta la segunda mitad del siglo XIX. De hecho, no puedo admitir que se llamen universidades españolas a unas instituciones dedicadas fundamentalmente a formar teólogos, canonistas, romanistas y algún que otro médico; me resulta difícil aceptar que se llamen universidades españolas a unos centros en los que no se enseñaba ni lengua española,<sup>189</sup> ni la historia, ni el derecho español y

---

<sup>189</sup> “La lengua castellana se formó por sí sola y a despecho de las aulas que la escarnecían y le cerraban las puertas. Debióselo todo al pueblo que la protegía y pensaba en esto de distinta manera que nuestros doctores; y progresó merced a los esfuerzos particulares y aislados de muchos ingenios que, contra las tendencias de su educación literaria, a su pesar tal vez y sincerándose de hacerlo, la cultivaban, ora instintivamente arrastrados de un pensamiento nacional, ora en desempeño de las obligaciones que su posición social les imponía; mas nada tuvo que agradecer a los encargados de la cultura intelectual y de la enseñanza pública. Al contrario, fueron éstos causa de la lentitud de sus progresos y de su tardanza en

que en pleno siglo XVIII, en el reinado de Carlos III, se atrevieron a perseguir a un profesor porque defendió públicamente el derecho español y el derecho del monarca.

Hubo momentos, antes de la instauración del neofeudalismo, en que las universidades vacilaron entre el servicio a la corona y la sumisión a las organizaciones eclesiásticas, pero con el triunfo de éstas las universidades se entregaron por completo a la influencia extranjera.<sup>190</sup> A partir de la instauración del neofeudalismo las universidades establecidas en los reinos de España se divorcian por completo del país y

«mientras las naciones cultas, ocupadas en las ciencias prácticas determinan la figura del mundo, o descubren en el cielo nuevo luminare para asegurar la navegación, nosotros consumimos nuestro tiempo en vocear las cualidad del ente, o del principio *quod* de la generación del verbo.»<sup>191</sup>

Estas Universidades se habían apartado por completo de las necesidades y problemas del país para ponerse por entero al servicio de la clase dominante; y, como ésta carecía realmente de problemas, dos tendencias,

«dos espíritus se han apoderado... {de las Universidades }...; el uno es el espíritu de partido o escuelas y el otro el escolástico. Con el primero, se han hecho unos cuerpos tiranos de otros; ha avasallado a las universidades reduciéndolas a una vergonzosa esclavitud y adquiriendo cierta prepotencia que ha extinguido la libertad y la emulación. Con el segundo, se han convertido las universidades en establecimientos frívolos e ineptos, pues sólo se han ocupado en cuestiones ridículas, en hipótesis quiméricas y distinciones sutiles, abandonando los sólidos conocimientos de las ciencias prácticas, que son las que ilustran al hombre para invenciones útiles, y despreciando aquel estudio serio de las sublimes, que hace al hombre sincero, moderno y bueno, en vez de que los otros, como fútiles e insustanciales, lo hacen sólo vano y orgulloso...»<sup>192</sup>

Esta descripción pertenece al tercer tercio del siglo XVIII, cuando la actividad entera del país se hallaba en una fase de aparente recuperación; es de imaginar lo que serían las universidades del siglo XVII. Indudablemente habían degenerado en centros de perversión del pensamiento,<sup>193</sup> porque toda la enseñanza se basaba en distingos, equívocos y juegos de palabras.<sup>194</sup> Pero lo más grave es que esta tendencia lo invadió todo, desde los púlpitos a los tribunales y a los hospitales, e incluso contagió al pueblo;<sup>195</sup> pues, bajo la influencia de esa orientación, se enseñaba la jurisprudencia y la medicina que también

---

adquirir formas adecuadas a la índole de los objetos en que había de ejercitarse...” (A. Gil de Zárate, *De la Instrucción Pública en España*, 1855, tomo III, pp. 35-36).

<sup>190</sup> Gil de Zárate, *De la Instrucción Pública en España*, 1855, tomo II, p. 258).

<sup>191</sup> De la Real Cédula de Carlos III para la reorganización de la Universidad de Sevilla, en Pedro de Urquinaona, *España bajo el poder arbitrario de la Congregación Apostólica*, 3ª edición, Madrid, 1835, pp. 94-109; p. 99.

<sup>192</sup> *Ibid.*, 96.

<sup>193</sup> *Ibid.*, 100.

<sup>194</sup> *Ibid.*, 100.

<sup>195</sup> *Ibid.*, 100.

«se ha entregado a una disputa frívola, al raciocinio falso, y se ha hecho ciencia de quimeras, probabilidades y sofismas, poniéndose al mismo nivel que las demás...»<sup>196</sup>

Por todo ello, resulta que se han

«hecho inútiles los estudios de las universidades; que, después de acabados los cursos, ningún estudiante sale filósofo, teólogo, jurisperito ni médico; que cada uno se halla precisado a empezar nueva carrera y nuevo estudio para practicar de algún modo su profesión. Y ¡ojalá que sólo fueran inútiles! Lo peor es que son perjudiciales; porque salen los jóvenes con la razón pervertida, con el gusto viciado y con el juicio acostumbrado a raciocinios falsos.»<sup>197</sup>

Si hiciera falta añadir algo a estas palabras lapidarias de la Real Cédula de Carlos III para la reorganización de la Universidad de Sevilla, bien conocido es el testimonio de Torres Villarroel, por la misma época. Y no se alegue que las universidades habían decaído en este siglo XVIII, justamente cuando la clase dirigente estaba haciendo tantos esfuerzos por arrancar al país de su aislamiento, de su orgullosa vanidad, para enderezarlo por mejores caminos, para recuperar la delantera que le llevaban otros países. Buen testimonio de este interés de la clase dirigente es la creación de la Real Academia de la Lengua, la Real Academia de la Historia, el intento de crear una Academia de las Ciencias, la creación y difusión de las Sociedades Económicas de Amigos del País, la creación de los colegios de Cirugía, del Jardín Botánico, las expediciones científicas a América, etc. No; la clase dirigente sólo abandonó la Universidad cuando se convenció de que era inútil todo esfuerzo para reformarla; eran tantos los vicios que padecía que no podían exterminarse

«sino sacándolos de raíz, refundiendo la forma y el método de los estudios y creando, por decirlo así, de nuevo las universidades y los colegios por principios contrarios a los establecidos.»<sup>198</sup>

Así son las “universidades españolas” a comienzos del siglo XIX: supervivencias fantásticas del neofeudalismo. Un buen ejemplo de que, en 1836, seguían dominadas por el mismo espíritu, es la siguiente enumeración de los catedráticos que enseñaban en la Universidad de Valladolid: 11 catedráticos de teología; 5 de leyes; 4 de cánones; 5 de medicina; ninguno de matemáticas. El estado de las universidades desde la Guerra de la Independencia se caracterizaba por el mayor desorden, la anarquía y el abandono.<sup>199</sup> Por mucho que se acuse a Gil de Zárate y a José de la Revilla de copiar el sistema universitario francés, el plan de 1845 señala los comienzos de la Universidad española, aunque en realidad hasta mediados de la década de los 60 no empezaría a dar sus frutos.

Desgraciadamente, nuestros males no se limitaban a la Universidad; carecíamos de segunda enseñanza, como carecíamos de enseñanza primaria. Los jóvenes que quisieran acceder a la Universidad tenían que aprender latín con un dómine o en un seminario y pasar por una universidad menor. La preparación para la Universidad se reducía a aprender latín y nociones de escolástica; éste era todo el bagaje exigido. Ya dentro del siglo XIX, se

---

<sup>196</sup> *Ibid.*, 101.

<sup>197</sup> *Ibid.*, 101.

<sup>198</sup> *Ibid.*, 95.

<sup>199</sup> *El Eco del Comercio*, 7-1-1836.

pusieron tan de moda en Madrid los colegios regidos por religiosos, que llegaron a alarmar a los liberales que veían en ellos un peligro para los nuevos centros de segunda enseñanza que empezaban a ensayarse en el país.

Como dice Gil de Zárate,

«la cuestión de la enseñanza es cuestión de poder: el que enseña, domina, puesto que enseñar es formar hombres, y hombres amoldados a las miras del que los adoctrina...»<sup>200</sup>

Por eso cada sociedad tiene la enseñanza que quiere y cree que le conviene.

### **7.3. Ideologías y problemas en la España de 1814 a 1840**

#### **Lógica ideológica de la sociedad y control eclesiástico de los medios de adoctrinamiento de la minoría intelectual al servicio de la clase dominante**

Sobre la formación de un individuo opera decisivamente el sistema de ideas que la clase dominante hace inculcar a todos los miembros de la sociedad a través de todos sus medios de adoctrinamiento: los centros de enseñanza, la prensa, etc. Este sistema de ideas o ideología está constituido por una concepción general del mundo y un conjunto de respuestas. Con la primera, la clase dominante pretende que los individuos vean la realidad tal y como ella quiere que la vean; y, con el segundo, pretende que los individuos respondan a los estímulos y problemas procedentes de la realidad pero, cribados por la concepción del mundo de manera coherente con la organización social existente, para que ésta no se vea perturbada.

Naturalmente, uno de los medios más utilizados de adoctrinamiento en los últimos siglos ha sido la enseñanza en sus diferentes niveles. La clase dominante domina la enseñanza a través de la selección de los maestros y del profesorado. En una época como la que aquí se estudia el adoctrinamiento a través de la enseñanza era mucho más importante que hoy día, debido a que los medios de adoctrinamiento eran más limitados y escasos en número. La prensa sólo era eficaz en un escasísimo número de personas cultas, capaces de dominar la expresión escrita, pues la inmensa mayoría de la población era iletrada. En nuestro país la escasa influencia de la prensa data de los años de la primera guerra civil.

Pero, justamente porque eran escasos y cortos de audiencia los medios más controlables, la clase dominante poseía mucho empeño en el buen adoctrinamiento de las minorías con formación intelectual; para conseguirlo ejercía una abierta influencia sobre todos los niveles de enseñanza. A esto se debía el hecho de que todo joven que quisiese seguir una carrera universitaria cayera necesariamente bajo la influencia de alguna de las organizaciones eclesiásticas o de algún individuo perteneciente a ellas; pues la clase dominante en el país tenía la máxima confianza en las organizaciones eclesiásticas, sobre todo porque éstas constituían el factor ordenador e integrador de aquélla. No es extraño que ocurriera así, toda vez que las organizaciones eclesiásticas eran el elemento más característicamente

---

<sup>200</sup> Gil de Zárate, *De la Instrucción Pública en España*, 1855, 3 vols, vol. I, p. 117.

neofeudal, el que concurrió con preferencia a dar carácter a la época; bien se advierte esto en que los innovadores del siglo XVIII dirigieron con preferencia sus ataques contra tales organizaciones y hasta se propusieron destruir la que parecía la vanguardia de todas ellas y el portavoz más cualificado del neofeudalismo. Con esto no se quiere decir otra cosa que, incluso durante el primer tercio del siglo XIX, la enseñanza seguía toda ella en manos de las organizaciones eclesiásticas.

### **Trastornos sociales y políticos y cambios en las conciencias de la minoría crítica, abierta a las ideologías de los países europeos más avanzados**

Lo sorprendente es que, estando la enseñanza prácticamente en manos de las organizaciones eclesiásticas, fuera posible el surgimiento de un número tan elevado de hombres con formación académica representando toda la gama de ideologías más avanzadas de la época. Resulta difícil comprender cómo jóvenes pertenecientes, la mayoría de ellos, a la clase dominante, educados según los métodos más reaccionarios y en la ideología más directamente ligada al neofeudalismo, fueran capaces de romper con todos los condicionamientos y convencionalismos inculcados y abrirse a las ideas más progresivas. Esta ruptura de muchos jóvenes con su formación previa implicaba, seguramente, cambios bruscos en la organización de las conciencias, enfrentadas con problemas sociales verdaderamente graves.

En realidad, si se analiza la organización de la sociedad, los problemas más acuciantes y la ideología preferida por la clase dominante que tenía que dar cuenta de aquélla y de éstos, ya no resultaría tan extraño este fenómeno. Basta recordar que la ideología dominante derivaba directamente de la ideología elaborada en el período ascendente del neofeudalismo, por lo que se correspondía con una sociedad relativamente simple. Pero esa sociedad fue intensamente atacada durante todo el siglo XVIII y vio desarrollarse a su lado una clase comercial que, aunque corta en número, ejercía una gran influencia sobre el poder del Estado por su poder monetario. Por otra parte, la sociedad feudal, ya desde comienzos del siglo XVIII, perdió su aislamiento para entrar en contacto con la cultura francesa, en rápido progreso; esta apertura al exterior se intensifica con los exiliados del período revolucionario -aristócratas y clérigos- y, de una manera más general, durante la Guerra de Independencia y durante la expedición francesa que en nombre de la Santa Alianza vino a restaurar a Fernando VII en el trono. Especialmente en este último caso, la clase dominante se dio cuenta de que necesitaba del apoyo de la reacción exterior para combatir a la minoría activa y revolucionaria del interior.

La Guerra de Independencia conmovió profundamente a la sociedad española en varios sentidos: primero, por la larga estancia de los soldados y oficiales franceses extendidos por toda España; segundo, por la larga permanencia de soldados y oficiales españoles prisioneros en Francia; tercero, por la dislocación, la desorganización, que la ocupación francesa y la resistencia española produjeron en la administración y en el gobierno político de la nación, con la sustitución de organismos seculares por organismos populares; cuarto, por la entrada en el ejército de muchos oficiales y jefes que se destacaron en la lucha de guerrillas; y, quinto, por la movilización de masas de jóvenes campesinos que durante años abandonaron el inmovilismo y la rutinaria vida de sus aldeas.

Los efectos de todas esas acciones confluyen en un resultado común: intensificar el descrédito de la clase dirigente, perderle el respeto y la consideración carismática que se le tenía. Esto significa la quiebra de los lazos consagrados por el tiempo dominantes en la sociedad agraria neofeudal; significaba la indisciplina social, la ruptura del viejo orden social. Constituía a la vez una quiebra de las costumbres en cuanto factor de regulación social. No era una liberación todavía: la vieja sociedad conservaba el poder económico. Pero era algo que armonizaba profundamente tanto con las tendencias innovadoras propugnadas por los hombres más ilustres del siglo XVIII, y para lo que habían creado un vigoroso movimiento organizado bajo el nombre de Sociedades Económicas de Amigos del País, como con la orientación político-social de los países más adelantados. Aunque daba la impresión de que la sociedad agraria continuaba inquebrantable en su línea, los campesinos pobres de la mitad Sur de España se dieron cuenta de que la organización tradicional empezaba a fallar, pues al acabar la primera guerra civil empezaron a manifestar su descontento: querían tierra. La burguesía fue la primera en poner en duda el derecho de propiedad medieval con las desamortizaciones.

Aparentemente aparte, pero coincidiendo con ese proceso de liberalización, se da el proceso más decisivo y fundamental de la época: la privatización de la propiedad, el desarrollo de la propiedad privada hasta adquirir reconocimiento legal. Este proceso se extendía irresistiblemente; entonces se decía que armonizaba con la naturaleza humana, con los derechos del hombre; y la vieja sociedad neofeudal era incapaz de asimilar ese impulso. Precisamente por la intensidad con que se difundía ese proceso de privatización, y por las exigencias jurídicas que planteaba, fue este último una de las cuestiones que chocó más directa e irresistiblemente con aquélla. Tal fue su intensidad que hasta el mismo régimen absoluto de Fernando VII se vio obligado a adoptar una posición conciliadora, lo que motivó la primera insurrección de elementos de la sociedad neofeudal incapaces de adaptarse y en contradicción flagrante con el proceso de privatización de la propiedad.

Otro hecho importante que vino a romper la tranquilidad de la sociedad agraria neofeudal fue el crecimiento de la producción agrícola: mientras en 1800 el país era deficitario en cereales panificables -la base de la alimentación de la población-, en 1833 el país ya disponía de excedentes, pues la producción casi se había duplicado, lo mismo que la superficie cultivada, que pasó de 5,8 millones de Has. en 1797 a 10,2 millones en 1833. Y, a tenor del aumento de la producción de cereales, aumentó la producción de todos los principales artículos agrícolas.

A pesar de los trastornos interiores, también creció notablemente la población ocupada en el comercio y en la industria; pues, si el comercio había iniciado su desarrollo logrando un volumen cada año superior de negocios, la industria había empezado a marchar con paso seguro y en sentido realmente progresivo; si a finales del siglo XVIII Galicia era una región importante en producción industrial, ésta era totalmente artesana; hacia 1840, en cambio, la región más industrial y adelantada era Cataluña, pero basada ya en la mecanización.

Naturalmente, los cambios sociales alcanzaron distinta intensidad en las distintas regiones de España; pero su mayor variación se advierte en el contraste entre la población rural, que permaneció casi estacionaria, y la

población de las ciudades, más permeable a las influencias innovadoras y con mayor acceso a los nuevos vehículos de estimulación al cambio: la prensa, los partidos políticos, el teatro, etc. Estos cambios se reflejan fielmente en la literatura y en el teatro de la época: basta leer algunas críticas de Larra; en ellas se señalan las profundas modificaciones producidas en la sociedad burguesa española. Particularmente, la familia fue muy afectada por el cambio. A finales del siglo XVIII y tal y como se refleja en el teatro de Moratín, el padre y la madre ejercían una autoridad absolutamente indiscutida y el trato que recibían era completamente patriarcalista; se les hablaba de señor padre y señora madre y sus manos eran más besadas que reliquias de santo. Frente a ese tipo de familia está la familia burguesa de los años 30, en la que los hijos tratan a los padres de tú y la disciplina se halla bastante relajada, ya que cada uno obra a su manera. Estos cambios aparecen fielmente reflejados en los escritos de Mesonero Romanos, Larra y Antonio Flores.

### **Cambios sociales, quiebra de los factores de organización y control político tradicionales y exigencias populares de orden y administración**

Los factores de organización y control de la sociedad agraria, inclinada a la autosuficiencia, no podían integrar los procesos de cambio social ni la expansión de las fuerzas productivas, ni hacer frente a las nuevas necesidades administrativas. Especialmente la burguesía naciente, tanto del campo como de la ciudad, se encontraba maniatada y constreñida social e ideológicamente y, sobre todo, indefensa en sus esfuerzos por liberarse de las formas medievales de propiedad. Tampoco la sociedad nacida para la explotación de una mano de obra semiservil, o para explotar mediante tributos gravemente onerosos -entre los que merece citarse el diezmo- a una clase de campesinos libres, podía disponer de ni crear mecanismos políticos y administrativos para regular la vida en expansión de las ciudades, precisamente allí donde los cambios se habían producido con más violencia y profundidad. Como ya se ha dicho, tampoco esa sociedad disponía de una concepción del mundo capaz de enmascarar los estímulos procedentes de la realidad ni de un sistema de respuestas apto para integrar la conducta de los individuos coherentemente con el entramado social.

La vieja sociedad utilizaba unos mecanismos demasiado burdos, demasiado desnudos, ya que constantemente ponían de manifiesto su esencia violenta y aterrorizadora; por ejemplo, los periódicos de la época (1833-1836) se lamentan de que se ahorque y se descuartice a reos por delitos insignificantes. Y ello se debía a que esa sociedad, ante la pérdida de prestigio que estaba sufriendo y la subversión contra sus viejos principios y anacrónicos valores, no podía responder nada más que con la violencia y el terror. Además, la clase dirigente notaba tan abiertamente el desfase en que se encontraba frente al desarrollo de las fuerzas productivas que veía con claridad que no volvería a tener ocasión de regir la sociedad; aunque estaba en el poder, estaba ya condenada y al margen de la historia.

Naturalmente, esta incapacidad de la clase dirigente para dar cuenta de los hechos e integrarlos se había agravado extraordinariamente por las situaciones de completo desorden y de violencia que habían caído sobre el país. Primero, la Guerra de Independencia, con todas las secuelas que dejó; después, la serie ininterrumpida de sublevaciones ocurridas durante la

restauración de Fernando VII en sus derechos absolutos hasta que triunfó la de Riego, en 1820; luego, el trienio liberal, que fue una guerra civil no sistemática, larvada; después, la intervención francesa para reponer de nuevo a Fernando VII en sus derechos; y, finalmente, una guerra civil de emboscadas y de aterrorización de la población: pues, tan pronto como los liberales entraban en una pequeña población, la obligaban a pagar un tributo extraordinario o le requisaban alimentos y animales e incluso fusilaban a las personas de tendencias adversas; y, cuando entraban los carlistas, hacían lo mismo o más refinadamente sólo que a sus contrarios. Las calamidades de una guerra civil tan atroz fueron enormes; y los pueblos anhelaban acabar con tanta destrucción y tanta matanza. Pero los combatientes se habían vuelto insensibles, sobre todo los carlistas, que se imaginaban que luchaban por una causa santa, querida por Dios, para acabar con la herejía liberal: el respaldo de las organizaciones eclesiásticas les otorgaba una situación de privilegio, que se manifestaba en una ferocidad sistemática y fanática; y, de hecho, no podían hacer otra cosa que darse por vencidos o utilizar todos los medios a su alcance para impedirlo.

La guerra civil se prolongaba absurdamente y las gentes no entendían por qué continuaban las matanzas. Los lamentos de los pueblos eran angustiosos ante la continua destrucción de vidas y haciendas. Y, aunque en las ciudades había mayor orden y seguridad, no dejaban de llegar a ellas salpicaduras de sangre derramada. Pero no se veía una posibilidad clara de paz y de sosiego. La lucha que se llevaba a cabo en los pueblos, en los campos y en las montañas estaba doblada por otra en las grandes ciudades y en los mismos órganos de gobierno, entre las tres o cuatro facciones más importantes: los absolutistas netos, los moderados (absolutistas vergonzantes), los progresistas y los ¡anarquistas!, probablemente los progresistas más exaltados. Estas facciones estaban en lucha constante por el poder y la confianza de la reina gobernadora.

El Palacio era otro foco grave de agitación, puesto que la reina estaba rodeada de personas de lo más reaccionario, que influían en ella tenazmente. De hecho, eran las personas que rodeaban a la reina -la camarilla- las que decidían la composición y orientación del gobierno. El poder de la camarilla de Palacio era enorme, no sólo en el reinado de la Reina Gobernadora sino también en el de Isabel II. Conviene notar que, desde la subida al gobierno al poder de los moderados en 1844, prácticamente no cayó ningún gobierno por una votación del Congreso; cayeron todos porque la reina les retiraba la confianza; y hubo gobierno que se formó sólo para hacer aprobar algún decreto o ley en favor de la reina -que tenía sus propios negocios- o de alguien de Palacio.

### **Protagonismo político, asimilación de las nuevas ideologías europeas y pasión propagandística y pedagógica de la minoría intelectual burguesa**

En esas condiciones sociales y políticas, naturalmente, no existía una administración responsable; por todas partes dominaba la arbitrariedad y el capricho. Se daba el caso -y en la prensa se encuentran denuncias- de que algunos señores (nobles) seguían nombrando a las autoridades de los pueblos como si todavía tuvieran derechos de jurisdicción, y continuaban obrando como si estuvieran en los mejores tiempos del régimen neofeudal. No existían leyes,



porque había tal multitud de ellas que hacía imposible que la ley tuviese autoridad. Por eso, los derechos eran puramente teóricos y subjetivos; los derechos básicos, que constituían la esencia del liberalismo y a la vez de la democracia -derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad- eran imaginarios en España. La burguesía de las ciudades percibía claramente que no había un gobierno fuerte y justo que contara con la mayoría del pueblo y que acabase con los abusos tan comunes y corrientes en España; se encontraba indefensa en su vida y en sus haciendas. Familiarizada e influida por la forma de propiedad dominante en el comercio y en la industria, y conocedora de las condiciones legales de Francia e Inglaterra porque muchos de sus miembros pasaron años en el exilio y por las relaciones comerciales, consideraba irracional, arbitraria y contraria a la naturaleza humana la situación legal de España y sentía que era justo luchar por el establecimiento de un orden legal nacional y conforme a los derechos de la naturaleza humana; pero también sentía su debilidad: se daba cuenta de que era un grupo minoritario en medio de un país bien avenido con el orden agrario neofeudal.

La burguesía naciente e incluso algunos miembros de la nobleza habían roto completamente con la ideología neofeudal y habían asimilado, con algunas variantes, las ideologías dominantes en los medios burgueses de los países más adelantados, Francia e Inglaterra. Naturalmente, consideraban la situación de España a la luz de esas nuevas ideologías, que destacaban más y ponían de relieve las zonas oscuras y los rasgos anacrónicos del antiguo orden social. Si se une la posesión de una ideología más desarrollada y elaborada a un orden social anacrónico y arbitrario y al propio sentimiento de impotencia por constituir una minoría insignificante (pues en ningún momento fue capaz de arrastrar a las masas campesinas, “hundidas en la superstición más grosera”), entonces no nos parecerán tan extraños los esfuerzos frenéticos de los liberales a través de la prensa, de los libros e incluso del teatro, dirigidos a crear un ambiente de liberalización, de reconocimiento legal de la propiedad libre e independiente y de la libertad de adoctrinamiento de las masas. Los liberales estaban convencidos de que representaban el interés de la mayoría y a la razón, a la naturaleza humana; por eso llegaron a acaparar la mayoría de las publicaciones, periódicas y no periódicas.

La burguesía, no sólo la española, estaba dominada por la pasión de la propaganda ideológica precisamente porque la clase que tenía enfrente se basaba en la fuerza, en la violencia, en la costumbre y en la superstición - en lo irracional, elevado a categoría histórica-; por eso apelaba a la razón y a la naturaleza humana. Naturalmente, las condiciones en España eran aún más extremadas; pero, precisamente por ello y por su conciencia de la propia impotencia, los liberales españoles estaban dominados por un afán propagandístico y pedagógico, pues pensaban hacer en las conciencias la revolución que no eran capaces de llevar a cabo en la realidad social.

Además, desde la instauración de los Borbones, España se había convertido en una provincia cultural francesa; al menos, la burguesía naciente. Ahora bien, en Francia el liberalismo se realizó con la revolución y la burguesía subió al poder. Después de las guerras napoleónicas viene la restauración de la monarquía, con un período de reacción que termina con la revolución de julio de 1830 y la monarquía de Luis Felipe; pero, entretanto, el proletariado había hecho acto de presencia y había mostrado su empuje, y frente a él la burguesía

revolucionaria se hace conservadora y se reconcilia con los restos de la aristocracia. Ese proceso político de la burguesía tiene su reflejo en su ideología, en su filosofía, que, de radical e intransigente, se convierte en conciliadora, al acoger en sí las tendencias de las filosofías prerrevolucionarias y antirrevolucionarias; aparece, en filosofía, el eclecticismo, que en política es el doctrinarismo.

### **Del eclecticismo y el doctrinarismo de moderados y progresistas a las facciones democrático-radical y socialista-utópica del partido demócrata**

La burguesía española siguió de cerca ese proceso político e ideológico; pero, a pesar de que en España aún no se había hecho la revolución, una buena parte de los liberales más tibios, los moderados, acogieron con fervor el eclecticismo y el doctrinarismo, que se convirtieron en la ideología de los moderados. Como ya se ha dicho, los progresistas renunciaron a sus objetivos políticos después de su momentáneo triunfo en 1836, como lo demostraron al aprobar la constitución de 1837. De hecho, conciliadores también, se acogen igualmente al eclecticismo y al doctrinarismo. Y, ante esta abdicación de sus principios, los progresistas más exaltados empiezan a echar las bases de un nuevo partido, el democrático; y ya se sabe cómo se perfilan en él dos grupos: el democrático burgués y el socialista utópico.

A este grupo que va a constituir el partido democrático se le plantea el problema de satisfacer sus necesidades ideológicas, que pronto se encontrarán que son de dos clases: una ideología radical, puesto que todavía no se ha hecho la revolución, pero auténticamente burguesa, que satisfaga las necesidades del desarrollo peculiar del país; y una ideología socialista y democrática, que descubren pronto en los continuadores de Saint-Simon y Fourier. Pero ¿a dónde van a recurrir los demócratas del primer grupo en busca de una base ideológica que satisficiera sus exigencias?

Es probable que exiliados liberales en Francia entre la revolución de julio de 1830 y el regreso a España a comienzos de 1834 hubiesen tenido noticia del gran florecimiento de la filosofía alemana y de la cultura alemana en general. Y hasta es posible que hubiesen oído a H. Ahrens, que dio conferencias en París después de la revolución de julio y durante algún tiempo, y así hubiesen entrado en conocimiento del krausismo. El hecho es que, a partir de los años de 1837 a 1840 en adelante, se empieza a escribir en la revistas de Madrid de la gran cultura alemana y se empieza a hablar de su influencia sobre algunos libros o autores. También por esos años, se comienza a estudiar la lengua alemana, hecho verdaderamente importante, porque, sin un verdadero conocimiento de la misma, es imposible la asimilación de la cultura alemana. Es curioso que por estos años, en 1844, se publicase una importante gramática alemana<sup>201</sup> en la que se dice que, a pesar de

---

<sup>201</sup> «Nadie desconoce en el día la importancia del estudio de las lenguas extranjeras, y todos están convencidos de que, si un pueblo no quiere retroceder en su ilustración, debe aprovecharse de las producciones intelectuales escritas en otros idiomas para aumentar su caudal científico y literario. Tampoco será menester detenerse a ponderar las excelencias de la literatura alemana, cuando los pocos rayos de su brillante luz que han penetrado en la Península, aunque debilitados al pasar por el vecino reino, han bastado para que se mire entre nosotros con alguna estimación. Sin embargo, mientras esta literatura se propaga asombrosamente con el estudio de su lengua por Francia, Inglaterra, Rusia y la América del Norte, mientras que sus sublimes teorías en administración y en política y sus profundos pensamientos, envueltos en las bellas formas de la poesía, se han acogido con aplauso unánime en tantos

«todo el cuidado y diligencia que he empleado en la composición de esta gramática, no me hubiera sido posible llevarla al estado en que ahora sale a la luz sin los consejos y auxilio de mis amigos don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Julián Sanz del Río y don Cayetano Rosell, que con la mayor amabilidad se han prestado a trabajos ímprobos para completar la obra y expulgarla de los muchos defectos que padecía.»<sup>202</sup>

En realidad, los demócratas de 1840 ya no podían conformarse con la ideología liberal que se difundió por el país en el período más puro del liberalismo, de 1810 a 1823. La ideología de esta época era demasiado simplista y radical; sus principios estaban demasiado condicionados por la negación del orden feudal en sus formas más representativas: la inquisición, los gremios, los abusivos derechos de la Mesta, el dominio jurisdiccional de los nobles, etc. Por ejemplo, la ideología y la teoría política de esta primera etapa eran completamente hostiles a toda forma de asociación intermedia entre el individuo y el Estado. En el régimen liberal no cabían las asociaciones y este principio lo cumplieron los liberales hasta contra sí mismos; pues, si hubiesen legalizado y apoyado a las sociedades patrióticas en el período de 1820-23, es posible que el gobierno liberal se hubiese afianzado; pero no les cabía en la cabeza el derecho de asociación.

También la ideología de esa primera etapa era un conglomerado algo confuso, pues habían recogido algunos principios de la ideología de los innovadores del período de Carlos III, que aparecen bien claros en algunos autores de gran nombradía e influencia: Martínez Marina, Florez Estrada y otros. No había unidad de criterio respecto a la necesidad de la transformación de la propiedad medieval en propiedad privada individual de libre disposición; pesaba aún demasiado el intento de los condes de Aranda y Campomanes, inspirados en la mejor tradición castellana de ordenar la propiedad de la tierra de acuerdo con las necesidades políticas y sociales sin respeto a la libre iniciativa de los individuos. Aunque la ideología de estos innovadores era progresiva, aparecía tan a destiempo que no pudo resistir el avasallador empuje de la ideología liberal procedente de Francia e Inglaterra, que estaban ya en pleno desarrollo industrial.

Otro hecho importante en que se diferencia la situación de 1840 de la del primer período citado es el primado en éste de la política y la ideología mientras que en aquél tiene el primado el derecho, la ciencia de la legislación y la administración, conforme a los cambios que se habían producido en el país y a sus exigencias. Este cambio del interés intelectual, provocado, naturalmente, por cambios en la realidad, implicaba una actitud intelectual nueva: la insistencia en el rigor de la exposición y de los razonamientos y en la coherencia sistemática y lógica, en el rigor científico; por lo demás, esto estaba muy de acuerdo con el enorme desarrollo que estaba alcanzando la ciencia en los países en fase de industrialización y su decisiva influencia sobre la producción.

---

y tan diferentes pueblos, no gozan en España de la misma predilección. Aclarar las sombras que oscurecen esta misma literatura, dar con esta gramática la llave para abrir el depósito de los tesoros que encierra y hacer propiedad también de los españoles lo que han adquirido tantos con imponderable utilidad propia, me ha parecido siempre, si bien empresa superior a mis fuerzas, obsequio digno de un pueblo que tanto se afana en conquistar las riquezas del saber.» (Julio Kühn, *Gramática alemana*, Madrid, 1844, pp. V-VI.

<sup>202</sup> Julio Kühn, *Ob. cit.*, p. VII.

Sin embargo, el hecho más importante para España era salir de su secular aislamiento. Efectivamente, España había empezado a romper el aislamiento en que la había encerrado el neofeudalismo a comienzos del siglo XVIII, cuando un Borbón sube al trono de Castilla; pero la apertura se había reducido a Francia, a imitar lo francés, hasta convertirse en una provincia de la cultura francesa; esta apertura no era suficiente. El atraso español se había acentuado demasiado, pues

«desde el tiempo de Felipe II, han adelantado sus intereses todas las potencias vecinas y nosotros nos hemos quedado atrás...»

«Según el ardor con que se aplican otras naciones, es probable que dentro de medio siglo harán grandes progresos en todo género de establecimientos útiles; y, si durante ese tiempo continúa la inacción en España, es indudable también que entonces no pesará la mitad que pesa ahora en la balanza de las potencias de Europa; y así podemos hacer la cuenta de que cada diez años que pasan sin adelantar sus intereses es como si hubiera perdido una de las más ricas de sus provincias.»<sup>203</sup>

La inacción de España continuó, mientras las demás naciones siguieron progresando a una velocidad acelerada; el desfase se fue haciendo cada vez mayor, de manera que se planteaba con mayor vigor la exigencia de una apertura y de cambios más radicales si el país quería colmar ese enorme atraso. Pero la clase dominante se resistía al cambio y se sentía satisfecha con las migajas externas de la cultura francesa: los libros de devoción, las pelucas y las modas de vestir. Para sacar al país de su inmovilismo, no sólo se necesitaban cambios sino que era preciso conectar con las tendencias más progresistas de la cultura, pues era absolutamente indispensable un nuevo contenido para el alma, la conciencia española, que se había fosilizado y esterilizado dando vueltas sobre sí misma.

Se puede resumir la situación ideológica del país y a la vez señalar cuáles eran los problemas que más preocupaban a la burguesía: en primer lugar, estaba la búsqueda y el establecimiento de un orden jurídico, esto es, de un poder político que garantizase por medio de las leyes el derecho a la vida, el derecho a la libertad, el derecho a la propiedad como condición de la vida y la libertad -como propiedad privada- y el derecho a buscar la felicidad en asociación con otros individuos. Las gentes anhelaban tranquilidad y estabilidad, el reinado de la justicia y de la ley; querían una administración eficaz, jerarquizada, centralizada y responsable, que tratara por igual a todos los individuos: esto es, que los tratara como ciudadanos y no como súbditos. La sociedad agraria española, dueña del poder político, carecía de instrumentos y de la conciencia de su necesidad para imponer esa ordenación jurídica; le iba mejor el desorden y la arbitrariedad.

## **7.4. La personalidad de Julián Sanz del Río**

**La personalidad de Sanz del Río, resultado de la influencia organizada del medio familiar, eclesiástico y universitario: amor al trabajo y moralidad kantiana**

---

<sup>203</sup> Bernardo Ward, *Proyecto Económico*, presentado a Fernando VI y publicado póstumamente, en 1779, por Campomanes.

Todos mis intentos anteriores tienen un propósito común: presentar teórica y esquemáticamente el medio social e ideológico en el que insertar, para comprenderla, la personalidad de Julián Sanz del Río. Para conseguirlo es necesario analizar el medio en sus principales aspectos: la organización social, como el entramado básico que a la larga condiciona todo lo demás; la tradición ideológica y sus formas de transmisión; y los problemas que, en la época de su formación, van a incidir sobre los individuos para orientar su pensamiento y determinar su actividad, pues los hombres, aunque lo ignoren, ejercen su actividad de pensar, su actividad intelectual, sobre aquellos problemas que flotan en el medio social y que constituyen la preocupación dominante.

Este método quiere decir que se parte del supuesto de que la conciencia de los individuos resulta, por una parte, de los principios, valores y normas que los adultos inculcan e imponen al niño, y, de otra, de la actividad productiva del grupo social a que pertenece el niño; es decir, de que la conciencia del individuo se va modelando por las influencias de los diferentes medios en que se halla éste: el medio social de la escuela, de la iglesia, del centro de segunda enseñanza, de la universidad, de la tertulia de amigos, o del grupo de trabajo. De la influencia organizada de todos estos medios resulta la conciencia organizada que es la personalidad.

Julián Sanz del Río nació en Torrearévalo, aldea de la provincia de Soria, el 10 de marzo de 1814. Torrearévalo está situada a unos 25 Km. al norte de Soria y no tendría entonces más de 50 vecinos; era una aldea pequeña y pobre, como muchas otras de Castilla. Julián Sanz del Río era el mayor de los seis hermanos de una familia muy pobre, pues carecía de propiedades; el padre era el “fiel de fechos” y hacía también de secretario para los vecinos; pero, como estos empleos le daban tan poco, su esposa y sus hijos se veían obligados a cuidar los ganados de los vecinos. Como sucede en estas aldeas, y por ser el mayor de los hermanos, es muy probable que Sanz del Río tuviera que trabajar en la guarda de ganados a partir de los 6-7 años de edad. Por este motivo, sólo podría ir a la escuela los días en que los ganados no pudieran salir al campo.

La primera escuela de Sanz del Río serían el frío, el calor y la monotonía de las largas horas vigilando los ganados. Este trabajo, aunque es muy simple para un adulto, a un niño le exige dominio de la atención y toma de decisiones ante los movimientos de los ganados; es decir, tiene que tener iniciativa para enjuiciar las situaciones a cada momento nuevas, decidir acerca de ellas y, si es necesario, corregirlas. El niño Sanz del Río aprendía también a ser responsable, pues sólo comportándose como un adulto seguirían confiándole los ganados con la seguridad de que no permitiría que se descarriasen y destrozasen sembrados, huertas, etc. Alternaba el cuidado de los ganados con otras labores sencillas que en estas aldeas solían encomendarse a los niños -llevar agua, espigar, etc.- y con la asistencia a alguna, sin duda, muy rudimentaria escuela. Sanz del Río vivió así hasta cumplir los diez años, en 1824, en que murió su padre.

Al quedar huérfano de padre, le llamó a su lado su tío materno, don Fermín A. del Río, canónigo de Córdoba, que antes había sido cura párroco de Ventosa de la Sierra; más tarde fue canónigo de Toledo y murió en Illescas en 1844. Don Fermín A. del Río pronto descubrió las admirables aptitudes de su sobrino y le puso a estudiar en el Seminario Conciliar de San Pelagio, de

Córdoba, donde cursó latín y humanidades. Cuando terminó estos estudios, en 1830, Sanz del Río fue a Granada, a la Universidad del Sacro Monte, a estudiar Instituciones Civiles. En 1833 obtuvo el grado de bachiller; y, en ese mismo año se trasladó con su tío a Toledo, en cuya universidad continuó sus estudios y se graduó de bachiller en cánones; después volvió a Granada, a la universidad, donde había pasado los primeros años de su carrera; aquí terminó y obtuvo los grados de licenciado y de doctor. Inmediatamente que terminó sus estudios se puso a dar clases para ayudar a su tío, que tanto hacía por él y por sus hermanos. Durante el año 1836 el claustro de la universidad de Granada pidió a Sanz del Río que se encargase de la cátedra de Derecho Romano, y fue elegido presidente de leyes de la Universidad del Sacro Monte.

Deseoso Sanz del Río de continuar sus estudios en la Universidad Central, con una pequeña subvención que le concedió su tío, acudió a Madrid, donde estudió los cursos sexto y séptimo de Jurisprudencia, en la universidad instalada ya en Madrid. Aquí obtuvo los grados de licenciado y doctor en Jurisprudencia, que la universidad le concedió gratis, en mérito a su constancia y amor al trabajo y a su aplicación, en 1840.

Su primer intento fue ejercer de abogado. Para ello, abrió un bufete en la capital, sin abandonar por eso sus relaciones con la universidad y con los amigos que le habían empezado a iniciar en la vida de la ciudad. Pero el ejercicio de la abogacía estaba tan lleno de triquiñuelas, picardías y trampas que Sanz del Río se desanimó pronto y comprendió que su vocación no era dirimir pleitos; además, su tío don Fermín había inculcado en él un fuerte amor al trabajo y a la vida honesta y sencilla y un firme sentimiento del deber y de la responsabilidad, y todo ello no le permitía vivir en el ambiente de compresión en que se desenvolvían los pleitos. Durante los tres años en que ejerció la abogacía, 1840-1843, fue a la vez sustituto *pro Universitate* del sexto año de leyes.

#### **Constatación de los problemas de la burguesía de la época en los círculos progresistas de la capital de España e importación del krausismo**

A poco de su llegada a Madrid, Sanz del Río trabó amistad con algunos de los jóvenes más distinguidos de la capital: Ruperto Navarro Zamorano, yerno del orador y diputado progresista Joaquín María López, que tradujo y publicó, en 1841, el libro de H. Ahrens, *Curso de Derecho Natural o de Filosofía del Derecho* (Madrid, Boix Editor, 1841, en dos tomos). Es probablemente por esta amistad con Navarro Zamorano, y por el libro de Ahrens, publicado en 1837 en Bruselas, como entró Sanz del Río en conocimiento del krausismo. Otro de los amigos íntimos, y más tarde discípulo, fue José Álvaro Zafra, que, como Navarro Zamorano, pertenecía al partido progresista: fue diputado a Cortes y colaboró con el célebre jurisconsulto Lorenzo Arrazola en la traducción y publicación de la *Enciclopedia jurídica* de Falck, en 1845. A través de sus numerosas amistades en Madrid, Sanz del Río recibe de lleno todos los problemas que más preocupaban a la burguesía de su época.

En 1840, Sanz del Río solicitó que se le encargase, con carácter interino, de la cátedra vacante de Filosofía Moral, sin conseguirlo. En 1841, elaboró un proyecto para establecer una cátedra de Derecho en la que se refundieran el Derecho Natural y los Principios de Legislación Universal y los de Derecho Público en general. En ese proyecto ya demostró un gran

conocimiento de la lengua alemana y de su literatura, de la filosofía de Kant y de la filosofía del derecho en las tres direcciones entonces dominantes: la teológica, la histórica y la individualista del siglo XVIII. Aunque el claustro universitario y el rector, J. Gómez de la Coruña, aceptaron el informe, el proyecto no prosperó debido a las conmociones políticas de la época. En 1843, el ministro Gómez de la Serna, al reorganizar la Facultad de Filosofía, nombró a Sanz del Río catedrático de historia de la filosofía, encargándole de estudiar las enseñanzas similares en las universidades extranjeras. Por indicación de José de la Revilla, Sanz del Río eligió Heidelberg, donde enseñaban algunos de los más importantes discípulos de Krause: Leonardi, naturalista y metafísico, Röder, jurista y penólogo, Schlieghake, etc.

A principios de 1844, Sanz del Río emprendió el viaje a Alemania para cumplir el encargo que se le había hecho. Pasó por París y visitó a Cousin, que no le causó buena impresión como filósofo, y así se lo manifestó a José de la Revilla en la nutrida correspondencia que sostuvo con él. En Heidelberg trabó amistad con los profesores ya citados y con los historiadores Gervinus, Schlosser y Weber, en cuya casa vivió y de quien tradujo y anotó una historia universal; también conoció y tuvo amistad con Amiel. Permaneció en esa ciudad año y medio, habiendo conseguido la alta consideración y estima de los más ilustres profesores; pero la muerte de su tío en Toledo, de cuya capital era canónigo, aceleró su regreso.

A su vuelta a España, Sanz del Río renunció a la cátedra de Ampliación de Filosofía, para la que había sido nombrado en propiedad, por estimar que no se hallaba bastante capacitado para desempeñarla. Después de pasar una temporada en Toledo, se retiró a Illescas, donde vivió con sus dos hermanas; y en esos años de retiro en Illescas meditó y reelaboró la filosofía de Krause hasta convertirla en su propia filosofía, aunque siempre quiso presentar sus trabajos bajo el patrocinio del nombre de Krause.

#### **Reelaboración personal de la filosofía de Krause y ejercicio del magisterio filosófico y científico sobre las personas interesadas por la alta cultura**

Durante su estancia en Illescas, Sanz del Río hacía una vida regular y metódica, en contacto de nuevo con la naturaleza campesina, como en su infancia. Solía pasear mucho al aire libre y contemplar la naturaleza. Una vez al mes se desplazaba a Madrid, donde permanecía algunos días en casa de Simón Santos Lerín, un abogado más tarde famoso. Durante los días que Sanz del Río permanecía en Madrid acudían numerosas personas a visitarle y escucharle; y alrededor de él se formó una especie de círculo de estudio, del que formaban parte, además de Navarro Zamorano y Álvaro de Zafra, Manuel Ruiz Quevedo, Luis Entrambasaguas, Manuel Ascensión Berzosa, Francisco Calloso Larrús y Eduardo Chao; en las reuniones se conversaba acerca de los problemas filosóficos más palpitantes por su conexión con los problemas políticos que acuciaban al país; estas personas y estas reuniones fueron el origen del Círculo Filosófico y Literario, que alcanzó gran prestigio e influencia sobre la juventud.

Parece que fue en esta etapa en Illescas cuando Sanz del Río escribió su *Metafísica Analítica*, primera elaboración del *Sistema de Filosofía*, de Krause, y que comenzó a imprimirse en 1849.

En 1853, considerándose ya suficientemente preparado, solicitó ser nombrado para la cátedra de Ampliación de Filosofía. Para ello adujo como méritos: la traducción castellana de la *Historia Universal*, de Weber; una teoría de las sensaciones; la versión castellana de la *Psicología*, de Ahrens; la reelaboración del *Ideal de la Humanidad*, de Krause; una *Historia de la literatura alemana*, hecha sobre la de Gervinus; el *Compendio de Historia Universal*, de Weber; otros varios manuscritos de menos importancia; y algunos artículos publicados últimamente en revistas. Esos trabajos dan idea de la amplitud de la actividad intelectual de Sanz del Río, que cuando estalló la revuelta de 1854 estaba publicando fascículos del libro de Minutoli, *España y sus adelantos hasta 1856*, con amplias notas del traductor. La petición de Sanz del Río fue aceptada y, en 1854, fue nombrado catedrático de Ampliación de Filosofía y su Historia, que se cursaba para el doctorado. Por ausencia del titular, también se le confió la cátedra de Historia Crítica y Filosofía de España.

La cátedra de Sanz del Río fue muy frecuentada, no sólo por numerosos alumnos sino por profesores, escritores, académicos y políticos y todas las personas interesadas por los problemas de la alta cultura.

Es imposible enumerar aquí las personas importantes que escucharon a Sanz del Río entre 1854 y 1860, la primera etapa de su actividad docente. En sus exposiciones orales procuraba eliminar aquellas cuestiones que servían de elementos de discordia entre los españoles, pero en cambio se esforzaba en infundir en los oyentes el deseo de indagar y conocer las corrientes filosóficas y científicas más importantes de Europa.

En la apertura del curso 1857-1858 se confió a Sanz del Río el discurso inaugural, que versó sobre *La obra moral y científica de la Universidad*. Este discurso dio lugar a que se intensificara la campaña que los retrógrados venían moviendo fuertemente contra él.

Desde 1860 hasta su muerte en 1869 es la época más fecunda de la actividad docente y científica de Sanz del Río; no sólo porque los hombres más brillantes del último cuarto del siglo XIX pasaron por su cátedra sino por la huella profunda que dejó en ellos. Por los años 1860 a 1864, sus enseñanzas fueron ampliamente discutidas, en el Ateneo y en el Círculo Filosófico; por entonces, se publicó la revista *La Razón*, redactada por sus discípulos, en la que se discutieron los más diversos problemas a la luz de la “filosofía novísima”. En 1865, se incluyó en el Índice su libro *El Ideal de la Humanidad para la vida*, que dio motivo para recrudecer la campaña contra Sanz del Río de los elementos más neos y ultramontanos, llegando a utilizar los medios más reprobados; se destacó por sus violentos artículos el periódico *El Pensamiento Español*. Los ataques de los elementos retrógrados se intensificaban en la misma medida en que se aceleraba la corrupción y la descomposición de la clase dirigente, amparada y protegida por la reina Isabel II. Estos elementos encontraron un instrumento adecuado en la persona del Marqués de Orovio, ministro de Fomento, que dio una disposición exigiendo a los catedráticos que presentasen su adhesión a la política religiosa, a lo que se negaron numerosos catedráticos, entre ellos Sanz del Río, Fernando de Castro, Nicolás Salmerón y otros, que fueron separados de sus cátedras. El Gobierno nacido de la revolución de 1868 repuso a los catedráticos separados, proponiendo a Sanz del Río para el cargo de Rector, que rehusó por delicadeza. Poco pudo disfrutar Sanz del Río de la nueva etapa abierta por la Revolución, pues, agobiado por



los sinsabores y amarguras y por la inclemencia del medio moral, falleció el 12 de octubre de 1869.

### **Inculcación de la pasión por la reconstrucción nacional mediante la apertura intelectual, la crítica científica y una moralidad personal ejemplar**

La labor educadora de Sanz del Río es la más fecunda y la que ha tenido más repercusión en la cultura de nuestro país. Se puede decir sin temor que las figuras más destacadas de la vida intelectual española que más han influido por su esfuerzo o por su obra entre 1868 y 1936 deben algo decisivo de su formación a Sanz del Río: el hombre que laboró más y se sacrificó más por abrir nuevos horizontes a la actividad intelectual de nuestro país, que había permanecido hasta entonces dominado por el dogmatismo, la más pedestre rutina y la superficialidad. La labor docente de Sanz del Río fue más eficaz porque él mismo era el ejemplo más vivo de la doctrina que enseñaba; hombre virtuoso y austero en una sociedad dominada por la codicia, por el egoísmo, y corrompida por una política dirigida a promover los “intereses materiales”; maestro entregado por entero a la ciencia, a la búsqueda apasionada del conocimiento nuevo y a la exposición rigurosa, lógica y sistemática de todo saber; ciudadano ejemplar, por su respeto a las costumbres, a las leyes, a los poderes establecidos, por su respeto a las opiniones y creencias de los demás, hasta el punto de negarse a hacer una labor proselitista a favor de su propio sistema entre sus mismos discípulos, puesto que, según decía, él enseñaba solamente el camino, el método, la ley del filosofar.

La iniciativa de Sanz del Río de abrir a España a la influencia alemana fue una gran fortuna para el país, porque justamente por entonces, 1844-45, empezaba el gran ascenso de la ciencia alemana, que alcanzaría su máximo florecimiento desde finales del siglo a la Primera Guerra Mundial. Este florecimiento de la ciencia alemana coincide con la fase ascendente y más progresiva de la ciencia experimental; de esta coincidencia proviene el enorme éxito que ha acompañado a la difusión por España de la influencia alemana. Sanz del Río reforzó las posibilidades intrínsecas de la influencia científica alemana precisamente por los rasgos personales de su forma de trabajar -su pasión por la ciencia, por el rigor indagador y por la exactitud, precisión, casi exagerada en la exposición de su pensamiento-<sup>204</sup>, por su esfuerzo sistematizador y, sobre todo, por su insobornable confianza en la razón, en la indagación individual y en perseverancia en el trabajo de pensamiento; y coincide también con la influencia alemana por la amplitud de su horizonte intelectual, pues se ocupa con el mismo tesón de la filosofía pura, de la metafísica, que de la historia, de la literatura, de las ciencias de la naturaleza, de las costumbres y -con dedicación especial- de la sociedad y el derecho.

Pero Sanz del Río no se limitó a la simple importación de una ideología, de una filosofía, y a abrir la posibilidad de iniciar en España una actividad científica de acuerdo con los progresos de la época sino que se propuso -y lo

---

<sup>204</sup> La obsesión por la expresión exacta de su pensamiento -unida a la falta de cultivo riguroso y científico de la lengua castellana (que solamente había logrado una intensa aplicación en la poesía, en el teatro y en la novela de la fase de florecimiento de la sociedad neofeudal): a la falta de aplicación de la lengua a reflejar los procesos de la realidad mediante la organización correspondiente de las cláusulas- llevó a Sanz del Río a construcciones lingüísticas realmente confusas o demasiado barrocas, por lo que ha sido acusado de confuso en su pensamiento y de no saber emplear el castellano.

consiguió en gran medida- crear una actitud intelectual apoyada en una conducta moral rigurosa y austera que él predicó con su obra y con su ejemplo constante. Estaba convencido de que la redención intelectual, científica, de nuestra patria era imposible sin una conducta moral insobornable que sirviera de base a aquella.

Toda la obra científica, educativa y personal de Sanz del Río es un esfuerzo por llevar a cabo una transformación radical de la actividad intelectual (hasta el siglo XIX, prácticamente clerical) en el sentido de una total laicización; esto es, hacer de la actividad intelectual una actividad trasuntada por una moral laica, libre de elementos teológicos, encuadrada en una concepción del mundo elaborada por la actividad y de la razón y a la vez eminentemente práctica, moral.

La obra y la actividad educadora de Sanz del Río se puede resumir en los siguientes puntos: haber logrado infundir en la juventud española una noble pasión por investigar la verdad por la sola labor de la razón; inculcar la necesidad de un sentido moral en toda actividad individual y profesional, como base de la reconstrucción de la vida nacional; haber conseguido quebrantar el dogmatismo, el orgullo y la vanidad del pueblo elegido, dominantes en la vida intelectual española, origen de la modorra espiritual, de la rutina, de la pereza mental y del desprecio al trabajo perseverante y minucioso.

## 7.5. Bosquejo de la filosofía de Sanz del Río

**Dada la situación de España y sus necesidades ideológicas, de no haberse importado y difundido el krausismo habría que haberlo inventado**

Por diversos autores, se han hecho afirmaciones muy injustas e inexactas sobre los motivos que tuvo Sanz del Río para elegir el krausismo y contentarse con él. Se ha alegado que la filosofía de Krause era una filosofía de tercera o cuarta categoría, que, puesto a elegir, podía haber elegido la filosofía de Hegel, o la de Kant. Se ha dicho que Sanz del Río eligió la filosofía de Krause por su mediocridad intelectual, porque era incapaz de ir más allá. Naturalmente, estos juicios están dictados por la pasión partidista y por personas que no se han detenido a estudiar la situación del país, sus necesidades ideológicas, ni la obra de Sanz del Río. Precisamente la decisión de estudiar la filosofía de Krause la tomó Sanz del Río después de meditarlo muy detenidamente, y todo ello lo expuso detalladamente en sus cartas dirigidas a José de la Revilla, que era entonces funcionario de la Dirección de Instrucción Pública. En una de esas cartas hace una confesión sorprendente para quien sea capaz de ir más allá del simple enunciado: dice Sanz del Río que la elección de la filosofía de Krause

«no nació de motivos puramente exteriores sino que era hija de la *conformidad que hay entre aquella doctrina y lo que yo encuentro dentro de mí mismo.*»<sup>205</sup>

Sanz del Río confirma aquí que la situación social de España y sus necesidades ideológicas se encontraban en un momento tal que, de no haber encontrado el krausismo, hubiera sido necesario inventarlo; porque lo que Sanz

---

<sup>205</sup> G. Manrique, *Sanz del Río*, Madrid, Aguilar, s.a {1935}, p. 23. {Subrayado,. de E.T (N. del E.)}.

del Río hallaba en su conciencia que armonizaba con el krausismo es lo que la sociedad había inculcado en él, al menos la sociedad burguesa.

Además, el krausismo no era una filosofía despreciable; era un producto del idealismo alemán: una elaboración de las filosofías de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, desnuda de las exageraciones idealistas y del rigor lógico y metafísico, pero teñida de un profundo humanismo y de un asociacionismo claro que recuerda a los Hermanos Moravos. Esa aparente falta de rigor le permite un gran vuelo sistemático y totalizador. Esta filosofía pone mucho énfasis en la organización social y en la gradación de los organismos sociales, desde la familia a la humanidad concebida como una totalidad; de aquí nace uno de los aspectos más ricos y que más fama le han dado: la filosofía del derecho, que es precisamente por donde Sanz del Río llegó al krausismo.

En lugar de hacer una exposición de la filosofía de Sanz del Río, voy a dejar que él mismo haga un magistral resumen de su sistema.

### **El racionalismo armónico**

«La razón y su ley es la facultad, fuente y autoridad en el conocimiento científico. Como tal, le compete comprobar y juzgar todo lo que interesa al espíritu y afecta al corazón sin ser intervenida, ni impedida, ni turbada en sus funciones en la esfera de la ciencia, por influencia, poder o fuente ajena de conocimiento. Lo que la razón demuestra conforme a sus leyes eternas, debe ser admitido en todas sus consecuencias; y, si el juicio de la razón mira a nuestra libertad, debe ser cumplido fielmente, lealmente, enteramente, suceda lo que suceda. Los fieles de la razón no contradicen ni admiten, desde luego, ninguna doctrina o sistema u opinión extraña; la examinan según sus principios y pruebas, y la admiten hasta donde la hallen comprobada y verdadera y no más allá, o suspenden la afirmación donde sólo han hallado la probabilidad. Sólo en la adhesión íntima del espíritu, según pruebas ciertas, hay ciencia; fuera de este límite sólo hay opinión.»

«La verdad no se prueba por el número ni se prueba por la tradición ni se prueba por la autoridad, aunque estos principios merezcan bajo otros aspectos que el de la ciencia respeto de parte del hombre y muevan a comprobar con más diligente cuidado y según sus principios propios la doctrina que ellos contradicen. La tradición, como tradición, y la autoridad, como autoridad, pueden apoyar el error tanto como la verdad; sólo la demostración científica, repetida una y otra vez con ánimo recto e intención sincera, decide con interna competencia de la verdad de una doctrina y puede fundarla durablemente.»

«Podemos engañarnos sin duda y admitir como verdadero lo falso en cualquier materia o ciencia; pero esta posibilidad, que es inherente a nuestra limitación racional, no excusa el pecado contra nuestra naturaleza inteligente y racional de negar o desesperar de la verdad, ni nos autoriza a admitir una doctrina u opinión, venga de donde viniere, sin examen previo según las leyes de la razón (no según nuestra razón individual). El reconocimiento de nuestra limitación intelectual, que debe acompañarnos en toda obra científica, fundará en nosotros la circunspección en el examen, la modestia en nuestras opiniones, la tolerancia, la imparcialidad para con las opiniones ajenas y la tendencia a rectificarlas por principios y medios de la razón hasta donde éstos alcanzan, y no por otros principios ni medios. Toda convicción seria y leal, aunque sea errada, debe ser respetada y racionalmente examinada y discutida, que ésta es la única forma y manifestación de la ciencia y el solo medio permanente de persuasión.»

## La filosofía

«En Filosofía, profesamos el racionalismo; no un racionalismo exclusivo, que niega las demás facultades y fuentes de conocimiento en el espíritu, sino un racionalismo armónico, fundado en la justa estima y justas relaciones de todas las facultades cognoscitivas del espíritu, pero todas bajo la forma, carácter y regulador unitario y permanente de la razón. Todo conocimiento que fuera inaccesible, incomprensible, a la razón, por el mero hecho de ser conocimiento sería disconforme, inadecuado, a la naturaleza racional del espíritu, según ha sido creado y constituido eternamente por Dios, cuyas obras todas son pura armonía, puro concierto y ajustada relación. El racionalismo no admite ni reconoce otra limitación positiva, histórica, prescrita al pensamiento que la inherente a nuestra naturaleza racional; ni admite, ni reconoce en ningún estatuto ni poder humano el derecho de limitar, negar, torcer, el uso legítimo de las facultades constitutivas del espíritu, según el decreto eterno de Dios.»

«El racionalismo armónico se ayuda a la vez de la crítica, para corregir el error científico, y de la doctrina, para fundar, desenvolver, enseñar, la verdad demostrada.»

«El racionalismo armónico no lleva al sensualismo -esto es, a la negación de todo lo que excede o supera al sentido-; ni al materialismo, como la negación del espíritu; ni al idealismo, como negación del mundo exterior; ni al fatalismo, como negación de la libertad; ni al ateísmo, como negación de Dios. El racionalismo armónico no es exclusivo, ni negativo, ni positivo; sino que principalmente es uno y, bajo la unidad, es interiormente relativo. Reconoce todos los principios constitutivos del hombre y del mundo: la razón y los sentidos; las leyes y los hechos; el espíritu y la materia; el mundo espiritual y el mundo natural; lo infinito y lo finito. Su fin y su obra es reconocer inductivamente los principios, las leyes, lo infinito, y, supremamente, el infinito absoluto sobre lo finito; deducir sintética y metódicamente las verdades contenidas en los principios y ordenarlas en un cuerpo de doctrina, apoyado en nuestra conciencia como punto de partida y fundado supremamente en Dios, como el fundamento de toda realidad y el principio y ley de toda verdad conocida por el hombre. En este procedimiento y ley es científica y es demostrativa la filosofía; y, en cuanto reconoce toda verdad deductivamente en un principio y verdad suprema, es sistemática y orgánica -esto es, reconoce cada verdad distinta de todas sin aislarla; distingue sin separar y reúne sin confundir.»

«El reconocimiento de Dios como el objeto de la suprema inducción racional del espíritu y el principio de todas las deducciones de una ciencia verdadera no es el deísmo, que concibe a Dios como un género y abstracción fuera del mundo, separado del mundo e incomprensible para el hombre; no es el panteísmo, que confunde a Dios con el mundo, concibiendo un Dios-mundo o un mundo-Dios. El racionalismo armónico conoce a Dios como el absoluto, infinito y el ser supremo sobre el mundo; distinto, como el Ser supremo del mundo, que es inferior bajo Dios, por Dios, mediante Dios. Por consiguiente, Dios conoce el mundo, gobierna el mundo, guía el mundo al bien con justicia, con sabiduría, con amor, con arte divino: *In deo sumus, vivimus et movemur. Ex ipso et per ipsum et in ipso sunt omnia.*»

«El racionalismo armónico profesa en religión y aspira a realizar la unión viva de la humanidad, y del hombre en ella, con Dios como ser supremo. La religión es, pues, una relación y aspiración (en corazón, en inteligencia, en obras) fundamental y permanente de toda nuestra naturaleza finita, y, señaladamente, del espíritu hacia Dios; y debe ser manifestada permanentemente en toda la

humanidad y en cada sociedad humana y por cada hombre como hombre, en forma de culto y de fin práctico de toda su vida, para que toda nuestra actividad finita reciba en sí, según su capacidad y mérito gradual, el pensamiento y sentimiento de Dios y, en esta aspiración y obra gradual, se asemeje cada vez más a Dios y estreche con Dios en vida histórica su alianza eterna. La religión, como relación íntima, personal e históricamente manifiesta entre el hombre y Dios, radica principalmente en la conciencia, y puede y debe ser libre y perfectible, como toda naturaleza del espíritu; no obligada, no violentada, ni impuesta por estatutos históricos; debe poder manifestarse como toda la naturaleza racional, en unidad de esencia y variedad de formas; debe, en su manifestación histórica (como profesión de fe religiosa), poder ser examinada, rectificadora, mejorada; pero es siempre respetable cuando es sincera, seria y verdadera en el hombre, pues que la religión expresa las más íntimas, las más profundas y trascendentales relaciones de que nuestra naturaleza racional es capaz; y a esta relación y asunto debe, pues, aplicar el hombre el más serio y vivo interés, la atención más diligente y constante por toda su vida, para confirmarse en su profesión religiosa y mejorarla y progresar en ella, o para rectificarla y reformarla, viviendo en consecuencia con ella. La piedad, pues, según este sentido religioso, consiste en una vida pura y sin mancha, en un espíritu elevado, en un corazón noble, en una voluntad recta, guiada por el amor desinteresado hacia todos los hombres y hacia Dios como ser supremo y bienhechor; en santificar el trabajo, que nos pone en comercio activo y proporcionado a todas nuestras restantes fuerzas y fines con el mundo natural y el espiritual, por causa de Dios y para merecer ante Dios y ennoblecer la naturaleza hasta convertirla en templo y semejanza de Dios; en santificar, honrar y cultivar la ciencia y el arte como los medios de elevarnos a Dios mediante el espíritu, en armonía virtual y en mutuo auxilio con la religión; en mirar la vida entera de la humanidad, de sus sociedades y sus individuos (en orgánica relación y acción), como un orden eterno e histórico de salvación para todos los seres racionales, los cuales todos, sin distinción de razas y cultos, están destinados por Dios y llegarán, en la plenitud de la vida histórica y purgados de sus faltas, a realizar su destino religioso según el decreto de Dios y según el mérito y capacidad de nuestra naturaleza.»

«La religión debe ser ilustrada por la ciencia y vivificada por el amor y las buenas obras. La religión será tanto más pura cuanto más claro sea el conocimiento de Dios y más íntimo y vivo sea el amor de Dios. Bajo la unidad y la armonía fundamental de nuestra naturaleza, la religión debe ser practicada en armónica relación y concierto con todas las facultades del espíritu y con todas las fuerzas y direcciones de la actividad humana; no con negación, ni exclusión, de ninguna facultad ni actividad. Rechazamos, pues, el antropomorfismo, el oscurantismo, el fanatismo y la superstición, y condenamos los cultos, las prácticas y prescripciones contrarias a la moral, al derecho y a la razón.»

«La fe, como la religión, descansa en principios y en la razón, y a ésta debe conformarse. La fe se refiere, no a las verdades generales que todos pueden percibir y comprender si están bastante preparados, sino a los hechos y actos particulares de la vida; y, aplicada a la vida religiosa, no mira a los atributos de Dios sino a los decretos de su providencia. La fe ciega, sin regla y sin motivos, es una renegación del pensamiento y de la libertad; esto es, la degradación del espíritu humano.»

## **La moral**

«En moral, reconocemos, como consecuencia y aplicación de la metafísica, el principio de obrar el bien por el bien como ley de Dios y para asemejarnos a Dios. En este principio hallamos la luz de nuestra vida, el carácter inviolable de nuestra dignidad racional y la prenda y promesa de nuestro destino eterno.»

«El destino del hombre consiste en desenvolverse en la totalidad de sus facultades y de sus relaciones con todos los seres, en perfeccionarse como espíritu y como cuerpo, como inteligencia, como sentimiento y como voluntad, como imaginación y como razón, refiriendo y concertando continuamente estas facultades en la conciencia, para realizarlas en justa proporción, en armonía absoluta de todas con todas, expresando de este modo en la esfera finita una imagen de la armonía absoluta de la vida divina. Este destino sólo se cumple parcialmente en la tierra, y sólo es completado en la infinitud del tiempo. Se impone constantemente a nuestra voluntad como un deber, o como una necesidad moral, inherente a la naturaleza humana. Profesamos, pues, el culto del deber, como ley universal del orden moral, que obliga a todos los hombres en todo tiempo y por todo lugar; y que manda el sacrificio y la propia abnegación ante el bien de la patria y de la humanidad, y el amor a todos los hombres, amigos o enemigos, conciudadanos o extranjeros, pobres o ricos, incultos o cultos, buenos o malos -en suma, la imitación de Dios en la vida o la realización del bien, de lo verdadero, de lo bello; sólo por obrar bien, no por interés de las consecuencias ni por espera del premio o temor del castigo.»

## La política

«En política, el filósofo respeta y obedece la constitución política de su pueblo; acepta leal y libremente sus consecuencias con puro sentido del bien público y, mediante éste, del bien humano en la constitución definitiva de la patria universal. Procura, sin embargo, al mismo tiempo concurrir por todos los medios legítimos, pacíficos y acertados y donde es llamado al progreso, reforma o mejora de su constitución bajo el principio de la tolerancia en el todo y, parcialmente, en todas las esferas de la sociedad política, desde el Estado hasta la localidad; o al gobierno del país, bajo el principio de la libertad de pensamiento, de la prensa, de la enseñanza, de asociación, de comercio, de industria, y de la inviolabilidad personal y de propiedad; en suma, a la transformación gradual de las instituciones políticas para el desarrollo pacífico y en forma de derecho de todas las instituciones, fuerzas y fines sociales, apreciables por las leyes. Rechaza el privilegio, el monopolio, la arbitrariedad en el poder; condena la violencia, venga de donde quiera, porque toda reforma sólida y durable debe concertar con el estado contemporáneo social, y debe prepararse mediante la educación, instrucción y civilización del pueblo, y no por otros medios. Procura, pues, y concurre con voto y consejo y ejemplo a universalizar la enseñanza, el amor a las virtudes públicas, la proporcionada distribución del trabajo y del goce para mejorar el estado social y, mediante éste, el estado y las leyes políticas; y condena y combate todo lo que contribuye a embotar la inteligencia, a corromper el corazón, a enervar o esclavizar la voluntad, a comprimir el trabajo, a restringir la libertad pública y los derechos de las sociedades locales -en suma, a retardar, estacionar o torcer el movimiento natural progresivo de la inteligencia, la voluntad y las fuerzas materiales del pueblo.»

«La política es la acción legítima del Estado y de los ciudadanos llamados a regir la vida pública para facilitar, ayudar y promover el progreso de la sociedad hacia su total destino mediante leyes, fundadas, de un lado, en el estado presente de las instituciones, de otro, en el recto conocimiento de su estado ideal y venidero: esto es, sobre lo que existe y sobre lo que debe ser; sobre el

hecho y el derecho. Para llegar a este fin, el Estado no debe ser turbado ni impedido en su acción por ningún interés preponderante, exclusivo, parcial o excéntrico. Por lo tanto, rechazamos la intervención del poder eclesiástico, como autoridad, en los negocios públicos; como también rechazamos la intervención del poder civil fuera de los límites de su fin y medios propios, si comprime el movimiento libre de las fuerzas sociales según su naturaleza y fin relativo. El Estado debe dejar a los esfuerzos individuales sociales todo lo que éstos pueden hacer por sí sin daño ni contra derecho público o privado. Rechazamos, por lo tanto, como injusta e invasora, la pretensión del Estado de sujetar a su competencia e intervención toda la actividad social: la centralización como sistema de gobierno daña a la ecuación libre, gradual, progresiva, de la sociedad y de las esferas particulares sociales en su vida interior.»

## **La sociedad**

«En la sociedad, deseamos la organización de la sociedad en el todo y en todas sus partes, como ideal y ley de su destino y según las leyes de toda acción pública. La organización social no es el comunismo, que suprime la libertad individual, ni es el individualismo, que desconoce toda dirección superior; admite y concierta ambos elementos extremos; consiste en la distribución de todas las fuerzas sociales en esferas distintas, independientes unas de otras y cada una con propia actividad, con una misión especial que cumplir, aunque ligadas entre sí y concurrentes a un mismo fin general, como funciones de un mismo organismo. Así como el hombre está organizado en el espíritu y en el cuerpo, y en la relación de ambos, y así como las funciones de la vida humana se reparten en órganos distintos sin que ninguno quede aislado ni separado de los otros, así también la sociedad es orgánica cuando el trabajo de todos está repartido entre asociaciones diversas, cada una propia en sí y todas en concertada relación.»

«Hasta hoy, sólo dos esferas e instituciones sociales están organizadas en la Historia: la esfera religiosa, o la Iglesia (el cuerpo de los fieles), y la esfera política, o el Estado (el cuerpo de los ciudadanos). La Iglesia está con razón emancipada en los más de los pueblos de la autoridad del Estado y administra, como tal, libremente todos los asuntos que son de su competencia. El Estado a su vez es independiente de la intervención de la Iglesia. Pero la Iglesia y el Estado no son los únicos órganos del cuerpo social: la ciencia, el arte, la moral, la educación y la enseñanza, la industria, el comercio y la agricultura son órganos igualmente necesarios y fundamentales de la sociabilidad humana, y deben recibir en su día una organización apropiada a su naturaleza y en armonía con todos los demás órganos de la vida pública. Cada miembro de la sociedad puede pertenecer bajo diversos respectos a una o más de estas esferas y desenvolver compuestamente toda la riqueza de su naturaleza. El Estado, como el órgano del derecho o de la justicia, es la esfera central que debe mantener la unidad y la armonía entre todos los órganos y direcciones de la actividad humana, sin intervenir en su gobierno interior, impidiendo la invasión de los unos en los otros, dejando a cada uno la libertad de sus movimientos y prestando a todos, conforme a sus necesidades distintas y a la particularidad de su fin, las condiciones necesarias para realizarlo.»

«La sociedad hecha para el hombre, como forma y manifestación libre de toda la naturaleza, debe organizarse bajo el plan de la naturaleza humana. Su fin es hacer posible y facilitar a todos sus miembros el cumplimiento de su destino individual y social como seres racionales, perfeccionándose en la originalidad y en la armonía de todas sus aptitudes, fuerzas y tendencias. El hombre no

puede vivir ni cumplir su destino sin el concurso de sus semejantes; recibe de todos ellos condiciones y se las presta recíprocamente. Sólo mediante la asociación organizada para cada fin de la vida social puede cada individuo llegar a la realización de su destino según el plan de la creación. Luego la sociedad no debe pesar sobre el hombre sino facilitar su cultura humana. Todo hombre tiene derechos absolutos, imprescriptibles, que derivan de su propia naturaleza y no de la voluntad, el interés o la convención de sus semejantes: los derechos a vivir, a educarse, a trabajar, a la libertad, a la igualdad, a la propiedad, a la sociabilidad. La sociedad puede y debe organizar estos derechos en interés de todos, a favor de su coexistencia y de su cumplimiento; puede y debe castigar su infracción o violación para restablecer el derecho y la ley y corregir la voluntad del culpable; pero no puede privar de estos derechos a nadie. Deberán, pues, ser abolidas las penas irreparables y toda institución o estatuto contrario a la razón. La persona humana es sagrada y debe ser respetada como tal. El hombre que se hace árbitro de la vida y del destino de sus semejantes comete un abuso de poder y se arroga los derechos de Dios.».

«En Historia, respetamos los hechos tales como han pasado. Debemos indagarlos, analizarlos en sí y en sus relaciones con imparcialidad, ya sean contrarios o favorables a nuestras convicciones. Miramos la tradición como una fuente de enseñanzas para las generaciones presentes, no como una norma de apreciación para las instituciones actuales ni como una barrera infranqueable que debe detener la marcha progresiva de las sociedades humanas. Aprobamos el bien, condenamos el mal dondequiera que le encontremos, y esto, absolutamente, sin excusar el mal por el bien que pueda haber traído ni desaprobar el bien por el mal que se mezcle en él. Juzgamos los hombres y los hechos según las leyes eternas de la moral y de la justicia, sin preocuparnos por las influencias pasajeras que fascinan y tuercen la imaginación, sin entusiasmo, como sin vanas censuras hacia el pasado, firmemente persuadidos de que la humanidad es libre y puede momentáneamente errar y faltar, está sostenida por Dios y sabrá, sin embargo de todos los estorbos, cumplir en tiempo y lugar dado su destino en la tierra.»



## 8. Carta a Carmen Busmayor sobre la guerra civil<sup>206</sup>

«Como no puedo reprimir mi *odio* a la Guerra Civil, y en especial a los que la desencadenaron, y como he pensado tanto sobre ello, me ha resultado fácil llegar a una conclusión: la Guerra Civil fue meticulosa y concienzudamente planeada por los representantes más conspicuos de la clase hegemónica en España, la *clase terrateniente*; y lo hicieron en defensa de su *monopolio* exclusivo, la posesión de la tierra, y de su fuente de ingresos, la renta de la tierra, que era, además, el mecanismo del que se valían para amansar a la mayoría de la población trabajadora, porque, no habiendo industria, la tierra era el único medio fundamental de producción que conocían millones de españoles.»

Srta. Carmen Busmayor<sup>207</sup>  
León

Querida amiga:

Por lo que me dices en tu carta tengo que deducir que te han quedado ganas de que vuelva a espantar a las musas interviniendo en un acto poético. Yo pensaba que estabas asustada por la presentación de tu hermoso libro<sup>208</sup> en la Casa de León. Lo estarás cuando recibas, pronto, el texto de mi intervención.<sup>209</sup>

Para tu sorpresa, te diré que me gustaría intervenir en actos como el que me anuncias; sobre todo, por la compañía de amigos tan entrañables; y, además, para poder decir lo que pienso sobre ese fenómeno cultural que fue *Espadaña*, en el León de los años 40, acontecimiento al que dedico un libro que ya tiene título: *Cultura y poesía bajo el vendaval*.<sup>210</sup>

Estoy convencido de que el fenómeno *Espadaña*, y sobre todo el grupo de personas que lo sostuvieron (Don Antonio,<sup>211</sup> José Castro, Crémer,<sup>212</sup> Eugenio,<sup>213</sup> José Luis Leicea, José Vega Merino -"Pipo"-, Antonio Gamoneda, Antonio Pereira,...), es inexplicable sin la Guerra Civil y las condiciones sociales de la provincia de León.

---

<sup>206</sup> Inacabada. Mecanoescrito, sin fecha, pero de mediados de abril de 1994. (*N. del E.*).

<sup>207</sup> Escritora leonesa, natural de Busmayor (en el Bierzo), ejerció la docencia de la lengua y literatura durante varios años en Fabero, el pueblo de Eloy Terrón, con quien hizo amistad. Éste le dedicó en 1996 una nueva carta -ésta, sí, completa- con centro en su preocupación por el presente y futuro de Fabero y los pueblos próximos, y un artículo -«Contenidos originales de clase en la poesía de Carmen Busmayor»-, que se publicó en 1997 y se incluye en el libro *Escritos de Sociología del Sistema Educativo Español, de Eloy Terrón*, en esta Biblioteca Eloy Terrón. (*N. del E.*).

<sup>208</sup> Debe tratarse de uno de los dos libros más reciente de Carmen Busmayor, *Árbol de carne y de luz* (1992) y *Epístola a Carmen* (1993). (*N. del E.*).

<sup>209</sup> Debe ser «Poesía y sociedad (De cómo el poeta asuma una concepción del mundo y de la vida que se manifiesta en su poesía)», otro texto inacabado, publicado ya en esta Biblioteca Eloy Terrón. (*N. del E.*).

<sup>210</sup> Debe tratarse de un proyecto irrealizado, del que sólo contamos con el artículo citado en la nota anterior. (*N. del E.*).

<sup>211</sup> Antonio González de Lama. Canónigo de la catedral de León y director de la Biblioteca Azcárate, lideró del grupo de poetas reunidos en torno a la revista *Espadaña*, en los años 40. (*N. del E.*).

<sup>212</sup> Victoriano Crémer. (*N. del E.*).

<sup>213</sup> Eugenio de Nora. (*N. del E.*).

### **Apoliticismo” de la clase terrateniente, e inestabilidad creciente del complejo social de equilibrios que garantizaba la renta de la tierra**

Como no puedo reprimir mi *odio* a la Guerra Civil, y en especial a los que la desencadenaron, y como he pensado tanto sobre ello, me ha resultado fácil llegar a una conclusión: la Guerra Civil fue meticulosa y concienzudamente planeada por los representantes más conspicuos de la clase hegemónica en España, la *clase terrateniente*; y lo hicieron en defensa de *su monopolio* exclusivo, la posesión de la tierra, y de su fuente de ingresos, la renta de la tierra, que era, además, el mecanismo del que se valían para amansar a la mayoría de la población trabajadora, porque, no habiendo industria, la tierra era el único medio fundamental de producción que conocían millones de españoles.

Ahora bien, la clase terrateniente habría estado perdida de no haber dominado los principales poderes del Estado y, principalmente, el comercio exterior. La base de sus elevadas rentas de la tierra era el control que ejercía sobre los aranceles; pues, al ser el precio internacional del trigo una vez puesto en un puerto español alrededor de la mitad del precio en el mercado interior, tenía que presionar sobre los gobiernos para mantener altos los aranceles de los cereales (o, bien, prohibir su importación).

La clase terrateniente, cuyo poder económico era enorme, utilizaba todos los resortes a su alcance para mantener a los gobiernos sometidos. Detentaba todos los mandos superiores del Ejército y de la Armada; y conservaba en manos de parientes las altas dignidades de la Iglesia, el poder judicial, la banca y otras instituciones clave. Lo que no tenía era la formación intelectual necesaria para permitir a sus miembros considerar a sus colonos como iguales, ni siquiera formalmente; de hecho, ninguno de ellos condescendería nunca a hablar en público para pedir el voto de sus “conciudadanos”; faltaría más.

Los miembros de la clase terrateniente eran *apolíticos*, como lo era el general Franco, según recoge su primo.<sup>214</sup> Es más: toda la ultraderecha española lo era; y así lo denunciaba Antonio Maura, que lo consideraba el mal irremediable de la política española. Además, los dirigentes carlistas, en concreto, cuya influencia sobre la clase terrateniente era enorme, declararon en más de una ocasión que nunca aceptarían el ascenso al trono del pretendiente por una elección o referéndum popular. Pero, aunque la clase terrateniente carecía por completo de convicciones políticas, desde la consolidación de la Restauración inspiró siempre a los gobiernos valiéndose de personas afectas, y fueron frecuentes sus amenazas de hacer intervenir al Ejército para “enderezar las cosas”.

La Restauración fue la época *clásica* del doble poder: el político y el militar. La línea del poder político descendía desde el Rey con las Cortes, a través del Gobierno y los gobernadores civiles, hasta los alcaldes. En cuanto a la del poder militar -que era la genuina línea de mando-, en el reinado de Alfonso XIII partía del Rey y la camarilla militar de Palacio (cuyos miembros procedían todos de lo más “selecto” de la clase terrateniente) para concluir en el Comandante del puesto de la Guardia Civil, tras pasar a través del General

---

<sup>214</sup> En Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976. (N. del E.).

Jefe del Estado Mayor, los capitanes generales (antes virreyes) y los gobernadores militares.

Por lo demás, las rentas de la clase terrateniente eran la resultante de un complejo social de equilibrios, cuya inestabilidad tendía a crecer al encadenarse de modo dialéctico una serie de factores.

En las regiones de latifundios había millones de obreros agrícolas (o braceros), necesarios para trabajarlos, aunque en paro estacional, y miles de segadores gallegos, temporeros, que “bajaban” a la siega, para comenzar en La Mancha y terminar en tierras de Palencia y León. Y, en esas mismas regiones persistía, además, un hambre verdadera de tierra, al ser la tierra el principal medio de producción y el único que la inmensa mayoría de los españoles sabían manejar; de modo que, ante cada parcela que se ofrecía en arrendamiento, eran muchos los que pujaban para hacerse con ella, con el alza consiguiente de las rentas.

Por otra parte, los intereses de los terratenientes entraban en conflicto con los de los capitalistas y con de la población no terrateniente en general. Las rentas del terrateniente dependían de los precios del trigo, y éstos se mantenían altos mediante la prohibición de la entrada del cereal o imponiéndole aranceles muy elevados. Pero, al ser alto el precio del trigo, los empresarios capitalistas tenían que pagar salarios más altos a sus trabajadores, lo que encarecía sus propios productos hasta excluirlos del mercado. Así, la contradicción entre los intereses de la clase terrateniente y los intereses de la inmensa mayoría de la población amenazaba las rentas de los señores de la tierra constantemente y en varios frentes a la vez; sobre todo, tras el ascenso de la combatividad de la clase trabajadora desde el final de la Primera Guerra Mundial.

#### **Agravamiento de la contradicción entre la mayoría de la sociedad y la clase terrateniente dominante y sus aliados de la derecha y ultraderecha**

El despertar de la conciencia de los trabajadores en Europa Occidental y la Revolución Bolchevique en Rusia constituyeron una seria amenaza para los terratenientes españoles. De hecho, a éstos les pareció desde entonces muy difícil el hacer frente con éxito a las presiones económicas y políticas que más les preocupaban (sobre todo, la libertad de comercio del trigo), y, aún más, después de romperse su centro de referencia y toma de decisiones: la camarilla militar que rodeaba al Rey.

Los terratenientes y sus aliados -la derecha reaccionaria o ultrarreaccionaria toda en general-, consideraban ese despertar de los trabajadores y, sobre todo, los tibios ensayos de democratización como el mayor peligro. Se encolerizaron a la vista del fracaso de los gobiernos conservadores, convencidos de que había llegado la hora de terminar con la *gandulería* maniaco-democrática; y, en marzo de 1936, sus principales dirigentes se reunieron en Madrid para ultimar detalles y decidir la fecha de la rebelión.

La situación del país se hizo muy grave; mejor dicho, la derecha y la ultraderecha la hicieron muy grave. Escudada en su impunidad, la derecha quería demostrar que no había orden, que no se podía salir a la calle, que no había poder, que las hordas marxistas y anarquistas se habían adueñado de la

calle y España se estaba rompiendo en pedazos. La derecha y la ultraderecha reclutaban jóvenes para organizar y entrenar unidades paramilitares (los carlistas venían haciéndolo desde antes de la caída de la dictadura de Primo de Rivera); y, en cuanto a la izquierda, había comenzado también a organizar por su parte unidades paramilitares para hacer frente a una posible agresión de la derecha y la ultraderecha (sobre todo, las Juventudes Socialistas Unificadas y las minoritarias Juventudes Comunistas).

Las tensiones político-sociales parecían, pues, haberse llevado hasta posiciones extremas de ruptura. Pero ¿por qué? ¿Qué era lo que había puesto al país al borde de un estallido incontenible? ¿Cuál era la causa que lo había empujado hasta el borde del estallido?

Sin duda, la clase dominante -que odiaba todo lo relacionado con la democracia y, en mayor medida, todo lo referente al progreso (en los primeros meses del Alzamiento Nacional, se levantaron voces en Salamanca reclamando el restablecimiento del Santo Tribunal de la Inquisición)- estaba provocando graves tensiones. Pero todavía hoy sigue sin aclararse la causa grave -concreta y evidente para todos- que llevó a los dirigentes militares a asumir la terrible responsabilidad de desencadenar la Guerra Civil. Y el que nos los preguntemos todavía hoy -a falta de una motivación concreta y plenamente evidente para todos (y, aún más, de una multiplicidad de motivaciones)- viene a indicar de por sí que el provocar una guerra civil, el iniciarla, fue una ligereza, una frivolidad, monstruosa. Porque el descubrimiento, después de iniciada la guerra, de "*Documentos secretos*" que "demostrarían" que la izquierda conspiraba para implantar un régimen comunista en España es una justificación *a posteriori* y no merece el menor crédito; es más, lo que sí demuestra es que no había una causa tan grave que justificara la serie de muertos y destrucciones que toda guerra ocasiona.

Los terratenientes y sus aliados decidieron desencadenar la guerra, en defensa de sus rentas, por una serie de razones.

Una de ellas fue la adhesión casi completa del Ejército, lo que les aseguraba prácticamente el triunfo. Otra, la incapacidad de los terratenientes para actuar en política y la imposibilidad de la defensa de sus intereses con argumentos racionales en ese campo: ¿cómo iban a hacerlo, si ello iba en detrimento de los intereses de todos los demás ciudadanos? Otra razón importante fue el no reconocimiento de la validez del curso político, tras el fracaso de los gobiernos de la derecha (Gil Robles, Lerroux, etc.), y la convicción de que, tras las repetidas e infructuosas intentonas anarquistas y libertarias y la tentativa revolucionaria de Asturias en octubre de 1934, las "gentes de orden" aceptarían una mano dura que se impusiera de modo rotundo en el país.

Además, la situación internacional era plenamente favorable a cualquier política "anticomunista", aun cuando ésta conllevara gestos fascistas o nazifascistas, dada la ambigüedad de que estaban dando muestras países "democráticos" como Inglaterra, Francia, Estados Unidos y otros, y su contraste con la política belicosa de Alemania e Italia y su apoyo a todo movimiento político que pudiera serles favorable. A lo que hay que añadir la política beligerante y activista de la Iglesia católica, que, con tal de frenar el progreso, era capaz de aliarse con el diablo, por lo que se comprometió a muerte con los

latifundistas; un respaldo, total y absoluto, como consecuencia de la identificación de la jerarquía de la Iglesia nacional con las clases residuales del feudalismo tardío, los carlistas navarros y sus afines, dispersos por todo el Estado, fundamentalmente.

### **Reagrupación de la burguesía naciente y la derecha en general en torno a la clase terrateniente, y planificación de la guerra civil por los africanistas**

Una cuestión muy grave -y clave en el estudio de la Guerra Civil- es la de esclarecer si la guerra fue planeada como un golpe de Estado -el clásico *pronunciamiento* español- o si fue planeada como algo más serio.

La lógica de las cosas parece apuntar, desde luego, a algo mucho más serio y eficaz que, por ejemplo, el Pronunciamiento de Primo de Rivera en septiembre de 1923. Los conspiradores de 1936 estaban convencidos de que el golpe de Estado no resolvería nada; y los terratenientes, en particular, buscaban una solución eficaz y de larga duración: algo así como el descabezamiento de todas las organizaciones de izquierda y el aniquilamiento de sus dirigentes “para siempre”; aunque, para conseguirlo, había que crear unas condiciones que lo facilitaran mediante una represión permanente de alcances nunca antes conocidos.

Va para treinta años que -en una revista genuinamente cavernícola y troglodita ya en aquel tiempo (hoy sería inconcebible su publicación)- se publicó un artículo, «¿Qué pasa en Brasil?», firmado por Américo Santos Guerrero, en el que se analiza el golpe de Estado de los militares brasileños que derribó al Presidente Goulart. En él se critica a los militares brasileños por no haber sabido esperar: fueron unos impacientes; y no supieron cargarse de razón para aniquilar a los marxistas, por lo que éstos pudieron pasar a la clandestinidad con sus dirigentes y sus organizaciones intactas y prontas a recuperar el poder.

“Muchas veces -se dice en ese texto- no es conveniente enfrentarse al enemigo sino cuando uno puede aplastarlo. Las victorias a medias pueden ser más peligrosas que las derrotas a medias. La izquierda brasileña ha conservado su organización. La falta de un combate armado ha dejado a la contrarrevolución como el Gobierno Lerroux-Gil Robles dejó a la española en octubre de 1934. No ha sido posible asestar un golpe a fondo a la secta revolucionaria y a los políticos que en mayor o menor medida la encubren y ayudan.»<sup>215</sup>

Esa tesis, ese objetivo -tener la paciencia necesaria para esperar hasta provocar a los marxistas al combate armado, y entonces aniquilarlos (no enfrentarse al enemigo, las sectas revolucionarias, hasta que se pueda aplastarlo)- ha sido después ampliamente reiterado en la práctica. Pero no se encuentra en las declaraciones y proclamas de los generales españoles que, después de innumerables reuniones, planearon y dirigieron el “Alzamiento”. Aunque lo que sí hay en ellas es alusiones a “una guerra civil”, y deben ser muchas, pues los militares, exaltados y entusiastas en exceso en muchas ocasiones como eran, no habrían podido contenerse, a pesar de inventar el eufemismo “alzamiento” para evitar la palabra castiza española *Pronunciamiento*, o la expresión *guerra civil*.

---

<sup>215</sup> ¿Qué pasa?, segunda época, núm. 29, 10 de julio de 1964.

Otro autor, Felipe Beltrán Güell -que recoge información bastante fidedigna al respecto en un libro interesante, *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*- al señalar la falta de preparación, la improvisación, de la intentona militar del 10 de agosto de 1932, indica que «lo que estaba fuera de duda es que el país no estaba aún preparado para una guerra civil».<sup>216</sup> Y añade que la tesis de que se iba a una guerra civil está más clara en la Base 5ª, segundo párrafo, de la Instrucción “técnica”, número 1, que reproduce en su libro.

«Se tendrá en cuenta que la acción {se está refiriendo a la “conquista del poder”} ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos, para estrangular los movimientos de rebeldía o de huelgas.»<sup>217</sup>

Por lo demás, “Movimiento” es un eufemismo que ha tenido mucho éxito y ha servido para designar al partido único que “aglutina” por la violencia a numerosos grupos políticos; y los franquistas lo preferían a la palabra tradicional, “Partido”.

Entre los intelectuales y profesionales no franquistas predomina la idea de que los generales que se sublevaron el 18 de julio de 1936 sólo pretendían conquistar el poder mediante el clásico *pronunciamiento* o golpe de estado, y que la resistencia popular frente al mismo lo convirtió en guerra civil. Pero mantener esto es una ingenuidad, indigna de un intelectual, que tiene la obligación de ir más allá de las apariencias y descubrir los que hay tras ellas.

Aunque a los franquistas les gustaría que se aceptara tal ingenuidad, creer que la Guerra Civil fue planeada como un golpe de Estado, y que éste degeneró luego en guerra civil, supone negar toda competencia técnico-profesional a los generales y a los políticos españoles y equivale a atribuirles una falta de preparación, una improvisación, indigna. Pues, en tal caso, ¿de qué habrían servido tantas y tantas reuniones, en Madrid en casa de la condesa de Tal o de Cuál?; o, ¿para qué la creación en París de una sociedad de estudios que

«recogiera y divulgara textos de grandes pensadores sobre la legitimidad de una sublevación, y para apoyarla se creó *Acción Española* el 15 de diciembre de 1931?».<sup>218</sup>

Los generales que preparaban el *Alzamiento* ostentaban cargos importantes. El General Sanjurjo, por ejemplo, era Director de la Guardia Civil mientras tramaba un *alzamiento* privado. Mola, Queipo de Llano, Franco, etc., todos los generales rebeldes, disfrutaban de cargos de la mayor responsabilidad, lo que les permitía disponer de la máxima información e influencia; aparte de que contaban con las subvenciones de los grandes propietarios terratenientes.

«No podrá reprocharse a los preparadores del Movimiento de 1936 -escribe Beltrán Güell- la improvisación y abandono de que se culpó justamente a los de

---

<sup>216</sup> *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*, Valladolid, 1938 (Valladolid, 1939, en la contraportada interior), p. 91.

<sup>217</sup> *Ob. cit.*, p. 123.

<sup>218</sup> Beltrán Güell, *Ob. cit.*, p. 82.

1932; en la siguiente "Instrucción Reservada" número 1, (...), puede advertirse el espíritu que los animaba y su meticulosa preparación.»<sup>219</sup>

Los dirigentes militares y políticos que planearon el *Alzamiento* pudieron cumplir con su trabajo a plena satisfacción.

Las expresiones "acción violenta" y "acción en extremo violenta", que se repiten en varios párrafos de las "Instrucciones Reservadas" -redactadas, al parecer, por el General Mola-, se interpretaron en la práctica para eliminar físicamente a los dirigentes militares opuestos o indecisos ante la rebelión militar. De hecho, el mismo Beltrán Güell afirma, al relatar el comienzo de la sublevación en Melilla, Tetuán y Ceuta, que los militares conspiradores interpretaron la expresión de "violencia extrema" como "ejecución" en el acto, pura y simple, incluso en el caso de que quienes no se les unieron no les ofrecieran resistencia.

Que los militares, y en particular un amplio grupo de generales y de coroneles, conspiraban era un hecho de conocimiento general. Pero lo más grave es que la derecha española veía con complacencia cómo los militares *suplantaban* a los civiles, liberándoles de los esfuerzos intelectuales necesarios para bajar a la arena política y luchar por sus propios intereses y convicciones. Da la impresión de que la ultraderecha española y sus aliados -que crecían conforme el peligro de una toma del poder por la izquierda se hacía más evidente e inminente- permanecían confiados en que, en el momento oportuno, los militares intervendrían para someter a las izquierdas y establecer un poder eficaz, garante de los derechos e intereses de la clase terrateniente y sus paniaguados (esto es, de las clases residuales, muy importantes en la sociedad española, al faltar aquí la centralidad del enfrentamiento entre el empresariado capitalista y la clase obrera, por la escasa penetración del capitalismo).

Lo que sí se produjo en los años de la República (sobre todo, tras el intento revolucionario de los mineros asturianos en 1934), fue una fuerte reagrupación de la burguesía naciente en torno a la clase terrateniente, revestida con una ideología fascista. La exhibición del espantajo de la amenaza de la implantación de una sociedad libertaria o bolchevique y el conocimiento general de la estrecha vinculación existente entre la clase terrateniente y la cúpula militar explican la reagrupación de las derechas en general en torno a la clase terrateniente; después de octubre de 1934 y tras las elecciones de febrero de 1936, que dieron el triunfo al Frente Popular, el *Alzamiento* -es decir, la guerra civil- era su única y última esperanza.

Los terratenientes y sus aliados abdicaron, pues, de sus responsabilidades políticas, de sus deberes de desarrollar una actividad política entre la población; y, así, un político de la talla de Gil-Robles pudo escuchar sin protesta alguna las palabras del coronel Aranda: "Sepa Vd. que, si continúo en mi puesto, es para evitar que el cargo pase a otras manos. *Cuando llegue el momento decisivo* ya verá Vd. cómo procedo".<sup>220</sup> El triunfo de los partidos de izquierdas agrupados en el Frente Popular hizo inevitable el *Alzamiento*, esto es, la Guerra Civil; y esto es lo que querían, los militares, ante todo, y, con ellos, todas las gentes de derechas.

---

<sup>219</sup> *Ibidem.*

<sup>220</sup> José M María Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1967, p. 247.

De hecho, la Guerra Civil había sido “meticulosamente” preparada. Sólo faltaba el “pistoletazo de salida”. Lo dio el General Franco en Tetuán. Y, con ello, comenzó la caza de los oficiales y jefes tímidos, vacilantes y (seguro) prudentes; lo más sorprendente es que los altos mandos ejecutados ignoraran la hora del comienzo de la sublevación, pues, de haberlo sabido, habrían salvado la vida.

**El acaparamiento del poder como “botín de guerra” y el empecinamiento en afirmar que “la Guerra Civil no ha terminado”, como prueba de cargo**

Ahora bien, ¿por qué ese frío odio contra los que no quisieron sublevarse? ¿Dónde estaba la raíz y la motivación del odio satánico de que hicieron gala los sublevados?

Contempladas las cosas desde el presente, se puede achacar a los generales y coroneles sublevados una perversidad brutal y un ansia increíble de poder. En alguna parte he leído que Mola dijo que, de encontrarse a su padre en el bando de enfrente, lo haría fusilar sin la mínima vacilación. ¿A qué grado de perversión moral había llegado? Los rebeldes se enorgullecían de su perversidad moral, como si todos sus crímenes los cometieran en cumplimiento de su deber y al servicio de una causa superior (caso de que poder existir una causa justificadora de tanto crimen). Pero, en realidad -y esto es lo verdaderamente terrible-, todo cuanto hicieron lo fue al servicio de una insaciable ansia de poder, puesto que, una vez obtenido, dispusieron de él como botín de guerra, como demostraron luego fehacientemente.

Tal parece ser el objetivo fundamental del desencadenamiento de la Guerra Civil. Los militares jamás habían alcanzado el poder por procedimientos legales, y ni ellos ni sus “parientes”, los terratenientes, tenían nada que ofrecer al pueblo español. Amparados en la impunidad que da la condición de clase dominante, elaboraron un proyecto muy simple. Esgrimiendo la amenaza de la toma del poder por las hordas revolucionarias y la chusma, les fue muy fácil provocar la desestabilización del país y crear la sensación de caos (a lo que contribuyó, es cierto, la inmadurez y la desorientación de algunos sectores, amplios, de la clase obrera). Se presentaron como la única fuerza capaz de salvar al país, con gran complacencia de la clase terrateniente y hasta de la burguesía, zarandeada bajo la doble presión de los terratenientes y las clases residuales tardofeudales, de un lado, y de los trabajadores, por otro. Y, una vez en el poder, se obsesionaron con retenerlo, con permanecer en el mismo, a costa de lo que fuese.

El empecinamiento en afirmar que “la Guerra Civil no había terminado” así lo demuestra. Todavía en 1974 la revista *Fuerza Nueva* dedicaba su número de junio a un acto, en homenaje al Jefe de Gobierno, Almirante Carrero Blanco, que resumía en su portada con esa misma frase, pronunciada más de una vez por Carrero Blanco antes del atentado que acabó con su vida, en diciembre de 1973; y el propio Caudillo volvería a repetirla el año de su muerte, 1975, en su último discurso político.

Ahora bien, ¿qué relación tiene esa afirmación -“la guerra no ha terminado”- con el ansia de poder y la obsesión por permanecer en él?

Si la guerra no había terminado había que seguir utilizando los procedimientos de violencia implacable, extrema, que se aplicó en julio de



1936. ¿Cuántas veces se reclamó la persistencia, la conservación, del espíritu del 18 de julio de 1936 en los últimos años de la dictadura franquista? Hasta el bochornoso e inhumano intento de prolongar, como fuese, la vida del General Franco para prolongar así el propio poder no hace sino corroborar, confirmar, eso mismo.

### **Contraste entre la toma de conciencia popular y el aislamiento del ejército profesional, y respaldo neocatólico del golpe de estado, y la guerra civil**

La mayoría de los generales del 18 de julio, o los más influyentes de ellos, querían el poder y lo querían sin ningún tipo de condicionamiento por parte de sus aliados, porque hicieron una guerra de exterminio para no volver a tener nunca enemigos. Y el modo en que se llevó a cabo el *Alzamiento* viene a negar la tesis de la Guerra Civil como un “golpe de estado” organizado por los generales y que, a pesar suyo, desembocó en una guerra civil por la reacción violenta de los trabajadores. Aunque es cierto que los hechos fueron más complejos de lo que los especialistas admiten.

Sin duda, los generales querían un golpe de estado semejante aunque mucho mejor organizado que el que intentó el General Sanjurjo el 20 de agosto de 1932. Pero estaban convencidos de que con el golpe de estado, aun teniendo éxito, no se resolvería nada, pues, dado el despertar de los trabajadores (e, incluso, de los campesinos pobres), éstos volverían muy pronto a recuperar su fuerza y su capacidad de obstaculizar todo intento de buen gobierno; en otras palabras, no se podría evitar que, al cabo de pocos años, volviera a repetirse la situación que había hecho necesario el golpe del estado. Además, no se trataba tan sólo de enderezar una situación política y social muy deteriorada; si se recurría al golpe de estado, es porque peligraba la hegemonía de la clase terrateniente, la clase realmente dominante, rica y con la poderosa nobleza feudal como núcleo central.

La vieja nobleza salió muy reforzada con la *desamortización* del siglo XIX. Tras perder en un principio a su aliada tradicional, la Iglesia feudal, poseedora de enormes riquezas, recibió una parte importante de los bienes desamortizados eclesiásticos. Luego, los demás compradores de los mismos se le unieron, al coincidir los intereses de unos y otros, formándose así la clase terrateniente como nueva clase hegemónica. Pero, además, la cúpula de la vieja nobleza, durante siglos estrechamente vinculada a la monarquía, pasó a formar el séquito o camarilla del Rey. De modo que la influencia de las viejas y poderosas familias nobles continuó siendo muy grande, al no haber forma de apartarlas del palacio ni de impedir que intrigaran contra el poder político; tanto más, cuanto que esa misma vieja nobleza había monopolizado antes todos los altos cargos del Reino, y en particular el cuerpo de oficiales (prácticamente, hasta mediados del siglo XIX todos los oficiales tenían que ser nobles), aparte de que solía aportar los miembros de las cúpulas del poder judicial y del eclesiástico.

Además, la clase terrateniente se hizo con otra poderosa influencia social; a saber, los pequeños propietarios agrarios. Puesto que sus rentas dependían del precio del trigo, los terratenientes pusieron todo su empeño político en mantener la prohibición de introducir trigo del extranjero (o en conseguir unos aranceles lo más elevados posibles para el cereal). Pero el mantenimiento consiguiente del precio del pan en el interior muy alto, supuso

también un alivio importante para los millones de pequeños campesinos de La Mancha, la Meseta del Duero, Aragón y otras regiones, que conseguían tan sólo rendimientos de unos 5 Qm por hectárea en sus tierras, muy esquilgadas. De modo que esos pequeños propietarios agrarios, aun viviendo ahogados por las deudas, se sentían protegidos por los representantes más activos de la clase terrateniente y los apoyaban políticamente, sobre todo en las elecciones. Y ese apoyo fue muy notorio en la Guerra Civil, tras exhibir los terratenientes la amenaza de que los comunistas venían a repartir las tierras de cultivo, exagerando los efectos de la Reforma Agraria; así, cuando los campesinos gallegos oían hablar del reparto de tierras, y miraban en torno, no sabían muy bien qué tierras iban a repartirse -las tuyas o las mías-, dado que nunca habían visto los latifundios de la mitad sur de la península.

En los comienzos del segundo tercio del siglo XX las industrias capitalistas habían hecho avances portentosos en Inglaterra, Alemania, Francia, Japón y, sobre todo, en los Estados Unidos de América. Luego, sus máquinas y sus nuevos instrumentos habían demostrado una terrible eficacia en la primera matanza industrial más importante de la Historia de la Humanidad. Y, tras esto, Alemania preparaba la aventura más criminal y sangrienta de la historia, Italia, fascinada por Mussolini, iniciaba su propia aventura, más limitada, Rusia comenzaba su construcción del socialismo estaliniano y Japón se disponía a conquistar Asia, comenzando por la conquista de China; etcétera, etcétera. Pero, entre tanto, ¿qué es lo que proponía la clase dominante, la clase terrateniente, como clase dirigente, al pueblo español?

Por de pronto, el Estado español, bajo la hegemonía social y política de la clase terrateniente, tuvo que abandonar Cuba, Puerto Rico y Filipinas en los dos últimos decenios del siglo XIX. Entonces, los generales del ejército derrotado descubrieron un recurso justificador, al atribuir la culpa de la derrota a los partidos políticos que, faltos de patriotismo, no habrían prestado al Ejército el apoyo que éste había necesitado. De modo que la cúpula militar y buena parte de la oficialidad comenzaron a manifestar signos de pretorianismo y “derechización”, situándose al margen y por encima de los partidos, a los que despreciaban. Esa “derechización”, creciente desde la Restauración, pareció reflejar cierta influencia del carlismo -denostado, vencido, pero nunca destruido-, cuyos dirigentes habían declarado más de una vez que ellos constituían la reserva indestructible de la ley y el orden, y la garantía de la conservación de las esencias, valores y principios de lo genuinamente español. En cuanto al Rey Alfonso XIII, contribuyó posiblemente por su parte a esa derechización militar con el favoritismo en los ascensos y la búsqueda en el ejército del apoyo político que no encontraba ni siquiera en los partidos conservadores.

El Ejército profesional -los generales, jefes y la parte más consciente de la oficialidad- había dado muestras evidentes de talante liberal y progresista durante casi todo el siglo XIX. Pero, tras la Restauración, tendió a identificarse cada vez más con la Corona. Y, tanto los propios militares como los mismos partidos turnantes, le mantuvieron en su papel de complemento de la Guardia Civil, al consistir su función, principalmente, en la defensa del orden interior: el Ejército, columna vertebral de la Patria.

La dedicación del Ejército al orden interior le apartó de los problemas internacionales, por lo que no se vio forzado a reformar su organización y sus modos de actuación. Pero esa dedicación profesional al orden interior tuvo que responder a alguna exigencia importante y peculiar de nuestra estructura política, económica y social. ¿Por qué en casi todas las naciones de nuestro entorno el Ejército tuvo como objetivo la defensa exterior, y en España no? Las aventuras semidomésticas de Ceuta, Melilla y el protectorado de Marruecos (“concedido” a España por las potencias dominantes en la zona), ciertamente desastrosas, no son, desde luego, un buen argumento en contra al respecto. Y, por lo demás, la desviación de nuestro Ejército de sus objetivos propios fue la clave y la causa de la crisis militar, con la actuación de las Juntas de Defensa en el momento más difícil de la crisis política: los partidos políticos prácticamente desaparecieron; y el resultado fue el golpe de estado del General Primo de Rivera, respaldado por el Rey, los generales de Palacio y los empresarios catalanes.

Ahora bien, ¿qué resolvieron, en los siete años de dictadura, los militares que se hicieron entonces cargo de la gobernación del país? Primo de Rivera prometió llamar a hombres íntegros, honrados e inteligentes, y no contaminados por los vicios de la política. Él era un militar, una profesión que no enriquece demasiado, por cierto, al hombre que se dedica a ella; y sus ideas acerca del gobierno del Estado, fueron más bien ingenuas o, sencillamente, “sopladas”. Tampoco era ni mejor ni peor político que el Caudillo (Führer, Duce, Conducãtor,...), quien confesaba a su primo y secretario que él era apolítico. Como tampoco lo es el General Alfonso Armada, quien (en un reportaje de televisión, el 23 de febrero de 1994) declaraba que, antes del 23 de febrero de 1981, en su esfuerzo por estar bien informado, leía todos los periódicos, oía la radio y seguía la televisión, preparándose así para gobernar al país. ¡Pobre! ¡Creía que, para estar bien informado, había que leer los periódicos!

Esa declaración del General Armada es todo un síntoma de la pobreza de su formación intelectual, que es la misma que han recibido todos los militares españoles: el General Sanjurjo, el General Mola y, por qué no, también el Caudillo, de quien se cuenta que su madre se opuso a que fuera a la Universidad porque se haría un descreído. Y esto, cuando los militares tendrían que contar con una formación seria, objetiva, amplia y general, puesto que, a lo largo de su vida profesional, necesitan y reciben mucha información que deberían integrar en su estructura intelectual -pues, no otra cosa quiere decir comprender- para saber si tienen que tomar decisiones al respecto, que es lo que ocurre en la mayoría de los casos.

Tal es el juego dialéctico de la formación y la información. Sin formación no hay información; sin una capacidad real, objetiva, de entender, no sirve de nada tener información. El individuo no puede construir su estructura mental propia y peculiar, su personalidad, sin información; pero tampoco puede recibir e interpretar la información, y tomar decisiones en consecuencia, sin esa estructura mental. Por eso se puede (y se debe) definir la conciencia como aquel conocimiento que conoce. La conciencia es la formación que recibe una información y la entiende e integra o asimila del tal modo que la convierte, de inmediato, en conocimiento, es decir, en capacidad de conocer.

Ahora bien, la formación que se daba a los oficiales en las Academias Militares ponía el mayor empeño en inculcarles una conciencia patriótica. Pero,

en ausencia de auténticos conocimientos de la evolución histórica de nuestro pueblo, todas esas enseñanzas abstractas se convertían en soflamas o arengas puramente retóricas. De modo que no es de extrañar que, con un lenguaje intelectual tan simple, los militares de carrera sufrieran el aislamiento creciente de la sociedad española, mientras por otra parte iban asumiendo el papel de depositarios y cultivadores exclusivos del patriotismo. Basta comparar, para comprobarlo, la producción intelectual de los profesionales del Ejército desde la muerte de Fernando VII hasta la Restauración, con la correspondiente a los años que van desde la Restauración a la Guerra Civil.

El descenso de la actividad intelectual de los militares profesionales y su creciente aislamiento del pueblo -e incluso de la misma clase dominante- coincidió con la época en que la clase terrateniente, como clase hegemónica, conducía al país al estancamiento, ya que, al defender sus “rentas”, frenaba todo progreso. Además, al hacerlo, arrastraba a las clases residuales, aliadas suyas, al estancamiento y al inmovilismo, aunque los trabajadores del campo (los pequeños campesinos parcelarios, sobre todo) y los de las ciudades buscaban una salida en la emigración al exterior. De hecho, desde la década de los 90 hasta la Primera Guerra Mundial, en concreto, esos trabajadores se desplazaron hasta allí donde se ofrecía algún puesto de trabajo, a pesar de la dureza de su nueva situación; porque la mayor parte de la mano de obra sobrante, disponible, procedían de la agricultura de subsistencia y sólo sabían un poco de los cultivos agrícolas, y la tierra como medio de producción continuaba siendo el objetivo anhelado por millones de españoles.

Mientras los trabajadores en general despertaban y tomaban conciencia de su situación como pueblo, los militares profesionales se aislaban en los cuartos de banderas de sus regimientos a jugar y chismorrear, desconociendo por completo qué hacía el pueblo. Tampoco les preocupaba gran cosa, puesto que lo despreciaban olímpicamente; quien lo dude que tome nota de cómo los oficiales trataban a los pobrecitos hijos del pueblo, campesinos en su mayoría, que como reclutas caían en sus manos. No creían en el pueblo español, del que una buena muestra llegaba a sus cuarteles, aunque sí en los Tercios de Flandes, los que lucharon en Italia, de cuyas leyendas tenían atiborrada la cabeza. Soñaban con las glorias de Flandes, las conquistas de Indias y con el imperio en el que nunca se ponía el sol; y continuaban creyendo en el destino universal del hombre anterior a la ruptura de Lutero, en su condición de mitad monje y mitad soldado (o, como precisaba uno de los compañeros del Fundador, “mitad obispo y mitad general”, que sería a lo que aspiraba todo español y lo que realmente quiso decir José Antonio).

El reconocimiento de las actitudes, valores y principios de los militares, los terratenientes y sus aliados ultramontanos y toda una grandilocuente fraseología medievalizante (sin renunciar, claro está, a ninguna de las conquistas de la industria capitalista) evidencian el inmovilismo de todos ellos, su propósito hipócrita y embaucador y su desprecio del pueblo español. Para constatar esto último bastan una par de testimonios: el del joven alférez, citado por Bernanos: “Hay que matarlos para que no se condenen”; y este fragmento de un editorial de ABC, en junio de 1939:

¿Son respetables todas las ideas? ¿Tiene todo el mundo derecho a profesar las que estime convenientes? Dos siglos de liberalismo contestan con afirmación a ambas preguntas. La victoria de Franco, que ha borrado, por

fortuna para España, estos dos siglos de liberalismo nos hace fijarnos ya en la verdad de las cosas y, sin miedo al qué dirán, responder con recta conciencia: no; las ideas erróneas no son respetables y nadie tiene derecho a profesarlas y propagarlas”.

Gentes con semejante mentalidad no podían presentarse al pueblo español para hacerle ninguna propuesta política mínimamente aceptable; era absolutamente imposible.

Dado su aislamiento, los militares profesionales y determinados estratos sociales de las clases residuales tendían a nutrir sus espíritus -sus conciencias- con las leyendas pseudopatrióticas que sostenían y transmitían los sectores más ultras de la Iglesia. Es más: la Iglesia, como educadora de la clase dominante, creó la concepción político-religiosa que se ha denominado nacional-catolicismo, al construir la nueva “conciencia nacional” con elementos religiosos revestidos de forma política (Santiago matamoros, Don Pelayo, Las Navas de Tolosa, Lepanto,...) e incorporar esas luchas al Cristianismo romano.

Ese ideal nacional-católico, con una mezcla de Cruzada apostólica y de exaltado orgullo nacional (la expulsión de los moros, la conquista de América, las glorias de Flandes, el imperio en el que nunca se ponía el sol, el Siglo de Oro, la Guerra de Independencia,...), constituía un contenido glorioso y suficiente para satisfacer cualquier conciencia, llenarla de orgullo y compensar el vacío más completo de varias generaciones. En realidad, el Ejército español había estado envuelto en tareas y conflictos internos desde la Guerra de Independencia (en la que la nobleza y “su” Ejército quedaron, por cierto, malparados); pero, aún así, ese tipo de ensueños bastaban para satisfacer su su ampulosa vanidad.

De hecho, la única aventura exterior del Ejército español fue la “pacificación del Protectorado del norte de Marruecos” y constituyó todo un desastre: el Barranco del Lobo, Annual,... Las hazañas de los militares africanistas no aparecen en los mármoles ni en los tratados de Historia, y la más brillante fue haber desencadenado la Guerra Civil: ¡qué vergonzosa y trágica historia! Meses antes del 18 de julio de 1936, el periódico más conservador e influyente del país reclamó, bajo la firma de un militar, “Armando Guerra”, el retorno del Ejército destacado en el norte de Marruecos, porque era en la Península donde se hacía no ya necesaria sino urgentemente apremiante su presencia. ¿Para qué? Para defender la propiedad de la tierra. Aunque esa necesidad no se presentó de repente: hacía decenios que la presencia del Ejército era necesaria, y así se deducía de su falta de espíritu aventurero en el exterior, tan jingoísta. La burguesía catalana era más partidaria de aventuras conquistadoras que toda la ultra derecha y la derecha del país; y es que, cuando la clase dominante de un país necesita al Ejército para defender la propiedad, ese país está rigurosamente *maniatado*, se encuentra en estado de inmovilismo, de estancamiento.

Ahora habría que volver al 18 de julio de 1936, para aclarar si los generales planearon un golpe de Estado que degeneró en guerra civil o una guerra civil, directamente. Pues bien, los generales gozaron de plena libertad y de la más completa impunidad para preparar un golpe de Estado que desembocaría en guerra civil; porque una guerra civil, directamente, no la puede preparar ni un general ni un grupo de generales: estalla cuando se dan

unas condiciones objetivas que están por encima de la voluntad de los hombres. Los generales españoles prepararon un golpe de estado a sabiendas de que desembocaría en guerra civil; y eso era lo que buscaban, pues contaban con una gran experiencia al respecto.<sup>221</sup>

---

<sup>221</sup> Esta frase, inacabada, la escribí el sábado 16 de abril. El domingo 17 no escribí nada; estuve todo el día revisando fichas. Al anochecer, vino a verme el Dr. Miguel Hernández. Le expliqué lo que estaba escribiendo y para qué; y él me sugirió que leyese la entrevista de ese día en el suplemento *Domingo*, del diario *El País*. No pude hacerlo hasta la mañana de hoy, lunes 18, y me contrarió. Mi disgusto fue, y es, tan profundo, que no sé cómo superarlo, porque las ideas centrales de Paul Preston, en su libro *Franco* (Grijalbo, Barcelona, 1994) son mis ideas, y formuladas incluso con las mismas palabras. Esto no es consecuencia de que él y yo hubiéramos leído unos mismos libros, sino de haber reflexionado sobre el mismo objeto con unos mismos supuestos teóricos, como diría Darwin. Pero siento asco y vergüenza de mi fracaso; yo tenía que vivir: no pude dedicarme a escribir sobre la Guerra Civil.

## 9. Poesía y sociedad<sup>222</sup>

«Como no puedo reprimir mi *odio* a la Guerra Civil, y en especial a los que la desencadenaron, y como he pensado tanto sobre ello, me ha resultado fácil llegar a una conclusión: la Guerra Civil fue meticulosa y concienzudamente planeada por los representantes más conspicuos de la clase hegemónica en España, la *clase terrateniente*; y lo hicieron en defensa de su *monopolio* exclusivo, la posesión de la tierra, y de su fuente de ingresos, la renta de la tierra, que era, además, el mecanismo del que se valían para amansar a la mayoría de la población trabajadora, porque, no habiendo industria, la tierra era el único medio fundamental de producción que conocían millones de españoles.»

### 9.1. Propósito y método de este trabajo

#### **Configuración de la personalidad del poeta en su infancia y juventud en virtud de la relación entre poesía y sociedad: el caso español en 1940-50**

¿Qué puedo escribir yo sobre poesía, sobre literatura, sobre arte? Es una tarea que parece fuera de mi alcance, porque durante muchos años estuve dedicado a la dura prosa de unas ciencias que, si no están alejadas de las emociones ni de la afectividad humana, pretenden abordar sus temas de una manera rigurosamente conceptual, único lenguaje que yo entiendo y en el que, con graves dificultades, sé expresarme. Por esta razón me sentí perplejo cuando recibí la invitación a tratar de un tema literario, poético, artístico o similar.

Durante meses reflexioné de modo esporádico sobre la materia de la que yo pudiera tratar con una mínima competencia y tras muchas vacilaciones llegué a la conclusión de que debiera escribir sobre un tema situado dentro de mi especialidad -dentro de lo que yo puedo, con alguna vacilación, confesar que es mi especialidad-: cómo las relaciones sociales (en cuanto cauces significativos de información) influyen en la formación de la conciencia y su manifestación a través de la conducta. En otras palabras -que vienen a decir lo mismo aunque de forma más concreta-: cómo el poeta asume y configura una concepción del mundo y de la vida, que luego aparece -se manifiesta- en sus poesías, en fragmentos, en rápidas y fugaces visiones, *flashes*, fogonazos, relámpagos, chispazos, destellos y noticias breves, reiteradas u ocasionales.

Se trata, ni más ni menos, del ya viejo tema de la relación entre poesía y sociedad a través del análisis de los contenidos poéticos referidos a las ideas y preocupaciones dominantes de la sociedad en que vivió el poeta en sus años más plásticos y formativos, aquellos en los que las influencias comunicativas dejan una impresión más indeleble: la adolescencia y la primera juventud, etapas que se corresponden con los años en que los contenidos, interiorizados de manera dispersa y desorganizada, se enfrentan, entrechocan y contradicen hasta elevarse y fusionarse para aparecer como autoconciencia, como subjetividad, como personalidad, como el ser social del individuo.

---

<sup>222</sup> Mecanoescrito. Inacabado y sin fecha, pero casi con toda seguridad de los primeros meses de 1994 (Véase Nota 209). (*N. del E.*)

### **Contraste de los flujos de información que incidían sobre los individuos en España a mediados del siglo XX y los que lo hacen desde 1960-1970**

Aunque es difícil dilucidar los cauces ciertos -las relaciones sociales más eficaces- a través de los cuales llegan a los individuos los contenidos cognoscitivos (la experiencia humana socializada), se puede establecer un orden de prioridades en la influencia de los mismos, al menos para los 30 años centrales de este siglo. A este fin hay que recordar que los flujos de información que incidían sobre las conciencias en las décadas de los años 30, 40 y 50 eran muy distintos de los operantes en la actualidad; de modo que la tarea resulta en realidad facilitada por la mayor nitidez y concreción de los cauces de información que tenían entonces los muchachos y los jóvenes, y la población en general.

La simple mención de los hechos basta para hacer patente la tremenda diferencia entre los flujos de información que aflúan a los individuos en esas décadas y los que lo hacen en la actualidad.

Con anterioridad al desarrollo de los medios de comunicación de masas y de la publicidad comercial, los flujos de información más influyentes estaban representados por la familia, la escuela, la Iglesia, los amigos y el medio social difuso. El periódico estaba muy poco desarrollado y sólo alcanzaba a miembros de la clase media alta, a la clase media baja de los profesionales y a algunos grupos de la clase obrera; en cuanto al cine, antes de la guerra civil se encontraba en su fase de pruebas; y el único medio de información eficaz, dentro de sus limitaciones, era el púlpito. La sociedad española anterior al "desarrollo", en la década de los años 60, era una sociedad con muy pocas exigencias informativas, por la pobreza de las relaciones sociales y por los escasos condicionamientos de interdependencia. La única influencia digna de mención fue la expansión de la audiencia cinematográfica, con el estímulo de la difusión avasalladora del cine norteamericano en España desde un poco antes del final de la Segunda Guerra Mundial.

Por contraste, los flujos de información se han ampliado e intensificado hasta el extremo con la aparición de la televisión, el auge de la radio y las revistas publicitarias, todo ello fomentado por una publicidad comercial que creció de forma vertiginosa de año en año. Las exigencias de información de la población española aumentaron bajo la presión de varios factores evidentes: la industrialización, que genera nuevos nudos de dependencia social; la urbanización creciente de la población llegada a las zonas industriales y de servicios; el auge extraordinario del comercio, de los viajes y sobre todo, del turismo; las expectativas de emigración al extranjero; el rápido crecimiento de la oferta de mercancías, que implicaba (e implica) el darlas a conocer al público; y la apariencia insistente de que se borraban las barreras sociales y se estaba creando un cuerpo de ciudadanos uniformes, iguales y libres. En este tipo de sociedad los individuos se sienten impulsados a causar asombro a los demás, motivo por el cual todos resultan afectados con fuerza por influencias generales difusas.

**Configuración de la personalidad por las relaciones personales; el diálogo, forma básica de la comunicación; sus contenidos, clave de su eficacia**



Esta concepción de las relaciones entre contenidos poéticos y sociedad se fundamenta en dos supuestos capitales: que la conciencia de cada hombre en tanto que tal parte de cero (*anima quam tabula rasa...*) y se desarrolla por la “interiorización” de elementos de la experiencia humana elaborados en lenguaje o en utensilios culturales; y que esa “interiorización” sólo es posible por el intermedio de otros individuos, esto es, por el cauce de las relaciones sociales, lo que concede una gran primacía a las relaciones de persona a persona -a las relaciones personales-, por lo que la transmisión de información esta siempre teñida de afectividad, que es la que refuerza la interiorización y la asimilación.

Ahora bien, las diferentes formas de comunicación ejercen influencias muy diversas sobre los individuos que intervienen en las mismas; y, en ciertos casos, dependen de las relaciones entre emisor y receptor. Se puede comparar, por ejemplo, el efecto sobre el sujeto de una emisión radiofónica, una lección de cátedra, un discurso político o un sermón con el correspondiente a una conversación viva entre dos amigos, aunque uno de ellos desempeñe con preferencia el papel de actor emisor. La eficacia de una exposición sobre el oyente depende, muy fundamentalmente, de la posibilidad de réplica y de pedir aclaraciones. Pero la forma perfecta y más eficaz de comunicación es la conversación, el dialogo, único caso en que es posible la réplica y la petición de aclaración. Y esto: porque el emisor puede comprobar el grado de comprensión, que es la condición esencial y existencial de toda comunicación; porque el receptor puede alcanzar el límite de la comprensión del contenido, por la posibilidad de replicar y obtener aclaraciones y sobre todo por su actitud activa, que le permite engarzar el pensamiento que le es transmitido por el emisor con el suyo propio; y porque la tensión y el amor propio puestos en juego amplían la capacidad de comprensión y excitan el interés por el tema en discusión.

En la conversación apasionada, en la discusión, es donde se forja la subjetividad, el núcleo de la personalidad, la conciencia, porque es en ese momento cuando se pone en juego todo el conocimiento interiorizado previamente, toda la experiencia anterior, debido a que la pasión moviliza todos los recursos cognoscitivos propios, los enfrenta y los fusiona, precisamente, al aplicarlos. Así se produce una asimilación energéticamente activa de conocimientos nuevos y se remodela en profundidad todo el conocimiento atesorado, acumulado de manera fragmentaria y unilateral.

Por otra parte, la eficacia y los efectos sobre las conciencias de la comunicación no dependen tan sólo de la reversibilidad de los actores de la misma, emisor y receptor, sino también, y muy fundamentalmente, de los contenidos. Es evidente que no provoca las mismas consecuencias una lección de geografía que un sermón sobre los infinitos sufrimientos de las almas en el infierno, o un mitin político.

Con esta concepción de las relaciones entre los contenidos de conciencia y el entorno social y sus supuestos indispensables, se va a intentar “explicar” -correlacionar- la concepción del mundo, de la vida y de la sociedad del poeta -los contenidos cognoscitivos fundamentales de su conciencia- con los rasgos sociales concretos constituyentes de la sociedad en la que se

desarrolló y vivió, y en la que se forjó su personalidad.<sup>223</sup> Aunque para lograr tales “explicaciones” y correlaciones es necesario, ante todo, hacer una presentación de la sociedad española en las inmediaciones de la guerra civil, del cruel acontecimiento de la contienda, de la victoria y sus consecuencias intelectuales, culturales y sociales, las manifestaciones más sobresalientes e influyentes de los vencedores, de la sociedad de la posguerra en sus rasgos más característicos y operantes, de la supervivencia de rasgos de la sociedad de la preguerra enfrentados con elementos hostiles de la sociedad resultante de la victoria, etc.<sup>224</sup>

Por lo demás, la poesía -los poemas- refleja la actitud, el talante, del poeta ante los acontecimientos y rasgos más sobresalientes de la realidad: en especial, de la realidad social y, sólo muy en segundo lugar, de la realidad natural. El poeta verdadero mira y habla de los hechos humanos, solamente de los acontecimientos protagonizados por los hombres y relativos a los hombres; el arte genuino tiene por tema al hombre y nada más que al hombre.

## 9.2. La sociedad española concretada en una ciudad

Elegir una ciudad cualquiera, como, por ejemplo, León, para representar en ella los graves conflictos y las acentuadas tensiones sociales de la sociedad española en los años inmediatos a la guerra civil y en la larga (¡tan larga!) posguerra no es científicamente muy correcto; pero es adecuado y conveniente para este trabajo, pues en esa ciudad va a formarse y crecer el poeta a partir del comienzo de los estudios de bachillerato (supongamos que hacia los 11 años), iniciados dos años antes de que estallase la guerra civil.<sup>225</sup>

Para entender esos dos años y comprender las supervivencias intelectuales en la ciudad de la posguerra, se hace necesario un resumen, muy breve, del marco social de la España de la preguerra civil y que condujo a ésta como un proceso inevitable.<sup>226</sup>

### **La sociedad española desde la Restauración y su marcha fatal hacia la guerra civil**

En primer lugar, hay que destacar el desigual desarrollo económico, social y hasta político de las distintas regiones españolas, pues antes de la guerra civil (y aún después) convivían sobre el suelo español zonas industriales transformadoras bastante avanzadas -como Barcelona y su área

---

<sup>223</sup> Dichos contenidos aparecen manifiestos, a veces con reiteración y otras utilizados para expresar sus estados de conciencia o de ánimo, sus esperanzas, alegrías, indignaciones, etcétera.

<sup>224</sup> En el archivo familiar existen dos versiones del texto, ambas con correcciones a mano de Pilar Velasco, pero la única diferencia relevante entre las dos es el último punto y seguido, que falta en una de ellas. (*N. del E.*).

<sup>225</sup> Esto parece una referencia indirecta al caso concreto de Eugenio de Nora (1924), de la revista leonesa de poesía *Espadaña* (1944-1951), fundada por el canónigo Antonio González de Lama -director de la Biblioteca Azcárate, tras la guerra civil-, Victoriano Crémer y el propio Nora, y con una línea editorial de compromiso político y social, a diferencia de su competidora de la época, la revista clasicista *Garcilaso*. La amistad entre Eloy Terrón y Eugenio de Nora perduró a través de los años; todavía, en agosto de 1997, el primero aprovechó el homenaje que le organizaron sus paisanos de La Cepeda al segundo, para resaltarla. (*N. del E.*).

<sup>226</sup> Como el autor de estas líneas ha estudiado ya la marcha fatal del país hacia la guerra civil, se limitará a esbozar aquí un brevísimo resumen.

de influencia, Bilbao y otras poblaciones importantes y núcleos de industrias modernas esparcidas por toda la provincia de Guipúzcoa-, con bastantes centros de industrias extractivas en Asturias, León, Huelva, Córdoba, Jaén, etc., con comarcas de agricultura muy avanzada cuyos productos estaban dirigidos al mercado exterior -como la comarca de Jerez, algo en Málaga, la huerta de Murcia y Alicante, las huertas de Valencia, Castellón y el delta del Ebro-, con extensas regiones de cultivos de la vid, del olivo y sobre todo de trigo y cebada, destinados a un mercado muy oscilante e incierto, y con numerosas comarcas, e incluso regiones, en las que se practicaba una agricultura de subsistencia y donde sobrevivía una población que no llevaba nada al mercado ni tampoco compraba nada. También hay que señalar la coexistencia de formas, las más extremas, de propiedad: inmensos latifundios en la mitad sur del país e increíbles minifundios en la mitad norte. Con todo, la forma de producción dominante en el país era la agricultura dirigida al autoconsumo y a la venta de excedentes, salvo en las reducidas comarcas de agricultura para la exportación; en cuanto a los escasos enclaves industriales, eran pequeños islotes en el mar agrario.

La población española estaba constituida por pequeños productores agrícolas, ganaderos, artesanos, comerciantes, obreros agrícolas y reducidos núcleos de obreros industriales; pero el predominio, por su número, pertenecía a los pequeños productores, aupados en sus pequeñas propiedades, todos iguales en derechos, independientes e insolidarios, definidores de la España invertebrada; tan solo en las agrovillas y agrocidades de la mitad sur y en los enclaves industriales se vislumbraban algunas señales de coherencia y de solidaridad. Dada la forma dominante de producción y su estructura social, la población española se dividía en clases que se ignoraban por completo. La poderosa aristocracia terrateniente vivía en las grandes ciudades pendiente de las remesas de sus administradores pero anhelando París y la Costa Azul para ir a derrochar sus rentas; para que éstas no disminuyeran, era fundamental que no bajaran los precios de alimentos básicos como el trigo, el aceite, las legumbres, la cebada, el pienso, etc.; y, para evitarlo, se prevaleció de su influencia militar sobre el Rey, en Palacio. Cuando los productos agrícolas amenazaron la agricultura de las naciones del Oeste Europeo, la aristocracia española consiguió levantar insalvables barreras aduaneras contra la penetración de los productos agrícolas; y así se fueron elevando los precios en el interior tras sucesivas subidas de los aranceles, hasta llegar a la prohibición simple y llana de las importaciones. De esta manera se creó el primer ensayo de aislamiento del mercado nacional del exterior.

Pero los avances de esa política de los terratenientes tuvieron un coste grave, pues, aunque lograron -mientras pudieron- sucesivas subidas de aranceles valiéndose de los partidos "turnantes", se llegó a una situación en la que les era difícil conseguir sus objetivos; y, entonces, fomentaron desde el propio Palacio el golpe de Estado del General Primo de Rivera. Por fin, las dos famosas líneas de poder, la civil -que va desde el Rey con el Parlamento, el Gobierno, los Gobernadores Civiles hasta el alcalde de cada municipio- desaparece para dejar paso libre a la verdadera, la que, desde el Rey, el Jefe del Estado Mayor y a través de los Capitanes Generales, llegaba por medio de los Gobernadores Militares hasta el comandante de puesto de la Guardia Civil.

Esta última era la verdadera línea de poder porque -aparte de su organización estrictamente militar- era la que disponía de las armas.

Cuando, por un reflejo liberal, se fue el Rey y se proclamó la República, la aristocracia terrateniente perdió el centro de ubicación del poder y no le quedó otra salida que desencadenar un nuevo golpe de estado -18 de julio de 1936-, que provocó la guerra civil. Aunque mucho antes se había ganado ya a los poderes “fácticos”: el militar (muchos generales y buena parte de la oficialidad eran aristócratas), el eclesiástico (el alto clero estaba estrechamente vinculado a la nobleza), el financiero (la presencia de la aristocracia era dominante en los consejos de administración de los grandes bancos y en las pocas y grandes empresas) y demás. Durante los 50 ó 60 años anteriores esos poderes “fácticos” habían ido desviándose cada vez más, no ya sólo hacia la derecha sino hacia el ultramontanismo y el integrismo más cerriles, acusando de comunistas hasta incluso a los partidos burgueses por el mero hecho de actuar en política, adoptando posturas y actitudes cada día más “apolíticas” y renegando abiertamente de la política; ¡en más de una ocasión el propio general Primo de Rivera se declaró apolítico y lo mismo hizo después el general Franco tras muchos años de ejercicio dictatorial del poder!

Los ultraderechistas tenían razón. ¿Cómo iban a actuar en política gentes con las ideologías que “florecieron” después de la victoria de la guerra civil? La ultraderecha hizo política como sabía: con las armas en la mano.<sup>227</sup> Por otro lado, las clases sociales estaban cada vez más aisladas, sin un medio de comunicación aceptado por todos que les proporcionara alguna visión de la realidad común. No había tal medio: la aristocracia y el amplio espectro de la ultraderecha no leía nada (aquí hay que incluir a militares, curas y jueces); la clase media y el estrato de los profesionales inferiores leían la prensa burguesa; y los obreros que sabían leer leían sus periódicos: los socialistas la prensa socialista; los anarcosindicalistas, la anarquista; y los comunistas, la marxista-leninista. Entonces no existía, como existe hoy, la varita mágica que hace moverse a las multitudes al mismo compás: la televisión. Además, la guerra civil se hizo inevitable también por el auge del fascismo en Europa y por la disposición de los partidos de izquierda a combatirlo.

A diferencia de los campesinos de algunas regiones, para quienes el 18 de julio fue una fiesta, los trabajadores españoles no deseaban la guerra civil. No la querían; pero tampoco vacilaron en tomar parte en ella. Nada les ataba a la sociedad en que vivían: en realidad, cuando una familia obrera se trasladaba de un lugar de trabajo a otro, todo lo que poseía lo llevaba en un par de maletas de cartón o de madera. Aceptaron la guerra porque sólo podían perder la vida. En el momento de producirse el golpe militar la clase obrera española - los obreros agrícolas, los industriales y los obreros de las ciudades- era posiblemente de las más combativas de Europa, aunque tenían enfrente, además de a la aristocracia, con sus poderes “fácticos”, a toda la burguesía y, lamentablemente, a los campesinos de la agricultura de subsistencia de la mitad norte de la península, que fueron movilizados por los latifundistas valiéndose de sus auxiliares eclesiásticos. No sólo los campesinos ricos, sino

---

<sup>227</sup> Uno de los dirigentes integristas del carlismo declaró que ellos no aceptarían la subida al trono de su Rey mediante un plebiscito sino que aquél debía conquistarlo e imponerse en él por la fuerza de las armas.

los medios y hasta los pobres se dejaron “movilizar” por los “nacionales” y la Falange.<sup>228</sup> Por lo demás, la guerra se hacía “¡Por Dios, por el Pan y la Justicia!”. Justificaciones lo suficientemente abstractas para emocionar hasta a los campesinos pobres, que se derrengaban sobre sus miserables parcelas. La guerra civil con todas sus siniestras consecuencias se hizo, pues, inevitable.

### **León antes de la guerra civil, una pequeña ciudad provinciana y levítica**

Antes de la Primera Guerra Mundial, León era una “ciudad” estancada en unos 17 ó 18.000 habitantes, que recibía el nombre de ciudad por sus monumentos (catedral, San Isidoro, San Marcos, la Casa de los Guzmanes, la Plaza Mayor, etc.), por ser un importante centro religioso, por ser un centro político y por su incipiente comercio; la base de la vida material de los leoneses era la rica agricultura de las vegas que rodeaban a la ciudad y cuyos cultivos penetraban en ella, ya que buena parte de los vecinos de los barrios vivían de la agricultura de los cultivos de las huertas. La única novedad, dentro de la apacibilidad pastoril, era la estación y el barrio surgido en torno a ella. Más que mejorar, en los últimos decenios antes de la Primera Guerra Mundial la ciudad había presenciado la desaparición del numeroso artesanado textil que elaboraba el lino de las vegas circundantes, desbordado por la expansión de los tejidos industriales, procedentes en su mayoría de Barcelona.

Después de la Primera Guerra Mundial la mejora de los precios agrícolas, la revitalización de los transportes y la instalación de alguna industria indujeron un rápido crecimiento de la ciudad que la hizo pasar de 21.000 habitantes en 1920 a más de 44.000 en 1940. Sin embargo, a pesar de ese rápido crecimiento (en los 20 años anteriores la población sólo había aumentado de 15.500 a 21.400 habitantes), la actividad básica apenas había cambiado, por cuyo motivo seguía siendo una ciudad de provincias que se caracterizaba por una gran rigidez en la estratificación de clases y por el hecho de que los primeros habitantes que se veían en las primeras horas del día eran curas y beatas. Era lo que podía decirse una ciudad levítica, ultrarreaccionaria.

La demostración de que la ciudad dependía en buena parte de su entorno agrícola la confirmaba el mercado de la plaza Mayor y la mayor parte del comercio, en especial todo el comercio periférico dirigido a proporcionar bienes y mercancías a los labradores que acudían dos veces por semana al mercado con sus excedentes -para venderlos directamente a los consumidores- y a quienes iban a comprar herramientas, aparejos, etc. En otro aspecto, León cumplía la función de intermediario en la exportación provincial de vinos hacia Asturias y de mantequilla (producida en las explotaciones ganaderas de la Montaña -toda la vertiente sur de la Cordillera Cantábrica desde el límite con Palencia al valle del Sil en La Ceana-) a Madrid, y en el comercio de las alubias del Órbigo. En este mismo período se forman algunos barrios de predominio obrero como el de Ventas, el de la Estación, el de la

---

<sup>228</sup> La moderada reforma agraria republicana conmovió los cimientos de la aristocracia, que empezó a gritar que los comunistas repartían la tierra como en Rusia; cuando los campesinos de las regiones de pequeña propiedad o de propiedad media empezaron a oír hablar de “repartir la tierra” no veían en su alrededor tierras que repartir -dado que los latifundios, que podían haberles encandilado, no podían verlos porque estaban a muchos kilómetros, en la mitad sur de España- por lo que pensaron que se trataba de quitarles sus miserables parcelas, y apoyaron a Franco en la guerra civil. Es más: en algunas regiones en las que la Iglesia ejercía un fuerte dominio se movilizaron con gran entusiasmo.

Corredera, etc.; pero se trataba de barrios en los que convivían obreros que tenían un trabajo fijo, obreros eventuales y un tercer componente, tipo lumpen. Naturalmente el predominio de los pequeños negocios (pequeños comercios, talleres artesanales y pequeñas industrias, etc.) era lo que configuraba el carácter de ciudad provinciana.

Entre las instituciones culturales de León hay que reseñar la existencia de un Instituto de Segunda Enseñanza, varios colegios de órdenes religiosas, un seminario mayor, una Escuela Normal de Magisterio, la Escuela Pericial de Comercio y una Escuela de Veterinaria, en la que se seguían estudios de rango universitario.<sup>229</sup> La ciudad contaba también con dos bibliotecas: una de ellas muy descuidada, la llamada Provincial, y otra más modernizada y actual, la Biblioteca Azcárate, en la Fundación Sierra Pambley, situada frente a la Catedral. La actividad cultural era extraordinariamente pobre, a falta de soportes institucionales idóneos. El único centro que debiera tener un cierto nivel científico -la Escuela de Veterinaria- languidecía en un viejo y desvencijado edificio al lado de la cárcel, dedicada a formar funcionarios de una manera predominantemente burocrática. Una vida más activa y con mayor irradiación hacia el medio exterior la tuvo la Escuela Normal del Magisterio; sin duda esto se debió a que cumplía una función más viva y más apreciada socialmente, sobre todo durante los años de la República, cuando los maestros fueron considerados como los estimuladores de la transformación de la sociedad y como los apoyos más firmes del nuevo régimen político. Pero, después de la guerra civil, el Magisterio sufrió una grave crisis de descrédito y fue objeto de la desconfianza y la animosidad de los vencedores, hasta el extremo de que su excelente edificio estuvo durante bastantes años incautado por el Ejército y dedicado a hospital militar.

Con la base económica y la situación social de León, la vida cultural de la ciudad no podía dar para más, dada la apatía intelectual de las clases altas (la aristocracia y la clase media de los profesionales superiores), cuyos hijos iban a estudiar a Madrid, a Valladolid e incluso a Oviedo, para algún día sustituir al padre en el bufete, en la consulta, en la farmacia, etc. Hacían sus carreras con grandes dificultades y retrasos, para volver a León a casarse bien y a prepararse para su futuro profesional político-rutinario. Ahora bien, nada de iniciativas ni de aventuras intelectuales: mucho casino y café y algo de club y paseo cotidiano por la acera de sol invernal por Ordoño II y por el paseo de la Condesa; estos profesionales iban a lo práctico, sin preocupaciones intelectuales. Aunque hubo también un ensayo cultural de brevísima duración: el Ateneo Obrero de Divulgación Social, donde los obreros más conscientes intentaban saciar su sed de cultura e ilusión ingenua de comprender algo el mundo en que vivían.

### **Estructura de la sociedad y actitudes distintas y contradictorias de las clases sociales**

En la víspera de la guerra civil, las clases sociales que componían la sociedad leonesa mantenían actitudes y esperanzas no ya distintas sino contradictorias. Las clases alta y media -muy minoritarias y las únicas que, por su formación intelectual y por sus relaciones sociales comunicativas, podían

---

<sup>229</sup> La Escuela de Veterinaria fue promovida al rango de Facultad de Veterinaria, adscrita a la Universidad de Oviedo, después del triunfo del Movimiento Nacional.

alcanzar un conocimiento de la realidad económica y político-social- estaban aturcidas, desinformadas y con la confianza puesta en el golpe militar que les solucionase sus problemas de una manera milagrosa y radical; mejor, brutal.

En el otro extremo del espectro estaba el amplio estrato de los trabajadores ilusionados con la revolución social que, de golpe, les proporcionase algo de seguridad; porque no aspiraban a mejorar mucho: solamente a tener trabajo y ganar un jornal para poder vivir al borde de la miseria pero sin caer en ella. Los trabajadores -en contraste con lo que se imaginaban (y se imaginan aún) muchas gentes resentidas de la baja clase media- no pretendían “dar la vuelta a la tortilla”, poner a los señores a trabajar y ocupar ellos su lugar; no, los obreros eran demasiado ingenuos y no estaban contagiados por el afán de competir ni por el de rivalizar en el consumo ostensivo: solamente aspiraban a vivir con un mínimo de dignidad en su pobreza; y, en aquellos años inmediatos a la guerra civil y sobre todo en los meses previos al 18 de Julio de 1936, “creían” en la posibilidad de una revolución que mejorara su situación.

En cuanto a la pequeña burguesía urbana y campesina, mantenía actitudes confusas aunque muy distintas. La pequeña burguesía urbana se sentía en cierta medida contagiada por los trabajadores y presentía que el cambio, todo cambio, que mejorara las condiciones de vida de aquéllos la favorecería en dos sentidos: porque quienes la componían también trabajaban y porque toda mejora de los ingresos de los trabajadores les beneficiaría por su contacto directo comercial con ellos, ya que sus propiedades estaban funcionalmente implicadas en el negocio y no representaban un gran atractivo para ser presa de posibles revolucionarios.

Este tipo de propiedad -no la magnitud de ésta ni su condición de trabajadores-, unas míseras parcelas de tierra que apenas les daban para comer en los años de buenas cosechas, por la calidad de las tierras y la forma de cultivarlas, hacia de la pequeña burguesía campesina un grupo aparte tan confuso y desorientado que se convertía en apoyo fiel de sus peores enemigos. El estar amarrados a unas parcelas que aislaban a cada propietario y lo convertían en prisionero esclavizado les impedía a estos trabajadores rurales tomar conciencia de su situación, los hacía insolidarios entre sí y víctimas de tratantes, recoveros, usureros, recaudadores y demás, aparte de ser en su conjunto víctimas de los latifundistas, beneficiarios del poder que oprimía al pequeño campesinado por medio de impuestos ruinosos para este último. De hecho, pese a todas las calamidades que caían sobre ella, este sector de la pequeña burguesía era el soporte más dócil y permanente de los gobiernos y del poder más reaccionario, al sobrellevar con gusto todas las opresiones con tal de preservar el fundamento de su propia esclavitud: sus parcelas.

### **9.3. La ciudad provinciana. León después de la guerra civil**

**Imperio del terror físico y espiritual como método de dominación: del terror paramilitar en apariencia sin control al terror organizado, metódico y frío de falangistas y eclesiásticos**

Salvo el triste y absurdo incidente del “tren de los mineros asturianos”,<sup>230</sup> que hizo más que flaquear a algunos de los representantes de la autoridad republicana (servicio que no les sería tenido al poco en cuenta a la hora de la represión), el levantamiento militar en León no encontró ningún tipo de resistencia y se impuso de inmediato el nuevo orden: el terror como método y la violencia incontrolada como instrumento.

Triunfante el golpe militar brotaron por todas partes grupos de ultraderecha que habían permanecido, más o menos agazapados, en espera de que se levantara la veda: milicias de la Falange, de Acción Popular, del Requeté, Milicias Cívicas, incluso algún representante de organizaciones religiosas.<sup>231</sup> Estos grupos paramilitares, respaldados por el ejército sublevado y por la guardia civil, son los que inician el reinado del terror. El procedimiento para desatar y mantener el terror era simple: registros domiciliarios, detenciones aparatosas, palizas, torturas, “sacas” y “paseos”,<sup>232</sup> consejos de guerra sumarísimos, fusilamientos, garrote vil, y los más terribles rumores para paralizar e inmovilizar a los vencidos, infundirles pánico, terror, porque los vencidos eran la inmensa mayoría.

Después de una primera fase de terror en apariencia sin control, se impone el terror organizado, metódico y justificado, terror frío y calculado; pero en esa otra etapa, que iba a durar muchos años, el terror iría respaldado por otros diversos mecanismos (instrumentos) aparte del mero aparato de la violencia física de las armas y de la tortura. Se implantan diversas formas de apoyo al terror: la opresión social, la opresión educativa y la opresión espiritual religiosa. Todos los organismos existentes, estatales, municipales, educativos y, con gran entusiasmo y eficacia, los religiosos, absolutamente todos, a los que hay que añadir los recién creados (que no fueron muchos), se convirtieron en tentáculos de intimidación, de vigilancia, de información del Gran Aparato Central de poder, como si la única función del Estado fuese ésa: vigilar, controlar y atemorizar.

Los diversos grupos paramilitares se unifican en uno, la Falange Española Tradicionalista y de las JONS (en adelante FET de las JONS), que duplica los organismos y funciones del Estado, en especial, las funciones de vigilancia, control, adoctrinamiento (propaganda) y, frecuentemente, de castigo de los ciudadanos. El tipo del falangista con su traje negro, camisa azul oscuro, sus botas altas, boina roja, correa negra, y con su pistolón, su aire marcial de vencedor y su bigotito en pata de mosca, causó pavor a la gente sencilla, porque, aunque no era cierto del todo, constituía la imagen misma del poder represor (de verdad, era el símbolo retórico y presuntuoso del Nuevo Estado). La fascinación de los uniformes coincide con el florecimiento del falangista uniformado y encorreado, para cumplir así la realización de la nueva concepción del hombre, como mitad monje y mitad soldado.<sup>233</sup>

---

<sup>230</sup> Su salida, repleto de mineros, del 18 al 19 de julio, fue aprovechada por el coronel Aranda para rebelarse en Oviedo el día 20 mientras los mineros intentaban sin éxito apoderarse de Ponferrada, tras pasar por la ciudad de León. (*N. del E.*)

<sup>231</sup> Ver Victoriano Cremer, *El libro de San Marcos*, León, Editorial Nebrija, 1982, pp. 31 y 40.

<sup>232</sup> Estas palabras se popularizaron para designar la acción de los grupos paramilitares de ir a las cárceles y otros lugares de detención para ejecutar a los presos políticos confinados.

<sup>233</sup> Como decía un viejo falangista, fundador de las falanges gallegas, la aspiración de todo español era ser mitad obispo y mitad general.



Ahora bien, el nuevo orden español, como el nuevo orden nazi-fascista europeo al que imitaba, pretendía también el milenio nacional-sindicalista,<sup>234</sup> y se propuso como tarea inmediata y urgente no sólo desarraigar todo signo o símbolo material del nefasto régimen liberal -aniquilar todo vestigio de partidos, de sindicatos, de asociaciones que tuviesen el más leve matiz liberal, democrático- sino también arrancar de las mentes todo pensamiento no ya marxista sino incluso conservador; el nuevo orden se lanzó a la tarea de llevar a cabo un colosal lavado de cerebro a todos los adultos y de inculcar los valores de la Falange (del Movimiento) en todos los niños a fin de hacer imposible cualquier tipo de revancha; los vencedores querían disfrutar de lo conquistado a cualquier precio mediante el método del terror de la violencia física y del adoctrinamiento político y religioso.

Para realizar esa ingente tarea de “lavado de cerebro” nacional se repartieron los papeles entre la Falange-Movimiento, un verdadero partido político,<sup>235</sup> un partido único, totalitario, que se reservaba, en exclusiva, la actividad política: sólo y únicamente el Partido-Movimiento podía hacer política, tener actividad política. Consecuente con su función, la Falange se adueñó o intervino todos los periódicos, todas las radios, todos los centros de cultura y se reservó la formación política de los niños en los Institutos, Colegios y Universidades, bajo la denominación de Formación del Espíritu Nacional; creó organizaciones para encuadrar a la población por edades para su total adoctrinamiento, como la Sección Femenina de la Falange, Educación y Descanso y las organizaciones juveniles, para niños y para niñas, y el Servicio Social, para la mujer; y, por otro lado, creó la intrincada selva de la organización sindical,<sup>236</sup> en la que en la teoría y en la práctica -como cotizantes- quedaron encuadrados todos los españoles, trabajadores, cuadros, empresarios, trabajadores autónomos, etc. A través de todas esas amplias organizaciones, la Falange -el Movimiento-Partido-, encuadraba a todos los españoles y con gran derroche de retórica y de dogmatismo les infundía su concepción del mundo, del hombre y de la sociedad, que coincidía con la unidad cristiana del hombre “anterior al desgarró luterano”.

Fuera del control de la Falange-Partido sólo quedaban las innumerables organizaciones de la Iglesia Católica española, que competía con éxito con aquella y en muchos aspectos le sacaba ventaja, de manera que una parte muy importante de los españoles cumplía con una doble militancia o, más bien, sufría un adoctrinamiento doble y muy similar en contenido. Pues la Falange no sólo se consideraba católica en lo confesional, sino que declaraba y afirmaba de modo constante que el contenido -la médula- de la nacionalidad española era el catolicismo, y el Estado Español, el más católico del mundo. Por su parte, la Iglesia-organización y todas las congregaciones religiosas -unas con mucho más entusiasmo que otras- asumían como propia una buena parte del

---

<sup>234</sup> Mejor le vendría el nombre de nacional-gremialista y nacional-católico, pero cuando domina la retórica vanilocuente, las palabras ocupan el lugar de los conceptos.

<sup>235</sup> Aunque más tarde el Movimiento rechaza las palabras partido político y partido único, se decía que la FET y de las JONS era un Movimiento, no un partido, la verdad es que en los primeros años la Falange era “el Partido”.

<sup>236</sup> Aún habría que incluir las diversas hermandades de labradores, ganaderos, pescadores, y otras más.

ritual y de la simbología falangista: el saludo brazo en alto, el himno, el “cara al sol” y la retórica vanilocuente, puesta de moda por la Falange.<sup>237</sup>

El objetivo de estas dos series de organizaciones era el mismo: desarraigar de las mentes de los españoles adultos todo vestigio de libertad, de democracia, de partidismo político, de modernidad intelectual, de tolerancia religiosa, e inculcar a las nuevas generaciones los “nuevos” principios y valores del Movimiento (resumidos más tarde en la frase, *nacional-catolicismo*) de manera rutinaria, reiterativa y dogmática. Hubo momento en que el adoctrinamiento modelador de las mentes infantiles se realizó sin competencia alguna -sin contradicciones abiertas, evidentes- entre ambas. Y tampoco cabe duda de que, en ciertos momentos -entre el final de la guerra civil y la primera derrota significativa del ejército nazi-fascista en Stalingrado, en el inicio de 1943-, los esfuerzos combinados y potenciados de la una y la otra lograron un relativo éxito, contrarrestado -hay que reconocerlo- por el racionamiento de hambre, el intervencionismo avasallador y la corrupción general, simbolizada en el “estraperlo”.<sup>238</sup>

Por lo que se refiere a León, durante los años de 1937 a 1945 aproximadamente, la propaganda a todos los niveles (mediante la radio y organizaciones de todo tipo) así como la presión social en todos los lugares públicos (calles, plazas, estaciones, cines), toda la actividad religiosa, las manifestaciones masivas por la conquista de las ciudades antes en poder de los rojos, todas las actividades cívicas, todo, fue utilizado como soporte publicitario para carteles (posters), “consignas”, símbolos (el yugo y las flechas estaban en todas partes), siluetas de Franco y del Fundador, etc. Era obligatorio levantar el brazo ante cualquier grupo uniformado que marchase por la calle; en la plaza de Santo Domingo se izaban y arriaban las tres banderas (la falangista, la nacional y la tradicionalista) todos los días a la mañana y al atardecer, al toque de corneta y ante una escuadra del ejército, y todos los ciudadanos de cualquier estado y condición tenían que pararse y saludar, firmes y brazo en alto: la ciudad era mimética de sus cuarteles.

Todas estas manifestaciones tenían algo de “astracana” y eran rutinarias, ritualmente forzadas y vacías, pero servían para reforzar la impresión de que el nuevo orden, la Falange -y, en su parte, la Iglesia- estaban por doquier y lo dominaban todo: nada escapaba a su ojo vigilante, ni a su dialéctica de los puños y de las pistolas. Porque, en efecto, en el trasfondo estaba la violencia creando y conservando el terror; en el trasfondo -todo el que quería saberlo lo sabía- estaban las “sacas”, los “paseos”, las torturas, los consejos de guerra sumarísimos -espectáculo habitual en la casa de los Guzmanes, de la Diputación, donde en minutos se despachaban juicios masivos con condenas a muerte para todos los encausados, en ocasiones a un padre y dos hijos-<sup>239</sup> y los batallones de prisioneros construyendo la infraestructura urbana del Ensanche (de los que formaban parte profesores,

---

<sup>237</sup> Todavía a finales de los años 50 y a principios de los años 60, en un Centro de Segunda Enseñanza de Madrid, regido por una congregación religiosa y con unos dos mil alumnos, se empezaban las clases todas las mañanas cantando el “Cara al Sol”.

<sup>238</sup> La palabra *estraperlo* es la denominación típicamente española del fenómeno social conocido en Europa durante la Segunda Guerra Mundial como mercado negro. Ver *Diccionario Vox*.

<sup>239</sup> Las ejecuciones colectivas en el campo de tiro de Puente Castro, acontecimientos aireados por la prensa local: el *Proa*, falangista, y *El diario de León*, eclesial.

ingenieros, médicos, abogados, empleados, obreros, etc., a quienes a diario o con frecuencia visitaban los familiares y señoritas distinguidas en plena faena para llevarles bocadillos, tabaco, calcetines y otros artículos necesarios). Pero, para todas las familias afectadas por las detenciones y los consejos de guerra sumarísimos, existía otro espectáculo aún más triste, más pavoroso y humillante -sobre todo, para madres y hermanas, que eran las que tenían menos peligro en presenciarlo-: el acudir de madrugada a la plaza de la cárcel para ver si sacaban a sus deudos condenados a muerte para llevarlos al lugar de ejecución, y poder así despedirse de ellos a gritos desgarradores. Y ese trasfondo se pretendía reforzar, además, con toda la parafernalia propagandística, aunque con frecuencia era conocido por las familias izquierdistas, que, como único medio de defensa, procuraban difundir por la vía de la comunicación personal todas las brutalidades que llegaban a su conocimiento y lo hacían, con frecuencia, exagerándolas, al estar dominadas las gentes por la indignación y el horror.

Todo lo anterior contribuía a acrecentar la sensación de miedo y de terror, si bien merecen sin duda un párrafo aparte las congregaciones religiosas y la Iglesia jerárquica, tan influyente en todo el país y, en especial, en León.<sup>240</sup> Entre las gentes de izquierdas corrió insistentemente el rumor de que algunas personas habían visto frailes del Convento de San Francisco y del Colegio de los Agustinos vestidos con mono, correa y fusil, así como instalar ametralladoras en sus edificios; y otro tanto se ha dicho del Seminario: que lo habían convertido en un fortín.<sup>241</sup> Sin duda, tales rumores y afirmaciones no se pueden confirmar, pero el hecho real es que se difundieron ampliamente entre las personas de izquierdas y contrarias al golpe militar e influyeron en las conciencias de miles de personas, en la misma ciudad de León, como auténticas verdades; pues lo fundamental no es la veracidad de los rumores o de las afirmaciones escritas sino las repercusiones sociales de los mismos.

### **La Iglesia, dirigente del “Nuevo Estado” mediante la organización de la adhesión pública, la educación y la dirección espiritual de los individuos**

Sean ciertos o no tales rumores sobre la participación de religiosos en los grupos paramilitares que cooperaron en el golpe de estado en León, lo que no deja lugar a ningún tipo de duda es la colaboración de las organizaciones de la Iglesia en el establecimiento del “Nuevo Estado” y en la laboriosa tarea del lavado de cerebro de todos los españoles para extirpar todo recuerdo de los nefastos 150 años de liberalismo a los que con frecuencia hizo alusión el Generalísimo Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios y autoridad facultada por el Vicario de Dios en la Tierra para seleccionar los obispos, sucesores de los Apóstoles y pastores supremos de la Iglesia. La Iglesia se entregó con Santo Celo a la tarea de justificar, de defender y propagar el nuevo orden y, a cambio de su colaboración, disfrutó de todas las ventajas y toda la influencia que consideró compatible con su independencia.

La estrecha colaboración de la Iglesia con el “Nuevo Estado” lo fue en el papel real de dirigente del mismo y en tres planos distintos: el de la adhesión

---

<sup>240</sup> Tan grande era su influencia que bastaba la intercesión de un tío cura, fraile, o de una tía monja, para lograr ser indultado de una pena de muerte.

<sup>241</sup> No solo se dijo entonces sino que, cuando ha habido posibilidades para hacerlo, también se ha escrito y publicado en el mismo León.

pública como forma de presión social (Rosarios de la Aurora, Ejercicios Espirituales, grandes Procesiones y otras manifestaciones públicas del culto, etc.); el de la dirección concreta de las conciencias individuales;<sup>242</sup> y el plano educativo, en el que las congregaciones religiosas recibieron carta blanca para hacer y deshacer.<sup>243</sup>

La colaboración más destacada de la Iglesia en favor del “Nuevo Estado” -mucho más grave que su presunta participación en el golpe de Estado y en la preparación y desarrollo de la guerra civil- fue su cooperación plena, total y decidida para conseguir la sumisión completa e incondicional de las masas. Pues, para lograrlo, empleó una forma de terror intelectual -espiritual- que consistía, por una parte, en presentar en actos públicos con toda la insistencia y viveza posibles la imaginería terrorífica de las penalidades del infierno y del purgatorio, y, por otra, en exagerar hasta extremos increíbles las ocasiones de pecar y de condenación eterna. Para todo ello, los predicadores se valieron de masivos ejercicios espirituales en locales semioscurecidos y de rosarios de la aurora en los que no ya sólo el ambiente sino también los motivos dominantes predisponían a los asistentes a alcanzar cotas máximas de angustia, de atribulación y de miedo, presentando tales actos como expiaciones colectivas de pecados gravísimos, que por otra parte Dios estaba castigando ya con algo tan terrible como la guerra civil. En consecuencia, las oraciones cantadas con más insistencia eran aquella que reza:

*Perdona a tu pueblo,  
perdónale Señor,  
No estés eternamente enojado,  
perdónale Señor;*

y otra en la que se recuerdan las continuas asechanzas del demonio:

*“El demonio a la oreja  
te está diciendo,  
deja misa y rosario,  
y sigue durmiendo...”.*

Es difícil comunicar la sensación de angustia que producían estas procesiones cuando a uno le despertaban en lo mejor del sueño de madrugada estas oraciones cantadas de manera plañidera por centenares o miles de voces; una sensación de angustia que desembocaba necesariamente en el miedo, sobre todo cuando se estaba ya angustiado por un miedo real, objetivo: miedo a la policía, miedo a los falangistas, miedo a las torturas, a la cárcel, al consejo de guerra y a una muerte fría por fusilamiento.

La Iglesia católica sacó a relucir toda su parafernalia atemorizadora en un movimiento de defensa por lo que había experimentado en los 50 ó 60 años

---

<sup>242</sup> Aquí, sin duda, debieron darse casos oscuros y muy graves, aunque todo lo relativo a este capítulo sea casi imposible de confirmar.

<sup>243</sup> Se le entregó la niñez y la juventud para que las modelara en los principios y valores del nacional-catolicismo, y se le otorgó la libertad para establecer centros de enseñanza y el privilegio de inspeccionar la enseñanza de la religión en todos los centros de enseñanza, estatales o privados (Ley de Enseñanza Media, de junio de 1938, dada en Burgos).

anteriores. Para nadie era un secreto y mucho menos para la Iglesia que se había producido una grave deserción de las prácticas religiosas<sup>244</sup> de una buena parte de la clase media, de la pequeña burguesía profesional, de los obreros industriales urbanos y de los obreros agrícolas de la mitad sur de la península, a los que apenas había prestado atención en los dos últimos siglos. Claro que la Iglesia no sentía tanto el despego de los actos religiosos de los pobres obreros ignorantes como el abandono de los profesionales, que sí podían influir sobre otros con su ejemplo. Por eso no podía dejar de aprovechar la ocasión ideal que se le brindaba de recuperar toda la influencia posible sobre todas las clases sociales; además, la ocasión era la más propicia para recuperar su influencia y apoyar eficazmente al nuevo régimen, que era el mejor que podía desear, el más reaccionario que podía imaginarse. De modo que, consciente de lo apropiado de la situación, se lanzó a fondo a explotar la atribulación y la angustia provocadas por la violencia y el terror generados por el golpe de Estado y por la guerra civil. De hecho, no podía imaginar mayor castigo para el pueblo español por su despego y abandono de las prácticas religiosas que la guerra civil -los odios ancestrales desatados-, que lanzaba a unos españoles contra otros hasta desembocar en aquellas absurdas matanzas por las carreteras y por los caminos. Estaba claro que se había desatado la ira de Dios: no podía darse una prueba más convincente. Había que aplacar esas iras divinas implorando individual y colectivamente perdón y humillándose, arrastrándose por el suelo, como viles gusanos; y de ahí la justeza de las misiones, de los ejercicios espirituales, de las interminables procesiones y de los rosarios de la aurora con sus plañidos:

*“Perdona a tu pueblo...”*

Había que apretar bien las clavijas de la penitencia a todos los que volvían a la Iglesia, arrepentidos de su anterior desvío. Había que demostrarles que Dios estaba muy irritado, muy enojado; y que los quería confusos y humillados, y mucho más ahora cuando tantos retornaban a aquella como tabla de salvación. Porque ¡cuántos, profesores, periodistas, profesionales, simples obreros, volvían sus ojos a las prácticas religiosas en busca de salvación para sus vidas! ¡Cuántos no intentaron convencer a sus acusadores, jueces y verdugos de que tenían genuinos sentimientos religiosos! Y los representantes de la Iglesia cobraron muy caros los salvoconductos de religiosidad que ella podía dispensar, acumulando nuevas atribulaciones y angustias sobre los ya atribulados, aunque sin dejarse conmovir por las muestras más expresivas de arrepentimiento y de sumisión; de ahí, la frecuencia de los añadidos en las noticias de ejecuciones de que los ajusticiados confesaron y comulgaron con todo fervor (sin que de todas maneras ese fervor fuera suficiente para ser perdonados en la tierra) dejando abierta la incógnita de si habrían sido perdonados en el Cielo.

---

<sup>244</sup> La tan vilipendiada frase de “¡España ha dejado de ser católica!” de Manuel Azaña, fue confirmada pocos años después por un libro del Padre Sarabia, *¿Es España Católica?*, escrito, según él, poco antes de la guerra civil y publicado poco después de iniciada. En ese libro se advierte que el clero católico sólo se había preocupado de las almas de la clase alta (cuya influencia había recuperado después de la Restauración), de las clases acomodadas urbanas (sobre todo de las ciudades y villas del Sur) y de los campesinos medios y pequeños de la mitad norte de la península; pero después de la Primera Guerra Mundial estaba perdiendo ascendiente con celeridad bajo la influencia de las nuevas corrientes intelectuales y culturales desarrolladas a través de la prensa y de los libros que llegaban de la Europa protestante, liberal, capitalista y atea.

Todas las señales y todos los hechos venían a confirmar y a fortalecer la recuperación de influencia de la Iglesia sobre las masas, a las que concitó entorno suyo en actos multitudinarios convocados confiando en el terror reinante, en las amenazas veladas de fuerza y, naturalmente, también, en las advertencias reiteradas de nuevas y terribles manifestaciones de la ira divina. Una táctica que, al menos en León, tuvo pleno éxito posiblemente hasta finales de la década de los 40: la inmensa mayoría de la población acudía a las grandes manifestaciones de culto colectivo; la asistencia a los oficios religiosos aumentó enormemente; y fueron pocas las personas que no pasaron por el tribunal de la penitencia y por el banquete eucarístico. De modo que, atrapada entre el miedo a los poderes terrenales y el terror a los infinitos padecimientos y penalidades del infierno, la gente se hizo religiosa; o simuló que lo era, para no crearse más dificultades en la durísima lucha de vivir, a pesar del racionamiento de hambre: León entró en una nueva Edad Media, por lo que a la práctica religiosa se refiere.

La Iglesia dispuso todavía de otro recurso muy propicio para el adoctrinamiento, y no ya sólo de un grupo social sin influencia sino de todos los jóvenes que llegarían a desempeñar un papel importante en la sociedad española, ya sea en los empleos del Estado, en las profesiones liberales o en las empresas privadas más importantes: formar y modelar a los futuros dirigentes desde la infancia más tierna y modelable. La Iglesia, mejor dicho, las congregaciones religiosas fueron las auténticas beneficiarias de la tremenda eclosión de la segunda enseñanza desde el año de la victoria en adelante. Por lo menos en León, entre 1940 y 1945 todos los colegios de las órdenes religiosas estaban a tope. También se multiplicaron las academias de piso y todo tipo de tinglados mínimamente adecuados para dar el pase académico; y aquella fue también la época más floreciente de las clases privadas. No se sabe como, pero, de repente, todos los hijos de la pequeña burguesía urbana y rural se sintieron con vocación y entusiasmo para estudiar.<sup>245</sup>

La preferencia por los colegios de religiosos es fácilmente explicable en los años inmediatos a la terminación de la guerra civil, sobre todo, si se piensa en la enorme influencia de que gozaba el clero en aquellos años. Estudiar en un colegio de pago daba prestigio, pero estudiar en un colegio de religiosos no sólo era motivo de prestigio sino que, además de reportar ciertas ventajas, constituía un verdadero privilegio social y un salvoconducto político; haberse formado en un colegio religioso significaba que uno era religioso, de buenas costumbres y persona de confianza para quienes disponían del poder político o económico. Naturalmente, los padres labradores, comerciantes o pequeños industriales que enviaban a sus hijos a “hacer el bachillerato” en el colegio de los Agustinos, de los Jesuitas, de los Maristas, etc., no tenían clara conciencia de las ventajas y privilegios que les reportaba. Ellos lo hacían porque confiaban en que así los chicos estarían mejor atendidos y vigilados que si los enviaban al Instituto y se veían forzados a vivir en una pensión de “mala muerte”; los padres se sentían más tranquilos, porque suponían que los frailes no dejarían que los chicos salieran de noche, se enviousaran en el juego y en otros vicios no menos peligrosos y degradantes.

---

<sup>245</sup> Es posible que esta expansión de la vocación para estudiar tenga mucho que ver con el encarecimiento de los artículos alimenticios y con el nacimiento y rápido crecimiento del estraperlo, que puso en manos de los labradores de las vegas próximas a León unos recursos que no sabían en qué emplear.

Lo que no sabían los padres -aunque tampoco les importaba- era que sus hijos fueron sometidos a un adoctrinamiento religioso más intenso, más riguroso y más empeñoso que la propia formación académica. Porque el primer saber y el más valioso, el saber más útil, era, naturalmente, el saber de salvación; convencidos los frailes de la verdad absoluta del apotegma de que el que se salva sabe y el que no, no sabe nada. En todos los colegios de religiosos los profesores dedicaban...<sup>246</sup>

---

<sup>246</sup> El mecanoescrito concluye así. (*N. del E.*).

## 10. La ideología de la clase media y el régimen de Franco<sup>247</sup>

«Puede afirmarse sin temor que la clase media ha sido la base de masas del Régimen del General Franco, tanto en la guerra civil como durante los 36 años y medio que duró el Régimen, desde la victoria hasta la muerte del Caudillo. Éste fue muy consciente de la conveniencia, más aún, de la necesidad de atraerse a la clase media. No sólo se dirigió a ella en numerosas ocasiones; como en el primer manifiesto al comenzar la guerra civil, donde dice -cito de memoria- que el Movimiento no viene a favorecer a una clase; o en su primera arenga pública, desde el balcón de la Capitanía General de Burgos, al ser encumbrado en la jefatura del Estado (“Venimos para el quehacer del pueblo, venimos para los humildes, para la clase media; no para los capitalistas”); etcétera. Además, en todos sus discursos (al menos durante los primeros veinte años) subsume los “fines temporales” -políticos, educativos e incluso los económicos- bajo el mejor servicio de Dios: dada la ambigüedad ideológica de la clase media, toda transmutación de los “fines temporales” en objetivos religiosos o simplemente espirituales le es muy grata y la fascina.»

### **La economía política, clave para el estudio de la actitud y el protagonismo social y político relativo de las distintas clases sociales**

En los últimos meses se advierte un fenómeno curioso e interesante entre las “buenas gentes” de la llamada clase media española. Se trata de la inquietud, sobresalto y miedo que sienten esas “buenas gentes de la clase media” ante la frecuencia de actos terroristas, huelgas y manifestaciones callejeras, el auge de la crítica abierta del Régimen en la prensa progresiva y la publicación y venta de libros izquierdistas y marxistas. Aunque también ha contribuido a exacerbar esos sentimientos la ligera atenuación de la norma sobre la exhibición del desnudo femenino en publicaciones y espectáculos, hasta el extremo de correlacionarse pornografía y terrorismo en una revista de ultraderecha.

La cuestión que a mí me preocupa es por qué se siente tan alarmada nuestra clase media ante esos fenómenos sociales. ¿Por qué una huelga o el mero intento de una manifestación de tipo laboral alarman tanto a las buenas gentes de esa clase media?

En verdad, ¿un paro, como protesta por la lentitud en la discusión de un convenio colectivo en una empresa vasca, catalana, andaluza o madrileña, pone en peligro la estabilidad de los miembros de esa clase media? ¿Cómo un paro, un intento de manifestación (pues nunca se pasa de eso) e incluso el terrorismo político afectan a las condiciones de vida de la clase media? Creo que entender este fenómeno es del máximo interés para evaluar las fuerzas políticas que muy pronto empezarán a manifestarse en nuestro país y para

---

<sup>247</sup> Manuscrito, fechado en Madrid en diciembre de 1975. (N. del E.).



prever la importancia de cada agrupación y cuáles serán las agrupaciones predominantes.

No se trata de hacer aquí un ejercicio de adivinación del futuro, muy de moda por cierto en la actualidad, sino de deducir de los intereses de las clases sociales y de la contradicción entre los mismos, el grado de intensidad de la solidaridad -nacida de los intereses comunes- que integrará a los individuos de cada clase social en agrupaciones o partidos, los posibles programas de éstos y la intensidad del conflicto entre los partidos fundados y montados sobre intereses contradictorios. Una previsión tal -que puede fundarse en datos y en una metodología rigurosamente científicos- tiene sin duda interés e importancia para programar la vida económica, educativa y cultural del país; y para saber, en fin, hacia donde se orienta la actividad global de los pueblos hispánicos.

Analizar y aclarar el fenómeno de la clase media al que se ha aludido tiene gran importancia para entender nuestro futuro, porque en la hora presente las inquietudes y miedos de la clase media pesan como una gran losa de plomo sobre los impulsos que pugnan por introducir reformas democráticas en el país. Se trata de averiguar qué clase o clases tienen interés en la pura continuidad del Régimen establecido por el general Franco; en otras palabras, qué clase o clases encuentran que sus intereses están siendo bien defendidos y fomentados por el Régimen.

La economía política puede, sin duda, prestar una valiosa ayuda en ese esfuerzo por entender la coincidencia de intereses entre la llamada clase media y el Régimen fundado por el General Franco. Pues, no se debe olvidar que el verdadero objeto de la economía política es el análisis -el estudio- de la forma en que se distribuye la riqueza entre las clases sociales que intervienen en su producción.

### **El desarrollo capitalista, causa de la centralidad de las clases empresarial y obrera y del hundimiento de la posición histórica privilegiada de la clase media**

Si se prescinde de la clase propietaria de la tierra, en la sociedad capitalista sólo quedan frente a frente dos clases: la clase empresarial y la clase trabajadora. Las demás clases dejan de ser propiamente tales porque carecen de intereses comunes sobre los que fundar la solidaridad de clase; son clases marginales o restos de clases. El único lazo que puede dar alguna unidad a los individuos de estas clases es el temor abstracto a padecer las consecuencias del conflicto en que se hallan enzarzadas las dos clases protagonistas de la sociedad capitalista: burguesía empresarial y obreros. Pues, todos los datos proporcionados por el análisis vienen a confirmar que en la sociedad capitalista la contradicción determinante es la que relaciona a obreros y empresarios; y, como tal, también la que condiciona toda la dinámica social.

La casi totalidad de la riqueza nacional es producida en empresas industriales, comerciales, de servicios y agrícolas. Frente a ella, la riqueza producida en explotaciones familiares por campesinos, artesanos y comerciantes significa muy poca cosa: no tiene peso suficiente para modificar las tendencias determinadas por la producción capitalista. Es más: la producción de las pequeñas explotaciones familiares sufre o padece todas las

oscilaciones y altibajos de la gran producción empresarial, sin que le quede más alternativa para sobrevivir que ponerse -siempre que se den las condiciones adecuadas- al servicio de la gran producción industrial.

Las pequeñas empresas -los pequeños negocios- sobreviven siempre de modo precario en los entresijos de la economía capitalista desarrollada o en negocios marginales (agricultura familiar, pequeño comercio, artesanía, etc.). La pequeña industria no tiene otra salida que producir aquellas piezas difíciles de mecanizar y que la gran industria no encuentra favorable producir por sí misma, en especial todas aquellas partes que exigen mucha mano de obra. Eso permite a las grandes empresas conseguir un doble objetivo: mantener en millones de hombres encendida, viva, la ilusión de llegar a ser un capitalista, manteniéndolos así integrados en el sistema; y extender la explotación capitalista a los trabajadores ajenos a las propias empresas. De ese modo el dominio del capitalismo (en su etapa monopolista) se afirma sobre toda la sociedad y, con frecuencia, más allá de ella.

Por otra parte, la dinámica de las fuerzas en la sociedad capitalista demuestra que no hay término medio: no hay una tercera vía entre capitalismo y socialismo. Los pequeños productores (los pequeños comerciantes, los pequeños industriales) en un medio capitalista son meros capitalistas en potencia. Sólo la clase obrera, sólo los hombres que no poseen más que su fuerza de trabajo, fuerza que venden “honestamente” a los capitalistas, constituyen una verdadera alternativa, un reto para el sistema capitalista. El cooperativismo, la cogestión, la autogestión son sólo escapes ilusorios de la realidad a los que son muy propensos los pequeños productores aterrorizados por la caída en el asalariado y siempre radicalmente inclinados a preferir ser cabeza de ratón que no cola de león.

Ahora bien, parece que la llamada clase media se compone de dos estratos claramente diferenciados: pequeños productores (comerciantes, industriales, agricultores y artesanos); y profesionales semi-autónomos, directivos empresariales y altos funcionarios, que gozan de los privilegios y sueldos elevados de las grandes empresas (semi-estatales) y del Estado.<sup>248</sup>

Es un hecho bien conocido que en los Estados autocráticos, precapitalistas, los latifundistas mantienen en su devoción a los rangos inferiores de la nobleza, premiándolos con puestos bien pagados del Estado. Por eso, en todos los Estados precapitalistas se da una verdadera lucha por los puestos de Estado que confieren privilegios y un relativo bienestar. Los funcionarios constituyen la segunda clase del país en cuanto a su nivel de vida; y en esa clase -o estrato social- se incluyen la mayoría de los cuadros medios y superiores del ejército, las altas jerarquías de la Iglesia y de la judicatura y los funcionarios técnicos de la administración.

En apariencia, ese estrato de los funcionarios -como los profesionales semiautónomos- está muy por encima de la mayoría de los pequeños productores; sobre todo de los agricultores, pequeños comerciantes y

---

<sup>248</sup> Aun cuando no sea del todo correcto, con la denominación ‘clase media’ se incluyen también grupos o capas de población que más bien pertenecen a la pequeña burguesía, como son todos los pequeños productores. El motivo de incluirlos en la clase media se debe a que los rasgos políticos de unos y otros coinciden; son prácticamente los mismos. Para una mejor comprensión, ver el trabajo del mismo autor “España, país de pequeños productores”. {Este manuscrito no se ha localizado aún. (N, del E.)}».

artesanos. Pero eso no quiere decir que a unos y a otros no les una actitud común y que ésta despierte en todos ellos reacciones comunes, en determinados momentos, sobre todo cuando creen que peligra su situación relativamente privilegiada. Esa actitud se pone de manifiesto ante ataques a la propiedad, a las diferencias de "clase", a la religión, a la patria, a los valores eternos de la cultura occidental, etc.

Para la clase media en su conjunto, la propiedad es un valor máximo -es sagrada-, porque es el fundamento firme de su posición de clase, que la diferencia de las clases bajas, y además la condición para el ascenso a la clase superior; sin ella, caería en las condiciones míseras del proletariado, en el fondo de la sociedad. Para comprenderlo bien basta pensar en lo que era la sociedad española desde la Restauración a la República; en cuál era entonces la situación del proletariado urbano y del proletariado agrario de la mitad Sur: y en cómo, para el amplio estrato social de la clase media, la propiedad era algo profundamente ligado a la persona, algo casi biológico, visceral. Para el pequeño productor la propiedad es la condición de vida y, sin ella, es la ruina, la miseria, la muerte. Algo, por cierto, muy distinto de la propiedad burguesa, que sólo se concibe como productora de una renta; de modo que, si no la produce, hay que deshacerse de ella.

La clase media es la guardadora celosa de las diferencias de clase; la conservadora insobornable de los modos, maneras y formas de clase, porque su posición en la jerarquía de la posición y el estatus social establece las distancias y evita la confusión con la clase baja, ese fondo en el que teme caer. Conserva esos caracteres de clase incluso frente a la clase alta, que, por sus contactos internacionales y por la seguridad que le proporciona su riqueza, no los necesita para mantener su rango y su prestigio. La clase alta tiene medios más que suficientes para diferenciarse de las demás clases de forma radical. Pero la clase media no se halla en la misma situación; y de ahí su obsesión por conservar las formas frente a intrusos, advenedizos y nuevos ricos.

Ahora bien, conservar las distancias es fácil en sociedades atrasadas, pero resulta una tarea difícil y abrumadora en tiempos trastornados o de transformación económica y social. Cuando se conmueven los fundamentos de una sociedad agraria resulta imposible que no entre en una etapa de transición hacia el capitalismo; y, entonces, es difícil conservar las diferencias de clase. Sobre todo, porque la clase alta, financiera, industrial y empresarial en general, está vitalmente interesada en difundir el consumo de mercancías de prestigio. Pues ya se sabe que el desarrollo económico no se puede apoyar única y solamente en los artículos de primera necesidad; al contrario, busca apoyarse en el consumo por las masas de artículos muy generales y deseados: vestidos, electrodomésticos (televisor, tocadiscos, nevera, transistor,...), coches, segunda vivienda, turismo, etc. Y, para la clase media, el acceso de las masas a ese consumo de prestigio representa una amenaza; es una inundación que desborda, anega y destruye todo el orden social, la jerarquía de clases; es el final de una cultura, de una civilización.

En realidad, esto se produce mediante dos procesos íntimamente relacionados: por una parte, el ascenso a las cimas de la riqueza de nuevos individuos con la transformación consiguiente de la clase alta, que parece desvanecerse para la clase media, que pierde el contacto con ella (desaparecen, por ejemplo, aquellos colegios, como Areneros y El Pilar, donde

la clase media mandaba a sus hijos para que anudaran relaciones de amistad con los hijos de la clase alta con vistas a su promoción social); y, por otra parte, el ascenso desbordante y amenazante de la clase obrera, cuyos miembros -cual nuevos ricos- son ruidosos y exultantes con sus “utilitarios” y sus transistores y lo invaden todo (cines, teatros, estadios, playas, carreteras,...), impidiendo a las gentes de orden el plácido disfrute de lo suyo.

Las diferencias de clase parecen esfumarse ante ese afán consumista, ese aburguesamiento de la clase obrera, de los chupadores de gasolina, de los alienados del volante a que se refieren muchos escritores reaccionarios, a los que les gustaría que los obreros continuaran vistiendo de mahón y calzando alpargatas. Ese sentimiento de la clase media es tan fuerte, que hizo exclamar a una mujer inteligente e ideológicamente avanzada que no había vuelto a España desde la guerra civil: “¡Parecen disfrazados de señoritos!”. “¿Dónde están aquellos obreros madrileños de alpargatas, pantalón azul y camiseta que, en julio de 1939, marchaban valientes a la guerra?”.

Tal es la doble amenaza sobre las posiciones de la clase media: la amenaza capitalista y la amenaza marxista.

#### **La defensa a ultranza, abstracta y retórica de la religión y de la patria, síntomas de la desaparición de la clase media como guardiana de las diferencias de clase**

Por lo demás, una manifestación típica, clara y evidente, del hundimiento de las posiciones de la clase media es su defensa a ultranza de la religión, la patria y los valores eternos de la civilización occidental. Lo es, por el contenido general y abstracto que atribuye a tales conceptos y por la interpretación dogmática, absoluta y exclusiva que hace de los mismos.

Su dogmatismo abstracto radica en que entiende dichos conceptos en sentido negativo. Pues, por de pronto, para esta clase, la religión es ante todo una estructura ritual, jurídica y jerárquica como un trasunto de la sociedad humana preindustrial; es, sobre todo, un sistema de encuadramiento y de clasificación social. Es una forma de alejar al prójimo al infinito, un modo de ponerle en los mismos límites de la percepción personal, en cuanto se ama al prójimo a través de Dios. Esto es, se ama al prójimo dando un rodeo infinito: un rodeo por cierto justo y lógico, porque en realidad ¿qué necesidad tiene la clase media de amar al prójimo? Más aún, ¿cuál, quién es su prójimo? El análisis del concepto religioso (que no del sentimiento: la clase media no tiene sentimientos) de la clase media retorna al principio: a las relaciones de clase, al sentimiento de solidaridad de clase y sus fundamentos objetivos. La clase media no tiene prójimo porque, en cuanto clase, carece de intereses de clase; esto es, carece de solidaridad de clase.

Del sentimiento de patria de la clase media puede decirse casi lo mismo. El concepto y el sentimiento de patria y de nación los generaron y los desarrollaron los liberales del siglo XIX, pertenecientes en su mayoría al estrato de los comerciantes y los profesionales. Pero, a partir de las dos últimas décadas de esa misma centuria y a lo largo del siglo XX, los pequeños productores agrícolas se apoderaron del concepto de patria y del concepto de nación y llegaron a convertirse en sus guardianes, depositarios e intérpretes infalibles.

Con la llegada de los productos agrícolas de ultramar (lana, trigo, maíz, carne, etc.) se origina una caída brutal de sus precios y, en los países de la Europa occidental, se produce una transformación profunda en la economía agrícola, que consistió en una drástica mecanización y en la sustitución de aquellos cultivos más afectados por la competencia, como el trigo, el maíz y demás. Pero los campesinos españoles no quisieron seguir el camino de sus contemporáneos europeos y optaron por otro más fácil: presionar al Gobierno para elevar los derechos arancelarios; y aislar al país de las corrientes internacionales del mercado y reservarse el mercado interior. Los españoles debían consumir el trigo nacional -mucho más caro y de peor calidad que el trigo ruso o el de ultramar- por patriotismo.

La transformación del contenido del sentimiento de patria -que de liberal se convierte en "ultra"-, y toda la parafernalia retórica anclada en continuas invocaciones a los Reyes Católicos y al Imperio que alcanzó su culminación en los años 40, datan de esta época.

El concepto de patria fue vaciado de todo su contenido social concreto, de su contenido humano de vigencia actual, para rellenarlo de frases retóricas y nostálgicas sobre un pasado de grandezas, hecho a medida y conforme a las necesidades de un estrato de pequeños productores que se rebelaron contra un futuro industrial, capitalista y democrático inexorable y que pretendieron evitarlo instalándose y complaciéndose en ese pasado soñado e imaginario. E incluso se quiso llegar a revivir ese pasado en una especie de Imperio vertical donde ejercitarían sus virtudes unos españoles mitad monjes, mitad soldados, o -como parafraseaba un *jonsista* de la primera época- unos españoles mitad obispos, mitad generales.

Esa exaltación patriótica alcanzó su mayor temperatura precisamente en los años de preparación y de realización de la guerra civil; esto es, cuando media España se esforzaba con entusiasmo en degollar a la otra mitad. Y es que en el contenido del concepto de patria no entraban los hombres vivos, la realidad presente, los intereses generales del país; no entraba la solidaridad entre los hombres vivos, la necesaria colaboración entre los hombres de España en su lucha por mejorar la suerte de cada uno mejorando la suerte de todos.

Por lo demás, era lógico que las relaciones de solidaridad y de mutua dependencia entre los hombres y las regiones de España no jugaran ningún papel en el contenido del concepto de patria cuando el país no constituía aún un mercado unificado, salvo para algunos productos, tales como determinados textiles, el trigo y el aceite, cuya necesidad era muy aleatoria. La gran masa de la población que compraba algo satisfacía sus necesidades en mercados no ya regionales pero ni si siquiera comarcales sino locales. En realidad, una parte considerable de la población no necesitaba para nada de mercados, porque no compraba ni vendía nada: vegetaba míseramente sobre lo que producía. Esa porción de la población -puede afirmarse, sin exagerar- vivía en unas condiciones económicas y sociales medievales, como lo demuestra la producción agrícola y ganadera; y, en esas condiciones, ¿qué necesidad tenía del concepto de patria?

Sin sentimientos de solidaridad y de mutua dependencia, sin la unidad de mercado que relaciona a unos hombres con otros y los haga solidarios

frente al exterior, el concepto de patria sólo puede rellenarse con frases vacías y abstractas; esto es, con retórica barata. Y es que nosotros, los españoles, desde la guerra de independencia a comienzos del siglo XIX (precisamente cuando nació el concepto de patria y nación), no tuvimos que luchar con otros países extranjeros en defensa de nuestro país o de nuestros intereses. Por lo mismo, el concepto de patria no se nutrió de sentimientos de solidaridad y ayuda mutua sino que parece haberse alimentado de los contenidos generados por nuestras guerras civiles, siempre propicias a retoñar y a reavivarse hasta que la victoria drástica, completa y rotunda de la última guerra civil vino a cerrar el siniestro ciclo bélico.

El concepto de patria dominante en España durante el último medio siglo -o, más bien, durante los últimos ochenta años- refleja la atomización de una clase de pequeños productores y funcionarios; mejor dicho, refleja la inexistencia de una verdadera clase, de los fundamentos objetivos de lo que da cohesión a las clases: la solidaridad de clase. Así pudo llegarse a decretar la unidad de los hombres y de las tierras de España, la eliminación o supresión de las clases, la prohibición de los partidos políticos, etc., etc.

Cuando se escribía y se hablaba de la unidad de la Patria -de la unidad de España-, se hablaba en realidad de la eliminación de los partidos políticos. Unidad de la patria y eliminación de los partidos políticos eran expresiones equivalentes; y en el mismo sentido se utilizaba la frase 'supresión de las clases'. ¿Quién más que la clase media podía entusiasmarse con la idea de suprimir, de modo abstracto, las clases sociales, eliminar los partidos políticos y borrar las diferencias regionales? ¿Qué otra clase sino la clase media podía satisfacerse con la eliminación de los partidos políticos o declarar que no es de derechas ni de izquierdas sino simplemente apolítica? Sólo la clase media puede declarar tranquila e ingenuamente que no es capitalista ni marxista, que no es política, que no tiene ideas políticas, etc. Solamente una clase que está a medio camino entre los capitalistas y los trabajadores, que veces se inclina hacia unos y a veces hacia otros, puede sentirse por encima de los partidos, por encima de la política, por encima de las clases.

El patriotismo abstracto de la clase media responde fielmente a la falta de intereses de clase y, en consecuencia, a su carencia de relaciones internacionales. La clase media es patriota precisamente por su falta de relaciones de sus miembros dentro de la clase y, como tal clase y fuera del país, con clases afines de otros países. En ese sentido la clase media carece de lazo de solidaridad como lo tienen los empresarios y los obreros, las dos clases protagonistas de las sociedades capitalistas, que, por cierto, vienen desarrollando relaciones internacionales y continúan haciéndolo.

Los grandes empresarios -los capitalistas monopolistas- se mueven de modo constante sobre las fronteras nacionales; sin duda, la última tentación nacionalista fueron el nazismo y el fascismo en la década de los años 30, y ya sabemos qué resultados dio. Y, del internacionalismo de los trabajadores no hace falta hablar: es un tema muy conocido. Por lo demás, los trabajadores han sido acusados con demasiada frecuencia por la clase media de revolucionarios y antinacionales. Los individuos de la clase media son muy sensibles a la retórica patriótica, a las palabras grandielocuentes y a embriagarse con las acciones de un pasado lejano hasta el punto de tomar partido por los "buenos" cual si se tratase de hechos actuales.

**Subjetivismo, aversión a la política e incapacidad para la crítica de los miembros de la clase media, por la carencia de intereses comunes y de solidaridad de ésta**

Si el análisis anterior de la clase media es correcto, entonces cabe hacer una serie de afirmaciones que ayudarán a perfilar mejor la actitud política de la misma.

Es evidente que la clase media carece -en cuanto clase social- de intereses comunes que sirvan de fundamento a la solidaridad de clase; éste es un hecho capital que condiciona e incluso determina todas las restantes actitudes de la clase media en cuanto clase social y sobre todo sus actitudes políticas.

Al carecer de intereses comunes y por tanto de solidaridad de clase, a la clase media le falta la base para organizarse en un partido integrado y disciplinado, en contraste, por ejemplo, con la clase obrera. No puede constituirse en un partido tal porque lo esencial del mismo son los cuadros elegidos por los afiliados y en los que éstos depositan su confianza y a los que obedecen, ya que cada afiliado encuentra planteados sus propios intereses en las órdenes emanadas de los cuadros superiores. Los cuadros son representantes de la masa del partido a distintos niveles de organización; de modo que, para los afiliados de base, la actuación de los cuadros del partido es como su propia actuación. Pero un partido así tiene como su propia sustancia la coincidencia o comunidad de intereses de clase: la solidaridad de clase. Y nada de eso puede darse en la clase media, al carecer ésta de intereses comunes de clase.

La clase media no puede formar o constituir un partido cuyos cuadros dirigentes sean representativos de la base de los afiliados. Porque sólo rara vez un miembro de la clase media puede verse representado en otro individuo de su propia clase, ni un amplio grupo de personas de la clase media sentirse identificados con la actuación de un individuo salido de ese mismo grupo, cuando esto es la esencia de la representación. Cada individuo de la clase media es único y singular, y es tanto como cualquier otro de su propia clase; y, al ser tanto como cualquiera otro y tener sus propios intereses individuales,<sup>249</sup> no puede sentirse representado sino de modo muy ocasional por otro individuo de su propia clase, que tiene a su vez sus propios intereses, únicos y singulares. Y, si los miembros de la clase media no pueden sentirse representados por sus iguales, tampoco se sentirán representados de modo idóneo por individuos de otras clases -de la clase capitalista o de la clase obrera-; es lógico y natural.

¿Cuál es entonces la organización política ideal y adecuada a los intereses de la clase media, tal y como se la ha descrito? Sin duda, la clase media tan sólo se siente satisfecha y a su aire en un régimen autoritario -monárquico o republicano-, dictatorial o como quiera llamársele, en el que un individuo ejerce el poder sin mediaciones en nombre de principios universales, abstractos, como la Patria, el Bien Común, la Justicia Social y otros muchos lemas que podrían añadirse aquí y que están en la memoria de todos, porque han sido invocados de continuo durante años.

---

<sup>249</sup> No se olvide que la clase de los negociantes pequeños y medios es la cantera potencial de los grandes empresarios capitalistas.

Por otra parte, dada la aversión de la clase media a la política, sus miembros carecen de la mínima conciencia crítica y por eso se contentan y satisfacen con simples palabras. Para ellos, lo importante es lo que el Poder diga, no lo que haga: la crítica está muy mal vista por los individuos de la clase media -la crítica política, claro está-, pues según ellos toda crítica política nace del egoísmo, de la envidia y sobre todo del *resentimiento*, ese término culto y abstracto.

Esa actitud de los miembros de la clase media ante la crítica política conviene de forma clara con su individualismo insolidario de clase: con la singularidad de sus intereses y con el hecho real de que cada individuo tiene sus propios intereses. Por eso, para ellos, la crítica de la actuación de otros y, sobre todo, de aquel que ostenta el Poder sólo puede provenir del resentimiento, de la envidia por no estar el que critica en el puesto del criticado. Para la clase media, la crítica es sustituida siempre por la murmuración, la diatriba y el vituperio; y los individuos de esta clase degradan la crítica en cuanto que la ejercen con opiniones puramente subjetivas.

De hecho, el subjetivismo de los miembros de la clase media constituye el rasgo más característico de su actitud intelectual. Domina incluso a los profesionales en todos los aspectos que no afectan al dominio concreto de su profesión. Cada individuo se toma a sí mismo como medida de todas las cosas. Porque ese subjetivismo es un resultado de las propias relaciones y del destino de la clase: una clase que está constituida por individuos aislados, sin intereses comunes y sin solidaridad de clase, no es propensa a escucharse unos a otros ni, por tanto, a modificar (ni a enriquecer) la propia concepción de la realidad con las opiniones obtenidas por los demás en su acción sobre la realidad; y una clase que se ve amenazada por fuerzas tan poderosas como la clase obrera y la clase capitalista tampoco es proclive al pensamiento objetivo.

Y aquí surge otra pregunta cuya respuesta puede ser muy esclarecedora: ¿cuál es el verdadero adversario de la clase media?; ¿con qué clase se encuentra aquélla en radical oposición?

Muchos miembros de la clase media emplean obreros y los explotan en condiciones tanto o más negativas que los grandes empresarios; y, en cuanto explotan trabajo humano (y se benefician de su explotación), entran en conflicto con la clase obrera y se encuentran frente a ésta como adversarios. Pero, en cuanto esos mismos empresarios pequeños y medios trabajan con sus manos y son explotados por las grandes empresas (por los monopolios) a través de los precios de las mercancías que les venden o les compran, se encuentran a la vez en una situación parecida a la de los obreros. Otros miembros de esa misma clase media -como los profesionales semiautónomos, altos directivos de las empresas y funcionarios del Estado- no emplean obreros, por lo que no explotan a nadie. Pero, sin embargo, muchos de esos profesionales y directivos de empresa reciben por sus funciones de dirección, de inspección o de control salarios elevados, que constituyen una participación en los "beneficios"; y otros, como los funcionarios, perciben salarios muy por encima del valor por ellos generado y que constituyen, en definitiva, otra forma de participación en los "beneficios generales" del capitalismo, en pago por su cooperación al enmascarar el verdadero origen de esos beneficios generales.



Ahora bien, a diferencia de los obreros y los empresarios, tanto los pequeños empresarios como los profesionales, directivos y altos funcionarios no tienen un adversario directo, claro y definido.

Tan pronto como los obreros advierten que disminuye su capacidad o poder de compra, exigen una elevación de salarios. No vacilan ni dudan acerca de a dónde ni a quien deben recurrir ni qué medidas deben tomar para restaurar sus deteriorados ingresos. Sin haber estudiado economía, saben que lo que ellos dejan de recibir se queda en manos del empresario. En esto son precisos y contundentes: lo que no perciben como salario constante y sonante se lo queda el empresario (o los empresarios), ya se trate de cuotas de la Seguridad Social, de impuestos, etc.

En cuanto al empresario, le sucede otro tanto. Si advierte que los beneficios disminuyen, su primer impulso es subir los precios; y, si no puede hacerlo, en razón de la competencia, se esfuerza en reducir los costes conservando el mismo nivel de producción. Y tampoco vacila ni duda acerca de las medidas que debe tomar para restablecer el equilibrio de la economía de su empresa. Aunque, cualquiera que sea la vía que elija, por sí solo o de forma colectiva, acabará por reducir los salarios, aunque lo haga por caminos muy indirectos.

En cambio, los distintos grupos de la clase media no pueden tener la misma evidencia acerca de los factores que deterioran sus ingresos y reducen su nivel de vida, pues al ser diversos sus intereses -e incluso los de los individuos que los componen-, esos factores son también distintos.

Así, los pequeños empresarios se dan cuenta de la subida de los precios de los bienes de equipo y las materias primas, de los salarios y de los gastos generales; y también perciben las dificultades con que tropiezan para subir los precios de sus mercancías: dura competencia de sus iguales, crisis económica, incertidumbre, inflación, etc. Pero, ante tal diversidad de factores, les es muy difícil delimitar el factor determinante para operar sobre él y contrarrestar sus efectos. Además, también tienen que enfrentarse con otros fantasmas sobre los que no les cabe acción alguna, ni a nivel individual ni a nivel colectivo: carestía, recesión, crisis, inflación, devaluación, etc. Compran buena parte de las mercancías que necesitan a precios de casi monopolio y venden lo que producen mediante contrato a las grandes empresas para las que trabajan, ya sean industriales o comerciales. Esto es: están sometidos a los intereses de las grandes empresas oligopolistas o monopolistas. Y, al mismo tiempo, sufren los embates de la fuerza de trabajo, alentada y organizada precisamente desde las grandes empresas, donde los trabajadores cuentan con la ventaja del número y la concentración; porque parece evidente que los salarios de los obreros de las pequeñas empresas no pueden retrasarse demasiado respecto de los correspondientes a los trabajadores de las grandes empresas, donde las reivindicaciones salariales son más agresivas.

A otros grupos de la clase media les es aún más difícil descubrir cuál es el factor o los factores concretos que deterioran sus propias condiciones de vida. Los profesionales asalariados, los funcionarios e incluso muchos profesionales semiautónomos se sienten impotentes para detectar de dónde les viene el daño: lo sufren pero no pueden descubrir su origen. Para esos

grupos, el deterioro de su nivel de vida no obedece a ninguna causa concreta; y, por lo mismo, pueden atribuirlo a las causas más diversas.

Al entrar en la fase de desarrollo capitalista, tales grupos -hasta cierto punto, privilegiados en la sociedad preindustrial- disfrutaban de un nivel de vida relativamente elevado en comparación con el nivel medio de la clase obrera. Como en esa primera fase del desarrollo económico se produce un crecimiento continuo de los artículos de primera necesidad,<sup>250</sup> la clase media, en su incapacidad para descubrir la causa del mismo, se consuela cargando las culpas sobre la picaresca, sobre el egoísmo de los tenderos y en general de los intermediarios, que constituyen para ella una red tupida e impenetrable: no se debe olvidar la irresistible tendencia de los miembros de la clase media a las explicaciones psicológicas, su fatal inclinación al reduccionismo.

Esa dificultad para descubrir el origen -la causa- de sus propios males constituye la base de la actitud política e ideológica de la clase media y el condicionante principal de su situación en la realidad, de su concepción del mundo. El hecho de que los miembros de la clase media no puedan dilucidar qué fuerzas determinan sus condiciones de vida -su bienestar o su miseria-, capacitándolas así para reaccionar contra ellas, las coloca en una posición muy favorable para la aceptación de las explicaciones religiosas del desarrollo e historia de la vida humana.

---

<sup>250</sup> Los artículos de primera necesidad en nuestra sociedad preindustrial (naturalmente, antes de la guerra civil) eran relativamente baratos en relación con los productos industriales. Esa relativa baratura beneficiaba a los grupos de la clase media que recibían un sueldo “decente” o que tenían ingresos en dinero, pero no a la masa de jornaleros agrícolas, industriales o de los servicios, por sus salarios misérrimos, cuando los tenían. La escasez posterior a la guerra civil afectó de modo terrible a la clase obrera (la clase social que más sufrió en el período del racionamiento y, de hecho, hasta la década de los 60) y redujo de modo brutal el nivel de vida de la clase media, pero ésta aceptó con cierta “comprensión” ese tremendo sacrificio. Lo aceptó porque se la intoxicó con una propaganda masiva y continua que le hacía ver que todos sus males se debían a nuevas causas fantasmagóricas, a causas inconcretas, incoherentes con quien los padecía y a las que ya estaba acostumbrada la clase media. Primero fue la guerra impuesta por *la anti-España*, por los rojos al servicio de Moscú, la conjura judeo-masónica y comunista. Después vinieron las destrucciones de la guerra y el expolio del tesoro nacional por los rojos. Más tarde siguieron las sequías y el cerco internacional y, como fondo del cuadro, la conspiración judeo-masónica y comunista, que se fue convirtiendo en la conjura del comunismo internacional. Y, en años más recientes, apareció el terrible espantajo de la inflación con su cortejo de recesión, crisis económica y otras conjuras menores.

En realidad, lo que ocurrió -al menos en los últimos quince años- es más sencillo, y comprensible para quien se haya asomado a las páginas de un tratado de economía política. El proceso español de desarrollo capitalista -con el estímulo de impulsos exteriores como el turismo y de la demanda de mano de obra por parte de los países capitalistas de la Europa occidental- generó una demanda interior y proporcionó divisas en abundancia para la importancia de bienes de capital y materias primas. Así se desarrollaron los núcleos industriales principales, que se nutrieron de la fuerza de trabajo excedente, de mano de obra en situación de semiparo -de paro estacional- en la mitad Sur y en nuestra agricultura de autoabastecimiento. Esa demanda de fuerza de trabajo mejor pagada por los núcleos industriales unida a la demanda exterior crearon una escasez relativa en las zonas agrícolas, que, hasta que éstas no se mecanizaron, fue grave y provocó a su vez constantes subidas de precios de los productos agrícolas; y en el mismo sentido operó la falta de capitales en el campo, que obstaculizó el que la agricultura respondiera al reto de la industrialización con nuevas demandas en calidad y cantidad de productos agrícolas. La carestía así originada de productos alimentarios afectó de distinta manera a las diferentes clases de nuestro país; y sus efectos fueron acumulables en la medida en que no supieron o no fueron capaces de reaccionar para restablecer el equilibrio anterior, siendo naturalmente la “honrada” clase media la que más sufrió las consecuencias de esa carestía irremediable.

Tal actitud es lógica y explicable, pues es un hecho fácil de comprobar que, cuando los hombres se sienten acosados por fuerzas que les arruinan y no pueden controlar, recurren a controles vicariantes; esto es, a imaginar al mundo como regulado por una fuerza abstracta pero accesible a los ruegos humanos. Los hombres en situaciones de crisis a las que no ven explicación recurren por necesidad, por auténtica y verdadera necesidad, al consuelo de la religión. Y, en concreto, se puede comprobar que la clase media española, que en el siglo XIX tuvo veleidades liberales y racionalistas, se fue convirtiendo poco a poco en religiosa y sumergiéndose poco a poco en el tradicionalismo ideológico -esto es, en el nacionalcatolicismo- desde finales del siglo XIX.

De los análisis anteriores parecen, pues, desprenderse una serie de conclusiones. A saber:

- 1) falta de intereses comunes que constituyan a la clase media en una clase solidaria;
- 2) individualismo e insolidaridad de los miembros de esa clase;
- 3) imposibilidad de una acción política coherente por falta de formación política de los miembros de la misma, que de hecho rechazan la política como actividad y como conocimiento, como ideología:
- 4) carencia de espíritu crítico de los individuos de la clase media, por su falta de solidaridad de clase, en razón de la miseria de sus relaciones sociales;
- 5) aceptación, por lo mismo, del Poder, siempre que éste no aparezca vinculado a intereses de clase evidentes: esto es, siempre que el titular del Poder se sitúe por encima de las clases. Para conseguirlo, basta que se declare ajeno a cualquier interés de clase porque, para los miembros de la clase media, lo importante y lo decisivo son las palabras; y
- 6) aceptación de la religiosidad y de la concepción del mundo, representadas por el catolicismo tradicional español, como consecuencia de su incapacidad para dilucidar su posición de clase y para descubrir las fuerzas que deterioran sus condiciones de vida.

**Transformación de la clase media: de base de masas del régimen franquista a la fractura generacional entre desafectos y partidarios de la democracia burguesa**

Si estas conclusiones son correctas y objetivas, puede afirmarse sin temor que la clase media ha sido la base de masas del Régimen del General Franco, tanto en la guerra civil como durante los 36 años y medio que duró el Régimen, desde la victoria hasta la muerte del Caudillo.

Éste fue muy consciente de la conveniencia, más aún, de la necesidad de atraerse a la clase media. No sólo se dirigió a ella en numerosas ocasiones; como en el primer manifiesto al comenzar la guerra civil, donde dice -cito de memoria- que el Movimiento no viene a favorecer a una clase; o en su primera arenga pública, desde el balcón de la Capitanía General de Burgos, al ser

encumbrado en la jefatura del Estado (“Venimos para el quehacer del pueblo, venimos para los humildes, para la clase media; no para los capitalistas”); etcétera. Además, en todos sus discursos (al menos durante los primeros veinte años) subsume los “fines temporales” -políticos, educativos e incluso los económicos- bajo el mejor servicio de Dios:<sup>251</sup> dada la ambigüedad ideológica de la clase media, toda transmutación de los “fines temporales” en objetivos religiosos o simplemente espirituales le es muy grata y la fascina.

Ahora bien, todo el análisis anterior y las conclusiones que de él se derivan convienen fundamentalmente a la vieja clase media española. Pero los cambios que se han producido en el país, desde la guerra civil -que removi6 las más profundas raíces de la sociedad española- pasando por el hambre, el racionamiento, las sequías, el cerco exterior, hasta los comienzos de la industrialización, el turismo masivo, el éxodo interior y exterior, y etc., etc., han transformado aquella clase media en otra nueva, que se halla en transición hacia una clase media de una “sociedad industrial” capitalista.

Esos cambios, que transformaron la España agraria en un país en el que la renta generada por la industria y los servicios es de ocho a diez veces superior a la que produce la agricultura, han acabado con aquella clase media que vivía agobiada entre estrecheces y angustias intentando mantener su rango entre la aristocracia, por arriba, y la plebe -el pueblo-, por abajo. Es cierto que ha visto acortarse la distancia que la separaba de la clase baja, pero eso no ha significado un descenso social suyo sino más bien una elevación general del nivel de vida; pues, más o menos encubierta, dicha distancia se mantiene, como se mantiene o más bien se ha ensanchado la que separa a la gran burguesía de la clase media.

Sin duda, lo que más confunde de la clase media actual es su inadaptación a las formas de vida democráticas, que exigen actualizar los conocimientos políticos (preocuparse por la formación política), aceptar la obligación de interesarse por la política con la responsabilidad consiguiente y respetar a quienes sostenga posiciones diferentes u opuestas como adversarios y no como enemigos.

Este último es probablemente el mayor obstáculo con que tropiezan muchos miembros de la clase media para adaptarse a las formas políticas democráticas: aprender a no ver un enemigo en todo el que disiente o se opone a las opiniones dominantes o a las propias. Porque durante cuarenta años a muchas personas de la clase media les han estado presentando a los simples discrepantes como enemigos. Baste recordar los buenos tiempos de: “¡Franco o el comunismo!”; “¡Franco sí, comunismo no!”. Lo que equivalía a decir de forma abierta que no había discrepantes ni adversarios; sólo enemigos, a quienes era necesario tratar como tales.

En medio de las dificultades de la grave escasez, la clase media se veía arropada y defendida frente a los enemigos, el liberalismo y el comunismo; esto es, frente al capitalismo y frente a la clase obrera. La situación de equilibrio estaba asegurada. Un Poder personal, superior a las clases, a los intereses y pasiones de todos y de cada uno, velaba por todos y, en especial, por la clase

---

<sup>251</sup> Véanse numerosos ejemplos en *Francisco Franco, Pensamiento Cat6lico*, Centro de Estudios Sindicales, Madrid, 1958.

media. Los miembros de ésta se acostumbraron a no preocuparse por la política, a tener la seguridad de que alguien con la mayor competencia y eficacia se ocupaba de la política por todos; además, la situación del país era tan tranquila y segura, que no era necesario ocuparse de la política.

Pero esa seguridad y esa tranquilidad comenzaron a resquebrajarse hace varios años bajo el impulso del desarrollo capitalista y, en consecuencia, también de la clase obrera. Como es bien sabido, el desarrollo capitalista acaba por atraer a su dinamismo a todas las capas y estratos sociales de la vida nacional sin dejar a nadie al margen. Y ése fue el inicio del despertar de la clase media, que alcanzó su punto culminante con la desaparición física del General Franco.

Las ambigüedades y desorientaciones de la clase media se deben principalmente a la generación que, o bien participó en la guerra civil y vivió los años clásicos del régimen del racionamiento, de las sequías y del cerco exterior, o bien su conciencia fue modelada de forma definitiva en esa etapa. A esa generación le parece difícil, casi imposible, entrar en la nueva etapa en la que todos los valores antes vigentes parecen trastocados.

Por el contrario y aunque tampoco se preocupa por la política, la generación más joven se siente más enraizada en las condiciones impuestas por el avance del capitalismo y no se considera socialmente marginada ni desplazada. Esta generación constituye la avanzada de la clase media de la etapa industrial capitalista de nuestro país.

Con la entrada del país en la etapa capitalista y democrática la clase media no va a desaparecer ni a perder importancia. Todo lo contrario: se hará más numerosa y, aparentemente, tendrá más peso que en pasado. Porque, para el capitalismo, es esencial -es condición de supervivencia- facilitar y fomentar su desarrollo, pues sin su colaboración perdería muy pronto el poder político, dado el rápido crecimiento de la clase obrera y de su poder político.

La clase media tiende, pues, a fortalecerse con el capitalismo; y, por extraño que parezca, si no toda ella, algunos de sus grupos le sobrevivirán durante la etapa de transición al socialismo.

## 11. El dominio ideológico capitalista sobre las masas y la crisis de la izquierda<sup>252</sup>

«Puede resultar banal que viejos partidos de países cultos y adelantados (o que se creen tales) con arraigo en las masas populares se dirijan a los trabajadores para persuadirles de que sin un gran esfuerzo de autoeducación será imposible contrarrestar el deterioro de las relaciones socioculturales y el irremediable descenso hacia la incultura y el embrutecimiento. Es preciso convencerles de que sin un esfuerzo constante de toma de conciencia -que es imposible sin un esfuerzo persistente de lectura- es imposible establecer una sociedad que proporcione medios materiales (mercancías) y servicios indispensables para la mejor calidad de vida, formación cultural para disfrutarlos de modo consciente y seguridad frente a todos los azares de la existencia.»

### 11.1.El capitalismo avanzado como causa de la crisis<sup>253</sup>

#### **Centralización empresarial, fragmentación mercantil de las masas y bloqueo de su “conciencia espontánea” por los medios de “comunicación de masas”**

Tan sólo se constata un hecho cuando se afirma que los partidos de la izquierda de los países del capitalismo avanzado o, mejor dicho, supermaduro, se enfrentan con graves dificultades desde el principio de la Guerra Fría al comienzo de la década de los años cincuenta. La Guerra Fría trajo consigo, para esos partidos, la ruptura de su colaboración con la burguesía, nacida de la lucha contra el nazi-fascismo. Era lógico que terminada la guerra y una vez superados los años más difíciles de la posguerra la burguesía capitalista reiniciara la lucha en todos los planos contra los partidos comunistas, como destacamentos avanzados de la clase obrera, en general, y contra la URSS, en especial. Pero la reanudación de esa lucha vino a coincidir de forma inesperada con el periodo probablemente más espectacular del auge del capitalismo, como consecuencia de las destrucciones de la Segunda Guerra Mundial y de otros factores.

Ese período de auge de la economía capitalista fue aprovechado con inteligencia por el imperialismo norteamericano y por los países dependientes del mismo para intentar arruinar o al menos retrasar el desarrollo económico de las naciones socialistas y de democracia popular<sup>254</sup> y para fascinar y

---

<sup>252</sup> Mecanoescrito; redacción, de 1980 y revisión y notas del autor, de 1981. (*N. del E.*).

<sup>253</sup> En sustitución del epígrafe original, *La crisis de los partidos comunistas*, al revisar el texto. (*N. del E.*).

<sup>254</sup> Con la Guerra Fría y la búsqueda de nuevas armas, el capitalismo yankee se propuso obligar a los países socialistas a dedicar una parte importante de sus recursos a reforzar sus defensas frente a los países imperialistas y, en consecuencia, a reducir el nivel de vida de sus poblaciones. Para Estados Unidos, por el contrario, la investigación y desarrollo de nuevas armas constituyó una fuente insuperable de beneficios: podían producir “cañones y mantequilla”, en tanto que las naciones socialistas, al partir de unos niveles mucho más bajos, tenían que producir “cañones o mantequilla”.

regimentar a las masas trabajadoras de los países capitalistas. Con el señuelo de las “sociedades opulentas” (*affluent society*), las “nuevas fronteras”, las “nuevas sociedades”, etc., se llevó a las masas trabajadoras (que son la mayoría de la población en los países capitalistas avanzados) a la convicción de que -paradójicamente- iba a ser el capitalismo y no el socialismo el que habría de traerles la abundancia y la felicidad. Aunque ¿quién se acuerda hoy de los “prometedores” años del Presidente Kennedy?

Coincidiendo con la Guerra Fría y con el auge del capitalismo de las décadas de los cincuenta, sesenta y parte de los setenta, y sin duda como uno de sus elementos motrices, se produjo el fabuloso desarrollo de los medios audiovisuales de “comunicación de masas”, que hizo posible un acercamiento a las conciencias de las gentes como jamás pudieron soñarlo Hitler y Goebbels, por citar a dos autoridades cimeras en la manipulación de las conciencias. El perfeccionamiento técnico y la proliferación de los centros de emisión, y la increíble miniaturización y el abaratamiento de los elementos de recepción (los receptores de televisión se pusieron al alcance de todas las familias y los de radio -los transistores- al alcance de todos los individuos) fueron dos manifestaciones capitales de ese extraordinario desarrollo. Con ello, se dieron las condiciones básicas para una fragmentación de la audiencia, reforzada primero por la creciente fragmentación del mercado, después por la “personalización de los mensajes”, con posterioridad por la individualización y por último por la atomización, para acabar así en el aislamiento completo del individuo, que es el objetivo que ambiciona el capitalismo.

La fragmentación de la audiencia y del mercado y el aislamiento de los individuos constituyen el máximo logro de los medios de comunicación, en sus propósitos de modelar, dominar y manipular las conciencias y de configurar las respuestas de los individuos, sus intereses, sus esperanzas y sus miedos. Por otra parte, esa individualización de los gustos, las esperanzas y sobre todo de los intereses -ese aislamiento de los individuos (resulta difícil llamarlos personas)- está barrenando, disgregando y desorganizando partidos, sindicatos, asociaciones profesionales y, en general, todo tipo de organización de ámbito general capaz de ejercer alguna forma de presión eficaz.<sup>255</sup> Resulta sorprendente constatar cómo se disgregan y atomizan las organizaciones populares y cómo se potencian y refuerzan las organizaciones compulsivas: empresas, ejércitos, estados, etc. Condicionadas así las masas por los medios de comunicación, los individuos andan desolados en busca de su identidad y de iguales con los que formar minúsculos grupos efímeros y menos que grupos de individuos superficialmente afines, cada uno de los cuales pretende modelar a sus miembros en todas sus manifestaciones humanas, desde las creencias religiosas a la dieta pasando por la política.

¿Qué ha hecho la izquierda -qué han hecho los partidos comunistas- ante esa irresistible tendencia trituradora y atomizadora?<sup>256</sup> Embarcarse a su

---

<sup>255</sup> Después de haber escrito esto apareció en castellano {Plaza-Janés, 1981} el libro del norteamericano Alvin Toffler, *La tercera ola* {1980}, en el que se sobreestiman hasta el delirio esos aspectos negativos.

<sup>256</sup> En mecanoscrito, tachado y sustituido por el resto del párrafo, manuscrito, la primera redacción del mismo:

«Fragmentarse en minúsculos grupos y, en consecuencia, formular y definir con rigor dogmático sus programas políticos, sus verdaderos credos, a fin de diferenciarse unos de otros. En ese sentido, desde la muerte de Franco, han surgido en nuestro país cientos de partidos la mayoría de los cuales subsisten,

vez en esa misma corriente fragmentadora al buscar la superación de los partidos existentes siguiendo una de estas dos vías: el intento de reconstruir los partidos que tuvieron éxito en el pasado (caso, en nuestro país, por ejemplo, de los varios esfuerzos por reconstruir el glorioso partido de José Díaz); o creando partidos nuevos en los que predominan las denominaciones de “unificado”, “revolucionario”, “comunista”, etc., con magníficos programas y la prevalencia en unos de la pureza ideológica y de la disciplina de hierro y el dominio en otros de mezclas bien relacionadas y dosificadas de elementos tomados de aquellos partidos que han tenido éxito, como el maoísmo, el castrismo, el guevarismo (del Che), etc., etc. La izquierda ha aceptado el juego que le han propuesto los grandes monopolios capitalistas: embellecer las doctrinas ideológicas para hacerlas atractivas a la clientela del mismo modo que los capitalistas acicalan las mercancías envolviéndolas en papeles celofanes vistosos y de fino colorido; y las directivas de los diversos partidos se han comportado en este sentido como los más sofisticados gabinetes de *marketing*, aunque sin publicidad. Pues, lamentablemente, todos los brillantes esfuerzos teóricos de esos grupos aparecen sepultados en pobres hojas, con frecuencia multicopiadas, mientras las masas a quienes van dirigidos permanecen totalmente ignorantes y desconocedores de esos magníficos frutos, al no serles accesibles por los cauces ni por el lenguaje que se utilizan.

Hay que prestar atención a la sospechosa (y -en lenguaje “bien pensante”- *providencial* y no sólo sospechosa) contradicción que está presente y actúa en las sociedades capitalistas avanzadas. A saber: la contradicción entre los efectos intensivamente fragmentadores y crecientemente particularizadores y casi individualizadores de los gustos, sentimientos, preferencias y esperanzas de las masas, de un lado, y las consecuencias centralizadoras, expansionistas y omniabarcadoras de las empresas productoras de bienes y servicios, del otro.

Es fascinante que la tecnología de las comunicaciones y del manejo de la información haga posible y viable y eficaz la dirección y el control de empresas cada día más grandes y poderosas: esas empresas capaces de producir y de comercializar tanto series inmensas de artículos como series pequeñas aunque muy numerosas para agregados humanos constituidos por pocos individuos. Además, esa misma tecnología opera como disgregadora de los gustos y preferencias de las masas, atomizándolos. Pero, curiosamente, sólo es capaz de satisfacer esas exigencias y necesidades de las masas de población, tanto a nivel material como a nivel espiritual, si goza de las ventajas de la producción a gran escala -esto es, si la producción está en manos de genuinos monopolios y por completo fuera del alcance de cualquier intento de control por parte de las masas consumidoras-. Constituyendo o formando pequeños grupos -algunos, innumerables, debido al hecho de que la población crece- las masas buscan diferenciarse, definirse y encontrarse a sí mismas

---

empeñados en conquistar una porción del electorado e incluso llegando a soñar, en sus mejores momentos, con la hegemonía sobre su clase y sobre el país. En sus reuniones, conferencias y congresos hablan de que hoy hay que derrochar mucha imaginación para presentar sus programas de modo convincente, sorprendente y atractivo para las masas. Se esfuerzan por edulcorar su proyecto ideológico político para fascinar y cautivar a la masas, como si aquél fuera un producto comercial y ellos, sendos gabinetes de *marketing*.» (N. del E).



gracias a los artículos que les ofrecen las grandes industrias de la cultura, los grandes almacenes, los gigantes de la prensa, de la televisión, de la radio, etc.

Arrastrado por la lógica de las cosas, el investigador se ve obligado a preguntarse si esas tendencias disgregadoras, particularizadoras, atomizadoras y aisladoras de las masas surgen del interior de la conciencia -esto es, son espontáneas- o les son inculcadas desde el exterior. Aunque el condicionamiento de las mismas desde el exterior es tan evidente que bastaría para confirmarlo un ejemplo esclarecedor. A saber, el del Partido Comunista de España que, siendo un colectivo bastante numeroso, no es capaz de sostener un medio de comunicación propio -un periódico obrero- apto para satisfacer las exigencias mínimas de información de sus militantes. Y, si esto es así, ¿de qué independencia pueden gozar y qué efectos pueden ejercer, entonces, los pequeños grupos partidistas?

Condicionados por esos y otros factores, los partidos comunistas han estado perdiendo influencia sobre las masas trabajadoras desde los años de la Guerra Fría y -pese a los groseros errores en que han incurrido los partidos y los grupos capitalistas reaccionarios- no han sido aún capaces de contrarrestar su decadencia, al no haber sabido tomar conciencia de algo tan evidente y significativo como el hecho de que los gustos, esperanzas, temores e intereses de las masas trabajadoras son configurados por los medios de comunicación capitalistas. Los partidos comunistas no se han dado cuenta de que hoy no es posible una “conciencia espontánea de clase” en las clases trabajadoras por dos razones básicas: por el enorme crecimiento de la tecnología ahorradora de mano de obra, que lleva a muchos técnicos y científicos a pensar que la gran mayoría de los “beneficios” son producidos por las máquinas (a la tesis -fraudulenta- de que las máquinas producen plusvalía); y por la incontenible potencia manipuladora de los medios de comunicación de masas y de su único mediador y “profeta”, la publicidad comercial, que alcanza a todos, absolutamente a todos, con su mano enérgica y suave, fascinante.

Por lo demás, esa situación y el poder de tales factores pueden comprenderse mejor si se echa una mirada a nuestro próximo pasado -a la movilización de la clase obrera para la Guerra Civil-, a fin de compararla con la situación actual.<sup>257</sup>

## **11.2. La condición de la clase obrera antes de 1936 y su movilización para la Guerra Civil<sup>258</sup>**

Dejando aparte la Revolución de Octubre, hay dos acontecimientos históricos que fascinan con fuerza especial a los dirigentes de los grupos izquierdistas a la hora de configurar en el plano del pensamiento el “partido comunista ideal”

---

<sup>257</sup> Hay que recordar que la clase obrera española de 1936 no estaba manipulada por los medios de comunicación de masas más persuasivos (la televisión, la radio, el cine, las revistas *magazines*, etc.) ni sus intereses configurados por las conveniencias de las grandes empresas. En aquel momento los medios para influir sobre las masas eran el púlpito, para las masas campesinas, y la prensa, para la clase media y la pequeña burguesía; pero los obreros contaban con periódicos propios, varios diarios nacionales (*Solidaridad Obrera*, *El Socialista*, *Mundo Obrero*, *CNT*, etc.) y numerosos semanarios y revistas.

<sup>258</sup> En sustitución del epígrafe original, *La movilización de la clase obrera en 1936*, al revisar el texto. (*N. del E.*).

que polarice y atraiga como un imán la voluntad de las masas para hacer la revolución e implantar el socialismo: la actuación de los comunistas en la Guerra Civil y la resistencia europea contra el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial.

### **Contraste con la situación de la clase obrera antes de 1936: su fragmentación objetiva, contrarrestada por su autonomía social y político-ideológica**

Probablemente, la movilización de la clase obrera española contra el golpe militar fascista constituya el ejemplo más preclaro de insurrección popular de los tiempos modernos, por su unanimidad y su espontaneidad. Pero, por lo mismo y a fin de entender las condiciones de vida y la situación actuales de nuestra clase trabajadora, nada puede resultar más esclarecedor e ilustrativo que el análisis previo de la condición moral e intelectual de la clase trabajadora anterior a 1936, por breve que sea.<sup>259</sup>

En nuestro país antes de la Guerra Civil, por de pronto, no ya la masa de campesinos sino incluso la masa obrera de las ciudades y zonas industriales estaba al margen de la influencia ideológica de la clase dominante: esto es, de la Iglesia (como organismo especializado en el manejo de las conciencias),<sup>260</sup> de la aristocracia latifundista y financiera e incluso de la clase media profesional y del estrato social intelectual. Para comprobarlo, basta ver las estadísticas de la prensa y otras publicaciones que leían los obreros; había pueblos semiindustriales en los que no entraba más prensa que la anarcosindicalista y las publicaciones anarquistas, y en otros, la socialista; el cine estaba en sus comienzos, lo mismo que la radio (recuérdense las dificultades que existían para escuchar una radio al comienzo de nuestra Guerra Civil). Y tampoco había abundancia de mercancías: la clase obrera sólo consumía artículos de primera necesidad; y nuestros trabajadores estaban muy lejos de soñar siquiera con los electrodomésticos, los transistores, los casetes, la extensa gama de los aparatos de fotografía y, mucho menos, con el rey de los bienes más deseados, el coche. Es más, uno de los factores que más contribuyó al estallido de la Guerra Civil fue, precisamente, la desconexión existente entre las dos clases más decididas del país: la clase feudal-agraria y la clase obrera, formada por dos grandes bloques, los obreros agrícolas y los obreros industriales o semiindustriales.

La facilidad con que se movilizó la clase obrera contra el alzamiento militar resulta sorprendente; la clase obrera se lanzó, con decisión, a la lucha. Los obreros sabían que el pronunciamiento militar iba contra ellos; y, por saberlo, entraron en la lucha con lo que tenían más a mano, sin esperar consignas de ninguna clase ni a que el Gobierno o las organizaciones obreras les entregaran armas. Fueron a la lucha con el corazón oprimido, pero sin vacilar. Para los obreros, el 18 de julio de 1936 no fue una fiesta, como sucedió en cambio en algunas comarcas de campesinos aislados y, por ello, dominados

---

<sup>259</sup> El párrafo anterior y este otro, incluidos al revisar el texto original en sustitución del siguiente:

«Muchas personas mayores y muchos jóvenes que han leído, apresuradamente, algún manual revolucionario de antes de la Segunda Guerra Mundial o tercermundista no se han parado a pensar en el tremendo cambio verificado en los países capitalistas del Occidente europeo.» (*N. del E.*)

<sup>260</sup> En este sentido, es esclarecedor el libro del P. Sarabia, *¿Es España católica?*, escrito, según él, poco antes del golpe militar fascista.

por la organización con más experiencia en la manipulación de las conciencias, la Iglesia católica. Resulta doloroso y abrumador comprobar de qué regiones del país nutrió con preferencia sus filas el ejército franquista: Galicia, Región Castellano-Leonesa, Navarra (donde, en muchas comarcas, el 18 de julio sí fue una fiesta) y algunas zonas montañosas de Andalucía y Aragón; esto es, precisamente las regiones agrícolas mejor dominadas por la Iglesia y en las que todavía es muy fuerte su influencia, como lo demuestran los votos recogidos por Alianza Popular en las últimas elecciones generales {1979}.

La clase obrera anterior a la Guerra Civil se caracterizaba por unos rasgos socioculturales muy distintos de los de la clase obrera actual. Por una parte, aquella clase obrera parece que tendría que estar más dividida o, mejor dicho, más falta de unidad: por un lado, estaban los obreros agrícolas de la mitad Sur del país; por otro, los de los núcleos industriales primarios (las industrias extractivas de Asturias, montañas de León y del País Vasco o Euskadi); aun de otro, los de los núcleos textiles de los alrededores de Barcelona, junto con algunas industrias transformadoras, y los obreros de Madrid y otras ciudades; y, por último, los obreros de las pequeñas industrias y negocios de todas las ciudades. Un proletariado así incita, sin duda, a considerarlo, falto de unidad y de auténtica solidaridad y carente de una ideología consciente (de lo que parece dar testimonio el gran predominio del anarquismo). Pero esos factores objetivos que llevaban a la fragmentación de la clase obrera eran contrarrestados con facilidad por la escasa concurrencia de cara al proselitismo ideológico sobre la clase obrera.

De hecho, la lucha por el dominio ideológico se reducía a la rivalidad entre el anarquismo idealista y pequeño-burgués y el socialismo ligeramente coloreado de rojo; y los torpes intentos para infiltrar unos sindicatos amarillos, bajo el patrocinio de la Iglesia, estaban por completo condenados al fracaso. Aunque la clase trabajadora sufría una intensa atomización, en lo ideológico era un campo abonado para la difusión de las ideologías utópicas pequeño burguesas y en menor grado para el marxismo.<sup>261</sup> Aunque, dado el bajísimo nivel cultural del país en general y de la clase obrera -de inmediata procedencia campesina- en particular (no se olvide que el número de analfabetos era muy grande), no es de extrañar la buena acogida que se dispensó al utopismo anarquista pequeño burgués.

Para concretar, se puede afirmar que, antes de la Guerra Civil, la clase obrera española se caracterizaba por los rasgos siguientes:

---

<sup>261</sup> Debido al atraso económico del país, a lo rudimentario del equipo técnico de las industrias y de la agricultura, la explotación de los trabajadores era tan directa, evidente, ruda y penosa que sublevaba incluso al obrero más adocenado, dando nacimiento a una conciencia espontánea de rebeldía y de protesta, a la verdadera “conciencia espontánea de clase”. Además, esa explotación directa y abierta, que no era enmascarada por un complejo equipo técnico por trabajador (que le hiciera creer que eran las máquinas las que trabajaban y las que producían), tampoco era contrarrestada por ningún tipo de propaganda o publicidad masiva, dirigida a ofuscar la comprensión de la realidad por los trabajadores. La conciencia espontánea de la explotación alertaba y sensibilizaba a los trabajadores para recibir y asimilar toda propaganda orientada a descubrir y a esclarecer la condición de explotado.

- 1) Estaba completamente al margen de la influencia ideológica de la clase dominante y era, por lo mismo, casi inmune a la manipulación religioso-política de la Iglesia;
- 2) No estaba sometida a la influencia de los canales de información de la clase dominante: la prensa católico-burguesa, la radio, que daba entonces sus primeros pasos, el cine, ni sobre todo el púlpito;
- 3) Las ideologías dominantes eran el anarquismo y el socialismo muy escorado hacia la socialdemocracia;
- 4) Al ser muy baja la producción de mercancías y al proceder los principales bienes de lujo de la importación de los países industriales, el consumo de la clase trabajadora se limitaba a los artículos de primera necesidad (no existía la venta de viviendas ni la venta a plazos de coches, electrodomésticos -televisores, transistores, etc.-);
- 5) Al no existir el consumo como mecanismo de integración de la clase obrera en el “orden establecido”, no existía publicidad comercial ni los cauces indispensables para ella y toda la parafernalia que la acompaña;
- 6) Como consecuencia, la clase trabajadora carecía de cualquier tipo de conexiones de interés con el orden establecido, por lo que estaba libre de toda atadura con “la sociedad”, a la que veía personificada en el poder -en el Estado, en las fuerzas de represión- y, por lo mismo, como enemiga.

Esas condiciones de existencia de la clase trabajadora facilitaban enormemente la actividad política de las organizaciones de izquierda: el partido socialista y el partido y el movimiento anarcosindicalista o movimiento libertario, principalmente. Y en tales condiciones y en dura competencia con los partidos preexistentes inició su existencia el Partido Comunista Español poco antes de la Dictadura de Primo de Rivera; un partido, destinado a convertirse en el partido característico que se proponía la transformación profunda de la sociedad.

Desde luego, el movimiento libertario también propugnaba la transformación profunda de la sociedad y, de hecho, durante la Guerra Civil hizo su ensayo particular en algunas zonas de Aragón y de Cataluña. Pero, aunque los proyectos libertarios se ensayaron, principalmente sobre una base de producción agrícola, carecían de todo fundamento teórico y, por lo mismo, estaban condenados al fracaso. No obstante, esos ensayos -que simbolizaban la abnegación y la tremenda capacidad de sacrificio de la clase obrera agrícola y semiindustrial- testimonian el elevado grado de conciencia de clase de los trabajadores agrícolas e industriales de la España de la preguerra; conciencia de clase cuya fuerza y claridad han quedado bien demostradas en la acogida que han dispensando los trabajadores de las zonas antes influenciadas el movimiento libertario en exclusiva a la propaganda comunista del Partido Comunista que ha conseguido precisamente en ellas un fuerte arraigo, como lo han demostrado las elecciones generales recientes {1979}.

En esta fase de desarrollo de la argumentación, el razonamiento se ve impelido por la lógica de las cosas a concluir que los cambios recientes que han ocurrido en nuestro país han fortalecido a la burguesía industrial, aunque

se haya destruido a la vieja clase dominante, latifundista y financiera de la última etapa de la Monarquía y de los años de la República y debilitado a sus instituciones auxiliares de apoyo: el Ejército, la Iglesia, la judicatura y demás. En cuanto a la clase obrera, ha crecido, es cierto, una enormidad hasta convertirse en la clase competitiva y rival de la burguesía industrial; ha mejorado mucho socioculturalmente; ha sido fuertemente concentrada en grandes empresas, lo que contribuye a elevar su sentimiento de solidaridad y su unidad; y ha mejorado notablemente sus condiciones de vida; pero todas esas ventajas han sido conseguidas a un precio bastante alto, constituido por los aspectos negativos de las mismas.

### **11.3. Configuración capitalista de los gustos, sentimientos y esperanzas de las masas trabajadoras**

**Abaratamiento del trabajo asalariado y potenciación de la “inquietud adquisitiva” (fragmentando a los trabajadores y encadenándolos a las mercancías, con la publicidad y la “venta a plazos”) mediante la innovación técnica**

Por de pronto, hay que señalar la enorme ampliación de la clase de los trabajadores, debido a factores diversos, como el desarrollo industrial (que ha creado miles y miles de puestos de trabajo), el crecimiento de los servicios (estimulados por el turismo) y el asalarimiento de la mayoría de los profesionales, que vieron aumentar los puestos de trabajo bajo el impacto del avance tecnológico y la mejora de los servicios (como medicina, enseñanza, servicios de marketing, informática, publicaciones, expansión de los medios de comunicación por la publicidad comercial, industrias del ocio, etc.). Pero ese crecimiento de los trabajadores asalariados -en paralelo, por cierto, a la expansión de los medios de comunicación- no significó la unificación consciente de la clase trabajadora, como parecía lógico, sino que originó un nuevo fraccionamiento de la misma en diversos estratos, fomentado y reforzado por la diversidad de los ingresos y las experiencias culturales y por el fraccionamiento del mercado. Pues, como es bien sabido, en los países industriales más avanzados se ha fomentado de modo intenso el fraccionamiento del mercado; esto es, la creación por la industria de mercancías a propósito, diseñadas expresamente para cada grupo o estrato social que se diferencia por alguna peculiaridad, por mínima que sea.<sup>262</sup>

Las ventajas de ese fraccionamiento de la clase trabajadora para facilitar el dominio de la clase empresarial sobre ella son evidentes: el fraccionamiento de la clase acentúa el aislamiento y la incomunicación lateral u horizontal, y con mayor eficacia en la medida en que los individuos de cada

---

<sup>262</sup> La industria y el comercio capitalistas comenzaron por producir artículos para grupos étnicos y religiosos, para grandes fracciones de clase y, en general, para cualquier agregado social que manifestase algún signo de diferenciación. En la tendencia antimasiva, resulta fácil estimular la adquisición de artículos que refuerzan la diferenciación con respecto a otros grupos y la identificación de los miembros del agregado social entre sí; en fin de cuentas, se trata de esa búsqueda de identidad tan cantada que parece haberse convertido en la motivación dominante de la conducta de muchas gentes.

fracción o estrato están vinculados de modo unilateral por los medios de comunicación con los creadores y manipuladores de la información.

En segundo lugar, el crecimiento de la industria y los servicios -que provoca el de la clase obrera- genera mercancías y servicios que tienen que ser consumidos y utilizados por la propia clase trabajadora. De modo que los trabajadores, que en un principio sólo consumían artículos de primera necesidad (alimentos, ropas, vivienda y poco más), fueron poco a poco sintiéndose inclinados a adquirir mercancías que superaban las necesidades más apremiantes, como transistores, electrodomésticos, mejores ropas y viviendas y aun segundas viviendas, etc.

La adquisición del televisor (que en muchas familias antecedió a la de la lavadora, la nevera, el aspirador y otros aparatos similares que contribuyen realmente a mejorar las condiciones de vida) representó un salto cualitativo. Desde el punto de vista del capitalista en su conjunto significó un éxito formidable: por una parte constituyó una *intromisión* bien recibida en la vida no ya sólo del trabajador sino de toda su familia, y, por consiguiente, un instrumento que pronto habría de convertirse en la única (o casi única) ventana al mundo exterior, a través de la cual sólo verían lo que *alguien* quisiera que viesen<sup>263</sup> (esto es, un instrumento fascinante y modelador de las conciencias); y, por otra, sirvió para desplegar un maravilloso escaparate para meter por los ojos los innumerables y sugestivos productos que el capitalismo ponía al alcance de todos (...naturalmente, de todos los que tengan dinero). El televisor es el enemigo seductor introducido en el seno de la familia, que además se disponía a pagar un elevado precio por él.

El desarrollo del capitalismo empezó por dar trabajo a los obreros, que fabrican mercancías para a continuación comprarlas con su salario; pero al mismo tiempo el capitalismo provocó una fuerza expansión de los medios de comunicación, cuya tarea principal era convencer a los televidentes y a los radioyentes de que compraran las mercancías y usaran los servicios anunciados, sosteniendo a los propios medios de comunicación con esa publicidad. De ese modo el capitalismo conseguía una carambola excepcional: incitar a comprar sus mercancías y servicios con gran contento de la gente, al exhibir ante la entusiasta audiencia la vida feliz y fastuosa de los héroes del consumo, que mostraban la cadena de necesidades generadas y alimentadas por la innovación técnica y la creación industrial de nuevos productos.

Esa poderosa cadena de necesidades ha sido tremendamente eficaz y se refuerza con cada mercancía adquirida, que hace de cauce irrenunciable hacia otras. Y ese encadenamiento de las necesidades es fomentado mediante la publicidad directa y propugnado y “realizado” demostrativamente a través de películas en las que aparecen utilizadas las nuevas mercancías y mediante reportajes sobre la vida y satisfacciones de los personajes más destacados de las industrias el ocio, que se nos aparecen disfrutando de los bienes más sofisticados, creados por las oficinas de estudio y diseño de las grandes empresas.

---

<sup>263</sup> Lord Nordcliffe, el magnate de la prensa inglesa de principios de siglo, solía decir lo mismo con estas palabras: “Dios enseñó a los hombres la lectura para que yo pueda decirles a quién deben amar, a quién deben odiar y lo que deben pensar” (Nota debida a Vicente Romano).

Pero el capitalismo no se limitó a crear -a costa de las propias víctimas: esto es, de los clientes- los instrumentos más perfectos para “exhibir” o exponer ante las masas las mercancías y servicios que proporcionan satisfacciones, bienestar y éxito. También ideó fórmulas para facilitar a las masas el disfrute de todos esos maravillosos bienes (como electrodomésticos, televisores, coches -la adquisición más ansiada por innumerables familias e individuos-, muebles, la vivienda e incluso viajes): *la venta con pago aplazado*, la venta a plazos. ¡Compre y disfrute desde hoy! ¡Ya pagará mañana!

Con las ventas a plazos, los trabajadores se endeudan y se crean unas obligaciones, de tal magnitud, que anulan todas las posibilidades futuras de libertad. Cuando un trabajador firma un paquete de letras como compromiso de pago del piso, del coche, etc., firma un contrato de sumisión y entrega al “sistema establecido” y refuerza su encadenamiento a la empresa, porque se intensifica el miedo a perder el puesto de trabajo o simplemente a que no le faciliten el hacer horas “extraordinarias” con las que ayudarse en el pago de sus múltiples compromisos. Y no vale argumentar que los obreros pueden rescindir sus compromisos de pago, lo que ocasionaría la pérdida del bien en disfrute (que, en el caso de la vivienda, les supone hacer toda clase de sacrificios para conservarla ante las grandes dificultades para encontrar otra y para no perder las cantidades ya entregadas); pues, las estadísticas de letras impagadas demuestran que no son precisamente mayoría los obreros que rompen sus compromisos. De modo que, con ese mecanismo, la sociedad capitalista crea en la clase trabajadora genuinos vínculos de intereses con el “sistema”, que intensifican el conformismo de millones de trabajadores de los que -a diferencia de los obreros españoles de 1936, por ejemplo- ya no puede decirse que “no tienen más que perder que sus cadenas” a la hora de plantearse la cuestión de transformar la sociedad capitalista.

El desarrollo industrial capitalista origina, por tanto, transformaciones profundas en el número y en el comportamiento de la clase de los trabajadores en cuanto los utiliza como productores de mercancías y los modela para el consumo de esas mismas mercancías (como se sabe, el capitalismo no sólo crea su fuerza de trabajo sino también su mercado). Y, si a eso le añadimos la *innovación técnica*, tenemos las tres columnas sobre las que se apoya con firmeza la clase empresarial, que es la clase dominante en las sociedades industriales capitalistas.

La clase empresarial no podría hacer marchar la producción sin una mano de obra lo más barata posible y ese abaratamiento lo está consiguiendo con la innovación de los medios de producción, al idear tecnología ahorradora de trabajo con el fin de maximizar los beneficios. Pero la innovación tiene otra cara importante: la creación de nuevas y nuevas mercancías generadoras, no sólo de beneficios extra (verdaderos balones de oxígeno para las empresas industriales y comerciales) sino también de deseos, ambiciones, pretensiones y necesidades a fin de mantener a toda la población (a todos los individuos) en una constante “inquietud adquisitiva”.<sup>264</sup>

---

<sup>264</sup> El capitalismo dispone de un tipo de propagandistas que se encarga de encandilar a las masas con artículos y objetos nuevos, ideales, así como nuevos modos de vida; en la primavera de 1981, la prensa de los países capitalistas difundió la noticia de que las grandes empresas automovilísticas estaban estudiando el automóvil equipado con un ordenador para programar las rutas y ayudar al conductor. Un representante

Esa inquietud adquisitiva es alimentada, estimulada e incitada por los medios de comunicación, potenciados al máximo con los avances tecnológicos. Ello equivale a la manipulación implacable del mercado para adecuarlo a las necesidades y exigencias de las grandes empresas industriales y comerciales. En los países capitalistas avanzados la población es el conjunto de sujetos pasivos sobre los que las grandes industrias y los gabinetes de estudio de mercado ensayan la realización comercial de las nuevas mercancías; y las denominadas ciencias sociales han prestado y prestan toda su colaboración para conseguir ese objetivo: en los Estados Unidos de América, por ejemplo, ¿qué son la sociología, la psicología, la teoría del aprendizaje, la ciencia de la conducta, la etología, etc., más que ciencias auxiliares de los estudios de mercado para dominar las conductas de las masas a fin de que consuman lo que quieren y necesitan las grandes empresas industriales para competir mejor?

Los capitalistas, con la ayuda de la innovación tecnológica (de la ciencia y de la técnica), por un lado producen más y más mercancías nuevas y por el otro manipulan las conciencias de las masas provocando en ellas una creciente, insaciable e indetenible “inquietud adquisitiva” de mercancías. En los países capitalistas más avanzados esa “inquietud adquisitiva” no está dirigida a mejorar las condiciones de vida de las masas. Nada de eso; está condicionada y orientada por las exigencias de competitividad y, en algunos casos, de supervivencia de las grandes empresas: la población tiene que consumir lo que le echen para que el sistema capitalista siga funcionando.<sup>265</sup>

Hay algo que debe quedar claro e indudable respecto a la contribución de muchas mercancías a la mejora de la vida: el consumo de mercancías y servicios por las masas en muchos países constituye más un signo de prestigio y de afirmación personal -de acuerdo con la escala de valores impuesta por los medios de comunicación- que no una necesidad impuesta por la mejora de las condiciones de vida. Y esto es así, por mucho que sorprenda, porque, como ya se dijo, el capitalismo necesita dominar su mercado, el mercado más amplio posible; pero dominarlo de verdad, modelando los gustos, deseos y preferencias de población o fracciones de gente con algún signo o carácter diferenciador.

## **11.4. La educación capitalista y la formación de la conciencia por los medios de comunicación<sup>266</sup>**

**Reorientación formal y utilitaria de la educación -en coherencia con la disminución objetiva de las condiciones intelectuales y morales de la población- y configuración de los gustos por los medios de comunicación de masas**

---

de este tipo de propagandista de alto nivel es el semicientífico social Alvin Toffer, cuyo libro *La tercera ola* fue uno de los más vendidos en España durante el otoño e invierno de 1980 y la primavera de 1981.

<sup>265</sup> Facilitar la buena marcha del “sistema” puede llevar, en determinados estratos de trabajadores, a situaciones increíbles; así, en los últimos años de la guerra del Vietnam propugnaban la continuación de la guerra porque, de lo contrario, tendrían que cerrar muchas empresas dedicadas a la producción de material bélico.

<sup>266</sup> Subtítulo, añadido al revisar el texto original. (*N. del E.*).



Ahora bien, el capitalismo impone sus gustos -su estética- a la población precisamente porque es capaz de inculcar un tipo de educación a las masas, empezando desde la infancia. Pues, contrariamente a lo que pueda parecer, la educación que impone el capitalismo -tanto desde los medios de comunicación como en sus organismos e instituciones educativas- se caracteriza por una tendencia a la rutina, al formalismo, a inculcar conocimientos puramente operativos, pragmáticos, a proporcionar a los niños un saber utilitario que ponga a los jóvenes en condiciones de desempeñar trabajos cada vez menos exigentes en formación intelectual.

La tecnología industrial y de los servicios actual permite la utilización de mano de obra cada vez menos capacitada. Esa tendencia es consecuencia de la propia tecnología, cuyo rasgo fundamental es ahorrar mano de obra y reducir los costes de producción en general. Esto último se puede hacer de dos formas: sustituyendo trabajadores por máquinas o empleando trabajadores poco o nada calificados, que reciben salarios más bajos. Aunque se puede afirmar de una manera general que toda innovación técnica en los medios de producción capitalista facilita el empleo de mano de obra menos capacitada.

Esta tendencia no es nada nuevo. Surgió con la aparición del maquinismo a comienzos del siglo XIX y facilitó entonces el aprovechamiento del trabajo de mujeres y niños con menosprecio del trabajo de los artesanos y otros obreros especializados. El descenso del nivel intelectual de los trabajadores, requerido por la industria mecanizada, pareció haber invertido su sentido, después de la Segunda Guerra Mundial, con la aparición de las nuevas industrias basadas en la ciencia y, sobre todo, con la irrupción de la cibernética y la automatización. La expansión de estas últimas fue celebrada y exaltada, y se llegó a afirmar con gran frecuencia que las nuevas industrias con sus avanzadas tecnologías planteaban nuevas exigencias de formación en la mano de obra; y se dijo incluso que en las nuevas fábricas todos los trabajadores tendrían un nivel de formación intelectual y especializada cercano al de los ingenieros. Pero esa exaltación intelectual -que formó pareja con la sociedad de la abundancia para todos (*the affluent society*)- fue poco duradera y ambas se hundieron con la crisis del capitalismo de comienzos de nuestra década.

La verdad cruda es que no ya sólo la mecanización sino la misma automatización (las cadenas de montaje, las máquinas de transferencia, etc.) crean las condiciones para el aprovechamiento de mano de obra cada vez menos calificada. Eso quiere decir que el desarrollo tecnológico capitalista reduce las exigencias educativas e intelectuales de las masas trabajadoras, lo que está en radical contradicción con toda la propaganda pseudointelectual acerca del elevado número de científicos, de técnicos y de especialistas en los países capitalistas.

Los turiferarios y aduladores del capitalismo proclaman a los cuatro vientos los grandes avances educativos en los países capitalistas -la creación de nuevas universidades y escuelas de formación profesional- y se emocionan al señalar el formidable crecimiento del número de universitarios y de técnicos, creando con su descarada propaganda nuevas expectativas en los jóvenes que ven en esas enseñanzas un medio de promoción social y sacrifican años y esfuerzos a esos estudios. La desilusión y la frustración vienen cuando, terminados los estudios, no pueden encontrar trabajo ni en su rama de

especialidad ni en ninguna otra: la sociedad capitalista ha engañado a los muchachos entreteniéndolos con unos estudios que sólo han servido para mantenerlos apartados de las oficinas de colocación y de las subvenciones por desempleo. Los centros de enseñanza son estaciones de “aparcamiento” para los jóvenes durante varios años a fin de que no exijan puestos de trabajo.

Lo verdaderamente sorprendente es que la disminución objetiva de las exigencias educativas (que, de hecho, hacen inútiles y frustran las esperanzas y esfuerzos hechos en el dominio educativo) *concuerta* con las condiciones intelectuales requeridas en la población por el mercado para el capitalismo avanzado o, mejor dicho, supermaduro. Porque, a poco que se reflexione, pronto se llega a la conclusión de que el mercado ideal para la gran producción e innovación capitalista exige una población dispuesta a aceptar sin resistencias intelectuales, morales y estéticas o del gusto las pautas de consumo que en cada momento le sean insinuadas de modo sugestivo por los medios de comunicación de masas.

Para aceptar unas pautas de consumo que no contribuyen en nada a la mejora de la vida -y que sólo contribuyen a un prestigio social o a una presunción irracionales- hay que renunciar a pensar, a enjuiciar las propias acciones, a tener unos principios morales científico-rationales y a poseer un gusto estético formado sobre las obras de arte más destacadas y apreciadas. Las grandes cantidades que se gastan en la publicidad (que, en 1980, ascenderán a unos 45.000 millones de dólares en los Estados Unidos y a unos 40.000 millones de pesetas en España) serían inútiles si la mayor parte de la población tuviera formación suficiente para enjuiciar las “sugerencias” adquisitivas que le llegan a través de los medios de comunicación. La publicidad comercial opera y resulta eficaz si la población está bien dispuesta al respecto, pues, aunque no se adquiera el artículo recomendado o sugerido, genera en los individuos una “inquietud adquisitiva” que no se superará sino adquiriendo mercancías o servicios. Uno de los fines principales de la publicidad es crear deseos de algo en los individuos. De modo que la publicidad es siempre útil para el sistema, pues, cuando el deseo generado adquiere cierta intensidad, se convierte en una “inquietud adquisitiva” que el individuo es incapaz de vencer salvo que posea una formación intelectual adecuada.

Además de presentar y dar a conocer nuevas mercancías, la publicidad comercial crea un deseo de adquirirlas, que es tanto más imperioso cuanto menor sea el nivel intelectual y la autodisciplina del individuo: cuanto menor sea su capacidad para enjuiciar la relación de la mercancía con la propia situación individual. Las cosas guardan relaciones de necesidad distinta con los individuos que pueden ordenarse desde la necesidad absoluta de pan para saciar el hambre hasta el uso de una joya para adquirir prestigio o autosatisfacción luciéndola, aunque ese prestigio sea puramente subjetivo puesto que en las grandes ciudades de los países capitalistas la masa de individuos viven en el más completo desconocimiento: el individuo presume en medio de una multitud de desconocidos que ni siquiera le miran. El individuo busca la autosatisfacción como si se tratara de una verdadera necesidad biológica, aunque en realidad esa necesidad se crea mediante una fuente de información significativa para él. A saber: la publicidad, cuya fuerza de

sugestión es más intensa en las personas intelectualmente desvalidas que en las que tienen alguna formación cultural.

De todo lo anterior se deduce que la educación juega un papel muy importante en la satisfacción de las necesidades personales. El individuo culturalmente formado establece mejor las prioridades de sus necesidades a fin de mejorar sus condiciones reales de vida y está, por lo mismo, más predispuesto a rechazar las necesidades falsas, generadas e inducidas por la publicidad en torno al prestigio y a la autosatisfacción sin referencia exterior, en cuanto son puramente subjetivas. No hay que olvidar que el individuo solitario en medio de las multitudes indiferentes de las grandes ciudades capitalistas posee unas “relaciones personales de referencia” sustitutivas de relaciones personales reales: son los personajes habituales de la televisión y de alguna emisora de radio que le sitúan en relación “directa” con el mundo de aquéllos y con sus normas, gustos y valores, que -para el individuo solitario- son los generales a los que todos se someten y que todos admiran, y por eso cree que las gentes desconocidas le admiran y le aprueban, le valoran positivamente.

El individuo puede vivir así aislado en medio de la multitud sin estar conectado con nadie concreto de ella, sino con la fuente general de referencia para cada uno y para todos: los medios de comunicación. Es ésa una relación personal (indispensable al individuo) *irreversible* y -es curioso- inversa a la relación religiosa o mística, la relación con Cristo, la Virgen o algún santo favorito a modo de soliloquio. En este otro caso el creyente es el elemento activo de la relación en cuanto que habla, pide, suplica, ora, se lamenta, etc. con Cristo sin obtener respuesta objetiva alguna. Pero al individuo que se relaciona con la televisión y la radio le sucede todo lo contrario: esa relación es también *irreversible* (esto es, en un solo sentido sin posibilidad alguna de reciprocidad), pero en ella el elemento activo son los medios de comunicación en tanto que el individuo activo permanece totalmente pasivo y recibe lo que le echen.

Ahora bien, lo más grave del caso es que el “individuo aislado” se educa desde la niñez para inhibir sus reacciones de respuesta: da por bueno y aceptable todo lo que le presentan sin aprender -ni habituarse- a enjuiciar los contenidos y sin llegar a saber siquiera que tiene la obligación de (y puede) enjuiciar o valorar lo que tenga a la vista o al oído, criticarlo. Una fascinación irresistible se apodera del individuo aislado y le domina, ya se trate de los intrigantes y reiterativos seriales americanos ya de una publicidad superrefinada y elaborada para captar la atención y orientar la conducta de la audiencia. El individuo aislado, “bien educado” por los medios de comunicación colectiva, asume todos sus contenidos y formas como su atmósfera habitual, como lo normal para él; de hecho, siente todo eso como su realidad, como su medio.

Una de las claves del hombre actual es el análisis y la caracterización de su medio, esto es, de las relaciones reversibles que le constituyen, conforman y modelan en cuanto lo exterior influye sobre él y en cuanto él mismo influye sobre lo exterior que le rodea.<sup>267</sup> Ha sido la actividad del hombre sobre la

---

<sup>267</sup> Aquí coinciden dos líneas importantes de pensamiento, el biológico evolucionista de F. Cordón y el psicológico de J. Piaget: el primero, al considerar que la experiencia y la acción animal ganadas en la búsqueda del alimento, defensa y reproducción configuran la conciencia y el soma del animal, y, por

naturaleza la que modelado o configurado su conciencia y, por consiguiente, su cuerpo. Sin embargo, ni siquiera en los tiempos más infortunados y abatidos de la historia del hombre dejó éste de ejercer una actividad viva y modeladora sobre el medio, que daba firmeza y solidez a su conciencia.

Ahora bien, en las ciudades industriales capitalistas los hombres han perdido ese ejercicio formador y de alguna manera creador. Hoy la inmensa mayoría de los hombres son pasivos, estrictamente pasivos: primero, durante siete u ocho horas en la fábrica o en la oficina, sometidos al ritmo de las máquinas o encuadrados por normas de trabajo dictadas o establecidas por la oficina de programación; y, luego, durante sus horas de ocio o de recuperación de la tensión o cansancio del trabajo, sentados ante la pequeña pantalla, ratificando su pasividad. Así se refuerza su conducta de sometidos y domesticados -en el sentido de animal domesticado, por cuanto adoptan una conducta que no es la que deriva, surge o nace de su actividad sino de la actividad o de los intereses de otro o de otros.

No es un abuso reiterativo el recalcar que en las sociedades industriales capitalistas de hoy la población es un rebaño domesticado para realizar sobre él todos los ensayos exigidos por la realización comercial de la producción industrial de mercancías y de la innovación y por la rivalidad entre los monopolios para sobrevivir; o que la buena predisposición para la sumisión se considera la condición indispensable para la buena marcha del sistema.

Repitémoslo: el sistema capitalista no sólo crea un medio de producción sino también su propia fuerza de trabajo y, lo que no es menos importante, su mercado: y la creación de su propio mercado implica la creación de los gustos, preferencias y valores adecuados a las necesidades y exigencias del capitalismo supermaduro.

## **11.5. La degradación intelectual y cultural de las masas bajo el capitalismo supermaduro<sup>268</sup>**

**Generalización del “analfabetismo funcional” y de la desorganización de la mente mediante la industria de la “subcultura”, acelerada en el caso español por el rechazo de la prensa y la literatura franquistas por la clase trabajadora**

---

consiguiente, la evolución de las especies; y el segundo, Piaget, al enunciar que el comportamiento es el motor de la evolución (el título de uno de sus libros).

{El párrafo anterior corresponde a la redacción inicial de esta nota, tachada y sustituida por esta otra al revisarla:

«Como se sabe, todo ser vivo es configurado por su medio en una doble actividad característica: la que el medio ejerce sobre él y la que él ejerce sobre el medio para conseguir su alimento (defenderse y aparearse) y sobrevivir. Los hombres no escapan a esa condición existencial, básica, de lo viviente. Pero hay que recalcar que lo que configura el foco (centro o núcleo) de actividad del ser vivo es el doble proceso: la actividad del medio sobre el individuo viviente (en otras palabras, la actividad de todos los demás seres vivos significativos para él); y la actividad, bien evidente, del individuo vivo sobre los demás individuos vivos con los que está en conexión directa. Ahora bien, es lógico que lo más importante sea la actividad del individuo vivo sobre los seres vivos de su medio, porque es la que modela más directamente el foco de actividad (la conciencia) y la que configura el soma (el cuerpo); y a eso es a lo que se puede denominar evolución activa, en tanto que ha sido siempre el factor más eficaz de la evolución biológica.» (N. del E.)}

<sup>268</sup> Subtítulo añadido, a mano, al revisar el texto. (N. del E.).

Si los análisis anteriores sobre la creciente disminución de las exigencias intelectuales de los puestos de trabajo y sobre el tipo de moldeamiento intelectual, afectivo y estético de los medios de comunicación colectivos son correctos, se evidencia con toda claridad una tendencia incontenible hacia una creciente incultura o, quizás y en términos más duros, hacia un creciente embrutecimiento de las masas -hacia la barbarie- y ello en todos los niveles de la sociedad.

Un factor importante de ese embrutecimiento radica en el apartamiento de los intelectuales y los artistas más significados de todo contacto con las masas. Alejar a éstas de la influencia de los intelectuales era una exigencia rigurosa e imperiosa de la publicidad y el ideal consumista del “tírese después de usado” y del desarrollo de una importante rama de los negocios: las industrias de la cultura o, mejor, si se quiere, de la “subcultura”.

El apartamiento de las masas de la influencia de los intelectuales se planteó inicialmente como una crítica de la cultura alambicada y refinada de los intelectuales burgueses, lanzados a la búsqueda de nuevos contenidos y nuevas formas de expresión no sólo con despreocupación sino con desprecio hacia las masas ignorantes y toscas, rudas. Eso se hizo con vistas a la sustitución de la cultura de los intelectuales y artistas por una cultura accesible a las masas, creada especialmente para ellas por unos expertos que se decían conocedores de los deseos y aspiraciones de las multitudes, conocidos y manifiestos a través de las encuestas, el análisis de audiencias de las campañas publicitarias y los estudios de *marketing*.

Esa operación se realizó con el doble objetivo de negocio y de control; y en ella participaron (y participan) intereses considerables e incluso grandes monopolios de las ramas más agresivas, como la electrónica, la fotografía, etc. De esa manera se inició la producción de unas mercancías, auténticos sucedáneos, engendros concebidos e ideados por mercenarios a destajo que entran a saco en la herencia cultural para despedazarla con el propósito de utilizar los contenidos y formas de inferior calidad para componer sus refritos predigeridos (los “Digests”) destinados a la masa inculta. Así, con el objetivo preconcebido de contentar y complacer al pueblo, rebajan cada vez más el nivel de los productos apartando al hombre de la calle de toda posible influencia de los intelectuales. De ese modo se crea un buen mercado para los productos pseudoculturales y se encierra a los peligrosos intelectuales en una inaccesible torre de marfil, en su ghetto de marginados sociales, en tanto que las masas se convierten en la clientela dócil de la industria y el mercado de la subcultura y de las industrias también llamadas del ocio.

Las industrias de la subcultura han conseguido algo en verdad sorprendente, que nadie había logrado hasta ahora: que las masas no sólo soporten con agrado lo que contribuye a embrutecerlas sino que incluso paguen por ello: que paguen por ser embrutecidas. Ejemplos: la mayor parte de las televisiones de los países capitalistas; toda la gama de publicaciones pornográficas (o semipornográficas); los *comics* para adultos, que tanto proliferan hoy; la fotonovela; la prensa amarilla; etcétera.

Un especialista en medios de comunicación social dice que

«en la RFA, doce millones de sus ciudadanos leen por término medio el diario *Bildzeitung*, símbolo de manipulación de la opinión pública,

paradigma de periódico amarillo, con una tirada superior a los 4.5 millones de ejemplares... La función y el contenido del *Bildzeitung* puede resumirse, como hace Wundt, en estos términos, los más moderados que hemos podido encontrar: “Coopera a la inhibición del ciudadano, ofrece un mínimo de información y en su mayor parte se ocupa de cuestiones de un pretendido ‘interés humano’. Para quien no lo conozca, estas cuestiones, que llenan con grandes titulares sus cuatro páginas, se reducen al crimen, al sexo y al anticomunismo, y, si la inventiva del periodista se las arregla para que vayan mezcladas, tanto mejor”»<sup>269</sup>.

«Parece entonces como si las masas aplaudieran su propia manipulación, su propia mutilación informativa.»<sup>270</sup>

La misma función inhibidora, aisladora y empobrecedora cumplen las llamadas “revistas del corazón” que son las que alcanzan mayor tirada en los países capitalistas.<sup>271</sup> Se ha producido un enorme crecimiento de toda clase de publicaciones impresas, muchas de ellas de lujosa impresión, sobre todo en lo que se refiere a la publicidad comercial, y todas cultivan con esmero la irracionalidad y la superstición. Véase, por ejemplo, la proliferación de revistas de astrología. ¿Cuántas revistas y periódicos se olvidan de consignar en sus páginas el perfil astrológico de la semana o del día? Son muchas las gentes que hablan de los signos del zodiaco con más frecuencia que de la religión. Han aparecido asimismo revistas de los temas más variados: de perros, de gatos, de canarios, de crucigramas, de parapsicología, de viajes, de historia, etc., etc.; pero la palma de la irracionalidad se la llevan los *comics* para adultos. Y todas ellas sin excepción presentan unos rasgos comunes: abundancia de monstruos, de mutantes (después de que la humanidad haya sido destruida por una guerra atómica) y una tendencia creciente al embrollo, al revoltijo y a la confusión; esta “literatura de imágenes” está perfectamente indicada para provocar la desorganización de las mentes.

En las sociedades industriales capitalistas la hegemonía de la “cultura de la imagen” ejerce, sin duda, una influencia muy sugestiva en la cultura de nuestro país, y, sobre todo, en la evolución intelectual de la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos; influencia que, admitámoslo o no, tiene mucho que ver con las deficiencias constatables en la formación política de las masas y de los trabajadores en particular.<sup>272</sup>

En total contraste con la palabra, hablada o escrita, el revoltijo de imágenes que incide sobre la conciencia de una persona que pasa de tres a cuatro horas diarias viendo la televisión, y que además hojea una revista del corazón o, lo que es peor, un *comic*, no puede por menos que dejar una huella o rastro desorganizador. Pues, en tanto que las palabras, habladas o escritas, se integran, se fusionan y se organizan para enriquecer la conciencia o potenciar la capacidad de entender, las imágenes no se integran, ni se fusionan sino que tienden a persistir aisladas, por su propia individualidad. Tal es la

---

<sup>269</sup> V. Romano, *Los medios de comunicación en la RDA*. “Valoración de la prensa periódica de la RDA” (manuscrito).

<sup>270</sup> *Ibidem*.

<sup>271</sup> El resto del párrafo, hasta el último punto y seguido, añadido al revisar el texto original. (*N. del E.*).

<sup>272</sup> Este párrafo y los nueve siguientes fueron intercalados en el texto original, al revisarlo. (*N. del E.*).

causa profunda de la influencia desorganizadora del “consumo” abusivo de imágenes, ya sean televisivas o ya procedan de los increíbles *comics* de adultos e incluso de los infantiles.

Aunque esos revoltijos de imágenes tienen otras consecuencias más difíciles de detectar; y la más dañina de todas es la de proporcionar a quienes las consumen una pseudocultura, una pseudoinformación, que no sólo inhibe a los individuos respecto a la mejora de su formación intelectual sino que impide que lo hagan, y esto por un doble motivo. Por una parte, el barullo de imágenes proporciona a los individuos una sensación de saber porque han “visto” cosas y tienen la impresión de reconocer algo (cuando, en realidad, confunden el mero reconocimiento con el conocimiento, que es conceptual), de modo que, con tales “conocimientos” se sienten al cabo de todo y elevados a la categoría de vanos pedantuelos. Y, además, ese mismo revoltijo de imágenes tiene otra consecuencia aún más grave, al incapacitar a sus consumidores para el pensamiento abstracto y alejarlos de la lectura, pues el devorador de imágenes durante horas no puede leer: bueno, naturalmente, que puede leer, pero es incapaz de asimilar sin un gran esfuerzo de atención y de concentración en lo leído, ya que, como es sabido, para disfrutar de la lectura y llegar al grado de abstracción que requiere la palabra escrita es necesario un hábito continuado de lectura.

La situación cultural de la clase obrera no se puede entender si no se tienen en cuenta el factor inhibitor de la televisión, que se acaba de mencionar, y el rechazo de la lectura provocado por prensa, revistas y libros durante los cuarenta años del poder franquista. Para nadie es un secreto que el poder franquista no sólo ejerció la censura más rigurosa sobre todo tipo de publicaciones extirpando cuando pudiera significar la más leve crítica sino que, además, orientó, estimuló y favoreció con la ayuda de la Iglesia católica aquellas publicaciones que adularan y exaltaran al dictador, edulcoraran sus medidas de gobierno y maquillaran a todas las personajillos que ejercieron alguna función política durante la dictadura.

Últimamente se han publicado algunos libros que nos descubren los extremos grotescos a los que llegaron los censores en su afán de erradicar todo apunte crítico de los libros, revistas, películas, obras de teatro y demás materiales censurados; y a esa labor denigradora hay que añadir el tratamiento que las publicaciones franquistas dieron a los rojos, a los partidos políticos de izquierdas en las personas de sus adherentes y, en última instancia, a los obreros, a los intelectuales y a todo aquel que pudiera tener algún significado progresivo. Probablemente, en ningún país del mundo se denigró y se insultó de modo tan constante y metódico a los políticos, a los intelectuales y a los obreros como en la España de Franco. Claro que los franquistas no se limitaron a insultar, pues, cuando se fusilaba a docenas en todas las ciudades, se “paseaba” y se asesinaba en las carreteras en un afán exterminador para salvar a las masas de ir al infierno, los insultos más groseros dejaban de tener importancia.

En tales condiciones, nada tiene de extraño que los numerosos obreros que habían aprendido a leer durante la República y la Guerra Civil (la Cruzada: recuérdese cuando ni siquiera se podía decir Guerra Civil) dejaran de leer por delicadeza, por dignidad, por asco de lo que el pobre papel soportaba. Durante muchos años -demasiados años, para la vida del hombre- los obreros y

muchas personas de la pequeña burguesía y de la clase media se vieron obligados a abandonar toda lectura, perdiendo así el hábito de leer o encontrándose imposibilitados para adquirirlo. Durante toda la época franquista -"la España del cincel y de la maza..., la España de la rabia y de la idea"- la práctica de la lectura se encontró imposibilitada; más aún, se desaconsejaba la lectura.

Se desaconsejaba leer a los estudiantes de bachillerato de los colegios religiosos (a los que acudía la mayoría de aquéllos) cualquier libro que no fuera de texto o de devoción. Muchos niños aprendieron a leer, pero tuvieron tales dificultades para practicar la lectura que se convirtieron en "analfabetos funcionales" de modo prematuro. La repugnancia y la repulsa que todo papel impreso provocaba en los trabajadores durante la era de Franco tuvo una grave consecuencia para la cultura española: la pérdida de la hegemonía comunicativa que el periódico y la revista habían ejercido antes y durante la Guerra Civil. Pues, tras la desaparición de los hábitos de lectura durante un período tan largo, la restauración de la democracia no trajo consigo la resurrección del periódico como órgano de información y, sobre todo, de formación de la opinión y de la personalidad.

Por lo demás, la situación intelectual y cultural de la clase trabajadora no queda por completo clara si no se tiene en cuenta que durante el largo período de repulsa de la prensa periódica se produjeron cambios profundos en la sociedad española que afectaron de forma grave a los cauces de acceso a la información y, por lo tanto, al desarrollo de la personalidad.

Como ya se dijo, la industrialización del país trajo consigo el más pleno desarrollo de los medios de comunicación de masas y la aparición del medio hoy dominante: la televisión. Durante la década de los sesenta y setenta, millones de personas se trasladaron desde las zonas rurales a las industriales y a las ciudades; en el campo, como es natural, tenían pocas ocasiones y menos motivaciones para leer; pero, aunque al convertirse en obreros de fábricas, talleres, comercios y demás tenían más motivos para hacerlo (al menos en los últimos años del franquismo), cuando sintieron esa necesidad ya habían adquirido el televisor y sintieron satisfechas sus necesidades informativas con él.

En los dos primeros años de la transición a la democracia, 1976 y 1977, los trabajadores sintieron deseos e inquietudes por informarse mejor, precisamente durante el tiempo en que la televisión continuaba en manos de los funcionarios franquistas, porque su información había quedado muy desfasada con respecto a la aportada por la oleada de revistas y periódicos nuevos y por la libre circulación de los periódicos de los partidos. La inquietud informativa de los trabajadores, de los profesionales y de los estudiantes alimentó aquella espléndida proliferación de revistas político-culturales de la segunda mitad de 1976, 1977 y parte de 1978, con exponentes como *Cambio 16*, *El País* y *Mundo Obrero*. Pero la falta de hábito de lectura en los adultos y de inquietud informativa en los jóvenes agostó aquel florecimiento prometedor, con la excepción de *El País* y *Diario 16*, cuya supervivencia y expansión habría que relacionar también con la desaparición de otros dos diarios levemente progresivos: *Madrid* e *Informaciones*. En cuanto a las revistas semanales, tras unos meses, tal vez un año, de euforia y de haber alcanzado alguna cerca de un millón de ejemplares, iniciaron una decadencia rápida hasta la desaparición



de la mayoría de ellas y la reducción de las restantes a cifras realmente modestas.

Por una desgraciada coincidencia de circunstancias, en España se había alcanzado la etapa de “analfabetismo funcional” con más rapidez que en otros países capitalistas más avanzados. Tras la eclosión y rápida desaparición de las revistas político-culturales, se inició el auge de las revistas comerciales de “ventas”, de publicidad y de explotación de todos los instintos inferiores del hombre y de su irracionalidad. Hoy, la gente que sabe leer las indicaciones más elementales en una civilización señaladamente simbólica (de otro modo no se puede vivir en una gran ciudad) constituye la inmensa mayoría, que es incapaz de leer un texto de una página de extensión por falta de hábito de lectura e incapacidad para el pensamiento abstracto.<sup>273</sup>

---

<sup>273</sup> El resto del texto (hasta la última sección: conclusiones) fue añadido al revisar el original de esta sección, en sustitución de este otro:

«Todo el análisis expuesto de la sociedad capitalista puede incitar a preguntarse por qué la sociedad industrial capitalista sigue siendo tan sugestiva si no ofrece más que irracionalidad, embrutecimiento, envilecimiento, desorganización y barbarie. Se tiene la impresión de que el capitalismo tiene que proporcionar a los hombres algo tan importante para el bienestar humano que compensa todas las consecuencias fuertemente negativas y destructoras; y, precisamente para entender mejor ese extraño proceso, merece la pena resumir aquí todos los males generados por el capitalismo a nivel social y a nivel individual.

1. Todos los factores de la cultura capitalista conducen al embrutecimiento de las masas y a la incultura general de la población; pues el embrutecimiento alcanza en su momento también a los expertos especialistas.
2. Así mismo, los factores culturales capitalistas llevan a toda la población a la desmoralización o, con más propiedad, a la amoralidad: la sociedad capitalista supermadura considera toda moral como una moral restrictiva por cuanto entiende que se retribuye con gratificaciones intangibles, ideales, a la manera que el catolicismo retribuía con asientos en el cielo a la derecha de Dios las mercancías impagadas a la Iglesia, a los señores feudales o a los empresarios de la primera etapa del capitalismo, o los “incentivos morales” proclamados con tanta insistencia por el sistema socialista. El consumismo capitalista quiere a los individuos desnudos de resistencias ideológicas y morales, premia con “abundantes” mercancías a los que trabajan y se entregan a la empresa para ganar más dinero y comprar más, castiga sin mercancías ni servicios a quienes no trabajan y utiliza los métodos más brutales para quienes, creyendo que viven en la “sociedad de la abundancia”, roban, con la idea sencilla de que toman lo que necesitan o les hacen creer que necesitan: la represión ejemplarizadora queda para estos últimos. Para el capitalismo supermaduro la moral es un método obsoleto de gratificación y de control de las masas.
3. El capitalismo supermaduro emplea grandes recursos (bien cobrados a los usuarios) para aislar a la población en pequeños grupos mediante la oferta de mercancías diferenciadoras (fragmentación del mercado) y, en consecuencia, por el parcelamiento cultural. Pero los medios de comunicación capitalistas (supermaduros) van mucho más allá y apuntan al aislamiento social, cultural y afectivo de los individuos, sustituyendo sus relaciones personales sociales reales (quebrando así sus afectos, algo bien evidente incluso en la familia) y sumiéndolos en la más pura pasividad en el trabajo, en el ocio o en el propio hogar; los hombres deben estar conectados tan sólo con las entelequias creadoras de los contenidos de los medios de comunicación, con los héroes del consumo.
4. El capitalismo supermaduro con ayuda de la técnica y de innumerables agentes, organismos e instituciones es un fabuloso aparato destinado a crear tensiones, más aún, a inquietar, a angustiar a los individuos. La panoplia de recursos creadores de tensión es variadísima. Se puede empezar con (1) el paro (el instrumento por excelencia para angustiar y dominar a las masas trabajadoras). Y continuar con (2) la amenaza de guerra atómica, con la inmensa cohorte de películas de invasiones de extraterrestres; (3) las iglesias (expertas en crear angustia con siglos de existencia), toda clase de sectas y supersticiones, y los espectáculos de terror, desde los circenses al cine negro, novelas, y revistas (“comics para adultos”); (4) las mafias, sindicatos del crimen, gansters, la tremenda proliferación de la delincuencia, atracos, asaltos, violaciones, hasta obligar a la población a encerrarse en sus casas y no salir a la calle de noche; (5) el alcoholismo,

Entonces -si el análisis de la sociedad capitalista que se ha realizado en las páginas anteriores es correcto- habría que preguntarse por qué esta sociedad continúa siendo tan atractiva, subyugante y fascinante como para enmascarar e impedir ver aspectos negativos tan tremendos como la inseguridad, la angustia, la opresión y la irracionalidad. Sin duda, tiene y ofrece algo que encandila con vigor a las masas y cautiva la atención, la voluntad y la esperanza de las mismas. Algo simple y convincente ofrece a las masas trabajadoras que las mantiene agradecidas y entusiasmadas, aun en el más elevado grado de explotación, de modo que, en vez de reaccionar contra la explotación de que son objeto, buscan en realidad reforzar aún más los lazos de su propia explotación mediante una entrega más plena y "leal" a la empresa y, en definitiva, al sistema. Porque es la primera vez en la historia humana en que los hombres se sienten satisfechos de ser explotados, oprimidos y completamente condicionados, sugestionados, como si estuviesen drogados en algún grado, y en que incluso pagan agradecidos la droga que los adormece, obnubila y ofusca.

Lo más grave y peligroso de ese adormecimiento es que no se vislumbra posibilidad ni procedimiento alguno para salir de él; parece que sólo se puede confiar en una catástrofe que arranque a las gentes de ese estado de fascinación. De la consideración de la situación se saca la impresión de que, en los primeros países capitalistas, las masas han sido llevadas a renunciar al ejercicio del pensamiento (que es el carácter realmente humano) y que se encuentran secuestradas en una especie de limbo paradisíaco en el que se confunden en tenue mezcla las cosas y las imágenes de las cosas (las mercancías y la parafernalia publicitaria de las mismas) y en el que los individuos viven en su tiempo libre en ese espacio que media entre la percepción sensorial (las imágenes) y el pensamiento, pero sin acceder a éste. Inmersos en ese limbo de cosas y de las imágenes de éstas los hombres dejan de guiarse por las ideas (por el pensamiento) para guiarse por las mercancías de consumo, realizándose en ellas y encontrando en ellas su libertad. De manera que no son las ideas las que condicionan la conducta sino que las cosas que se adquieren y los cambios de las cosas reordenan la conducta, siendo el trabajo el precio a pagar por el derecho a vivir en ese limbo.

**El capitalismo "supermaduro" domina a las masas al encandilarlas con la oferta ingente de mercancías, el mito de la riqueza y el poder y una libertad abstracta**

---

abandono familiar, marginación social, suicidio y tantas otras formas; y (6) el terrorismo, otra de las poderosas fuentes de angustia, especialmente el terrorismo indiscriminado contra las masas (estación de Bolonia), terrorismo propio del capitalismo que no ejerce directamente el poder sino a través de personas interpuestas o en el que algunas instancias de poder (el poder local, por ejemplo) ha sido conquistadas por partidos obreros., pues en este caso, el capitalismo, bien organizado, recurre al terrorismo de los dos tipos mencionados. El miedo (a la muerte, a la agresión, al hambre, a los virajes de la suerte,...), la angustia y la inseguridad son sentimientos dominantes en las masas de las sociedades capitalistas "más avanzadas". Testimonios fehacientes de la tensión y angustia que genera el capitalismo "avanzado" son la abundancia de psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos {consecuencia del crecimiento de los enfermos mentales (¿)}, la proliferación de Iglesias y de sectas cuya finalidad es conformar a los individuos angustiados, liberarnos de las tensiones provocadas por la propia sociedad.» (N. del E.).

Por último, habría que resumir de modo programático qué es lo que el capitalismo ofrece -su aspecto cautivador y fascinante- y qué es lo que produce de negativo, que está superando ya todo lo que tuvo de progresista y positivo.

1. Por encima de todo, el capitalismo supermaduro ofrece mercancías en una variedad apabullante e innovación ilimitada; este es el rasgo definidor y característico del capitalismo pues sólo la producción de mercancías para su realización comercial y consumo produce plusvalía, condición *sine qua non* de la existencia del mismo. La variedad de mercancías no consiste solamente en su diversidad sino en la multiplicidad dentro de cada tipo concreto, pues, sin una gran variedad de marcas, envases y colores (por ejemplo, de pastas dentífricas o de copos de avena para el desayuno), los ciudadanos no dispondrían de posibilidades reales de ejercer su “libertad democrática”: ¿hay mayor opresión que la de verse obligado a comprar y usar una única pasta dentífrica, por buena que fuese?
2. En las sociedades capitalistas, la omnipresente publicidad comercial y la mayoría de las manifestaciones culturales en general ensalzan en grado tan elevado las ventajas y satisfacciones que el individuo puede recibir de las mercancías y servicios sin más esfuerzo que, por ejemplo, apretar un botón, que nos hemos persuadido de que no podemos alcanzar más felicidad que la proporcionada por las grandes empresas productoras de bienes y servicios. Además, todo nos es presentado bajo una apariencia tan seductora y sin referencia alguna al coste o al esfuerzo, que, o bien nos sentimos de inmediato predispuestos a adquirir, o bien nos persuadimos de que tenemos que realizar no importa qué esfuerzo para conseguir esas satisfacciones. De modo que se hace verdad el lema: ¡disfrute hoy, goce, que ya pagará mañana!
3. Las sociedades capitalistas alimentan en millones de hombres por medio de numerosos mecanismos la ilusión y la esperanza de ascender a las máximas cimas de disfrute y de poder que hace posibles la riqueza. Este es probablemente el elemento más fascinante y sugestivo del capitalismo actual: convertirse de golpe en héroe, en famoso, por disponer del poder irresistible del dinero (de trabajo social sublimado) para conseguir todo lo que se le antoje al individuo. Todo pequeño burgués puede llegar a ser un gran capitalista. Todo empleado puede tener suerte en las quinielas, en la lotería, etc. Todas las semanas varios españoles se convierten en millonarios; de la noche a la mañana, hasta un obrero parado se convierte en multimillonario adulado y jaleado por todos los medios de comunicación.
4. El capitalismo estimula y alimenta también la ilusión de que todo individuo, cualquiera que sean sus aptitudes, puede alcanzar la celebridad, los honores y la fama con el acompañamiento de sus ventajas económicas, y, todo ello, sin realizar grandes esfuerzos ni estar especialmente bien dotado; se trata del paralelismo mitológico del vendedor de periódicos que puede llegar a ser presidente de los Estados Unidos o financiero supermillonario del petróleo. Los fundamentos de estas creencias se encuentran en la “promoción”

ultra-rápida de estrellas de cine, cantantes, modelos, etc., elevados a las cumbres de la fama por empresas de publicidad o por las grandes industrias del ocio. Estos saltos a la fama son en verdad altamente seductores para millones de jóvenes de las capas más bajas de la población que, incitados al consumo, carecen de dinero y tropiezan con grandes dificultades para encontrar un trabajo rutinario y mal pagado. En los países capitalistas esa mitología ha fascinado durante las últimas décadas a millones de jóvenes que confiaban más en la suerte que en la dedicación incansable, constante y persistente a formarse para cualquier actividad artística o deportiva que, tras años de lucha, les facilitara el camino a la fama y al dinero; difundida intensamente por todos los medios de comunicación de masas, dicha mitología tuvo (y está teniendo) consecuencias desastrosas sobre la desmoralización de los jóvenes, al persuadirles de la inutilidad de todo esfuerzo dirigido a conseguir una preparación minuciosa y rigurosa para la actividad social elegida.<sup>274</sup>

5. Otro atractivo del capitalismo que fascina a las masas es la sensación ilimitada de libertad; una libertad abstracta, sí, pero la única que se conoce en las sociedades capitalistas. Esa noción de libertad, la única compatible con la estructura social del capitalismo, es una acepción muy primitiva, muy superficial de libertad. De hecho, es la significación de libertad correspondiente a la sociedad agraria, patriarcal y de propietarios privados agrícolas, que entienden por libertad el hacer lo que a cada individuo se le antoje o se le ocurra; es la manera feudal de entender la libertad que los escolásticos elevaron a principio metafísico en la forma de libre albedrío: el simple “me da la gana”. La sociedad industrial capitalista se ha ido haciendo cada vez más compleja y, sobre todo, más interdependiente hasta el punto de que la vieja idea de libertad se nos presenta hoy como torpe y completamente injusta, porque no es la libertad que resulta del conocimiento de la necesidad; es decir, del conocimiento de la realidad: primero, de la natural y, después, de lo que es verdaderamente complejo y difícil, la realidad social. ¿Qué libertad puede existir sin conocer los límites de la propia seguridad y de la interdependencia social? La libertad capitalista consiste precisamente en la capacidad de disponer individualmente de la riqueza social alienada en el dinero; la libertad burguesa es la libertad de satisfacer todos los deseos, y aun los caprichos más absurdos, como experimentar los efectos de las drogas, comprar placeres de todo tipo, comprar afecto, amor, etc., viajar, elegir, sobre todo *elegir*; la

---

<sup>274</sup> La redacción de este punto fue incluida al revisar el texto, en sustitución de esta otra:

«La sociedad capitalista alimenta también la ilusión de que todo individuo, cualquiera que sean sus aptitudes, puede alcanzar los máximos honores y galardones, algo así como aquello de que cualquier ciudadano norteamericano puede llegar a convertirse en presidente de los Estados Unidos. Parece que en los llamados países socialistas, para adquirir fama, hay que realizar esfuerzos extraordinarios en alguno de los campos de la cultura, lo que obliga a pensar que, para ser famoso, hay que estar bien dotado y además dedicar mucho trabajo y atención. En el capitalismo se puede llegar a ser famoso sin ninguna aptitud especial, sin una dedicación constante y total, sin mérito personal relevante: la riqueza suple lo que al individuo le falta; el poseer enriquece al ser; los bienes transmutan, transforman, el ser; nada, o poco menos, importa el ser, sino el poseer.» (*N. del E.*)

libertad capitalista es por encima de todo libertad para escoger entre diversos objetos de consumo.<sup>275</sup> En las sociedades capitalistas avanzadas, libres -lo que se dice realmente libres para disfrutar de todo y hacer lo que les da la gana- sólo lo son los que tienen dinero, mucho dinero; es más, los muy ricos no sólo son libres en ese sentido sino que tienen el privilegio de disponer de la libertad de otros hombres al contratarlos para ejecutar sus objetivos y propósitos.

6. Como conclusión: el capitalismo supermaduro domina, fascina y cautiva a las masas:
  - a) mediante la oferta inagotable de mercancías hechas necesarias e indispensables a través de una publicidad abrumadora que genera en los individuos ansias irreprimibles de adquirirlas;
  - b) mediante la ilusión, constantemente renovada, de alcanzar las riquezas y placeres por medio del “ingenio”, del engaño, del fraude, del robo (expolio, despojo, atraco, etc.) o de un golpe de suerte; esta ilusión es la que alienta infatigablemente las esperanzas de millones de pequeños propietarios, a toda la pequeña burguesía y a grandes estratos de la clase obrera, de lograr un día la posesión de la riqueza.

Antes de pasar a enumerar los aspectos negativos del capitalismo, es preciso decir unas palabras sobre lo que el capitalismo ofrece y cómo lo ofrece, pues aquí radica la clave que debiera explicar el problema. El capitalismo ofrece mercancías, la más variada gama de cosas -artefactos, aparatos, utensilios, etc.- altamente rentable para las empresas, y amplía el mercado con mercancías nuevas o con sus sucedáneos. Pero el disfrute, el goce, el usufructo de todos esos bienes requiere conocerlos, saber que existen, saber algo de sus propiedades que los hacen tan apetecibles. Muchos bienes exigen una cierta iniciación, una preparación y un marco social donde se refleje la emulación, la competitividad: el gozo, comunicado, crece. Y el ensanchamiento de la escala de objetos de disfrute y su complejidad creciente dan lugar a una situación en la que aparece cada día más acuciante la necesidad de la mejora intelectual como condición del disfrute pleno de los objetos y servicios (un ejemplo: los viajes turísticos a países con una gran riqueza cultural que resultan inútiles sin una preparación previa).

El más ligero examen de la oferta de mercancías y servicios desde la Segunda Guerra Mundial pone de manifiesto cómo dicha oferta se ha ido extendiendo a mercancías y servicios que habían constituido un privilegio de las clases adineradas con anterioridad: el coche, los viajes turísticos, el viajar en avión, el veraneo en la playa o en la montaña, toda la gama de aparatos de alta fidelidad, la televisión en colores, etc., etc. Pues bien, algunos de esos bienes y servicios requieren un cierto nivel intelectual para su pleno disfrute, formación que, como se puede constatar, no la han adquirido los individuos de la pequeña burguesía o de la clase trabajadora, ni en las escuelas primarias que, con mayor o menor frecuencia, han frecuentado en su infancia, ni posteriormente mediante un gran esfuerzo de autodidacta. ¿Quién ha

---

<sup>275</sup> *Food Technology*,

proporcionado, entonces, a esos consumidores la formación cultural mínima necesaria? La respuesta es fácil: la televisión, el cine, la radio, pero sobre todo la primera.

Todas las razones tienden a persuadirnos de que la televisión -en especial, la publicidad- es la que proporciona a las masas los “conocimientos” que necesitan para saber qué tienen que consumir y cómo consumirlo, cómo disfrutar de las cosas, cómo encontrar satisfacción en ellas. En esto radica precisamente la tremenda influencia de la televisión y, por consiguiente, la necesidad de que todos los individuos dispongan de ella, de que esté presente en todas las familias; y la conveniencia para el capitalismo de que la tengan constantemente encendida. Las mercancías y servicios son el premio (por lo demás, bien pagado) a tantos esfuerzos realizados por los consumidores, trabajadores en fábricas y servicios (ya que antes de comprar han tenido que vender); premio por otro lado bien merecido, pues los beneficiarios consumidores pagan generosamente por saber de él y por ser persuadidos de que debían de adquirirlo y cómo disfrutarlo. Los individuos dedican los mayores esfuerzos y trabajos para adquirir cosas y, a la vez, se someten pasivamente a la sugestiva y vigorosa manipulación publicitaria que les mete las cosas por los ojos y les inicia en el modo de disfrutarlos.

**Creación de tensiones y miedos (a la inseguridad y el paro o la quiebra, las drogas, el terrorismo y la guerra atómica) y generalización del amoralismo, el aislamiento del individuo, el embrutecimiento y la crisis, como males sociales del capitalismo**

Entre los aspectos negativos más perniciosos del capitalismo que permanecen ocultos bajo el frondoso pelaje de las diversas y variadísimas formas de publicidad y de las “alegrías, entusiasmos y felicidades comerciales” merecen especial mención las siguientes, por su peso e influencia:

- 1) En primer término, hay que colocar la inseguridad, el miedo y una serie larga de tensiones. Las sociedades capitalistas adelantadas disponen de los métodos y procedimientos más refinados y eficaces para crear tensiones, inquietud y angustia en variedad inagotable, hasta el extremo de convertir el miedo en una afición y en una emoción predilecta. La enumeración de algunos de los miedos que más agobian a los hombres en nuestras sociedades industriales adelantadas dará una idea del alcance e intensidad de este fenómeno social:
  - a) El miedo al paro, el instrumento más poderoso para atemorizar, angustiar y dominar a las masas trabajadoras.<sup>276</sup> No hace falta insistir en que el paro en las sociedades industriales capitalistas es el hambre, la miseria, la ignominia y hasta el suicidio, para los trabajadores.

---

<sup>276</sup> En España, precisamente, este mecanismo es particularmente sensible y doloroso porque nos encontramos en una nueva etapa de acción libre e independiente del factor de control y de disciplina de la fuerza de trabajo, que bajo el franquismo estaba confiado a las fuerzas de orden público y ahora lo está a las fuerzas espontáneas del mercado de trabajo, de las que el paro es el instrumento fundamental de sanción.

- b) Para los centenares de miles de familias de la pequeña burguesía, el equivalente del paro es la quiebra del pequeño negocio con la pérdida de los esfuerzos denodados de años.
- c) El miedo a la enfermedad, a la muerte y a dejar a la familia abandonada a la incertidumbre y el hambre, sobre todo si hay niños pequeños.
- d) La incertidumbre en cuanto a la educación y colocación de los hijos ante las gravísimas dificultades para encontrar trabajo, incluso cuando se han hecho los mayores sacrificios para darles una formación prometedora.
- e) A la inquietud por la colocación de los hijos hay que añadir el terror a que caigan en manos de traficantes de drogas, de alguna banda criminal -políticocriminal-, de alguna secta destructora de la personalidad en formación.
- f) El miedo a la muerte, intensificado en los creyentes de diversas Iglesias con las amenazas de gravísimas penas para después de la muerte, las penas eternas del infierno. En el pasado, este mecanismo fue uno de los más potentes para atemorizar a las masas.
- g) El miedo a la guerra atómica con el que amenazan constantemente los gobiernos de las primeras potencias capitalistas, que se refuerza con publicaciones terroríficas, películas de incursiones extraterrestres y toda clase de espectáculos de terror, con lo que se tiende a enmascarar y a explotar la amenaza real de guerra nuclear.
- h) La proliferación imparable de la delincuencia bajo dos formas: los atracos a entidades como bancos, joyerías, tiendas, etc.; y los asaltos personales, incluso a niños, para despojar de dinero y algún objeto de valor, ampliamente divulgados por la prensa y explotados por el cine y la televisión.
- i) Otro tipo de delincuencia, representando por agresiones violentas sin ningún objetivo concreto.
- j) Muy poderoso es el impacto del terrorismo, tanto de extrema izquierda como de extrema derecha, porque el objetivo de ambos es la acentuar la inquietud y la desconfianza en los poderes públicos en orden a controlar las situaciones y defender a los ciudadanos, así como el miedo a toda acción solidaria y la participación política, engendrando actitudes de huida hacia lo privado.
- k) El terrorismo, los atracos y los asaltos personales (despojos, violaciones, lesiones, etc.) operan todos en un sentido muy favorable al capitalismo monopolista (que se intenta, además, intensificar por otros medios): aislar a los individuos, impeliéndoles a recluirse en sus hogares para que se entretengan viendo la televisión o disfrutando de los aparatos adquiridos y para que no se dediquen a actividades públicas colectivas y solidarias que estimulan las relaciones interpersonales, siempre propensas a la crítica disolvente.

- 2) Amoralismo, desmoralización y desorganización personal con la oferta insistente y reiterada hasta la exacerbación de bienes y servicios por la publicidad comercial y la invitación sugestiva al goce y al disfrute sin compromisos ni esfuerzo (¡Goce hoy, que ya pagará el año próximo! ¡Veranee, disfrute ahora de unas espléndidas vacaciones en el Cáucaso, etc., que ya pagará en el invierno! ¿Quién no ha visto anuncios de este tipo, que valen lo mismo para un “descapotable rojo”, un televisor o un aparato de alta fidelidad?). La invitación reiterativa y repetida a disfrutar ahora, a gozar de toda clase de bienes y servicios, tiene como objetivo directo inhibir en el individuo cualquier actitud de resistencia, previsión para el futuro, proyectos a realizar, ahorro (¿para qué ahorrar ante la corrosión de la inflación?) y busca, por tanto, los hábitos de orden y medida que hubiera podido adquirir para convertirlo en un comprador agobiado “en cómodos plazos” o en un delincuente que pretende disfrutar de todo tirando por el atajo de la estafa, el atraco y demás. La potente publicidad desmoraliza y desorganiza porque, al destruir los proyectos de los individuos, éstos tienden unos a confiarse a los golpes de la suerte (en el bingo, las quinielas, la lotería y otras invenciones más sofisticadas) y otros a deslizarse hacia las innumerables formas de delincuencia, desde el “timo de la estampita” al atraco de un banco.
- 3) Aislamiento de los individuos, con destrucción de las relaciones personales que les vinculan con la realidad. Asombra y sorprende el acierto y la eficacia con que operan diversos mecanismos de la sociedad capitalista.<sup>277</sup> Todo contribuye a aislar al individuo, a reducirlo a su mera subjetividad, desde los atracos (asaltos, violaciones,...) y el terrorismo, que crean ese miedo a salir de casa, hasta la fragmentación del mercado y la publicidad comercial más refinada, pasando por las sirenas de los coches de la policía (que, curiosamente, en tiempos de Franco no se veían). Y el individuo así aislado y desarraigado es presa fácil para todas las manipulaciones y, en especial, para convertirlo en consumidor domesticado de todo cuanto se le eche. La destrucción del más leve conato de crítica es una consecuencia que se busca con la publicidad, y sólo se puede acabar con la crítica si se aísla al individuo.<sup>278</sup>
- 4) Incultura y embrutecimiento. No es necesario insistir en que la mecanización y la automatización de la producción tiene como objetivo desplazar mano de obra o facilitar el empleo de mano obra menos calificada. Si añadimos a esto todos los factores que en la sociedad capitalista tienden a desmoralizar y desorganizar las conciencias (la ruptura de relaciones personales, el desarraigo y el aislamiento, todos ellos reforzados, potenciados y sublimados por la cultura de la imagen que aporta la televisión junto con el cine, las revistas ilustradas y los *comics* para adultos), se comprenderá pronto el grado de incultura

---

<sup>277</sup> Redacción inicial, tachada:

«Aislamiento de los individuos (reclusión en el hogar como lugar seguro), desmoralización y desorganización personal de los mismos como receptores directos y exclusivos de todos los mensajes de los medios de comunicación.» (N. del E.).

<sup>278</sup> Franz Neumann, en su libro *Behemoth*, editado por Fondo de Cultura Económica, decía que el ideal del nazismo era que todos marcháramos juntos, codo a codo, pero cantando para no hablarnos.



intelectual que se cierne sobre las masas: el embrutecimiento y mal gusto es el triste patrimonio que el capitalismo supermaduro lega a las masas trabajadoras.

- 5) Por último, la sociedad capitalista ni siquiera podrá seguir ofreciendo a las masas cantidades crecientes de mercancías y servicios en constante innovación. La ilusión de la sociedad de la abundancia se esfumó para siempre porque la expansión de los países capitalistas, la rebelión de las naciones de las antiguas colonias con sus exigencias comerciales más equitativas y las reivindicaciones de los trabajadores de los mismos países capitalistas más poderosos han empujado al capitalismo a una situación de crisis crónica e imposible de superar, pues ha perdido su rasgo más característico y esencial, el que ha dado al capitalismo su extraordinaria capacidad de progreso y expansión: la capacidad de acumulación y del capital, que ha alcanzado sus límites máximos y ya no puede desviar sus sobrantes por el cauce de la expansión. Al capitalismo de le puede aplicar el lema clásico: ¡Crece o muere! Y es que el capitalismo ha entrado en la fase anunciada hace un siglo por Marx, y para los capitalistas llegará un momento en el que, cuando más esfuerzos hagan por mejorar sus beneficios, más socavaran y arruinaran la fuente de todo beneficio.

## 11.6. Algunas conclusiones<sup>279</sup>

**Una política transformadora tiene que partir de la situación sociocultural de las masas, con la guía teórica del análisis marxiano de la situación actual y la difusión de sus conclusiones mediante la lectura y en un lenguaje adecuado**

El análisis precedente de las condiciones socioculturales y económicas de la clase trabajadora en los países capitalistas más adelantados puede ser tachado, sin duda, de parcial e incompleto. No obstante, todo el ensayo ha estado presidido por un intenso esfuerzo por conseguir entender con la mayor objetividad, si bien algunos aspectos han sido analizados con excesiva amplitud en tanto que otros, no menos importantes, apenas se han apuntado. Por lo demás, toda la atención se ha centrado en descubrir las causas profundas y objetivas de la crisis de la izquierda en general y de los partidos comunistas en particular, dedicando un interés preferente a lo que sucedió (y esta sucediendo) en este país, España.

Las conclusiones que se pueden extraer de este estudio no pueden por menos de ser pesimistas: se tiene la impresión de que el capitalismo ha conquistado las conciencias, las esperanzas y hasta los intereses de las masas trabajadoras, y de que no sólo ha conseguido un formidable éxito en su propósito sino que en los principales países capitalistas ha logrado dominar tan por completo los medios de comunicación para orientar y manipular las conciencias que no deja resquicio alguno por donde se puede “infiltrar” la lucha ideológica e iniciar una contraofensiva dirigida a alertar y a esclarecer las conciencias adormecidas y deformadas de los trabajadores.

---

<sup>279</sup> Subtítulo añadido, a mano, al revisar el texto. (N. del E.).

En países tales como Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Alemania Federal es prácticamente imposible explicar a los trabajadores hacia dónde va el capitalismo, hasta qué punto está minado y corroído por sus propias contradicciones, lo que pueden esperar de él las masas trabajadoras y el alto precio (en trabajo y en la creciente incultura que requiere la supervivencia del sistema) que tienen que pagar por lo que reciben.

La más terrible amenaza para la humanidad es la inclinación irresistible que ha demostrado el capitalismo a lo largo de la historia a buscar la solución a sus dificultades (crisis de beneficios) en la destrucción y, en especial, en la guerra (conviene recordar que los cortos períodos de mayor florecimiento del capitalismo americano han coincidido con guerras y postguerras). Porque hoy la guerra sólo puede ser guerra nuclear, guerra total. Pues bien, en los países antes citados, barreras infranqueables impiden explicar a las masas cosas tan simples: primero, porque los medios de comunicación de masas (televisión, radio, prensa periódica) están en manos de los grandes monopolios; y, segundo, porque -como se ha insistido repetidamente a lo largo de este trabajo- esos mismos medios de comunicación de masas en manos del capitalismo las han acostumbrado a un lenguaje tan característico, que refuerza poderosamente la barrera que las aísla de cualquier intento de llegar a ellas para hacerlas conscientes de los gravísimos peligros que se ciernen sobre todos nosotros.

Para evitar suspicacias y reticencias, pero no por olvido, se ha evitado reforzar la crítica de los aspectos gravemente negativos del capitalismo supermaduro comparándolo con el desarrollo de los países socialistas. Esos aspectos negativos son tan tremendamente evidentes y dañinos que ni siquiera se hacía preciso recurrir al contraste con el desenvolvimiento sociocultural y económico de las masas trabajadoras de las naciones en las que se ha afirmado el socialismo como forma alternativa de organización de la sociedad. No obstante, más adelante se hará imprescindible, a la vez que conveniente, romper con esa barrera de prejuicios y enfrentar los dos sistemas sociales para ver mejor cuál está a favor del progreso, de la mejora real de la vida, de la dignidad, de la paz y cuál, a favor de la opresión, de la inseguridad, de la tensión, del embrutecimiento, de la desigualdad y de la muerte.

Con todo, se puede plantear aquí y ahora la cuestión de examinar qué posibilidades quedan todavía, para las fuerzas de la izquierda en general y para los partidos comunistas en particular, para emprender una larga, costosa y dura campaña dirigida a disputar al capitalismo el dominio de las conciencias de las masas trabajadoras a fin de hacerles comprender su situación, de que se opongan al proceso de degradación y creciente incultura en que se hallan inmersas y, sobre todo y por su propio bien, a la gravísima amenaza de guerra nuclear de la que ellas serán las primeras víctimas, pues no son los millones y millones de trabajadores quienes disponen de cómodos y seguros refugios antiatómicos, en el supuesto de que éstos sirvan para algo.

Al menos en los países capitalistas que no se han mencionado antes (y es posible que en algunos de los que se han citado), a los intelectuales, a los artistas y a los partidos de izquierda les espera una ingente tarea. Una doble tarea de creatividad: por una parte, elaborar los contenidos para conseguir el más adecuado esclarecimiento de las conciencias de las masas trabajadoras en relación con sus propias condiciones socioculturales; y, por otra, idear

procedimientos, métodos y fórmulas para conseguir hacer llegar a las masas la teoría esclarecedora de su situación.

Plantear como tarea capital la necesidad de elaborar los contenidos teóricos para alertar y esclarecer las conciencias de las masas trabajadoras presupone:

- 1) Que no existe una formulación teórica, una teoría, adecuada a la situación actual: las masas desorientadas por la publicidad capitalista lo evidencian de por sí.
- 2) Que es imposible aprovechar los contenidos teóricos de las ciencias burguesas, debido a que, por su aceptación básica del orden social capitalista, no pueden proporcionar una guía segura para superar ese mismo orden capitalista.
- 3) Que sería una pérdida de tiempo no recurrir a Marx, habida cuenta de que el marxismo encierra el único análisis crítico, hasta ahora insuperado, del capitalismo, y revalorizado por el paso del tiempo al evidenciarse su verdad por el desarrollo de las contradicciones del capitalismo previstas en el siglo XIX por Marx; con la adición de que el orden social y económico de los países socialistas constituye una prueba definitiva de la validez y eficacia de la teoría marxista para superar las contradicciones del capitalismo.
- 4) Que existen dudas razonables de que sea válida la argumentación de quienes entienden que el marxismo hace ya tiempo que ha elaborado una teoría revolucionaria para movilizar a las masas e impulsarlas a levantarse contra el orden social capitalista para liberarse de la explotación (el marxismo-leninismo).
  - a. Porque es inaplicable a las masas trabajadoras de los países capitalistas; los hechos están ahí.
  - b. Porque el marxismo-leninismo tan sólo parece aplicable a unas condiciones económicas y socioculturales determinadas, a aquellas en que las masas trabajadoras poseen conciencia espontánea de clase<sup>280</sup> y no están mediatizadas por la publicidad comercial capitalista.
  - c. Porque, al no estar encandiladas por el consumo (el coche, la segunda vivienda, la televisión, etc., etc.) sino más bien siempre al borde de la miseria, una vez alertadas y orientadas por la teoría revolucionaria y encuadradas en los partidos, esas masas trabajadoras eran capaces de todo tipo de sacrificios, aceptaban gustosas y se autoimponían la más férrea disciplina y respondían en todo momento a una moral solidaria de clase. Para ellas era verdad que no tenían que perder más que sus cadenas y todo un mundo que ganar; y

---

<sup>280</sup> Hay que insistir en algo que ya se ha dicho: la conciencia espontánea de clase está determinada por dos condiciones: un equipo técnico muy simple, que permite ver al trabajador su contribución directa a la producción (el equipo altamente complejo desorienta al obrero acerca de su contribución y de si contribuye en algo, si no es la máquina la que realiza por sí misma la producción); y una conciencia del trabajador que no esté ofuscada por esperanzas e intereses de consumo que le lleven a identificar todas las expectativas de mejora con aquellos bienes y servicios únicos que puede ofrecerle el capitalismo.

ésta es la razón de los increíbles sacrificios llevados a cabo para convertir su país, bajo la dirección del Partido Comunista, en el único país capaz de contener al imperialismo norteamericano.

Por otra parte, en el período de ascenso de las potencias imperialistas, con el acompañamiento de las guerras de rapiña entre las mismas, algunos países aprovecharon esos conflictos para quebrantar el poder de sus burguesías agrarias y su capitalismo incipientes y para avanzar e iniciar las bases del socialismo. Esa guerra entre potencias imperialistas por un nuevo reparto del mundo puede darse hoy por terminada: por un lado, por el creciente poder e influencia de los países socialistas, que obliga a los países capitalistas a ponerse de acuerdo para enfrentarse con el “comunismo”; y, por otro, por la incontestable hegemonía de los Estados Unidos y de sus monopolios “multinacionales” sobre los demás estados capitalistas y sobre las clases dominantes de esos mismos países.

Completamente diferente -y no importa repetirlo una vez más- es la situación y la condición de las masas trabajadoras los países capitalistas avanzados; y todo proyecto de intentar alertar, esclarecer y hacerles tomar conciencia de los gravísimos riesgos (angustia, tensiones, paro, incultura y, por encima de todo, la guerra atómica) que les pueden sobrevenir de resultados de las contradicciones en que se encuentra inmerso el capitalismo tiene que contar -tomándola como punto de partida- con la situación de ofuscación y adormecimiento de las masas, con su nivel de comprensión e incluso con su lenguaje. Porque, sólo tomando como base su situación sociocultural real, se puede iniciar esa contraofensiva, siempre que se acierte con el lenguaje adecuado y si, por descontado, se dispone del cauce apropiado para llegar a las masas. De modo que, aun habiendo dado con la formulación teórica correcta y atractiva a la vez que sencilla y profundamente esclarecedora de lo real, todavía quedan dos dificultades que resolver para hacerla operar en la conciencia de las masas: el lenguaje y el cauce idóneos.

De hecho, el objeto casi fundamental de este estudio ha consistido en demostrar que toda la población afectada por los medios de comunicación hoy dominantes encuentra graves dificultades para el pensamiento precisamente por haber reducido su forma de comunicación casi exclusivamente a la comunicación audiovisual, al soporte informativo de la imagen. La lógica de los hechos obliga a concluir que va a ser muy difícil, si no imposible, elaborar la formulación teórica citada sin recurrir a un pensamiento con un elevado grado de abstracción, que la hace difícilmente asimilable para los consumidores habituales de la comunicación audiovisual. Parece seguro que no existe otro cauce para divulgar tal formulación teórica que la letra impresa, tanto por la forma de expresión, la prosa científica, como por la de asimilación, al ser sólo comprensible mediante la lectura. Es decir: no hay más cauce para llevar los contenidos teóricos mencionados que los libros, las revistas, los periódicos y, en menor grado, la radio. Si se impone esta vía como la única posible se hará indispensable convencer a las masas trabajadoras de que renueven y

actualicen sus hábitos de lectura; sin leer resultará imposible la comprensión de la propia situación y las condiciones socioculturales de las masas trabajadoras.

Ahora bien, ¿cómo convencer a las masas -que son la mayoría de la población- de que deben adquirir el hábito de leer y de que lean sin disponer de los medios actuales de comunicación, la televisión y la radio, al ser hoy inimaginable que la izquierda llegue a controlarlos? Aquí se plantea un reto que pondrá a prueba la capacidad creadora de los intelectuales y artistas de la izquierda, que tanto hablan de escribir para el pueblo, de comunicarse con las masas.

Aunque es muy arriesgado proponer soluciones para programar una campaña dirigida a “concienciar” a las masas acerca del creciente deterioro de su condición sociocultural y del tremendo riesgo de una guerra nuclear (como consecuencia de las contradicciones de día a día más difícilmente superables del capitalismo), sería conveniente estudiar un orden de prelación para progresar desde los sectores de trabajadores con mayor facilidad para tomar conciencia de su situación hacia aquellos más domesticados y adormecidos por salarios y gratificaciones elevados, y por tanto más entregados al sistema establecido, así como hacia la pequeña burguesía, al demostrar la irrealidad de sus sueños acerca de la posibilidad de llegar a ser capitalista explicándole la durísima resistencia que oponen las grandes empresas a dejar entrar nuevos intrusos en el mercado. Habría que aprovechar prácticas existentes para desencadenar esa campaña de toma de conciencia, sobre todo empezando por los sectores obreros más comprometidos.

En nuestro país, una primera vía pudieran constituir las asambleas de fábrica, aprovechándolas para incitar a los trabajadores a leer todos los documentos sobre sus propias condiciones de trabajo que lleguen a sus manos, como punto de partida para más tarde sugerirles la lectura de otros documentos de tipo más general, más políticos.<sup>281</sup>

De modo simultáneo, si no ya previo, los partidos de izquierda y ante todo los comunistas debieran tomar en serio el lanzamiento de una campaña

---

<sup>281</sup> Claro que una campaña a favor de la lectura en nuestro país implica tener algo que ofrecer para la lectura, pues no se puede continuar recomendándoles a los trabajadores que lean a los clásicos. No, no se puede caer, como se ha hecho en el pasado, en el expediente rutinario de entregar a los adheridos al partido la historia del partido bolchevique y folletos de Lenin y Stalin. Recuérdese al respecto la dura crítica de Lenin al estudio de los marxistas occidentales (sobre las condiciones socioeconómicas de sus países) para formarse políticamente a los militantes socialistas rusos. Para empezar, hay que incitar a los trabajadores españoles a estudiar (a leer) escritos dedicados a analizar los problemas y las dificultades internas de nuestro país. Y, para que eso sea posible, hay que estimular a los intelectuales de izquierda y, en especial, a los marxistas a que elaboren y redacten estudios sobre la situación de nuestro país en sus diferentes aspectos. Es muy lamentable que a estas alturas no existan estudios serios y rigurosos sobre el desarrollo histórico de nuestra sociedad. No existe una historia de España elaborada con un método rigurosamente científico materialista. No tenemos ninguna investigación seria del grave fenómeno del estancamiento económico del último tercio del siglo XIX y el primero del XX que condujo a la Guerra Civil y al increíble período de la autarquía, del estraperlismo y de los rosarios de la aurora. Es preciso estimular a nuestros intelectuales a que analicen y escudriñen nuestra realidad social y la presenten a los lectores para que tomen conciencia de sí mismos y sepan cómo el presente no es un producto mágico sino que viene de un pasado que tenemos que asumir como colectividad, por mucho que nos disguste. Pero a nuestros intelectuales tenemos que asegurarles que sus estudios serios serán bien acogidos y pasarán a formar parte de las conciencias de los trabajadores, para lo cual hay que pedirles a éstos que lean, que estudien. Conviene no olvidar aquella recomendación que Augusto Bebel hacía a los marxistas: las tareas urgentes para los trabajadores marxistas son estudiar y organizar.

de lectura como vía de acceso única y necesaria para adquirir información seria y confiable sobre la propia situación y sobre el futuro de cada uno y de sus familias. Pedir a la gente que lea parece una recomendación absurda; y sin duda una campaña con ese fin carezca de pleno sentido en países como Francia, Italia, posiblemente en el Japón, etc., pero en nuestro país es absolutamente necesaria, tras casi dos generaciones de sentirse forzados a rechazar con desprecio la prensa y toda clase de publicaciones producidas durante la época franquista. Puede resultar banal que viejos partidos de países cultos y adelantados (o que se creen tales) con arraigo en las masas populares se dirijan a los trabajadores para persuadirles de que sin un gran esfuerzo de autoeducación será imposible contrarrestar el deterioro de las relaciones socioculturales y el irremediable descenso hacia la incultura y el embrutecimiento. Es preciso convencerles de que sin un esfuerzo constante de toma de conciencia -que es imposible sin un esfuerzo persistente de lectura- es imposible establecer una sociedad que proporcione medios materiales (mercancías) y servicios indispensables para la mejor calidad de vida, formación cultural para disfrutarlos de modo consciente y seguridad frente a todos los azares de la existencia.

Queda, por último, un argumento de bastante peso pero que puede confirmar que las anteriores recomendaciones y propuestas no son puras utopías (o arbitrios), irrealizables; y es el hecho de que en los países socialistas (y en particular, en la RDA, URSS., etc.) los trabajadores están a punto de disfrutar de aquellas cosas que contribuyen a mejorar la calidad de vida (en cantidades muy aproximadas ya a aquellas de que pueden disponer hoy los trabajadores de los países capitalistas más adelantados), gozan de mejores servicios y de una formación intelectual, cultural y artística gratuita mucho más racional y elevada, y sobre todo tienen el sentimiento de vivir en seguridad: desconocen el miedo al paro, al hambre, a la miseria, a caer en la indignidad, etc., etc.; y están consiguiendo todo eso a pesar de los continuados esfuerzos de la “más poderosa potencia de la Tierra” para distorsionar y frenar su desarrollo económico con la amenaza constante de la guerra atómica, precisamente porque representan soluciones alternativas más racionales que las que ofrece el capitalismo industrial avanzado.<sup>282</sup>

---

<sup>282</sup> A mano. La redacción inicial –mecanoescrita- es esta otra:

#### «Conclusiones

La tarea fundamental de los partidos comunistas es recuperar su influencia sobre las masas trabajadoras y despertar su interés. A fin de influir sobre sus concepciones del mundo y de la realidad socio-política es necesaria una táctica, pero sobre todo una estrategia. Por encima de todo hay que saber qué es y a dónde va la sociedad capitalista en que estamos inmersos. Hay que conocer a fondo su estructura, su organización, su *fisiología*, sus fuentes de vida, así como sus mecanismos de dominio en todos los niveles, desde el militar y policíaco hasta el más sutil y refinado, que es la incrustación en las mismas conciencias, pasando por el religioso.

Hay que tener muy claro que las ciencias burguesas (economía, sociología, psicología, marketing, teoría de la comunicación, etc.) están condicionadas y orientadas por un objetivo capital, absolutamente determinante: dominar los intereses de las masas y, por tanto, su inteligencia y su afectividad (sobre todo ésta) para hacerles consumir lo que interesa a las grandes empresas monopolistas. Las llamadas ciencias sociales son el resultado de los reiterados esfuerzos para dominar -desde dentro- las conciencias de las masas en dos sentidos muy claros: 1º) mantenerlas sumidas, aun en las condiciones más onerosas de explotación, al más bajo coste; y 2º) entretenerlas y mantenerlas agradecidas arrojándoles productos gratificantes para que la felicidad de consumir las obligue a intensificar la sumisión y sus esfuerzos para producir más, a fin de ganar más para consumir más y más. Un análisis riguroso para entender la sociedad capitalista es imposible -absolutamente imposible- mediante el empleo

---

y la aplicación de “las ciencias sociales burguesas”, que están condicionadas desde la médula por intereses y propósitos del capitalismo.

Es indispensable aplicar un análisis -una ciencia- que vaya más allá del capitalismo porque lo considere una etapa histórica que hay que superar, porque se ha conseguido entender su origen, su desarrollo, su evolución y su decadencia; esto es, su superación al ser sustituido por otra ordenación social: la sociedad socialista; y parece que hasta ahora el único teórico que ha entendido la sociedad capitalista y que ha hecho un análisis insuperable de la misma ha sido Marx.

Por tanto, hay que volver a Marx en busca de una guía segura y eficaz para elaborar una teoría que nos permita:

- 1) Entender la sociedad capitalista -sobre todo, las fases de su desarrollo- y saber con alto grado de certeza en qué etapa se encuentra, a dónde va y qué puede ofrecer a las masas;
- 2) Disponer de un fundamento científico, seguro y eficaz, para superar el capitalismo sólo y exclusivamente en sus aspectos negativos; esto es, sin renunciar a ninguno de sus logros beneficiosos para las masas trabajadoras: en otras palabras, sin renunciar al *bienestar real* y objetivo de las masas trabajadoras;
- 3) Analizar -para hacer comprender y explicar- qué hallazgos, logros y conquistas del capitalismo son valiosos (contribuyen al bienestar y a la mejora real de las condiciones de vida, a la mejora de la personalidad) y qué logros, mercancías y servicios no sólo no contribuyen a mejorar la vida sino que la degradan y, o son superfluos y constituyen *meras exigencias* de las empresas capitalistas para sobrevivir, o son elementos representativos y demostrativos del prestigio social y de preponderancia y rivalidad individual como mecanismos de autoafirmación.» (N. del ed.).
- 4) Este análisis, fundamental y necesario, tiene que constituir la base intelectual y la guía teórica para despertar el interés de los trabajadores por conocer su situación y los factores que la condicionan, explicarles con rigor qué les está dando el capitalismo ahora y a qué precio (explotación, embrutecimiento, angustia, tensión...) y qué podrá darles en el futuro, mediante una exposición teórica de los límites que no puede superar el sistema de producción capitalista. Hay que demostrarles que el socialismo -a pesar de todo lo que se diga en contrario- no significa una reducción del bienestar individual sino mayor bienestar, *seguridad* y liberación de todas las opresiones, materiales y espirituales.

El conjunto de estas tareas implica una convicción teórica y moral de que el capitalismo ha llegado a la etapa prevista por Marx en la que los capitalistas al luchar por mejorar su beneficio socavan la fuente misma de todo beneficio. Antes que nada hay que convencerse de una tremenda y dura verdad: que el capitalismo no puede dar más de lo que ha dado, que ha llegado a su límite.» (N. del E.).

## 12. Carta a Carmen Busmayor (Sobre el presente y futuro de Fabero del Bierzo)<sup>283</sup>

«En Fabero y en los pueblos próximos deberían de tomarse en serio la crisis del carbón y pensar en otras formas de trabajo sin esperar a que sea demasiado tarde. Hay cosas que ya podemos ir haciendo. Podrían pensar en explotaciones de árboles: en poblar de pinos las tierras que antes daban poco y mal centeno, y en plantar castaños en las tierras un poco mejores. (...). Esto, al comienzo y como fórmula puente entre el trabajo en la industria minera y un nuevo sistema de subsistencia, que evite la emigración. Porque va a producirse un nuevo reflujo de las ciudades y las zonas industriales al campo, de donde salieron los trabajadores que están ya siendo desplazados de las industrias; ya no se puede seguir manteniendo la ficción de que los puestos de trabajo destruidos por las “nuevas tecnologías”, al implicar un verdadero aumento de la producción, conllevan la creación de más puestos en otras ramas de la producción o de los servicios.»

Madrid, 22 de noviembre de 1996

Querida Carmen:

Tenía que haberte escrito antes, porque un amigo me proporcionó el *Diario de León* en el que se publicó tu recensión de mi libro.<sup>284</sup> La participación en unas jornadas de Izquierda Unida sobre “Cultura y Comunicación” y el haber formado parte del Tribunal Internacional reunido en Madrid para juzgar el embargo a Irak me han ocupado de tal manera que no pude hacerlo. Quería escribirte para darte las gracias porque tu recensión de mi libro es muy clara, muy fiel y eficaz; y, sin duda, contribuirá mucho a su difusión.

### **Fabero, un fragmento paradigmático de la vida y la cultura humanas en toda su complejidad**

Desde que se presentó el libro en Fabero a primeros de agosto pasado, pienso más sobre la vida de los campesinos de Fabero, y continuamente voy encontrando aspectos interesantes. Es lógico; no podía dejar de ser así. Fabero es un fragmento paradigmático de la vida humana en toda su complejidad; y yo debo hacerlo ver con mi estudio del pueblo. Seguiré escribiendo sobre él.

Hace unos días terminé un escrito sobre la formación de la conciencia del muchacho campesino. Tengo otro sobre las satisfacciones que proporcionaba la vida campesina, a pesar de su dureza y penosidad. Y estoy redactando de nuevo un breve estudio sobre la casa típica de Fabero, como un perfeccionamiento de la “casa larga” centroeuropea, la casa en herradura de Babia y la palloza de la Alta Montaña.

---

<sup>283</sup> Mecanoescrito. (N. del E.).

<sup>284</sup> *Los trabajos y los hombres. La desaparición de la cultura popular en Fabero del Bierzo* (Madrid, Endymion, 1996). (N. del E.).



Cuanto más pienso en el pueblo, más atraído me siento por su forma de vida. Aunque lo que hoy me preocupa de verdad es la supervivencia de la población que ha arraigado allí -y en Otero, Lillo, Bárcena, Fontoria y otros pueblos próximos- y que parece condenada a la dispersión. Pero ¿a dónde van a ir? ¿Dónde puede emigrar ahora la gente con dignidad? La integración en Europa tiene un precio: el desmantelamiento de nuestras atrasadas empresas industriales y el abandono de parte de nuestra agricultura.

**Aceleración técnica de la producción, caída de la tasa de beneficios, aumento del ejército laboral de reserva, con la concentración del capital**

Mis sospechas y presunciones son alarmantes. El capitalismo -que ahora se llama "multinacional"- tiende a centrarse en la producción de mercancías y servicios susceptibles de asumir rápidos cambios técnicos. Esto es, las empresas capitalistas tratan de especializarse en las mercancías y servicios que pueden someterse a rápidas innovaciones en orden a la aparición de nuevos prototipos, que vuelven obsoletos a los de la generación inmediatamente anterior. Es lo que está ocurriendo con los automóviles, ordenadores, teléfonos, cadenas y medios audiovisuales, máquinas fotográficas y toda una variada gama de *gadgets* o artilugios que presentan dos fases privilegiadas de ventas: la de la aceleración técnica de la producción (o sea, el empleo de nuevos procedimientos y nuevas máquinas de producción); y la del diseño de prototipos más eficaces y más elegantes, que desplacen a los modelos anteriores, volviéndolos obsoletos y fuera de moda,

Los capitalistas "multinacionales" prefieren las ramas de la industria de elevada complejidad técnica, que incorporan a los productos altos porcentajes de valor añadido; y esos productos se dirigen a la clase media que puede destinar una parte de sus ingresos a adquirir las mercancías y servicios que confieren prestigio y evidencian una alta posición social o *standing*: coches, viajes, cadenas de alta fidelidad, audiovisuales, teléfonos móviles, el color tostado de la piel tras pasar muchas horas en las playas, etcétera.

En un almuerzo reciente en la universidad de Georgetown con un centenar de empresarios, el presidente Clinton ha ilustrado bien el encandilamiento, la fascinación y el soborno de esa "clase social" de los *yuppies*, por el capitalismo multinacional.<sup>285</sup> Éste les paga unos sueldos elevados, y cada día más: si en los años sesenta eran 30 veces mayores que los de los trabajadores, cuando él llegó a la presidencia lo eran 120 veces más; y esa desproporción continúa aumentando en los últimos años mientras los trabajadores pierden prestaciones sociales y poder adquisitivo.

«Algunos ejecutivos -afirma- están ganando demasiado dinero (200 veces más que la media de los trabajadores) y la opinión pública empieza a estar un poco harta de que ciertas empresas despidan empleados por millares mientras sus dueños consiguen elevados beneficios. (...). La peor fama entre los malos empresarios le corresponde a Albert Dunlap, que ganó 100 millones de dólares por sanear Scott Paper y recortó la plantilla de esa compañía en un 35% (11.000 despedidos), como parte de tal saneamiento.»<sup>286</sup>

---

<sup>285</sup> Véase *El País*, de 17 de mayo de 1996.

<sup>286</sup> *Lug. Cit.*

La tendencia de los empresarios es clara. Por un lado, se trata de reducir al mínimo el número de los trabajadores que son mera mano de obra - pura fuerza de trabajo- en aras del beneficio, dejando tan sólo el indispensable para que la producción se mantenga; pues, aparte de ser siempre hostiles a la empresa y consumir sólo artículos de jornaleros, son tantos y tan vulgares que, por mucho que se les quisiera aumentar los salarios, se limitarían a comer, vestir, pagar la casa y criar hijos. Pero, por otra parte, hacen falta personas con altos ingresos que consuman las mercancías de las empresas y que, llegado el caso, estén firmemente al lado de la suya; de modo que hay que comprar con una parte de las ganancias las conciencias de otros empleados, bien dispuestos a ser sobornados y fieles colaboradores, mientras se les pague, e implicarles en la supervivencia y el crecimiento de la empresa, recompensándoles con objetos de alto *standing*, como premio a su fidelidad.

¿Quién, si no, va a defender a las empresas dondequiera que las condiciones salariales y la inexistencia de cargas sociales aconsejen que se instalen, en virtud de la lógica del venturoso proceso de globalización? Las instalaciones productivas de una empresa pueden funcionar hoy sin notables perturbaciones en un país del “primer mundo”, y mañana, convenir trasladarlas a un país del tercer mundo; aunque, si en el primero las cosas continúan deslizándose hacia abajo, pronto, no habrá grandes diferencias entre grandes regiones del primer mundo y los países del tercer mundo, en lo que respecta a los trabajadores que son pura mano de obra.

“*Si Manuel no baja y lo remedia*”, la estructura económica de países como España, Grecia, Italia y de grandes regiones de otros países europeos vendrá pronto configurada por media docena de grandes “corporaciones”, que impondrán su hegemonía sobre el planeta, unas docenas de empresas auxiliares, que producirán bajo contrato para las “megacorporaciones”, y muchos chiringuitos comerciales, con los que dar la apariencia de libertad empresarial y de libre mercado. De modo que, para entonces, aunque esos chiringuitos mantengan vivo el espíritu del capitalismo, en realidad éste habrá dejado de existir.

Es más: hoy mismo, no puede decirse que se dé ya la situación óptima para el capitalismo y la lógica de la competencia que lo distingue, puesto que determinadas mega-empresas controlan entre el 60 y el 75% o más de la producción en virtud de las condiciones creadas en los mercados por las grandes corporaciones. Aunque el seguir hablando de capitalismo alimenta aún la ilusión de millones de personas que aspiran a hacerse capitalistas comprando una frutería o una pequeña tienda de electrodomésticos.

#### **Déficit comercial, “saneamiento empresarial”, Estado de Bienestar en crisis y legitimación neoliberal, en los viejos países industriales**

El futuro que la “globalización” de la economía deja entrever es, pues, muy triste y muy oscuro. Para confirmarlo, basta con prestar atención a la zarabanda de fusiones, concentraciones, absorciones, etc., de grandes corporaciones que llenan las páginas de las publicaciones periódicas; o a las frecuentes noticias relacionadas con la fusión de verdaderos gigantes de las comunicaciones, particularmente tenebrosas: ¿qué objetivos se proponen?; ¿pretenden un dominio aún más completo de nuestras conciencias?

El número de los trabajadores ocupados con el horario normal en las grandes empresas productivas se está estancando en todos los países industriales al recaer sobre ellos todas las reestructuraciones y reconversiones, a impulsos de la disminución de la tasa de beneficios. Esos trabajadores son las víctimas anunciadas de todo saneamiento empresarial, de todo avance tecnológico, de toda “deslocalización” empresarial en busca de mano de obra barata y de lugares en los que no existan cargas sociales; y están perdiendo poder adquisitivo y quedándose en paro, a millares y millares, por una u otra de esas causas, o por la convergencia de varias de ellas.

La serie de males que se abaten sobre los trabajadores parece un sueño, una pesadilla, terrible. Hasta el extremo de que, en los países industriales, las organizaciones de asistencia social y otras ventajas conquistadas con grandes luchas y sacrificios por los trabajadores integrados en sus sindicatos, se vuelven ahora -mejor dicho, vienen volviéndose desde hace 15 o 20 años- contra esos mismos trabajadores, porque la producción de sus empresas es cara y poco competitiva. No otra fue la causa -como lo es hoy también- de los déficits comerciales crecientes de Inglaterra, Estados Unidos y otros países industrializados.

Miles y miles de trabajadores, con largos años de trabajo, han visto desaparecer su puesto de trabajo y hasta sus empresas; y han podido comprobar que no es verdad que, por cada puesto de trabajo tradicional perdido, se creen varios nuevos. Como también es radicalmente falso que los viejos trabajadores no puedan adaptarse a los puestos de trabajo vinculados a las nuevas tecnologías; pues el problema más grave con el que se encuentran los jóvenes (que -al menos, en apariencia- se han formado en las nuevas tecnologías) es que tampoco ellos tienen trabajo (y muchos, ni siquiera la esperanza de conseguirlo).

Las empresas industriales crean y crearán pocos puestos de trabajo. En el sector servicios (comercio, bancos, seguros y medios de comunicación) habrá más. Ahora bien, como en el sector terciario, con la excepción del transporte, no se crea plusvalor (riqueza), la actividad del mismo se verá limitada por el que se genere en el sector industrial. De hecho, el enorme crecimiento del subsector comercial y de las comunicaciones ha sido el factor que más ha contribuido al descenso de la tasa de beneficios, al competir los capitales empleados en sus empresas buscando una ganancia similar a la de las empresas de la industria productiva.

En cuanto al sector primario, es cierto que ha adoptado formas industriales, en especial, en el campo de la producción de materias primas, energía y demás. Pero es, sobre todo, la producción de alimentos la que presenta mayores problemas. Hay explotaciones agrarias y pesqueras muy extensas y mecanizadas que no tienen que envidiar en nada a las de algunas ramas de la industria. Pero también persisten todavía explotaciones minúsculas y atrasadas, que difícilmente producen los alimentos necesarios para los individuos de la familia que las trabajan (esto es, “agricultura de subsistencia”), por diversos tipos de razones: como la precariedad de los aperos e instrumentos, falta de abonos y de riego y exigencia de un mínimo de tierra adecuada para el cultivo de las plantas, en especial: o el fraccionamiento del suelo hasta lo imposible (como resultado de las luchas por el mismo) hasta hacer inviable el cultivo mecanizado, y la imposibilidad de constituir

explotaciones más extensas, al estar sometida la tierra a formas de propiedad muy vidriosas.

En nuestro país, el cultivo de la tierra estuvo en manos de campesinos pobres hasta la década de los años sesenta, en un porcentaje muy elevado. Tenía algo de mandato divino, porque la tierra era el único medio de producción al alcance de los millones de campesinos pobres. De hecho, muchos pequeños campesinos se hicieron matar por sus miserables parcelas (como se vio en nuestra guerra civil), aunque, llegado el momento, las abandonaron para emigrar a las zonas industriales o de servicios (turísticas).

Desde entonces, esas pequeñas explotaciones agrícolas (y ganaderas) han tenido diferentes destinos. La mayoría, al asentarse sobre tierras montañosas pobres, fueron sin más abandonadas, y seguramente habrán caído en el dominio público. Otras continúan cultivándose, aunque dedicándolas a otras labores (en las comarcas montañosas, por ejemplo, se convirtieron en prados y pastizales o se dedicaron al cultivo de forrajes, al servicio de la ganadería). Y el resto se concentró, allí donde las condiciones lo permitían.

No obstante, en muchas zonas agrícolas también se implantaron explotaciones industriales o semi-industriales, bien en su totalidad (producción, conservación y comercialización), bien a partir del ciclo de conservación de la producción o del comercial. Junto a ellas persisten explotaciones medias, cuya absorción no interesa a las multinacionales, pero el resto seguirán la suerte de las que ya han caído en las fauces de las mega-empresas o corporaciones.

Cabe la posibilidad de que los trabajadores de las explotaciones agrícolas tengan algo mejor suerte que los de la industria productiva y de los servicios. Pero, aún en el mejor de los casos, su destino tampoco es nada envidiable.

Los empresarios de las multinacionales -una extraña mezcla de Ford y de comisario de la economía estatal planificada de la era estaliniana- son fríamente implacables y se devoran los unos a los otros como serpientes hambrientas. Pero, si ellos no son solidarios entre sí -con sus iguales, entre los socios del mismo club-, ¿cómo van a tener compasión de las míseras hormigas que fabrican mercancías en sus empresas con sus músculos y su sangre? De hecho, miles y miles de hombres y de mujeres caen hoy víctimas del “saneamiento” de las empresas en que trabajan para hundirse en la sentina de la indignidad y de la miseria, especialmente en el caso de los trabajadores que llevan muchos años en la empresa “saneada”. Muchos miles más van a conocer la marginación y las humillaciones gracias a las maravillas de los avances “tecnológicos”, y acabarán por convencerse de la inutilidad de seguir buscando trabajo en las ciudades.

Mientras esto ocurre, los ideólogos del “capitalismo multinacional” continúan buscando argumentos para demostrar que las empresas y sus gestores no tienen ninguna responsabilidad en las consecuencias del “saneamiento” de la producción o en la “deslocalización de las grandes fábricas”; ellos se limitan a cumplir con su deber y a promover los intereses de los accionistas.

La ideología (o filosofía) dominante en Estados Unidos en relación con la “responsabilidad social de las empresas” es sorprendente. Su versión más firme y aceptada es la del economista y premio Nobel, Milton Friedman.

«Hoy, 1962, como en tiempos de Adam Smith -afirma-, la obligación determinante de los administradores de una empresa es la búsqueda del interés propio o de los máximos beneficios; éste es el modo más lógico y eficaz de dirigir un negocio. (...). Pocas orientaciones pueden minar tan a fondo los mismos cimientos de nuestra sociedad libre como la aceptación por parte de los miembros de la empresa de una responsabilidad social que no sea el ganar el máximo dinero posible para sus accionistas.»<sup>287</sup>

Ahora bien, Estados Unidos, la gran nación de América del Norte, el *paraíso* del capitalismo, donde se han generado las mayores y más poderosas empresas de la Tierra (esas empresas que ahora llamamos *multinacionales*), ha sido, y es, el modelo para todos los capitalisms del planeta. Pero no sólo nuestros empresarios -y los europeos- imitan y copian a los norteamericanos. Las multinacionales norteamericanas están ya firmemente asentadas en nuestro país (IBM, General Motors, Ford y muchísimas otras, comerciales, bancarias, de comunicaciones, etc.); y, aun cuando el grado de penetración de los grandes gigantes empresariales norteamericanos en nuestra economía no se conoce bien, su influencia es enorme y el poder más peligroso, en este momento, el de las instituciones financieras.

En el mundo actual -y, en nuestro país, en particular- la influencia norteamericana es cada día más incontenible. Valga un ejemplo. En una publicación semanal de temas económicos abundan noticias muy llamativas, del siguiente tenor: “*La producción de caucho en España, en manos norteamericanas*”, “*La producción galletera dominada en un 27% por Nabisco*”, “*Los copos de cereales para el desayuno: Kellogg controla el 67% del mercado*”, etcétera. Pero esto es tan sólo una pequeñísima muestra al respecto. Y todo hace temer que, en España, la penetración de las multinacionales continuará en el futuro inmediato sin que pueda contenerse, dada la debilidad y el aislamiento de las empresas españolas, cuyos propietarios se estremecen de placer ante la cifras millonarias en dólares que las corporaciones estadounidenses vienen ofreciendo.

### **Construcción de una nueva economía de subsistencia como alternativa a la emigración y escape de la autodestrucción capitalista del hombre**

Muchos comentaristas y “formadores de opinión” en la televisión y la radio, y columnistas de la prensa, participan de esas mismas vivencias cuando nos comunican que, en nuestro país se generarán millones de oportunidades para trabajar y hacerse ricos, como en los Estados Unidos de América. ¿Cómo?: pues, poniendo una frutería, una tiendecita de electrodomésticos o un puesto de pipas, como uno de ellos ha mantenido hace poco.<sup>288</sup>

Esto es indecente e inmoral, porque es jugar con las esperanzas de la gente. Los hombres corrientes, que no han podido dedicar el tiempo y el esfuerzo necesario a estas cuestiones, se sorprenderían al saber y entender que el éxito del capitalismo en un país, con empresas que controlan el 25, el 30

---

<sup>287</sup> Milton Friedman, *Capitalism and Freedom*, Chicago, University of Chicago Press, 1962.

<sup>288</sup> Thomas Carvel, en L. S. Silk, *El capitalismo americano*, Barcelona, Euros, 1975, pp. 113-117.

o el 67% (como Kellogg) del mercado, impide la aparición y el crecimiento de nuevas empresas similares, por muy geniales, enérgicos y agresivos que sean los pretendientes a la condición de capitalistas. A la sombra del frondoso árbol capitalista no sólo no crecen otros arbolitos, sino que ni siquiera lo hacen las malas hierbas: quien no sepa esto no está facultado para hablar de cosas públicas, ni de política, ni de nada. En los países capitalistas avanzados no hay ninguna oportunidad para los aspirantes a capitalistas. “¡Dejad toda esperanza los que aquí entráis!” (Dante).

¿Qué futuro nos espera? ¿Qué futuro les espera a nuestro trabajadores desplazados por las nuevas “tecnologías” de las multinacionales o de nuestros “compatriotas” europeos?

Nuestros parados de 45 años para arriba acabarán por perder toda esperanza de encontrar un trabajo o de establecerse en el que conocieron en su juventud; y deambularán como sombras, de las oficinas de empleo a las E. T. T. (Empresas de Trabajo Temporal), hasta que, cansados, renuncien a encontrar soluciones en el mundo capitalista para volver la mirada a su pasado, a la casa del pueblo o de la aldea y a sus parcelas abandonadas y pobladas de maleza. Ésta no es una alternativa al trabajo en empresas productivas o de servicios, no; pero es un escape de la autodestrucción de la persona, desplazada por la “tecnología”.<sup>289</sup>

En Fabero y en los pueblos próximos deberían de tomarse en serio la crisis del carbón y pensar en otras formas de trabajo sin esperar a que sea demasiado tarde. Hay cosas que ya podemos ir haciendo. Podrían pensar en explotaciones de árboles: en poblar de pinos las tierras que antes daban poco y mal centeno, y en plantar castaños en las tierras un poco mejores. En Fabero las castañas se daban muy bien y con poco esfuerzo; los castaños no exigen grandes inversiones ni grandes trabajos; y las castañas se venden bien en el centro y norte de Europa. Esto, al comienzo y como fórmula puente entre el trabajo en la industria minera y un nuevo sistema de subsistencia, que evite la emigración. Porque va a producirse un nuevo reflujo de las ciudades y las zonas industriales al campo, de donde salieron los trabajadores que están ya siendo desplazados de las industrias; y ya no se puede seguir manteniendo la ficción de que los puestos de trabajo destruidos por las “nuevas tecnologías”, al implicar un verdadero aumento de la producción, conllevan la creación de más puestos en otras ramas de la producción o de los servicios.

Carmen, ni siquiera puedo pedirte perdón por escribir esta serie de tonterías. Pero estoy preocupado por lo que está ocurriendo en Fabero.<sup>290</sup> Tengo que escribir -me lo han pedido- sobre esta gran cuestión. De manera que esta carta es como un anticipo.

---

<sup>289</sup> Un economista norteamericano, Jeremy Rifkin, ha propuesto “reducir y crear un tercer sector que emplee a los que pierdan el trabajo”, en su libro *El fin del trabajo (The End of Work: The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*, Putnan Publicity Group, 1995).

<sup>290</sup> Véase el texto «Motivaciones socioeconómicas de las protestas de los mineros de Fabero» (1996), publicado en la Biblioteca virtual Eloy Terrón. (*N. del E.*).

## 13. Carta a cualquier militante de Izquierda Unida<sup>291</sup>

«Los dirigentes de IU tienen que saber más que los capitalistas, tienen que estar en el límite del conocimiento de lo que hacen los capitalistas, tienen que verlas venir. Eso es posible: hay que averiguar cuáles son las tendencias que van apareciendo en el sistema capitalista; hay que conocer el funcionamiento de la economía capitalista. No podemos crear un partido político que pretenda cambiar la sociedad en el futuro leyendo los periódicos; no puede ser.»

### I

#### **CARTA A CUALQUIER MILITANTE DE IZQUIERDA UNIDA**

##### **Atraso de la creación política en España por lo excepcional de las condiciones socioculturales necesarias para obtener experiencia política**

La teoría política es experiencia, es conocimiento, es, en última instancia, ciencia; y no hay ninguna actividad humana que implique un mayor grado de abstracción.

Además, en España estamos muy mal dotados para la creación política (organización de grupos de análisis, de apoyo, que ayuden en la toma de decisiones y, sobre todo, que nos ayuden a organizar el pensamiento y a continuar la tarea política de los fundadores del marxismo), porque las condiciones en que se ha asumido verdadera experiencia política han sido raras y muy escasas. Sobre todo, porque tuvimos un feudalismo muy largo, continuado en el siglo de oro con algunas experiencias socioculturales a cargo de poetas, comediógrafos, algún cronista y algún autor de devocionarios u otros libros edificantes. Aunque el gran imperio en el que nunca se ponía el sol fue la mayor desgracia para este país porque lo llevó a la ruina: es un hecho comprobado que, cuando en un mercado irrumpe una cantidad adicional de oro y plata, ese mercado se hunde; las cantidades que llegaron a España fueron enormes, y eso no había economía que lo resistiera; por eso se arruinaron nuestros artesanos y campesinos. Pero apenas ha escrito nadie sobre ello.

Durante los siglos XVIII y XIX tampoco tenemos obras de creación política. Y lo mismo ha ocurrido en el siglo XX: el marxismo no se ha desarrollado ni siquiera para explicar la guerra civil. La II República sí fue un intento de hacerlo, pero tuvo un fallo: hasta los dirigentes más radicales cayeron de rodillas ante el gran imperio español. Eso no se puede aceptar: significa que las clases intelectuales traicionan al país.

##### **El esclarecimiento de las ideas de los trabajadores constituye la tarea de un partido de izquierdas en la etapa actual de la globalización; el caso IU**

Todo esto es muy importante, porque hay que analizar Izquierda Unida como un intento de creación política, con errores y defectos, pero un intento: de hecho, el único intento español de todo el siglo XX; pues ¿qué libros científicos

---

<sup>291</sup> Mecanoescrito, sin fecha, pero quizás de 2001. (N. del E.).

ha escrito el PSOE en sus cien años de existencia?: podemos decir que ninguno.

¿De qué se acusa a IU? ¿De altibajos electorales? ¿De incertidumbre frente al futuro? Esos no son errores de IU sino del partido comunista, y son errores que vienen de muy atrás. Porque, ¿ha sido un acierto el ensayo soviético?; ¿y cuánto ha costado?; ¿qué hubiera pasado en el mundo si no hubiera ocurrido? Hay que analizar con rigor cómo fue el sistema soviético, cómo funcionaron sus empresas; porque fue el primer sistema a gran escala que puso a prueba el capitalismo libre de capitalistas o, como dijo Lenin, el capitalismo de estado. En cuanto a los altibajos electorales, los simpatizantes de IU tienen una gran sensibilidad política y una conciencia de izquierda, y se sienten más a la izquierda que el PSOE; están preocupados por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, pero su conciencia es incierta, no esclarecida e incompleta. De ahí que en cada elección se hayan planteado el apoyo al PSOE; no había forma de evitarlo. Los militantes de IU querrían otro partido pero no saben cuál.

Falta una elaboración teórica del partido, pero ¿quién la hace?

Un partido de izquierdas no sólo tiene que alertar, que esclarecer, a la clase social que va a asumir sus ideas, sino que también tiene que buscar la continuidad de las ideas de Marx, Engels y Lenin en la etapa actual de la globalización o mundialización. Porque ¿qué sabemos de la globalización? ¿Está la humanidad en un momento grave y de crisis? ¿Qué están haciendo las grandes empresas? ¿Por qué hay una fusión galopante de empresas? ¿Hacia dónde van? ¿Qué pasa con los estados, los sindicatos y los partidos políticos? ¿Van a perder los trabajadores toda posibilidad de influir en la medida en que el estado pierde fuerza? ¿Por qué todo esto?

Tengo la impresión de que los militantes de IU quieren algo mejor, porque, si no, estarían en el PSOE. Hay que crear un pensamiento político, económico y social que nos permita estar alerta ante estas cosas. Los dirigentes de IU tienen que saber más que los capitalistas, tienen que estar en el límite del conocimiento de lo que hacen los capitalistas, tienen que verlas venir. Eso es posible: hay que averiguar cuáles son las tendencias que van apareciendo en el sistema capitalista; hay que conocer el funcionamiento de la economía capitalista. No podemos crear un partido político que pretenda cambiar la sociedad en el futuro leyendo los periódicos; no puede ser.

## II

### SUeltos

El problema central es si IU es un partido burgués (que maneja intereses, privilegios, no ideas ni ideales). Un partido de izquierdas tiene necesariamente que compartir los objetivos de los partidos burgueses y, además, tiene que tener una preocupación grande por la creatividad política. Si IU quiere seguir existiendo tiene que investigar la marcha de las tendencias económicas, campo que se presta como nunca a manipulaciones políticas. El problema es que algunos tienen más preocupación por la política como representación que por la política como creación.



---

El partido de derechas no tiene problemas: se limita a ponerse en acción cuando hay elecciones y cree que la política se reduce a eso. Pero el partido de izquierdas tiene tareas más amplias. A saber:

1. Representar los intereses de un sector de la población.
2. Investigar en la creación política.
3. Profundizar en la democracia de forma activa, militante.

### III

#### **OBJETIVOS REALES QUE DEBE TENER IZQUIERDA UNIDA**

**IU debe ser un partido de vanguardia que, a través de sus intelectuales, defienda la conciencia objetiva de las masas, sin permitir el oscurantismo**

En todas las especies animales cada nuevo miembro nace con una dote de conocimiento que le permite sobrevivir, posibilitando así la persistencia de la especie. En el hombre no ocurre lo mismo. El niño no nace con la dote de experiencia necesaria para vivir sino que recibe esa experiencia del grupo social en el que vive, en el que constantemente descubre elementos y va asumiendo nueva experiencia de muy diversa índole.

El niño nace en una familia, va a la escuela, quizás a la iglesia, sale a la calle, y va fijando y consolidando fragmentos de experiencia que recibe del medio, con lo que permanecerá alerta frente a lo que sea similar a los mismos. Su pensamiento es una estructura ideal cognitiva formada por palabras, y, para mejorarla, tiene que entrar en relación con otros: una persona sola no podría vivir en el medio humano. A cada miembro de la especie humana se le pide que asimile con rigor las formas de alimentarse, de protegerse unos a otros, de relacionarse y demás. Aquí está la clave: la especie humana, al suprimir los instintos a través de la experiencia que supuso el uso de instrumentos, impuso a sus miembros una identidad social rigurosa por medio del lenguaje.

Toda conciencia humana es un conjunto de conocimientos que vinculan al sujeto a un pequeño grupo de amigos o de personas cercanas. El mundo que cada uno vemos desde nuestro pequeño agujero es tan escaso que no podemos confiar en él; por eso debemos ampliarlo. Así, si se intenta mejorar el mundo, se utilizará la experiencia germinal de cada uno en primer lugar y se recurrirá además a las personas que se conocen y que inspiran confianza; la experiencia que otras personas han ganado me sirve a mí en mi conocimiento del mundo, porque la conciencia de cada uno se forma en un diario moverse con los que nos rodean. Ahora bien, en relación con esto, hay que resaltar además que el niño, el adolescente, no puede elegir el tipo de experiencia que le conviene porque tiene todavía muy poco conocimiento del medio: su conciencia se va formando de modo inconsciente a través de las palabras, como fragmentos de experiencia y de información que no puede elegir; sólo más tarde sabrá si esa experiencia ha sido buena, y podrá ampliarla de forma consciente dirigiéndose a personas que le aporten su propia experiencia.

Por lo mismo, el militante de IU debe saber dónde encontrar el enriquecimiento de su experiencia, e IU tiene que convertirse en el centro que la irradie. Tal es la tarea fundamental de IU: ser un partido de vanguardia que, a través de sus intelectuales, defienda la conciencia objetiva de las masas, sin permitir el oscurantismo. Lo que implica la crítica rigurosa de todos los productos culturales que nos llegan y, además, reunir e integrar todo el pensamiento serio, científico, objetivo, que se produzca en el mundo para ofrecérselo a esas masas: un partido de izquierda tiene que tener como objetivo una concepción clara y precisa del hombre, de lo que es y de lo que necesita.

**La teoría científica del capitalismo, la defensa de la paz y la intervención en las elecciones con un atisbo de la política a largo plazo, objetivos de IU**  
U tiene que saber hacia dónde va el capitalismo. Los partidos conservadores no lo saben y tampoco les interesa; pero IU debe aclarar, entre otras cosas, la contradicción constante entre el negocio de las empresas y el hecho de que el estado se haga cargo de los seguros y pensiones.

La gente se ha empeñado en creer que la vida la han mejorado los capitalistas. Pero eso no es verdad: se ha mejorado a pesar de los capitalistas. El papel de éstos es producir beneficios para ellos mismos; no tienen ninguna preocupación social. Además, hoy, ni siquiera corren riesgos. El antiguo capitalista encontraba su recompensa si creaba empresas que, tras muchos apuros, resultaban exitosas. Ahora no hay nada de eso: los capitalistas tienen toda clase de ayudas de bancos, de *consulting* y hasta de gurús; son empresarios que apenas exponen su dinero, tienen hasta ofertas de seguros y, además, cuentan con las bonificaciones que les ofrece el propio estado. Hoy ningún capitalista serio y sensato expone nada.

También habría que aclarar los vaivenes bursátiles y el dinero de los fondos de pensiones. Y elaborar, en definitiva, una verdadera teoría científica sobre el curso actual del capitalismo, que hoy no existe {textos de Marx}<sup>292</sup>.

Otro asunto de importancia capital es el problema de la paz.

El capitalismo, al basarse en la producción bélica, industrializó la muerte, la destrucción, y es el promotor de las mayores matanzas de hombres, hasta el punto de que ha puesto en peligro la existencia humana. Nosotros no podemos permitir eso, como tampoco podemos permitir guerras como la del Golfo y la de Yugoslavia. Entre las personas, se han llegado a establecer leyes en las que no se permite la muerte y los problemas se solucionan mediante compensaciones económicas o de otro tipo. Tenemos que insistir en que es posible hacer lo mismo entre países. Si dos pueblos tienen que llegar a un acuerdo, hay que ofrecerles los medios necesarios para lograrlo, en el tiempo que sea, con las compensaciones que necesitan. Porque lo que está fuera de toda sociedad racional es solucionar los problemas con la masacre. El hombre nace frente a esa tendencia a la destrucción y a la muerte, con la solidaridad. Cada hombre adquiere la cultura humana, sus grandes logros, gracias a la identificación y la solidaridad con sus semejantes. En las sociedades humanas los hombres piensan como un solo hombre: cada cual recoge y asume el

---

<sup>292</sup> En el manuscrito faltan los textos correspondientes a esta apostilla. (*N. del E.*).

conocimiento de todo el grupo. Y el actual desarrollo de la humanidad se ha producido gracias a la cooperación entre los hombres

Otro objetivo de IU debe ser la intervención en las elecciones para ofrecer el atisbo de una política a largo plazo; es decir, ejercitarse en la lucha política y llevar a la conciencia de la gente el cómo se debe hacer política. Y tiene que tratar de esclarecer las ideas, desmintiendo las falacias de los partidos conservadores y de los medios de comunicación a su servicio, para lo que necesita analistas serios y rigurosos; porque el problema, grave, es que toda la economía que funciona por ahí no nos sirve: no sabemos si sus conclusiones son verdaderas; y ante todo debemos estar seguros de que las formulaciones del pensamiento económico son correctas.

## 14. Bases teóricas para el programa de un partido de izquierdas<sup>293</sup>

« Los partidos de izquierda tienen que hacerse conscientes de la servidumbre en que viven los hombres. Es un grave deber moral y lógico-objetivo la elaboración de un conocimiento que refleje las condiciones reales de avasallamiento en que viven los ciudadanos, así como darles argumentos para que sepan oponerse a las avalanchas informativas y para que constituyan una cosmovisión (o visión del mundo) propia, que guíe su acción; y hay que conseguirlo renovando la ciencia, el arte, la literatura y los contenidos de los actuales medios audiovisuales.»

«Es necesario crear grupos de reflexión, formados por compañeros de trabajo, de aficiones, del barrio, etc., que a la vez sean estímulo y cauce del conocimiento, como objetivo y como liberador. Estos grupos pueden iniciarse ya en la escuela. Pero raramente serán “creadores” de conocimiento, sino, antes bien, iniciadores y estimuladores en orden a dar sentido a los conocimientos que reúnan dos condiciones básicas: la objetividad lógica y metodológica; y una rigurosa moralidad.»

### I

1. Cambios y condicionamientos que obligan a replantearse los objetivos y procedimientos para llegar a una sociedad humana democrática, pacífica y solidaria. Urgencia de la situación.
2. ¿Quién es el sujeto del cambio?: los trabajadores y, en general, todo ser humano no corrompido por las tiranías ni colonizado por las prácticas destructivas.
3. El mayor obstáculo que se opone hoy a la instauración de esa sociedad democrática y solidaria son las naciones embarcadas en la carrera armamentística, sobre todo Estados Unidos. Sin desarme termonuclear no hay paz, no hay democracia, no hay solidaridad. Peligro de un loco megalómano.
4. El desarme termonuclear liberará recursos y evitará despilfarros, que serán suficientes para atender a las necesidades humanas más urgentes.

---

<sup>293</sup> Sin fecha, pero probablemente de finales de 1997 o principios de 1998. Se incluyen aquí dos notas mecanoscritas con ese título, aunque Eloy Terrón optó por la primera de ellas para incluirla en este libro. Por lo demás, en la pestaña interna de la contraportada de *Cosmovisión y conciencia como creatividad* (Madrid, Endymion, 1997), se dice, en referencia a su autor, que «actualmente prepara un libro sobre *Bases teóricas para el programa de un partido de izquierdas*; y estas dos notas vienen a ser el guión de partida de ese proyecto. (N. del E.).

5. El capitalismo monopolista, salvaje, autoritario, lleva a la humanidad a la miseria y a la catástrofe. A punto estuvo ya de acabar con la raza humana. No se le puede permitir que continúe haciendo locuras y cometiendo disparates, con el señuelo de que crea la abundancia para todos. Los capitales que ha usurpado y maneja en su beneficio los han creado los trabajadores, los científicos y los intelectuales; y en el pueblo trabajador hay hombres inteligentes y honestos que dirigirán las empresas mejor que los capitalistas y los burócratas corrompidos y viciosos.
6. Tal es la guinda que corona la tarta: las empresas monopolistas, apátridas y fraudulentas, en manos de los pueblos organizados democráticamente, desde el municipio a los estados federales.
7. Sabemos que las tiranías ideológicas -también llamadas tiranías espirituales- constituyen una de las principales lacras que afligen a la humanidad, pues, aprovechándose de que, al nacer, la conciencia (la representación del mundo que guía la acción) comienza en cero, deforman las conciencias de los niños hasta convertirlos en ciegos instrumentos de sus delirantes locuras, impulsadas por sus designios malvados.

Los poderes públicos, elegidos democráticamente y, como tales, asistidos por los ciudadanos, tienen que cooperar para impedir que niños y adolescentes sean adoctrinados en mitos e ideologías que son más esclavizadores que las drogas más potentes. Los testimonios son cada día más abundantes: suicidios colectivos de los adeptos del Templo del Pueblo en Georgetown (Guayana inglesa, 1978), los davidianos en Waco (Texas, 1995) o los creyentes de la Puerta del Cielo en California (1997); terroristas suicidas de Palestina y Líbano; ejecutores diabólicos del islamismo de Argelia, Egipto, Irán, etc.; talibanes de Afganistán; matanzas tribales del África Central; y tantos otros grupos de asesinos que, *“en nombre del dios clemente y todopoderoso”*, matan despiadadamente.

8. Por más imposible que, en principio, parezca, hay que intentar rescatar a los hombres de la enajenación de su conciencia para que ejerzan su libertad.

Los partidos de izquierda tienen que hacerse conscientes de la servidumbre en que viven los hombres. Es un grave deber moral y lógico-objetivo la elaboración de un conocimiento que refleje las condiciones reales de avasallamiento en que viven los ciudadanos, así como darles argumentos para que sepan oponerse a las avalanchas informativas y para que constituyan una cosmovisión (o visión del mundo) propia, que guíe su acción; y hay que conseguirlo renovando la ciencia, el arte, la literatura y los contenidos de los actuales medios audiovisuales.

Es necesario crear grupos de reflexión, formados por compañeros de trabajo, de aficiones, del barrio, etc., que, a la vez, sean estímulo y cauce del conocimiento, como objetivo y como liberador. Estos grupos pueden iniciarse ya en la escuela. Pero raramente serán “creadores” de conocimiento, sino, antes bien, iniciadores y estimuladores en orden a dar sentido a aquellos conocimientos que reúnan dos condiciones básicas: la objetividad lógica y metodológica; y una rigurosa moralidad.

9. Entre las cuestiones actuales más urgentes a abordar hay que resaltar la tendencia de las grandes corporaciones multinacionales (o transnacionales), que pretenden eliminar los estados nacionales con sus sistemas de participación democrática y sustituirlos por la “democracia de la junta de accionistas”.

Esas corporaciones multinacionales son la fuente más poderosa de corrupción en los países en vías de desarrollo y el principal enemigo en aquellos que todavía no lo han iniciado o están en la primera etapa del mismo.

10. El internacionalismo se presenta hoy como una necesidad urgente e insoslayable, al estar adquiriendo una importancia decisiva dominante la cooperación de los trabajadores de los países más avanzados en la formulación de los objetivos y los procedimientos a emplear, y en la movilización de las masas trabajadoras y de todas las personas de buena voluntad.

11. La humanidad entera se encuentra bajo la dictadura del conglomerado de empresas que constituyen la cúpula económico-política que ejerce el poder en Estados Unidos; “una organización política, armada hasta los dientes y que continúa avanzando en su fabuloso rearme” (la cita es del propio presidente, J. F. Kennedy).

12. Otra cuestión importante es la que se refiere a la evaluación del ensayo del socialismo real en la URSS. Al analizarlo, no se hay que dejar de lado el grave atraso del capitalismo en la Rusia zarista, ni los intentos de las grandes potencias capitalistas por impedir el desarrollo del nuevo sistema, tanto en sus comienzos como durante la invasión nazi-fascista. El crecimiento industrial y la creación de capital para fabricar material de guerra tiene especial importancia; hay que valorar la aplicación de los esfuerzos de las masas trabajadoras en el traslado de las fábricas al este de los Urales y la rápida recuperación en la producción del armamento.

El análisis debe buscar la experiencia que se pueda aplicar al manejo del capital sin los capitalistas: cómo el pueblo trabajador puede manejar el capital para conseguir objetivos político-económicos-sociales.

13. El siglo XXI y siguientes. Qué tipo de formación política hará la transformación progresista. Etc., etc.

## II

1. *Los grandes problemas que cada día hacen más urgente la creación de un partido de izquierdas para cambiar la sociedad.*
- Los conflictos derivados de la existencia de los dos bloques, la carrera de armamentos y el absurdo de las armas termonucleares.
  - El derrumbe del bloque soviético y el aumento de los conflictos.
  - La crisis y desaparición de los partidos comunistas.

- d. La necesidad de reconstruir el partido para el cambio de la sociedad, y los “determinantes objetivos” del cambio.
- e. El socialismo -o la sociedad humana racional- y la transición desde el capitalismo (cada día más irracional, más caótico y peligroso para la humanidad). La teoría leninista de la transición.
- f. La experiencia inapreciable del experimento soviético.

2. *La población trabajadora española, como sujeto y agente de la actividad política.*

- a. Los orígenes de la clase terrateniente y el monopolio del único medio de producción, la tierra.
- b. La clase terrateniente conduce al país al estancamiento y frena la industrialización.
- c. En sus esfuerzos por defender la renta de la tierra, la clase terrateniente desencadena la guerra civil.
- d. Aunque con desesperación, la clase trabajadora (que sólo posee su fuerza de trabajo) acepta la guerra civil y se convierte en la fuerza principal de la lucha.
- e. El apoyo decidido del nazi-fascismo y el miedo y la cobardía de las democracias deciden la derrota; las consecuencias de la falta de unidad de la clase obrera.
- f. La derrota, la brutal represión y los bajos salarios de los trabajadores españoles (parece que, en 1952, equivalían al 49% de los salarios de 1929).

La década de la represión; el estraperlo y la mayor corrupción de nuestra historia. El mercado negro (el estraperlo). Los bajos salarios dieron lugar a una capitalización brutal, pero no sólo en beneficio de la aristocracia terrateniente; también permitió enriquecerse a una burguesía media y pequeña, ansiosa de riqueza y de poder.

- g. Los comienzos de la intensa industrialización, que aprovechó las divisas de los turistas que inundaron nuestro país y, después, las remesas de los emigrantes a los países capitalistas de Europa Occidental.
- h. La formación de la conciencia de los trabajadores.

Los trabajadores se vieron obligados a dejar de leer. Se recogieron todos los libros y publicaciones ligeramente progresistas y democráticos; en las bibliotecas públicas se retiraron incluso las obras de autores como Voltaire, Rousseau y otros similares, que en la mayoría de los casos fueron destruidos; se persiguió toda publicación levemente crítica con el régimen dictatorial militar; y la mayoría de los periódicos y revistas -los pocos que quedaron- se llenaron de insultos y amenazas a los trabajadores: un trabajador no tenía nada que leer.

- i. Como el desarrollo industrial se inició con mercancías populares como la radio de transistores y el televisor, los trabajadores creyeron que ya tenían resuelto el problema de su información.

Se apresuraron a comprar televisores, empeñándose hasta los ojos, y la lectura desapareció de su horizonte. La gente creyó que no tenía necesidad de la lectura para nada; y las conciencias de los trabajadores pasaron a estar formadas por contenidos constituidos por las imágenes de naturaleza publicitaria, principalmente.

En este sentido, el capitalismo logró un verdadero éxito en la configuración de las conciencias de los trabajadores españoles, que asumieron -hasta donde les fue posible- el modo de vida norteamericano.

3. *La liquidación y la superación del montaje económico y sociocultural levantado por los vencedores y consolidado durante las casi cuatro décadas de dictadura, 1936-1975.*

- a. La involución de la sociedad, la cultura y la política era tan grotesca -tras su reconstrucción y actualización neofeudal, propugnada por los franquistas (y, aún mucho más, con los agregados autárquicos y corporativos, fascistas), que todo ese aparato se hundió en la irrisión por dos causas básicas: el empuje capitalista, en el interior y en el exterior; y la expansión de la ideología comunista, en las décadas de 1950 y 1960, bajo la influencia incontenible de la derrota del invencible ejército nazi tras los demoledores golpes del ejército soviético.

Tan grande fue el prestigio alcanzado por los comunistas soviéticos, y por los comunistas en general, que en España la única fuerza política organizada que se enfrentó al franquismo fue el partido comunista de España (PCE), hasta el punto de llegarse a creer que la caída del franquismo significaría la implantación de un régimen comunista (recuérdese la polémica contra Fernando Claudín y Jorge Semprún).

Ésa fue una ilusión carente de toda base real, porque los afiliados al PCE en el interior carecían de toda formación teórica, aunque explicable por la simpatía que inspiraba el prestigio del PCE, ganado por su actuación en la guerra civil y en la lucha contra la dictadura franquista.

- b. Los miembros de la dirección del Partido -y, en particular, el Comité Central, constituido por exiliados, desde el final de la guerra civil- estaban exultantes de orgullo a la vista de su crecimiento y de la calidad de los militantes (hijos de la clase media e incluso de la alta burguesía y muchos trabajadores), tanto entre los emigrantes como en el interior. El Partido estaba presente en la Universidad, en los institutos, en las escuelas, en las fábricas, en las minas, en los campos, en todas partes.

Esa ubicuidad del PCE en el seno de la sociedad española hizo creer a los dirigentes que contaban con un aguerrido ejército de militantes,



capaz de conquistar el poder. Tan convencidos estaban de esto, que, al iniciarse la transición a la democracia, Santiago Carrillo, secretario general, y otros dirigentes, entraron en España de forma clandestina a la espera de la legalización del Partido.

De hecho, el Partido fue legalizado, por la convergencia de diversas conveniencias políticas; y comenzó, pronto, una brillante actividad político-cultural: Fiestas del Partido, Congresos, periódicos, revistas y una intensa labor editorial, con centro en la publicación de la abundante literatura marxista.

Claro que tardó algún tiempo en notarse la ausencia de una auténtica y genuina reflexión sobre los problemas de nuestra sociedad: sobre las causas de nuestro atraso; sobre la renta de la tierra y el inmovilismo de la clase terrateniente; sobre la oposición de ésta al desarrollo del capitalismo, condición y paso necesario para alcanzar una sociedad socialista (cuestión que no se ha planteado nunca en España, como tampoco se ha planteado nunca el que la sociedad sea racional, justa, democrática, tolerante, pacífica, etc.); etcétera.

- c. Todos los esfuerzos de los intelectuales del Partido se aplicaban a la lucha política para conseguir más votos y más diputados en las elecciones generales, más diputados en las elecciones autonómicas y más concejales en las municipales. A eso se reducía la actividad política del Partido, en competencia con los demás partidos políticos. Y, para luchar en condiciones más semejantes a las de otros partidos políticos, se disolvió la organización básica, en células, y se crearon las agrupaciones, que dejaron a los militantes reducidos a esporádicos contactos y reuniones con compañeros desconocidos, o rara vez conocidos.

¿Cómo se formaban esos militantes, puesto que se carecía de medios de comunicación adecuados (periódicos, revistas, escuelas del partido)?; y, si nadie les formaba, ¿qué mensaje podían llevar los militantes a la sociedad? Un destacado dirigente de un sindicato (CCOO), declaraba en público que él no necesitaba pasquines ni folletos, porque, en llegando a una fábrica, pegaba dos gritos y ya tenía a los trabajadores movilizados y dispuestos para lo que fuese necesario.

A los militantes españoles del PCE no se les estimuló para que imaginasen cómo debía ser la nueva sociedad: ideal, racional, pacífica, perfecta. Salvo que se considere un estímulo la *Historia del Partido Comunista de la URSS* (en la que colaboró -parece que estrechamente- J. Stalin), que fue enviada en un tomito camuflado como un "Episodio" de Benito Pérez Galdos. A los dirigentes del partido no se les ocurrió nada peor.

4. *La utopía, que es un componente de la conciencia humana, está hoy al alcance de la mano.*

Desde comienzos de siglo, en que los anarquistas "tradujeron" algunas novelistas utópicas, nadie volvió a excitar la mente de los españoles con las utopías. Por los años 70 y 80, y hasta la

actualidad, los elementos utópicos se han tratado con un desprecio manifiesto, que no ha hecho más que acrecentarse tras el derrumbe del sistema soviético. Aunque quienes participan de ese desprecio a la utopía no hacen sino refocilarse en su profunda ignorancia, porque la utopía es un componente de la conciencia humana; a saber: la exigencia de convertir en idea toda transformación realizada por el hombre en la naturaleza hasta hacer de ésta la morada de los hombres, el “medio humano”.

Todo lo que los hombres transformaban en la naturaleza lo convertían en idea, en concepto. Esa idealización -mejor dicho, ese idealizar- es el fundamento insoslayable de la utopía. Y, en todas las épocas de la historia con alguna actividad intelectual, los hombres han fabricado para su uso alguna utopía: desde “La isla del Sol”, de los esclavos insurrectos de Sicilia, a “La ciudad del Sol”, de Campanella y las utopías construidas por los socialistas franceses del siglo XIX.

Se puede seguir rechazando la utopía, con el argumento de que es irrealizable. Pero diferentes utopías imaginadas en el pasado han sido ampliamente superadas por la técnica y la capacidad de previsión de los hombres. Es un hecho que las utopías, como cualquier otra obra humana, se construyen en cada momento de la historia con la experiencia de que dispone sobre la naturaleza, las técnicas, el grupo social y los mismos hombres. Así, los planes (o programas) actuales de población, por ejemplo, se identifican con nuestras utopías, pues los hombres actuales no pueden imaginar y proyectar toda una sociedad.

Hasta la revolución industrial, el interés de los autores de utopías -desde Yámblico (mejor dicho, desde la rebelión de los esclavos de Sicilia) hasta Diderot- se centraba en la superación de las contradicciones más viles y humillantes para las masas, sin entrar en el análisis de si la utopía era posible (si contaban con los recursos y conocimientos y experiencias necesarios para salvar las contradicciones). Pero hoy disponemos de los avances técnicos de la Revolución Industrial y de los conocimientos acumulados sobre la sociedad, en general, y sobre la organización del trabajo (la empresa, como unidad financiera, y la fábrica, como unidad de producción), en particular.

Desde la disolución de los gremios mediante el trabajo a domicilio -y a través del trabajo en factorías-, el trabajo humano dio un gran salto adelante. Se progresó mucho en la descomposición del trabajo humano; y se crearon las bases para la división del trabajo y la especialización.

Con la manufactura, los trabajadores se especializaron en determinadas operaciones, de modo que la obra completa no fue ya el resultado del trabajo de un artesano, sino de todos. A esta forma de elaborar el producto se la llamó fabricación por piezas intercambiables. El trabajo humano se elevó así a un grado superior

de productividad y asumió una forma nueva: el trabajo compuesto (el trabajo orgánico), base de una eficacia ilimitada, siempre creciente.

El crecimiento de la productividad del trabajo humano y de la eficacia del mismo proporcionó también conocimiento y experiencia sobre los hombres en el trabajo cooperante y la cooperación, y sobre estos mismos. Y esa experiencia, inédita por completo hasta entonces, constituyó la base de la empresa y del sistema de fábrica, de enorme trascendencia.

La especialización y la división del trabajo y la descomposición del mismo en operaciones simples, a realizar por el trabajador con la herramienta en la mano, abrió un mar de posibilidades antes inimaginables. Pues, al ser las operaciones muy sencillas, la herramienta puede pasar de la mano del operario a un artificio o máquina, realizándose las operaciones con mucha mayor rapidez y sin muestra de cansancio. Pero, además, una vez que se consigue eso, puede abordarse el acoplamiento adecuado de máquinas operantes (u operativas) y del hombre en una cadena continua de producción, con la consiguiente capacidad humana de transformar la naturaleza en bienes necesarios para el hombre en cantidades ilimitadas; en adelante, los bienes que se vayan a producir dependerán del capital y de los recursos en general, para poner en marcha la cantidad que se necesite.

La utopía parece estar, pues, al alcance de la mano.

5. *¿Pueden los hombres cambiar algunos aspectos de la sociedad en que viven, principalmente cuando los cambios implican la transferencia de la propiedad de los mismos? ¿Son justificables los cambios de propiedad con el argumento de una mejor gestión, mayor producción, precios más bajos, etc.?*

# APÉNDICES

# 1. El analfabetismo en España y sus condicionantes sociales y económicos<sup>294</sup>

«Éste es el grave, gravísimo, problema moral del analfabeto (y de quienes lograron que lo fuera): un hombre inmerso en un mundo de signos -el lenguaje escrito- y de cifras, en el que se expresa nuestra cultura tecnificada, que está fuera de su alcance y del de tantos hombres expulsados de nuestros campos, donde se las arreglaban bastante bien sin saber leer ni escribir, y lanzados de lleno a un mundo en el que es imposible orientarse sin el dominio del lenguaje escrito.»

## 1.1. Aclaración preliminar del tema

### **Raíces del analfabetismo según la UNESCO: dialéctica de la forma de la producción, la organización social y la organización social del conocimiento**

Hasta hace muy pocos años el analfabetismo era estudiado y considerado en abstracto, desprendido de la forma de producción que servía de base a la sociedad y de su organización social. El analfabetismo era considerado como un problema moral solamente. Pertenece a la UNESCO el mérito de haber descubierto las raíces socioeconómicas del analfabetismo en su reunión de Teherán en 1965; este descubrimiento constituye un alto ejemplo de la actividad creadora de la cooperación internacional, del valor científico del contraste de experiencias humanas muy distintas.

En la reunión de Teherán se puso en claro que la alfabetización de grandes masas campesinas es ineficaz si no cambiaban las condiciones socioeconómicas en que se desenvolvía la vida de la población; muestra evidente era la recaída en el analfabetismo de poblaciones agrícolas que habían sido alfabetizadas en diversos países.

Esa recaída era natural. La expresión escrita es una forma de fijar (registrar) y transmitir la experiencia humana, el conocimiento. No es, como mucha gente cree, una forma de conocimiento que sustituye la organización del conocimiento que posee el analfabeto. Éste posee un conocimiento que está determinado por las necesidades de la producción y organizado por la forma social de la producción, por la organización social que la forma de producción determina; cuando, sin modificar las condiciones de la producción ni de la organización social, el analfabeto deja de serlo porque aprende a leer y a escribir no ha mejorado el conocimiento necesario para dirigir su actividad sino que ha adquirido un instrumento secundario para fijar y transmitir (y, tal vez, mejorar la organización de) un conocimiento que ya posee.

En esta situación, el dominio del instrumento de la expresión escrita puede incluso ser contraproducente, pues depende de la organización social y

---

<sup>294</sup> Mecanoescrito de octubre-noviembre de 1966, con una nota a mano, posterior, del autor: «Conferencia pronunciada en el Club de Amigos de la UNESCO de Madrid, en dos partes, los días 8 y 15 de septiembre de 1966». (*N. del E.*).

del prestigio que se confiere a la posesión de ese instrumento el que se cree un *complejo de escriba* que aleje al individuo de las bases reales que sustentan la vida social, de la actividad productiva; hecho que ha ocurrido con frecuencia en muchas sociedades africanas en las que los colonizadores habían atribuido una significación casi mágica a la expresión escrita.

**El analfabetismo en España: en la “sociedad tradicional”, hasta 1956-1957; y en la transición actual a la sociedad industrial (1958-1966)**

Conscientes de esta íntima asociación entre actividad productiva, organización social y nivel de organización del conocimiento necesario para conducir la vida de los individuos, voy a analizar brevemente el problema del analfabetismo en nuestro país durante el último siglo, pero distinguiendo dos etapas muy desiguales en su duración: una, que abarcará hasta hace diez años, 1956-57, que denominaré de la sociedad tradicional; y otra, que comprenderá los últimos diez años y que llamaré etapa de transición a la sociedad industrial o etapa de transición, para abreviar.

## **1.2. Rasgos esenciales de la sociedad tradicional española**

**Forma tradicional de producción: agricultura autosuficiente predominante y transmisión del conocimiento por imitación y mediante proverbios y refranes**

El tipo de sociedad predominante en España se puede denominar tradicional, por la forma de producción que le sirve de base y por la composición de su estructura social. Es verdad que, desde finales del siglo pasado, existen islotes de una forma de sociedad que no coincide con el tipo dominante: son islotes de sociedad burguesa industrial, muy localizados en algunas áreas de Cataluña, Provincias Vascongadas y Asturias, pero tan insignificantes, que no alteran para nada el cuadro destacado de la sociedad tradicional.

La sociedad tradicional se denomina así por haber predominado con ligeras modificaciones a lo largo del período histórico de la humanidad: es la sociedad basada en la agricultura, en el artesanado y en un mercado incipiente. La base real es la agricultura, pues con frecuencia el artesanado es suplementado por las labores agrícolas y, lo mismo, el comercio. Pero estas actividades tienen un rasgo común en cuanto a su conducción: están fuertemente condicionadas por la tradición. En adelante designaré estas tres actividades bajo el nombre de forma tradicional de producción, aunque con este término haré referencia fundamentalmente a la agricultura, porque es la que aporta la porción determinante de esa producción (que, en la mayoría de los casos, es toda la producción).

Esta agricultura tradicional se caracteriza por la explotación extensiva de cereales, leguminosas, el olivo y el viñedo, y, en el caso de España desde finales del siglo XVIII, el maíz y la patata. La agricultura se completa por necesidad con la ganadería no estabulada, que vive al margen de la agricultura y sobre ella. La explotación agrícola, lo mismo que la ganadería, están condicionadas por la sumisión fiel a las normas recibidas del pasado a través de las generaciones.

Los conocimientos que implica esta forma de explotación (y hay que tener en cuenta que son muchos y muy diversos) no han recibido una formulación abstracta, separada de la práctica; todos los conocimientos necesarios están vinculados a los fines y propósitos sociales y a los modos de hacer. Como estos conocimientos no están elaborados constituyendo un todo organizado, un cuerpo de conocimientos, una ciencia, no necesitan de un tipo especial de registro y transmisión; están fijados en las operaciones que, reunidas, constituyen las labores agrícolas y son transmitidas (juntamente con las operaciones que conducen) de padres a hijos por imitación, en proverbios y refranes. La inmensa mayoría de nuestros campesinos no necesitaban para nada saber leer y escribir: ellos sembraban la tierra, recogían las cosechas, elaboraban los alimentos, pagaban los diezmos y contribuciones, cuidaban los hijos, los acomodaban y proseguían el ciclo de las generaciones.

Otro rasgo esencial de este tipo de agricultura es la tendencia irrefrenable a la autosuficiencia: se produce para consumir; se produce lo necesario para el sostenimiento de la familia; por eso hay que producir de todo: cereales, leguminosas, patatas, algunas verduras, forrajes para los animales, lino para estopa, lana, etc. Sólo se produce para el mercado, para la feria local o más próxima, algún artículo que es necesario vender para conseguir el dinero suficiente para pagar los impuestos porque los recaudadores no admiten el pago en especie. Pero los campesinos con propiedad individual -polo de atracción para todo el que trabajaba la tierra- no producían de modo voluntario para el mercado; con frecuencia tenían que privarse de los alimentos de mejor calidad o en cantidad suficiente por la necesidad de producir para vender o para entregar una buena parte a alguien que pondría esos productos en el mercado. Aquí surge el otro rasgo esencial de la sociedad agraria: el propietario de la tierra, la organización social.

### **Organización social: propiedad de la tierra y dominación de los latifundistas sobre los pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros y obreros agrícolas**

En el período histórico de la agricultura, al menos en aquellas tierras que merecían la pena, ha ido acompañada siempre por el propietario de la tierra, cualquiera que fuese el nombre que recibiera éste. Los campesinos trabajaban la tierra, recogían las cosechas y las repartían con el propietario que, a cambio, les cedía la tierra en usufructo y a veces los protegía; como es bien sabido, en todos los tiempos la protección se ha vendido muy cara y se ha impuesto a los protegidos. Esta es la otra cara que hace muy poco idílica la forma de vida agrícola. Por otra parte, dependía de la categoría que hubiera conseguido el campesino, pues éste podía ser colono, arrendatario, aparcerero u obrero agrícola. Los grandes propietarios de la tierra, los terratenientes o latifundistas, siempre han preferido la forma que les diera más producto y menos quebraderos de cabeza; en el caso de España, adquirió gran desarrollo el arrendatario, aunque dentro del siglo XX se desarrolló notablemente el obrero agrícola en el centro y sur del país en los cultivos del olivo, la vid y el trigo.

Interesa distinguir en nuestro país las principales formas de explotación de la tierra para ver el papel que en cada una de ella juega el conocimiento aplicado a la conducción de las labores agrícolas.

En primer lugar, tenemos los millones de campesinos independientes con propiedad individual, extendidos por todas las regiones montañosas, por la

zona cantábrica y pirenaica, por las tierras pobres y donde habían conseguido conquistar la tierra para sí. Éste es el verdadero tipo de campesino autosuficiente, que vive de lo que le producen los trocitos de tierra sin comprar ni vender nada; se agota trabajando unas tierras, muchas veces misérrimas y semiestériles, para conseguir algún fruto; y aprovecha el trabajo de las mujeres y el de los niños, en cuanto son capaces de moverse. De esta forma, los hijos van aprendiendo al lado del padre para el día en que deban sustituirle o formar un hogar aparte; a lo largo de su niñez y parte de su juventud aprenden directamente todo lo que tienen que aprender, lo que necesitarán para hacer lo mismo que hizo su padre.

En segundo lugar, están los campesinos arrendatarios y aparceros, muy extendidos por la parte central, oeste, levante y sur de España, cuya situación es muy próxima a la del campesino independiente; sólo que peor, pues tienen que trabajar más, ya que no sólo deben alimentar a la familia sino también al amo de la tierra. Los hijos se ven sometidos a la misma condición que los padres y su trabajo se aprovecha con el mismo destino. Aprenden todo lo que necesitan en la práctica y de la imitación de los mayores.

En tercer lugar, están los obreros agrícolas, hacinados en los grandes pueblos del centro, del oeste y del sur del país. Estos obreros realizan los trabajos de más baja calificación, que no requieren ningún tipo de aprendizaje. Como el obrero y su familia viven de un mísero salario, con largos paros estacionales, llegan hasta perder la simple capacidad de previsión, que, en los otros dos grupos, constituye una necesidad acuciante que contribuye a desarrollar la inteligencia. Entre los obreros agrícolas falta el sentido de la previsión y el largo período de formación de los hijos al lado de los padres; los niños quedan abandonados en las calles, si se exceptúa el corto intervalo en que se pueden aprovechar sus fuerzas para alguna faena, como la recogida de la aceituna; no tienen nada que aprender; no tienen ningún horizonte que los aliente; tienen que seguir el camino de sus mayores: ¿para qué necesitan ellos saber leer y escribir?

En cuanto a la forma de producción predominante, es evidente que no plantea a los que se ocupan de ella exigencias que obliguen al dominio de la expresión escrita; es evidente que las personas que sepan leer y escribir no tendrán ninguna ventaja sobre los puramente analfabetos. Esta falta de exigencias y la falta de horizontes hacen que quienes hubiesen aprendido a leer y escribir caigan, por total falta de ejercicio, al nivel de los totalmente iletrados. Por este motivo, en nuestro país se podría considerar iletrados no sólo a los que no sabían leer y escribir sino incluso a aquellos que, habiéndolo aprendido, no han podido ponerlo en práctica porque no han tenido ocasión para hacerlo. El conocimiento de la organización social española ayudará a entender mejor esto.

La agricultura tradicional era la ocupación de la inmensa mayoría de la población activa del país. España era, por este motivo, un país atrasado, estancado, inmovilizado, como todo país basado en esta forma de producción. De modo que la sociedad española estaba constituida por dos clases fundamentales: una inmensa mayoría de población campesina, ocupada en trabajar la tierra; y una minoría que poseía esa tierra y, por ello, dominaba el país. De hecho, no hay nada más que estas dos clases, porque en el plano social han contado muy poco la raquíca burguesía mercantil e industrial y la



clase de los profesionales. Por lo demás, los profesionales se encontraban en total dependencia de la clase dominante, poseedora de la tierra.

Ésta era la organización básica de la sociedad española; y tan básica ha sido, que no la han removido ni las revueltas y pronunciamientos liberales, ni las dos guerras civiles padecidas en el siglo XIX: la *sociedad*, como dicen los pensadores más reaccionarios, ha sobrevivido a todas las revueltas.

**A finales del siglo XIX, la clase terrateniente se atrae al ejército, el clero y la burocracia y, con su ayuda, al campesinado medio y al pobre independiente**

Si se examina bien esto, no es de extrañar. Pues, por una parte tenemos a la clase terrateniente, que, a finales del siglo XIX, se atrajo al ejército, a la burocracia estatal y a la Iglesia; al lado de ésta clase se situaban los campesinos medios y hasta los campesinos pobres independientes, influidos por la clase dominante a través de sus elementos activos y organizados: el clero, la burocracia y el ejército. Y, frente a esa masa o, mejor dicho, al margen de ella, estaban la burguesía industrial y comercial, muy débiles y sin intereses comunes, los profesionales, el proletario agrícola y el industrial, muy poco numeroso y mal organizado. De hecho, el peso de los latifundistas y sus aliados fue decisivo en el desarrollo del país y llevó a un inmovilismo casi ideal que, como veremos, se arruinó a sí mismo.

Como es fácil de advertir, ese inmovilismo contribuyó a cerrar los horizontes y a hacer imposible el ascenso de las clases bajas por medio de la cultura; así se reforzó la tendencia negativa a la alfabetización. Más aún, en nuestra sociedad las gentes letradas eran mal vistas o miradas con desconfianza; nuestra “sociedad” provinciana veía en la letra impresa un peligro porque creía que todos los trastornos que había sufrido el país habían provenido del exterior por la difusión de las ideas disolventes en los periódicos y en los libros. En este sentido, son curiosos y dignos de tener en cuenta los juicios de todos los reaccionarios en la prensa periódica, aunque también participaba de este prejuicio hasta un político tan inteligente como D. Antonio Maura. Consideradas así las cosas, piénsese en el escándalo que supondría un obrero en cualquier localidad de la mitad sur de España leyendo el periódico en la puerta de su casa.

**La “sociedad agraria” inmoviliza de facto el país, bloqueando el reformismo moral, cultural y escolar, de la minoría política estatal, profesional y burguesa**

Desde el punto de vista político, es curioso observar que, aunque esta “sociedad agrícola”, tal como fue definida más atrás, dominaba e inmovilizaba el país, desde la Restauración (1876) a 1936 ha dominado en el plano político una clase media y burguesa de profesionales, comerciantes y algunos agricultores mientras la “sociedad agraria” se mantenía al margen de las martingalas políticas; claro es que esta inhibición de la “sociedad agraria” imposibilitó por completo el desarrollo político del país porque hizo fracasar todos los intentos de reforma, ya partieran de los liberales, ya de los conservadores.

Como, desde la Restauración, la actividad política estuvo en manos de profesionales y burgueses, el sector más culto del país, el Gobierno central y, mejor aún, el Congreso, se esforzaron en elaborar una organización moderna

para España y en crear instituciones que situaran al país entre los primeros de Europa.

Una de estas instituciones era el sistema de enseñanza. La “oligarquía parlamentaria”, los “profesionales de la política” -como llama Maura a los que intervenían en política y constituían la clientela activa de los dos grandes partidos- eran conscientes de la necesidad de llevar la cultura y la ilustración a todos los rincones del país. En este sentido, el Gobierno central iba muy por delante de los deseos y de las exigencias de aquél; tenía razón Cánovas al decir que la centralización representaba en España “ni más ni menos que la civilización, ni más ni menos que la libertad”.

Que esto era verdad lo muestra con toda evidencia el hecho de que en 1902 el Gobierno central se viese obligado a tomar a su cargo la remuneración de los maestros (desde 1857 y hasta entonces, la enseñanza primaria había estado a cargo de los municipios, es decir, de los propios pueblos). El conde de Romanones, que fue el primer ministro de Instrucción Pública, cuenta en sus memorias en qué abandono se hallaban los maestros por parte de los Ayuntamientos; pero no sólo estaban abandonados ellos: como revela el Congreso de Inspectores de Primera Enseñanza convocado por el mismo Romanones cuando volvió a ser ministro del ramo en 1910, la situación de las escuelas era totalmente desastrosa. Esto muestra con toda claridad que la España campesina no necesitaba escuelas, no necesitaba maestros; consideraba inútil que los niños aprendieran a leer y escribir.

Era un hecho real que ni la forma de producción ni la organización social estimulaban a la población al dominio de la expresión escrita; todo contribuía a hacer imposible su adquisición: la falta de uso, la falta de horizontes y, sobre todo, el bajo nivel de la productividad, que obligaba a los padres a aprovechar desde la infancia el trabajo de sus hijos.

Para una sociedad que desconocía los conceptos de productividad, de rentabilidad del capital, que ignoraba que la innovación es vital para la industria, para una sociedad que poseía mentalidad de lucro pero una mentalidad típicamente medieval y que carecía por tanto de la mentalidad de empresa, para esa sociedad -mejor dicho, para la parte más culta de la sociedad española- el analfabetismo era una lacra social, una indignidad para el hombre, un mal moral y, como tal, objeto de ejercicios líricos y retóricos de la peor especie.

Hasta ahora, la sociedad española todavía no ha superado esa concepción del analfabetismo a pesar de que está ya bien demostrado, por la realidad social, que la posesión de la expresión escrita posee otra importancia y otro valor mucho más real, ya que es realizable comercialmente en dinero; me refiero al analfabetismo como problema económico.

### **1.3. El analfabetismo en la etapa de transición**

**Con la victoria de la “sociedad agraria” en la última guerra civil comienza su destrucción, por la inversión industrial de los beneficios del *estraperlo* y la huida del obrero agrícola al cinturón semiurbano de las grandes ciudades**

En España la “sociedad agraria” ha estado siempre a la defensiva y en su defensa originó tres guerras civiles: en las dos primeras tuvo que pactar con sus enemigos -la España liberal de las ciudades-, que no estaban interesados tampoco en la derrota total de los vencidos, pues los necesitaban como reserva; pero en la tercera guerra civil la victoria de la “sociedad agraria” fue completa, total. Aunque eso iba a ser el comienzo de su propia destrucción, de la crisis en que se halla en la actualidad, y, a la vez, del resurgimiento del país, de su ascenso a una forma nueva de vida.

Es indudable que la victoria nacional de 1939 fue el triunfo definitivo de lo que he denominado “sociedad agraria”: el triunfo de los latifundistas y de todo lo que ellos representaban. Como es natural, el fruto más granado y sustancioso también será suyo. Al terminar la guerra, el país se encontraba con la agricultura arruinada y con la poca industria de que disponía, desorganizada y casi destruida. La escasez de alimentos fue enorme, agravada, además, por la imposibilidad de importarlos, ya que toda Europa se vio inmediatamente envuelta en la guerra más terrible de la historia y cada país necesitaba todos los recursos para el esfuerzo bélico. Por esta causa, los alimentos del mercado negro, que era donde se surtían la mayor parte de las familias de las ciudades y de las zonas industriales, adquirieron precios increíbles. Fueron los años más felices del *estraperlo*; felices, claro está, para los productores de alimentos, para los propietarios de la tierra. Los propietarios medios y grandes hicieron enormes beneficios durante los diez años largos de escasez.

Pero ¿qué iban a hacer los propietarios agrícolas con esos enormes beneficios? No podían invertirlos en la tierra. Era imposible: los salarios eran bajos y la mano de obra abundante (incluso hubo por esta época un retorno al campo, pues llegó a creerse que España volvía a ser un país agrario); no se disponía de maquinaria -el país no la producía ni la podía importar-; no había abonos minerales; esto es, no era posible la reinversión en la agricultura. Aunque por entonces se inició el periodo de grandes construcciones de viviendas, el grueso de los beneficios nacidos del *estraperlo* de alimentos pasó a alimentar otro *estraperlo* todavía más productivo, especulando con la enorme escasez de productos manufacturados que se sintió después del 39 hasta las medidas liberalizadoras de los años 60. Insensiblemente, la “sociedad agraria” iba saturando sus intereses en la industria.

Simultáneamente, se estaba produciendo otro cambio en el país. Con la derrota del bando republicano el año 1939 un gran sector, los obreros agrícolas, pierde también la esperanza de poseer algún día la tierra que lo haría independiente: la pérdida de esa esperanza, tan acariciada, y el temor a la represión -siempre más dura en los pueblos y en las pequeñas ciudades que en las grandes aglomeraciones urbanas- empujó a muchos obreros a huir del campo para hacinarse en los cinturones semiurbanizados de las grandes ciudades: Barcelona, Bilbao, Madrid, son los grandes polos de atracción.

En esos cinturones los obreros del campo van a pasar su trágica cuarentena hasta que se inicia la emigración de mano de obra especializada hacia Latinoamérica y comienza el ascenso lento pero constante de la industrialización, hacia 1952-53. Las gentes del cinturón van adentrándose en las ciudades para ocupar los puestos vacíos y los de nueva creación: era el comienzo del fin de los años de miseria y de ignominia.

Esas gentes empezaban a tener casa, a comer y a vestirse; ya no dependían de los envíos de alimentos de los pueblos de origen, que recibían avergonzados como una limosna. Ahora podían ir a las fiestas grandes vistiendo una flamante gabardina y llevando incluso algunos regalos útiles para los familiares. La vida de la ciudad empieza a ser incitante. Comienzan a venir las hermanas, para colocarse de criadas, y los hermanos, para la construcción y como peones de la industria en ascenso. Cada día eran más los puntos de referencia en las ciudades y cada uno influía en la venida de otros, parientes, amigos, vecinos: lo que fue una fuga atemorizada se estaba convirtiendo en una invasión triunfante de las grandes ciudades y zonas industriales por las gentes del campo.

La “sociedad agraria”, iniciada ya en la industria, no se daba cuenta del fenómeno: la mano de obra en el campo todavía seguía siendo barata y abundante; no había problemas. Estos últimos aparecieron cuando la Europa del desarrollo necesitó mucha gente, mano de obra especializada y sin especializar; cuando los centros de reclutamiento de los alemanes, holandeses, suizos, etc., se trasladaron a las zonas agrícolas donde había exceso de mano de obra; entonces fue la gran estampida hacia Europa occidental y hacia las grandes ciudades y zonas industriales del interior del país.

De repente, los propietarios agrarios se dieron cuenta de que no podían retener su mano de obra barata, de que lo que parecía imposible se había producido: el campo español se quedaba sin obreros y esto sucedía sin dejarles tiempo para mecanizar sus explotaciones a fin de hacerlas rentables. Los obreros se sentían fascinados por los altos sueldos de los países del occidente de Europa y por los centros industriales y los servicios españoles (¡ah! la bomba del turismo); pero, a la vez, también los capitales se sentían fascinados por la industria, por la construcción de hoteles y por la especulación del suelo y huían del campo. El campo español sufrió una cruel depreciación, agravada cuando se pudo comparar la calidad y los precios de sus productos con los similares de los países más adelantados llegados a los mercados españoles por la liberalización. Entonces, la “sociedad agraria” aislacionista, autoengreída y llena de orgullo retorzante, descubrió que los países del Occidente de Europa, pagando salarios mucho más elevados, producían mucho mejor en calidad y a precios de desastre. El campo, que no podía convertirse en solares, se depreció por completo, y con esa depreciación entró en plena crisis la vieja sociedad agraria, que se mantuvo terne y firme hasta acabar consigo misma.

### **Transformación industrial, desarrollo de los servicios y toma de conciencia del analfabetismo como problema económico por el común de la gente**

Ahora poseemos ya los elementos necesarios para comprender cuál es la situación de la enseñanza, cuáles son las nuevas exigencias de la población y cuál es la situación de las innumerables personas analfabetas o semianalfabetas, que, desperdigadas por los países de Europa occidental, tienen que firmar con el dedo o mal garabatear un nombre que no entienden cuando reciben su salario. Lo mismo les sucede a los millares y millares que trabajan en las industrias y servicios en España. Es tan grande la vergüenza que sienten estas gentes, que procuran ocultar lo que ellos creen una lacra, una tara individual ignominiosa: la mayoría aprenden a firmar sin saber lo que

ponen; y ha habido casos de obreros españoles trabajando en el extranjero que se comunicaban con sus familiares mediante conferencias telefónicas porque no sabían escribir.

Pero el hecho real del analfabetismo o del semi-letrado no se reduce a esta situación vergonzante. Hay algo completamente nuevo. La industria española no sólo ha experimentado un gran crecimiento sino que se ha visto forzada a una honda transformación. España no produce los bienes de equipo que necesita sino que los importa de los países más adelantados. Ahora bien, aunque nos envíen los bienes de equipo más anticuados, la competencia entre aquellos países es tan grande, que podemos adquirir la maquinaria técnicamente más avanzada; pero para manejar esa maquinaria se necesita un personal capaz de adaptarse a ella y en número extraordinariamente creciente. Por otra parte, los procesos de producción se hacen cada vez más complicados y exigen más y mejor vigilancia, lectura de aparatos de medida, sencillos análisis en las diferentes fases de producción, hacer medidas de todas clases, etc.; y todo ello exige personas con alguna formación. Para qué hablar del increíble crecimiento del personal administrativo y de ventas, que exige mayor formación; y lo mismo ocurre con la avalancha de turistas: se hace absolutamente indispensable saber leer y escribir, poseer una formación, por ligera que sea.

Se ha hecho evidente, plenamente evidente, lo mismo para la gentes del campo -que esperan su oportunidad para ir a la ciudad- que para la de las ciudades, que la formación se paga, que la instrucción se cotiza, que si se quiere conseguir una categoría profesional mejor pagada es necesaria una formación que llevará años adquirir; y los padres saben que sus hijos podrán ganar sueldos más elevados si logran una cualificación superior y no se paran en sacrificios para conseguir una formación más adecuada para ellos.

Pero también aquí ha ocurrido alguno nuevo. Hasta hace muy pocos años la inmensa mayoría de los padres no podían, aunque quisieran, prescindir del miserable salario que pudieran aportar sus hijos: era necesario, imprescindible, para poder vivir. Ahora, el aumento de la productividad por trabajador y el aumento correspondiente del salario hace posible que el padre pueda sostener durante largo tiempo a los hijos sin enviarlos a trabajar e incluso pagarles una instrucción, una formación que les permita ocupar un puesto mejor remunerado. Ha llegado el momento en que las gentes se dan cuenta de que los gastos de la educación de sus hijos son una inversión, y una inversión altamente rentable.

En mi opinión, los términos se han invertido. Es la gente, la gente sencilla, la que se ha dado cuenta de que los gastos en la educación son una inversión rentable y que es el poder, el Gobierno, el que todavía no comprende que la inversión en hombres es la inversión básica, que hace posible toda otra inversión y la mejora. Actualmente hay cálculos bastante exactos del aumento de la productividad por obrero: un obrero con seis años de enseñanza primaria produce un 100% más que un analfabeto; con formación de grado medio, técnica, un 180% más; y con formación superior, un 240%. Es bien conocido que hace muy pocos años se intentó hacer en los Estados Unidos una imputación del aumento de la productividad por factores y se llegó a la conclusión de que había un 25% que no se encontraba a qué atribuirlo, hasta

que al final se vio que era el resultado de la mejora del nivel educativo de la población trabajadora.

## **1.4. El problema del analfabeto en la sociedad actual**

### **El analfabetismo hoy, un problema gravemente moral además de económico**

He dicho que antes el analfabetismo era considerado como un problema y que ahora es, realmente, un problema económico. En efecto, hoy sabemos que un analfabeto es un problema económico porque, socialmente, es un hombre que no rinde productivamente en la misma proporción que los alfabetos. Esto es así, se lo considera desde un punto de vista estrictamente económico, casi podría decirse empresarial. Pero, bien mirado, hoy, después de los trastornos ocurridos en nuestra sociedad, el problema del analfabeto es un problema moral, gravemente moral.

Es un doloroso problema para las clases dirigentes de nuestro país, si es que realmente son conscientes del mismo (porque, de no serlo, lo mismo que no se sienten culpables no se sentirán avergonzados); y es el problema de innumerables compatriotas nuestros esparcidos por Europa que no saben leer ni escribir o que no lo han practicado desde la niñez, que es como si no lo supieran. Cuando los individuos de la clase dirigente viajan a Europa o cuando nuestros "intelectuales" acuden a conferencias y congresos para codearse con los intelectuales de los países más avanzados tienen que sentir rubor de que otros compatriotas anden por allí ajenos a todo lo que les rodea, porque no otra cosa ocurre a quienes no entienden los signos de la cultura.

Éste es el grave, gravísimo, problema moral del analfabeto (y de quienes lograron que lo fuera): un hombre inmerso en un mundo de signos -el lenguaje escrito- y de cifras, en el que se expresa nuestra cultura tecnificada, que está fuera de su alcance y del de tantos hombres expulsados de nuestros campos, donde se las arreglaban bastante bien sin saber leer ni escribir, y lanzados de lleno a un mundo en el que es imposible orientarse sin el dominio del lenguaje escrito.

## 2. Práctica de la democracia y desarrollo intelectual<sup>295</sup>

«Cualquier observador desinteresado que -en el ejercicio de la democracia- presencie una reunión de personas con intereses comunes preocupadas por hallar soluciones realistas (objetivas) y eficaces para ponerlas en práctica, advertirá enseguida cómo surgen a la liza dos o tres opiniones distintas, y a veces hasta contradictorias en apariencia. Advertirá también cómo algunos de los reunidos toman posición franca a favor de una u otra opinión, y cómo otros inician de una manera titubeante el esfuerzo de integrar en un pensamiento, nuevamente formulado, lo que haya de valioso y objetivo en las opiniones emitidas al principio, hasta configurar un pensamiento vigoroso a partir de su integración. Cuando este pensamiento es asimilado de nuevo por todos los presentes y lo adoptan como propio, cada uno de los reunidos se ha superado a sí mismo gracias a los otros, y se ha elevado a un nivel superior de comprensión de la realidad. Éste es el resultado del ejercicio de la democracia real, directa y vivida.»

La más sencilla reflexión sobre los efectos que el ejercicio de la democracia puede tener en las personas que la practican revela aspectos sorprendentes, en cuanto al desarrollo del pensamiento y de su medio de transmisión, el lenguaje. Pero, habida cuenta de la confusión actual, parece necesario -como medida preventiva- hacer algunas precisiones sobre qué se entiende aquí por democracia, cuál es la naturaleza del pensamiento, qué es el lenguaje, y cuál sea la relación de condicionamiento entre democracia, pensamiento y lenguaje y el desarrollo de la personalidad del individuo.

### **Democracia.**

Para evitar confusiones y usos abusivos o enmascaradores del término *democracia*, conviene comenzar por precisar el sentido con que el mismo se emplea aquí. A saber: el derecho de todos los miembros adultos de una agrupación humana de vecindad (o de convivencia) a reunirse para discutir y tomar acuerdos por mayoría acerca de los problemas comunes a todo el grupo, y al nombramiento (y revocación) de los encargados de llevar a cabo los acuerdos que se tomen y de los representantes para los organismos legislativos centrales del Estado, del cual el grupo de convivencia es parte.

Se hace especial hincapié en el carácter democrático, así entendido, de la administración de los asuntos locales, dentro del marco general de las leyes del país. Pues lo que, en realidad, tiene mayor influencia sobre el común de las gentes es la vivencia (o experiencia) del ejercicio de la democracia a nivel de los asuntos locales, al ser éstos experimentados y comprendidos por los

---

<sup>295</sup> Mecanoescrito, con fecha, a mano, de 11-15 de julio de 1970, en Madrid. (N. del E.).

individuos de una misma localidad. Ahora bien, el ámbito de alcance del derecho del ejercicio democrático puede exceder al grupo de convivencia local y comprender otros grupos cuyas condiciones de vida sean similares (como los de una comarca, por ejemplo).

### **Pensamiento.**

El *pensamiento* es el resultado de la actividad que define al hombre, consistente en recoger la experiencia ganada por el sistema nervioso en el curso de la actividad concreta del individuo, decantándola en las palabras pertinentes del lenguaje (del idioma).

Las palabras son los elementos materiales que condicionan la recogida de la experiencia, y la clasifican, ordenan, generalizan y hacen objetiva. Pero, a su vez y por lo mismo, las palabras resultan de la experiencia social acumulada en razón de la actividad concreta de los individuos; y, en tanto que receptáculos de la experiencia nacida de la acción, son los instrumentos reales y efectivos del *pensamiento*: no hay pensamiento sin palabras.

Por lo demás, las palabras, agrupadas en un todo fluctuante pero organizado, constituyen el sistema de respuestas del individuo frente a los estímulos del medio humano: esto es, constituyen la conciencia del individuo como un reflejo del medio interiorizado por éste. En este sentido, el conjunto de palabras interiorizadas y “traducidas” a la forma de experiencia encuadra y guía (determina) la actividad individual, y se enriquece en ella; o -dicho de otro modo- la experiencia decantada en palabras conduce la actividad del individuo y se enriquece por ella.

### **Lenguaje.**

La función fundamental del *lenguaje* -su verdadera naturaleza primaria- es servir de vehículo de transmisión de la experiencia, de medio de comunicación. Sólo secundariamente -cuando se es capaz de “traducir” las palabras en experiencia propia, y decantar y clasificar la propia experiencia en palabras-, el lenguaje se convierte en una actividad interiorizada individual; sólo entonces, el lenguaje como comunicación -el diálogo- se convierte en una actividad individual sustitutiva del mismo: en monólogo.

El lenguaje, como lo exterior interiorizado, es el resultado de sustituir una respuesta a un estímulo (una acción) por una palabra. De manera que la palabra es una acción que se produce en lugar de otra acción; sirve, en principio, para inhibir una acción-respuesta.

El lenguaje -en su doble función de comunicación de la experiencia y de recogida y clasificación de la experiencia individual- es el sustrato directo de la conciencia. De modo que esta última está siempre condicionada por la riqueza del lenguaje dominado por cada uno, en cuanto cuadro determinante de la conducta individual (es decir, de la actividad real del individuo).

La experiencia es intransferible por completo, al no ser otra cosa que el rastro o huella fisiológica que deja la acción animal en el sistema nervioso de cada hombre. Pero la gran transformación que se produjo en el primate prehumano (y que se produce de nuevo en cada niño) fue la vinculación profunda y la relación biunívoca entre sensaciones individuales y palabras.



En la fase de recepción del lenguaje, la primera relación entre éste y la experiencia subjetiva se efectúa al unirse una sensación y una palabra -quema, moja, frío, etc.-. La unidad entre ambos elementos es muy íntima. La adquisición del lenguaje prosigue luego. Pero comienza a producirse la separación entre la adquisición de palabras y la vivencia de las sensaciones correspondientes; y, además, se inicia la adquisición de palabras abstractas, que no pueden corresponderse con sensaciones, pero que se “traducen” a “sensaciones” valiéndose de lo aprendido en la primera fase de adquisición del lenguaje.

El individuo humano continúa teniendo sensaciones (sigue teniendo experiencia) y sabe correlacionarlas con las palabras, vincularlas a éstas; esto es, sabe recoger, clasificar y almacenar experiencia. Pero no puede limitar su vida al desarrollo de su propia experiencia para crear con ella un sistema de respuestas a los estímulos del medio; pues, sin el conjunto de respuestas producto de la capacidad de comunicación entre los demás hombres, perecería bien pronto. La contribución de la experiencia individual al desarrollo del sistema de respuestas a los estímulos de medio -de la conciencia del individuo-, por tanto, insignificante; y la riqueza relativa de la conciencia individual depende fundamentalmente del aporte de experiencia obtenida por otros hombres y decantada en el lenguaje.

Cada individuo humano dispone, según esto, de dos fuentes de experiencia: la propia actividad concreta (la actividad productiva -en el trabajo-, sobre todo); y el lenguaje, como soporte de la experiencia ganada por todos los hombres de la misma cultura, pasados y presentes. En el mejor de los casos, cada hombre sólo gana experiencia de un sector muy limitado de la realidad, y, sobre todo, del aspecto o aspectos estrechamente relacionados con la actividad que le inserte en esa realidad. Pero el lenguaje permite salvar la limitación de la experiencia subjetiva, ya que, al comunicarse con otros hombres -al dominar un amplio sector del lenguaje-, es como si el individuo se enfrentara con la realidad por numerosos lados y a través de un número indefinido de hombres, al poder utilizar su experiencia (depurada, clasificada y organizada mediante el lenguaje) en la dirección de su propia acción concreta.

Tal es la ventaja, grande y extraordinaria, que distingue al hombre: la capacidad para enfrentarse con la realidad como si la observase a través de miles de pares de ojos, como si actuara sobre ella valiéndose de miles de pares de manos y como si meditara sobre ella a través de miles de conciencias. Cada hombre sólo dispone de esas dos vías de acceso a la realidad, y, como la de su propia experiencia es limitada (con una limitación insuperable), sólo le queda la segunda: la comunicación con los otros hombres para asimilar su experiencia a través del lenguaje.

Ahora bien, esa tarea no es tan sencilla como en principio parece. Cualquier adulto se cree capaz de escuchar, entender y asimilar lo que dice otro adulto. Pero esto no siempre -ni siquiera con frecuencia- es así. La gente rara vez escucha, y su dificultad para asimilar lo que lee es aún mayor; y tampoco el que habla, o escribe, suele ponerse en las condiciones adecuadas, normales, para que se le entienda.

El entender y el hablar son recíprocos. El que sabe escuchar (que es el primer paso para entender), y entiende, está en condiciones de expresarse con

más claridad y tiene mayores posibilidades de hacerse entender. Como es bien sabido, el pensar -el genuino y auténtico pensar- es un monólogo inarticulado (no hay posibilidad de pensar de otro modo); y quien piensa de modo correcto es capaz de expresarse, luego, con claridad (esto es, domina con precisión el lenguaje).

Pero ¿qué quiere decir dominar el lenguaje? No se domina el lenguaje tan sólo porque se sea capaz de reconocer un número elevado de palabras (porque se recuerde alguna nota de cada palabra). Dominar el lenguaje es poseer las múltiples significaciones de las palabras en sus diversas relaciones, puesto que aquéllas sólo alcanzan su pleno sentido en las oraciones, o proposiciones, de las que forman parte; pero, además, dominar las palabras del propio idioma implica un conocimiento profundo de la realidad, o -dicho de otro modo- la capacidad de “traducir” toda la experiencia acumulada en ellas por las generaciones pasadas y presentes.

El enriquecimiento de la propia conciencia por la asimilación de la experiencia de los demás exige, por tanto, el dominio de *la comunicación* (oral, ante todo, y escrita, en segundo lugar), de los recursos del diálogo: saber escuchar y saber hacerse entender. No es posible lo uno sin lo otro: uno no se puede hacer entender sin antes entender “algo” al que escucha: ¿cómo saber, si no, cómo tiene que dirigirse a él?

El que quiera hacerse entender tiene, pues, que haber adquirido antes alguna práctica escuchando y hablando. También debe tener el propósito de que le entiendan a uno y hablar de algo que interese a los que le escuchan. Pero, ¿cómo conocer los intereses de quienes le escuchan si antes no les ha escuchado él a su vez, tras incitarles a que hablen? Y ¿qué puede interesar a un hombre que, al mismo tiempo, interese también a otro? Porque, si tan sólo se habla de cosas banales, superficiales, es posible que los hombres se entiendan; pero eso no contribuye al diálogo, al enriquecimiento mutuo de las conciencias de los dialogantes. Para que el diálogo sea fructífero es necesario que el contenido del mismo interese, realmente, a los que dialogan.

### **Relación entre lenguaje y experiencia.**

Ahora bien, una vez supuesto todo lo que antecede, no es difícil comprender cuál es la *relación entre la experiencia y el lenguaje*.

Tal y como se ha dicho ya, la experiencia son las huellas que la acción provoca en el sistema nervioso y que influyen en el desarrollo de la siguiente acción; y esas huellas son por naturaleza intransferibles, aunque el hombre ha logrado hacerlas comunicables valiéndose de unos elementos objetivos sensoriales, perceptibles por todos excepto por los sordos; a saber, las palabras, o sonidos articulados por el aparato glossofaríngeo humano.

Las palabras de cualquier idioma son convencionales, y las de los unos respecto a las de los otros. Pero hay algo en las palabras que no es convencional, sino objetivo, y que permite traducir de una lengua a otra. Se trata de la experiencia humana que en cada lengua particular se ha ido vinculando a cada palabra (cristalizando en torno a ella) y que constituye su significado: lo que la antigua filosofía denomina *concepto*.

Hay que rehabilitar esa vieja y casi venerable palabra -concepto-, ese instrumento de instrumentos, para utilizarla. El concepto (una vez desprendida toda la ganga teológico-escolástica y metafísica) tiene un significado, un sentido, claro, preciso y, hasta cierto punto, insustituible. En la acción sobre los objetos de la naturaleza por medio de las herramientas (que son, a su vez, porciones de la naturaleza), el hombre descubre constantemente nuevas relaciones: esto es, gana nuevas experiencias, tanto de los objetos sobre los que opera, cómo de las herramientas con las que lo hace.

Dicho de otro modo: los hombres, en su trabajo, ganan continuamente experiencia de los objetos sobre los que trabajan y de las herramientas con que trabajan. El progreso de la ciencia natural y el perfeccionamiento y especialización de las herramientas así lo evidencian. Como también es evidente que el perfeccionamiento continuado de las herramientas contribuye a mejorar el conocimiento de la naturaleza sobre la que los hombres trabajan. Pues bien, se puede denominar *concepto* a la suma integrada de conocimientos de cada cosa que poseen los hombres en cada momento de la historia, y que, por lo común, se expresa (o se hace explícita) en *la definición*.

Esas “unidades provisionales” de conocimientos, que se encuentran en constante perfeccionamiento, difieren de una cultura a otra, y de una etapa a otra de la historia. Pero, en lo fundamental, *son convergentes*. Esto es: los conocimientos que poseen los hombres de las diversas culturas sobre cada objeto de la realidad tienden a hacerse similares y a identificarse. Tal es lo que hay de objetivo y real tras las palabras que realmente designan conceptos. Porque hay otras muchas palabras que no tienen tras ellas ningún concepto, sino pseudoconceptos o “ideas vagas”; son aquéllas palabras -¡tántas!- que se utilizan para enmascarar la realidad o proporcionar una falsa idea o imagen de ella. Pero, para los hombres, las palabras son tanto más significativas cuanto más familiarizados estén con las cosas designadas, y cuanto mejor posean los conceptos que indican las palabras.

Parece, sin embargo, que los conceptos pueden existir sin palabras, y, en especial, sin aquellas que los designan. Pero esto es falso. Por dos razones: porque la palabra comienza por ser el elemento objetivo -permanente- en torno al cual va cristalizando el sistema de conocimiento que es el concepto (y esto ocurre siempre en el desarrollo de cada hombre); y porque lo que el concepto es -su naturaleza, su contenido- está constituido por palabras en cuanto vehículos de las experiencias parciales integradas, unificadas en un todo que es el reflejo de la cosa (dicho de otro modo: porque el contenido del concepto, la definición, se enuncia o expresa en palabras).

Por consiguiente, el dominio del lenguaje, como reunión de simples palabras, no implica la posesión de la experiencia históricamente acumulada en los conceptos. Propiamente, dominar el lenguaje es poseer los conceptos, la experiencia que descansa sobre el mismo. Ahora bien, nadie puede acumular experiencia sin la posesión de palabras (del lenguaje), puesto que la experiencia que no se condensa en palabras se desvanece (no es verdadera experiencia).

## **Desarrollo de la personalidad del individuo.**

El proceso de acumulación de experiencia y de interiorización del medio a través del lenguaje (esto, la configuración de un esquema interior que sea un trasunto del medio exterior, eficaz para orientar o guiar la conducta del individuo) puede denominarse *desarrollo de la personalidad del individuo*. Aunque, en realidad, es el proceso por el cual se constituye el sistema de respuestas a los estímulos del medio, por otro nombre, la conciencia.

La conciencia se constituye en función de un largo proceso de interiorización de las relaciones del individuo con el medio humano. Pero son los otros hombres los que modelan y acuñan en los niños y en los jóvenes - inculcándoselas- aquellas constelaciones o conjuntos de respuestas que estiman que necesitarán cuando sean mayores y tengan que valerse por sí mismos. Es muy importante destacar esto: no es el niño el que elige; son los otros los que orientan y obligan la voluntad del niño valiéndose de diversos medios de coacción.

Ahora bien, el desarrollo de la personalidad depende de la riqueza de opciones que el grupo pueda presentarles a los jóvenes miembros del mismo; o, dicho con mayor precisión, de la complejidad social (o social-tecnológica) y de la multiplicidad de las relaciones sociales significativas del medio humano del que los jóvenes forman parte. De modo que, entre otras cosas, cuanto mayor sea el número de personas con quienes el joven miembro se relacione, más diversas y numerosas serán sus posibilidades u opciones (y mucho más numerosas y variadas las visiones "particulares" de cada uno de los individuos, determinadas por la perspectiva de la inserción en la realidad). Y, a la inversa, cuanto menor sea el número de personas que contribuyan a configurar la conciencia de un niño, más pobre, unilateral y rígida será su concepción de la realidad (esto es, su conciencia). Este último es, por cierto, el caso típico de las personas que nacen y crecen en caseríos, cortijos o aldeas muy pequeñas y dispersas, en los que las relaciones humanas son de una pobreza esterilizadora.

## **Democracia y personalidad.**

¿Cómo -y hasta qué punto- puede contribuir la democracia al desarrollo de la personalidad del individuo?

Por lo pronto, salta a la vista que el ejercicio de la democracia impone o exige relación y trato con numerosas personas. Pero se trata de una relación determinada, con unos rasgos propios, particulares; a saber, una relación de personas iguales entre sí (al menos formalmente), que poseen intereses comunes y a la vez intereses opuestos, y cuya formación no es idéntica sino que presenta diferencias notables. Cuando tales personas se reúnen para buscar solución a problemas, individuales y colectivos, tienen que procurar armonizar las distintas opiniones para llegar a conclusiones satisfactorias o, al menos, aceptables para los reunidos.

Una reunión de personas iguales entre sí crea unas condiciones favorables para el desarrollo del diálogo fecundo intelectualmente, porque, al no haber nadie con autoridad sobre los demás, no induce a los oyentes a la

aceptación pasiva sino que les inclina hacia la orientación crítica. Pero también obliga al que habla a expresarse con claridad y a tratar de algo de interés general (que interese a todos), si quiere hacerse escuchar y entender. El que se dirige a los demás tiene que hablar de algo que les interese y que atraiga (que cautive) su atención, lo que le obliga a preocuparse por las cosas comunes y por las de los demás. Pero su discurso será inútil si no pone todo su esfuerzo en expresarse en un lenguaje llano, claro y preciso. Aunque esto último supone una dificultad añadida, pues, en una reunión entre “iguales”, cada uno estima que vale tanto como los demás y que nadie es más que nadie, lo que conduce a escuchar a los otros con un sentido demasiado crítico y a subestimar lo que digan.

Como es lógico, ese tipo de situación es el resultado de unas condiciones socioculturales que han empujado a los hombres hacia un individualismo hirsuto, erizado y asocial (por el aislamiento del individuo o por la provocación intencionada de desconfianzas y enemistades). Tal ha sido, en concreto, el individualismo, abstracto, predominante en España durante siglos: esto es, un falso individualismo y sin más finalidad que facilitar la empresa del dominio de los poderosos sobre amplias capas de la población. Es más: ese mismo individualismo negativo preside todavía hoy todas las reuniones en nuestro país, salvo aquellas destinadas a comunicar las decisiones de los que mandan y los oficios religiosos católicos (a los que ahora llaman “esta asamblea”), en las que la masa no tiene más papel que el decir “amén” cuando se lo indiquen.

Las reuniones más o menos democráticas -que, por lo demás, son raras y evidentes excepciones- están presididas por ese individualismo abstracto, verdaderamente anárquico y destructor. Nadie escucha a nadie; se forman corrillos particulares: y, cuando alguien está en el uso de la palabra, todos los que “oyen” algo de lo que dice quieren contradecirle. Nadie es capaz de escuchar al que habla, de esforzarse por entenderle, para pedirle que aclare algún punto (que razone alguna afirmación o que amplíe alguna proposición), o para mostrarle los errores en que pueda haber incurrido. Nadie se esfuerza en escuchar a quienes se atreven a tomar la palabra, para comparar las opiniones expresadas (relacionando aquellas que, siendo dispares en apariencia, tengan fundamentos comunes) con el fin de desgajar lo que haya de pensamiento armonizable en ellas. Y esto, cuando sólo así se puede cooperar para ir tejiendo democráticamente un pensamiento objetivo y único (supraindividual, colectivo), como resultado de la integración de las distintas afirmaciones y de las diversas visiones de varias personas que contemplan un mismo aspecto de la realidad; un pensamiento que, una vez asimilado por todos los concurrentes, les proporcione una guía segura y eficaz para conducir las propias actividades.

Para llegar al descubrimiento y “beneficio” de un “pensamiento objetivo”, los hombres tienen que haberse ejercitado mucho, y con gran frecuencia, en la convivencia democrática. Aprender a sacar provecho de una reunión democrática, dedicada a discutir problemas comunes para buscar soluciones, aprobarlas y comprometerse a llevar a cabo su ejecución bajo una “autoridad” elegida para ello, no es nada fácil. Es más: es tan difícil, que incluso en reuniones con personas con una formación superior, éstas se muestran incapaces de sacar algún fruto de tantas y tantas reuniones como se celebran (no en España, claro está). En cuanto a nuestro país, el mayor enemigo es el

que cada uno lleva dentro: un inviolable, indomable y crispado individualismo abstracto.

Cualquier observador desinteresado que -en el ejercicio de la democracia- presencie una reunión de personas con intereses comunes preocupadas por hallar soluciones realistas (objetivas) y eficaces para ponerlas en práctica, advertirá enseguida cómo surgen a la liza dos o tres opiniones distintas, y a veces hasta contradictorias en apariencia. Advertirá también cómo algunos de los reunidos toman posición franca a favor de una u otra opinión, y cómo otros inician de una manera titubeante el esfuerzo de integrar en un pensamiento, nuevamente formulado, lo que haya de valioso y objetivo en las opiniones emitidas al principio, hasta configurar un pensamiento vigoroso a partir de su integración. Cuando este pensamiento es asimilado de nuevo por todos los presentes y lo adoptan como propio, cada uno de los reunidos se ha superado a sí mismo gracias a los otros, y se ha elevado a un nivel superior de comprensión de la realidad. Éste es el resultado del ejercicio de la democracia real, directa y vivida.